

Simon Schama

CIUDADANOS

Crónica de la
Revolución Francesa
(Segunda parte)



Lectulandia

Simon Schama ha escrito una nueva y magnífica crónica de la Revolución Francesa.

El eje del libro está en la transformación que alteró para siempre la historia de Europa: el paso de los hombres y mujeres de «sujetos» a «ciudadanos». En lugar de la versión tan trillada de un viejo régimen muriendo de enfermedad y decrepitud, Schama nos muestra un país en ebullición, cegado por el culto a lo nuevo, donde se hace evidente el derrumbe de las antiguas diferencias entre nobles y plebeyos.

La trágica oscuridad de esta visión eufórica de libertad y felicidad en un escenario de hambre, ira, terror y muerte es el tema de esta obra de Schama. Los conflictos de la historia se expresan en la experiencia personal de los hombres y mujeres, cuyas vidas él relata. Algunos de ellos no nos son familiares; otros, más famosos —tales como Talleyrand y Lafayette, Marat, Mirabeau y Robespierre— están enriquecidos con todas sus contradicciones.

Partiendo de fuentes de la historia social, cultural y política, Schama encuentra el marco de su historia en imágenes y artefactos, cerámicas, calendarios y almanaques, caricaturas y pinturas, canciones y obras. Su particular punto de vista, que oscila entre las vidas privadas y públicas, nos acerca más de lo que hemos estado alguna vez a la realidad humana de la Revolución Francesa.

Lectulandia

Simon Schama

CIUDADANOS 2

Crónica de la Revolución Francesa

Ciudadanos 02

ePub r1.0

Titivillus 30.12.17

Título original: *CITIZENS. A Chronicle of the French Revolution*

Simon Schama, 1989

Traducción: Aníbal Leal Fernández

Retoque de cubierta: Titivillus

Segunda Parte

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SEGUNDA PARTE

Expectativas

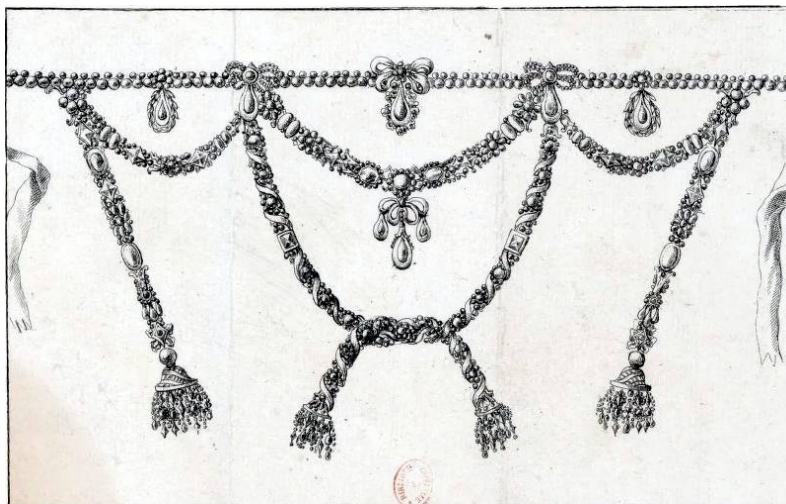
6

La política del cuerpo

I - Furias uterinas y obstrucciones dinásticas

Había un tipo de collar de gran tamaño, que por poco tiempo estuvo de moda en la década de 1780, y que recibía el nombre de *rivière* (río). Como sugiere el nombre, rodeaba el cuello y caía generosamente sobre el corpiño, hacia la cintura. En un período en que la moda adquiría formas mucho más sencillas, el *rivière* era un artículo llamativo, asociado estrechamente con las actrices del Palais-Royal, que quizá no se sonrojaban cuando exhibían la generosidad de sus benefactores. Una noche en el teatro dos jóvenes amigos vieron uno de estos ríos descendiendo por el escote de una conocida cortesana. «Mira eso», comentó uno, «un *rivière* que desciende muy abajo». «Es que está retomando a la fuente», replicó su acompañante.

Las bromas acerca del sexo y las joyas no eran nada nuevo. Pero en 1787 los lectores de una publicación de chismografía, *Cuadros móviles* de París, donde se publicó esta broma, habrían identificado en el asunto más que un indecente doble sentido. Durante dos años la reputación de la reina se había visto envuelta en el escándalo, y el centro del asunto era un collar de diamantes de 647 brillantes y 2.800 quilates. Lo habían confeccionado, teniendo en vistas a Madame Du Barry, los joyeros de la corte Böhmer y Bassenge, pero Luis XV había fallecido antes de que ellos pudieran entregarlo. Al precio de 1.600.000 libras era ruinoso mantenerlo en el inventario, y al principio María Antonieta pareció una clienta probable. Ya había comprado a la misma firma un par de aros «candelabro», un pulverizador y un brazalete. Cuando los fondos escaseaban ella solía insistir con el rey, que generalmente la complacía. Era una mujer joven y tenía debilidad por los diamantes; pero esa afición fue comunicada con desaprobación por el embajador austríaco, y determinó una reprensión de su madre imperial. «Una reina inevitablemente se rebaja», escribió María Teresa, «con esta clase de irreflexiva extravagancia en tiempos difíciles».



El collar de diamantes de la reina

Hacia la década de 1780 María Antonieta parecía haber tomado en serio la lección, pues tendía a evitar los lujos conspicuos. Sea como fuere, en repetidas ocasiones se negó a comprar el collar. Empujado a la desesperación (y quizá conociendo la debilidad de María Antonieta por los *dramas bourgeois*, lacrimosos), el joyero Böhmer había protagonizado una escena en la corte, sollozando ruidosamente, llorando, desmayándose y amenazando poner fin a su vida a menos que la reina recibiese el collar. Esta tremenda representación fue inútil. Incluso si ella se hubiese mostrado dispuesta a ignorar las recomendaciones oficiales en favor de las economías, la monstruosidad no era de su gusto. En general, la joya era exagerada, era la clase de vulgaridad ostentosa que María Antonieta relacionaba con el círculo de Du Barry. Obligó a incorporarse al gimiente joyero y le aconsejó que desarmara el collar y obtuviera todo lo que fuera posible por las diferentes piedras. Este dinosaurio de la joyería rococó ciertamente acabaría reducido a proporciones más modestas, pero no por mano de su creador. A decir verdad, su historia pública apenas había comenzado, pues se convirtió en el centro de una estafa de pasmosa audacia. El Asunto del Collar de Diamantes —así se denominó— a menudo ha sido relatado como un escándalo colateral del «verdadero» drama de los cofres vacíos, los campesinos hambrientos y los artesanos descontentos que anunciaron el fin de la monarquía francesa. La colección de personajes que desfiló frente al público lector francés cuando se reveló la extraña conspiración, durante el verano de 1785, parecía un conjunto de símbolos perfectos de un régimen carcomido por la corrupción: un cardenal aristócrata disipado y crédulo; una aventurera intrigante que afirmaba descender de los reyes Valois de Francia; un charlatán napolitano que aseguraba que había nacido en Arabia y que podía aplicar las artes curativas de lo oculto; una *grisette* de cabellos cenicientos elegida en el Palais-Royal para personificar a la reina; impotentes acreedores que se retorcían las manos y crujían los nudillos; varios joyeros de los *quais* de París, de Piccadilly y Bond Street, sobre cuyos mostradores se habían depositado bolsitas de terciopelo negro atestadas de diamantes del tamaño de huevos de tordo. Pero en el centro de todo esto, inexorablemente, estaba María

Antonieta. Su transformación en la opinión pública de la condición de víctima inocente a la de arpía vengativa, de la condición de reina de Francia a la de «prostituta austriaca» (*putain autrichienne*), fue lo que dañó de un modo incalculable la legitimidad de la monarquía.



«*Ma Constitution*»: Un ejemplo gráfico posterior de la política del cuerpo, que probablemente data de 1790. Lafayette apoya la mano sobre la «*Res Publica*» de la reina.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

En todo esto no había nada inevitable. Hasta que el asunto vio la luz pública, la reina había sido una distraída espectadora de la intriga. Pero las histerias fóbicas que comenzaban a cerrarse alrededor de ella, incluso antes de que se urdiera la conspiración, significaban que sería sospechosa de colusión, de llevar a otros a la ruina para satisfacer su insaciable apetito de *luxure*: una palabra que condensaba útilmente la opulencia y la libido.

Aunque fuese involuntariamente, María Antonieta hizo todo lo posible para provocar su propia ruina. Precisamente su reputación de sentimentalismo adolescente sin afectación fue lo que indujo a Louis, cardenal De Rohan, a creer que lograría restablecer su posición en la corte a través de los favores de la reina, más que abordando directamente al rey. Gente perjudicada por su propio exceso de riqueza, con una antigua historia de conspiración, y orgullosos porque eran dueños del *hôtel* más espectacular del Marais, los De Rohan eran mantenidos a distancia por los Borbones. El período de De Rohan como embajador en Viena había sido igualmente desastroso, y había distanciado a la emperatriz María Teresa, madre de María Antonieta.

El ansia bien conocida de De Rohan, que era ser aceptado en Versalles, constituía exactamente el golpe de suerte que Jeanne de La Motte había estado buscando. Nacida en la penuria rural abyecta y oscura, ella afirmaba descender de Enrique II, uno de los últimos reyes Valois, y sobre la base de este dudoso linaje también ella representó episodios de desmayo, al paso de Madame Elisabeth, hermana de la reina, hasta que al fin se le ofreció la oportunidad de relatar la historia de su decaída nobleza. Impresionada por su aparente sinceridad, madame Elisabeth la instaló

modestamente en Versalles, y una vez allí esta mujer procedió a convencer a De Rohan de que era íntima de la reina. Si él tenía en cuenta los deseos de la dama, existía una excelente posibilidad de que un día el cardenal pudiese aproximarse a la radiante sonrisa de María Antonieta. De Rohan voló hacia la llama como una mariposa, y periódicamente entregó a Jeanne sumas de dinero que supuestamente estaban destinadas a facilitar actos de caridad, aunque de hecho solían ir a parar al bolsillo de su modista.

El momento culminante de esta comedia de persuasión fue sacado directamente de *Las bodas de Fígaro*. El 10 de agosto de 1784 una rubia modistilla (descrita después, no sin justicia, como una prostituta común) llamada Nicole Le Guay fue ataviada por Jeanne de La Motte con la túnica de muselina blanca que solía usar la reina, y llevada a la Gruta de Venus, en los jardines de Versalles, a las once de la noche. Allí encontró al cardenal, que esperaba ansiosamente, y depositó en su mano una rosa. Le dijo una sola frase (aunque más tarde De Rohan fantaseó que habían sido dos) —«Sabéis lo que esto significa»—, antes de hundirse presurosa en la oscuridad de donde había salido. Aturdido de alegría ante este signo tan esperado de favor, De Rohan se convirtió en arcilla en las manos de Jeanne de La Motte. Sumas cada vez más elevadas pasaron del uno a la otra.

La actuación aportó credibilidad, y en noviembre los joyeros (ahora desesperados) le llevaron el collar mientras De Rohan estaba ausente. Cuando él regresó, Jeanne le convenció de que la reina deseaba adquirirlo y pagarlo en cuatro cuotas. Una carta falsificada que encargaba al cardenal que la representara, al parecer confirmó este aserto. En su condición de embajador, De Rohan debió haber advertido que la carta estaba firmada impropriamente «María Antonieta de Francia», pero la atención al detalle nunca había sido el fuerte de nuestro hombre. El 29 de enero de 1785 el collar fue llevado al palacio del cardenal, y casi inmediatamente transferido al presunto correo de la reina (de Réteaux, amante de Jeanne). Él desarmó las piezas, y comenzó la complicada actividad de negociar las piedras en París. Cuando empezaron a despertarse las sospechas, el marido de Jeanne, que estaba complicado en el asunto, llevó el collar a Londres, donde vendió las piedras, en parte a cambio de efectivo, en parte por artículos que incluían broches de rubíes, cajas de rapé esmaltadas y un par de pinzas de plata para espárragos.

Por extraño que parezca, el éxito aturdió a Jeanne. Se mostró imprudente. Ahora que podía armonizar su propiedad con sus pretensiones, adoptó el título de «baronesa de La Motte de Valois», y compró una importante propiedad en Bar-sur-l'Aube, donde en la primavera de 1785 llegaron por lo menos cuarenta y dos carros de elegante botín (muebles Adam, obras de arte, tapices d'Aubusson). Entretanto, el cardenal esperaba que la reina exhibiese su nuevo juguete, y le ofreciera un signo, cualquiera que fuese este, de buena voluntad. Se vio decepcionado. La Candelaria (en una carta la reina había dicho que deseaba usar el collar en esa fecha) llegó y pasó. Pasaron semanas y meses. Lo que era más grave, no se había visto ni una sola libra

del dinero con que De Rohan supuestamente debía pagar la primera cuota de 400.000 libras el 1º de agosto. Böhmer, el joyero histrión, continuaba en una feliz ignorancia de estas dificultades. El 12 de julio puso en manos de la reina una nota que aludía a «los más bellos diamantes del mundo que adornan a la más grande y excelsa de las reinas». María Antonieta supuso que el hombre de nuevo había perdido la cabeza, y quemó la nota.

La víspera del día en que debía realizarse el primer pago, Jeanne informó a De Rohan que no habría dinero disponible hasta octubre. El cardenal intentó calmar a los joyeros, que a su vez se veían apremiados por los acreedores. Extrañamente resignada al descubrimiento de la trama, aquí Jeanne de La Motte informó directamente a los joyeros que habían sido engañados por una carta falsificada. A su vez, el 5 de agosto ellos fueron a ver a Madame Campan, dama de compañía de la reina. No se necesitó mucho para descubrir la tremenda verdad, y el 15 Rohan fue convocado a la presencia del rey. Reconoció que había sido sorprendido por una mujer que afirmaba actuar en nombre de la reina, e imploró al rey que ocultase el escándalo por el bien de su familia. Pero naturalmente Luis era presa de una cólera terrible, y ordenó que el cardenal fuese arrestado y llevado a la Bastilla.

Mientras su abogado Target describía coloridamente a De Rohan como un hombre que languidecía cargado de «hierros» en la Bastilla, en realidad ocupaba un apartamento amueblado especialmente fuera de las torres de la prisión, donde pasó nueve meses agasajando a una corriente interminable de visitantes distinguidos. Se convidaba con ostras y champaña a los huéspedes, y el cardenal recibía una selección de obras de su biblioteca, mientras un séquito de criados le ayudaba a sobrellevar las privaciones de la cárcel.

De todos modos, la palabra *Bastilla* (sobre todo después del éxito fenomenal de las *Memoirs de Linguet*, que detallaban sus tormentos) era suficiente para garantizar el martirologio popular de De Rohan. Un gran caudal de folletos y octavillas le representaban como la víctima patética de la opresión absolutista. Cuando fue procesado ante el Parlamento de París, Target utilizó con brillo otro motivo simpático del Iluminismo tardío, pues afirmó que el cardenal había sido víctima sólo de su «exceso de candor» («*crédule par excès de franchise*»). La sencillez de su carácter, su confiado buen humor, su caballeresco deseo de servir a la reina, etc. La defensa se vio facilitada todavía más por el hecho de que al menos parte de todo eso era cierto. En realidad, era un simplón inexperto con malos antecedentes en el ámbito de la moral privada, pero eso no bastaba para creer que mereciese todo el peso de la persecución real, y el resultado fue (aunque por poco margen) la absolución. El coro de los aleluyas populares fue tan estridente y desordenado que De Rohan regresó directamente a la Bastilla para pasar la noche hasta que las cosas se calmasen y él pudiera salir sin riesgo.

Los alegatos en favor de los acusados, las llamadas *mémoires*, fueron publicados en grandes tandas, y difundidas ampliamente, lo mismo que grabados que

presentaban a los principales acusados. En definitiva, el juicio se convirtió en una especie de teatro público en que el absurdo drama fue representado frente a un nutrido público. Y antes de que pasara mucho tiempo llegó a ser evidente que no se juzgaba a De Rohan, La Motte y los restantes conspiradores, sino más bien al propio antiguo régimen. Aunque las posibilidades de absolución de algunos de los acusados eran por lo menos escasas, varios de los más enérgicos y elocuentes abogados del Parlamento se apresuraron a aceptar el caso en vistas del halagador relumbrón de la publicidad. Y al leer los escritos, el historiador percibe prontamente que realizaron un trabajo brillante, y que sus alegatos variaban de acuerdo con las cualidades específicas del cliente, aunque en todos los casos apelaban a algunas de las *idées fixes* fundamentales de la década de 1780.

¿Cómo defender a Nicole Le Guay, la «baronesa d'Oliva», como Jeanne de La Motte la había ennoblecido generosamente? La acusación afirmó que era una prostituta vulgar, pero la defensa la representó como una joven vulnerable, que había quedado huérfana en edad temprana, vivía en un cuartito de la rue du Jour, cerca de Saint-Eustache (en excesiva proximidad del Palais-Royal) y trabajaba como sombrerera para subsistir; que era una mujer fiel a su amante y se había dejado seducir por la promesa de De La Motte, de entregarle mil quinientas libras si personificaba a la reina. En otras palabras, era una vulnerable hija de la naturaleza, un cuadro tridimensional de Greuze, reclutada para participar en una estratagema de la cual tenía a lo sumo una idea muy vaga. La noticia de que había dado a luz un hijo ilegítimo en la Bastilla en todo caso contribuyó a acentuar esta patética impresión. El mismo efecto originó su imposibilidad de responder a las preguntas del tribunal, a causa de sus sollozos. Era evidente, como afirmó su abogado Blondel, que la joven tenía *de l'âme* (alma). Fue absuelta. El infame charlatán Cagliostro se había convertido en el profeta personal del cardenal, después de afirmar que comulgaba con las deidades del Nilo y el Éufrates. Había utilizado su influencia para convencer a De Rohan de que en efecto él gozaba del favor de la reina. Se le acusó de vanagloriarse de que tenía miles de años, así como de otros absurdos, y adoptó el papel inverosímil del escéptico del Iluminismo, e inmediatamente anunció que tenía treinta y siete años, aunque utilizó la afición al orientalismo cuando continuó afirmando que había nacido y se había criado en Medina y la Meca, y había recorrido el Oriente adquiriendo su «arte». Él y su esposa también fueron encerrados en la Bastilla, y Cagliostro conmovió a la corte con desgarradoras invocaciones a la compunción que los cortesanos debían sentir al ver que los miembros de una pareja tan ejemplar de cónyuges estuviesen separados. «La más amable y virtuosa de todas las mujeres ha sido arrastrada al mismo abismo; sus gruesos muros y sus muchos cerrojos la separan de mí; ella gime y yo no puedo oírla», y mucho más, en el mismo estilo colorido.

Incluso Jeanne de La Motte había hallado una táctica provechosa. Apeló a la historia, a la memoria de los Valois, de quienes decía descender, y esgrimió

complicadas cartas genealógicas para demostrar esa relación. Y en efecto, quizá sus reclamaciones no eran del todo espurias. En la década de 1780 había un culto cada vez más firme de la caballería en desgracia, y esta tendencia se relacionaba a su vez con el odio romántico a lo nuevo, un mundo dominado por el dinero y la corrupción. Y precisamente ese mundo era el ambiente natural de Jeanne de La Motte. Una heroína venida del dolor, una inocente descarriada como tantas de las jóvenes caídas de las novelas de Restif de Bretonne, presentadas como advertencia. Opuso su propia reputación inventada (por endeble que esta pudiera parecer) a la reputación de la reina, y afirmó que María Antonieta en efecto había deseado el collar, que había escrito muchas cartas para decirlo y que todas eran auténticas, no falsificadas (En su celo mal entendido por salvar a la reina de una situación embarazosa, De Rohan había quemado todas las cartas que llegaron a sus manos, de modo que no había pruebas contrarias que permitiesen rechazar esta afirmación).

En lo inmediato eso de nada le sirvió. El marido fue condenado in absentia a cadena perpetua. Ella también fue sentenciada, y enviada indefinidamente a La Salpêtrière, pero también fue condenada a la flagelación pública, a llevar alrededor del cuello la cuerda de ahorcar y a ser marcada con la letra V (por *voleuse*, ladrona). En el momento de sufrir esta terrible mortificación, y en presencia de una enorme multitud, la mano del verdugo resbaló del cuello donde debía marcarse la letra, y en cambio dibujó con el hierro una gran marca sobre el lado inferior del seno. Nadie que presenció el espectáculo lo olvidaría. Cuando dos años después Jeanne escapó de la cárcel y huyó a Londres, desde donde lanzó una diatriba excepcionalmente acre contra la reina, encontró un público bien dispuesto.

La verdadera perjudicada por todo el asunto fue su víctima principal: María Antonieta (porque la mezquindad demostrada por el rey al insistir en que se ventilase el caso fue comparada desfavorablemente con el equivocado sentido del honor del desventurado cardenal). Por extraño que parezca, la reina fue quien salió del asunto representada como una manirrota y una prostituta vengativa que no estaba dispuesta a detenerse en nada para satisfacer sus apetitos. Decíase que su intención consciente había sido destruir a De Rohan, porque este no atendía los avances indecentes de la dama (una escenografía sorprendente), y que había manipulado rencorosamente a De La Motte para provocar la caída del cardenal. Los *libelles* más imaginativos que circulaban entonces la mostraban participando en episodios lesbianos con Jeanne, a quien ella desechaba cuando otras favoritas sexuales parecían más atractivas. «Qué éxtasis», confiesa la reina a propósito de esta escena. «Creí que veía abrirse las puertas del Olimpo, y que yo entraba allí, pues mis éxtasis no eran del género conocido por los mortales».

Nada de todo esto habría sido posible de no haber existido previamente un abundante e ingrato caudal de pornografía cortesana aprovechable. Aunque el género era muy antiguo (debía algo a Suetonio y más tarde a Aretino), tuvo un desarrollo especialmente generoso durante los últimos años de Luis XV, cuando estaban de

moda las «historias» acerca del burdel privado del monarca en Versalles, el Parc aux Cerfs (Parque de los Ciervos), superadas únicamente por las innumerables versiones de las anécdotas de Madame Du Barry, con su prototipo escrito por Pidanzat de Mairobert. El apoyo que ella prestó al infame «triumvirato» de Terray, Maupeou y d'Aiguillon posibilitó que los satíricos contrarios a Maupeou relacionaran el sexo con la tiranía. Así, los relatos corrientes acerca de la sodomía, el adulterio, el incesto y la promiscuidad se convirtieron en una especie de metáfora referida a una constitución enferma. Cuando Luis XV murió más o menos súbitamente a consecuencia de la viruela, se rumoreó que la portadora había sido una muchacha que Madame Du Barry le había acercado.

La constitución política de Francia y la constitución física del monarca eran una misma cosa para la imaginación popular. El cuerpo del rey siempre había sido un dominio público, y se privilegiaba alguna de sus regiones como la sede peculiar de la autoridad. En los fluyentes rizos de los reyes francos merovingios de largos cabellos residía la mística sagrada de estos monarcas. Incluso cuando los «mayordomos de palacio» carolingios les habían arrebatado el poder, se preservó a los merovingios como formas totémicas sagradas, sin omitir las trenzas que llegaban a la cintura, y eran paseados en carros tirados por bueyes para legitimar a sus sucesores. El rito cortesano de Versalles fetichizaba el cuerpo real, y así se crearon jerarquías que determinaron quién podía pasar las pantuflas del rey o entregar su camisa a la reina. El cuerpo de Luis XIV —en realidad de una robustez impresionante— se proyectaba sobre sus súbditos como una forma dotada de poder sobrehumano. Decíase que el fenomenal apetito del monarca era consecuencia de una condición estomacal que alcanzaba muchas veces el tamaño normal (pues, a diferencia de Luis XVI, nunca engordó realmente), y sus dimensiones parecidas a las de un dios fueron debidamente comunicadas al público después de una autopsia.

En el caso de un régimen dinástico, la región más importante del cuerpo real estaba bajo la cintura. En contraste con muchos de sus análogos de otros países, los Borbones alcanzaron éxito notable en el campo de la reproducción. Las desastrosas tasas de mortalidad de los delfines se vieron compensadas por la capacidad para producir herederos de sexo masculino antes de fallecer. Así, Luis XV fue el bisnieto de Luis XIV, y Luis XVI el nieto de su predecesor. Dadas las cuestionables circunstancias de la muerte del monarca anterior, se habló mucho de la decisión de vacunarse adoptada por Luis XVI. Cuando las pústulas aparecieron en el cuerpo real, se difundieron boletines destinados a anunciar que el asunto progresaba satisfactoriamente. María Antonieta comunicó la misma noticia a su madre la emperatriz (que era totalmente favorable al procedimiento), y comentó las pústulas sobremanera impresionantes que habían aparecido en la nariz real. Pero si bien todo esto era un ejemplo admirable para los súbditos, las expectativas más apremiantes estaban centradas en otras regiones. En el nivel del consenso común, el «rey como Padre de la *Patrie*» tenía tres obligaciones esenciales: que su pueblo recibiese pan,

que el dominio venciera en la batalla, y que hubiese herederos. Durante los años que siguieron a su ascenso al trono ya había dudas acerca de los dos primeros aspectos, pero en la última cuestión su fracaso originó más comentarios.

Aunque la primera hija del matrimonio nació en 1778, las expectativas dinásticas se vieron satisfechas sólo cuando tres años más tarde nació un delfín. Se celebró una gran fiesta en el Hôtel de Ville; hubo fuegos artificiales y banquetes en las calles de París, y una delegación de mujeres del mercado se acercó a felicitar a la reina (Regresarían dieciocho años más tarde con una actitud menos cordial). El regocijo fue general, precisamente porque la capacidad de engendrar de la reina había sido tema de cáusticos comentarios populares durante algunos años. Pero el problema real estaba en su cónyuge. Durante varios años (se ignora exactamente cuántos) las relaciones sexuales entre Luis y María Antonieta se vieron complicadas, o incluso impedidas, por la fimosis del rey. Se trata de una condición en que el prepucio carece de elasticidad, de modo que las erecciones son dolorosas. Por lo tanto, la relación sexual era superficial e insatisfactoria tanto desde el punto de vista conyugal como en el aspecto dinástico. La reina se sentía desconcertada e infeliz; el rey perseguía al jabalí y el ciervo con todo el ardor que le faltaba en el lecho. Parece que ambos cónyuges revelaron el problema a José II cuando este visitó a su hermana, en 1777, pues acerca del problema escribió a su hermano Leopoldo un informe de perfiles clínicos.

[Louis] tiene erecciones firmes y adecuadas, introduce el miembro, permanece allí sin moverse quizás unos minutos y se retira sin eyacular. Pero siempre erecto, y da las buenas noches; esto es incomprendible, porque a veces tiene emisiones nocturnas, pero nunca cuando está en el lugar debido; dice claramente que lo hace por sentimiento del deber.

La intervención fraterna en este delicado asunto parece que determinó la cirugía menor para corregir la anormalidad. Y en agosto, dos meses después de la carta de José, María Antonieta escribió exultante a su madre, para indicarle claramente que el matrimonio ahora estaba «perfectamente consumado».

Pero que el embarazo real no se materializara durante los siete primeros años del matrimonio fue suficiente para que comenzaran a agitarse las lenguas y acabarse el período de gracia que se había concedido a María Antonieta cuando llegó a Francia. Pero la actitud que ella misma adoptó frente a su situación fue el factor que provocó más grave daño. Había crecido en una corte Habsburgo, donde estaban desechándose los excesos de la ceremonia y el protocolo tradicionales, en favor de un estilo de gobierno más sencillo y comprometido. Su propia madre había ascendido al trono, siendo una jovencita, en un momento catastrófico de la historia del imperio —la pérdida de Silesia a manos de Federico el Grande— y había aprendido el absolutismo esclarecido a través de una dura experiencia. Su hermano José era un notorio iconoclasta cuando se trataba de los ritos educados de la corte. Sin embargo, ambos comprendían que en una época en que los monarcas eran teóricamente los

«servidores del Estado», tenía particular importancia ofrecer una imagen de abnegado sacrificio personal en beneficio de los súbditos.

Pero esta actitud relativamente ponderada fue precisamente lo que María Antonieta desechó al llegar a Versalles. Novia a los quince y reina a los diecinueve, como todas las adolescentes de su generación bebía profundamente en la fuente de la literatura sentimental. Su biblioteca estaba llena de obras de Richardson, Rousseau, Mercier e incluso Restif de Bretonne. La pasión por las flores, un candor más bien alegre y el rechazo de la formalidad imperturbable eran, después de todo, las virtudes que estaban de moda. Pero, presuntamente debían manifestarse al abrigo de la máscara de la realeza.

Casi desde el principio la reina no hizo concesiones a su papel público. Emitía risitas ante las guerras de guerrillas que libraban las damas de compañía, bostezaba o suspiraba ostentosamente en las ceremonias sin duda interminables que la dejaban completamente desnuda en el frío de su aposento de Versalles mientras las cortesanas se entretenían pasando la enagua real o eligiendo las cintas reales. Además, comenzó a rebelarse contra el uso de los corsés. Las hermanas del rey eran aburridas, las esposas de los hermanos del monarca adoptaban una actitud de agresiva antipatía, y lo que era todavía peor, estaban embarazadas. Poco a poco todos comenzaron a comprender que María Antonieta no estaba dispuesta a resignarse al papel usual representado por las reinas y las princesas borbónicas: la producción de herederos en sumisa invisibilidad, mientras el rey se entretenía de acuerdo con su propio placer. En todo caso, los papeles estaban invertidos; Luis tenía una actitud tímida, y se le veía recluso y modesto, a medida que su esposa se mostraba más atrevida y expresiva. El hermano de María Antonieta se sintió extrañado por este impolítico desafío a la convención. «Ella carece de etiqueta», escribió a su hermano Leopoldo, «sale y corre de aquí para allá sola o acompañada por unas pocas personas, sin mostrar los signos externos de su posición. Se la ve en una actitud un tanto impropia, y aunque eso estaría bien en el caso de una persona privada, lo cierto es que ella no cumple su función...».

José advirtió claramente que su hermana deseaba los privilegios y las complacencias de la monarquía al mismo tiempo que conservaba la libertad de aparentar que en realidad era una persona privada. Pronosticó que esto equivalía a cortejar la impopularidad, e incluso a socavar su legitimidad. Pero María Antonieta estaba decidida a delinear su propia identidad. Rechazó a la consejera que se le había asignado oficialmente, la princesa de Noailles, y eligió a sus propias amigas. La primera de este grupo fue la princesa de Lamballe, cuyo esposo había muerto de sífilis, dejándola viuda a los diecinueve años. Completó el grupo con la princesa de Guéméné, y finalmente, y esto fue lo peor, con una mujer sin duda seductora pero de escasas luces, Yolande de Polignac. Nada de esto habría importado mucho de no haber sido por el hecho de que la reina utilizaba su autoridad para prodigar regalos, cargos y dinero a las favoritas elegidas. Para horror del económico Malesherbes, la

reina restableció el redundante cargo de superintendente de la Casa de la Reina, con un estipendio de 150.000 libras anuales, y una destinataria específica, la princesa de Lamballe. Y con cada una de las favoritas llegaba un nutrido número de parientes y amigos que se aferraban a los costados de la nave del Estado real con la tenacidad de las lapas. Había tías pobres, hermanos pródigos, abuelos mendicantes, baronías arruinadas y plantaciones hipotecadas en las Antillas, y había que satisfacer y restablecer todo esto. De modo que lo que parecía bastante inocente a los ojos de la reina —conceder favores a sus amigos— desde el punto de vista de los que juzgaban con menos parcialidad tenía la forma de una gigantesca red de sinecuras y peculados; el imperio de «Madame Déficit», como la llamaba su cuñado Provence.

Cuanto más pugnaba la reina por ser independiente, más grave parecía la impropiedad. Estaba desalentada por el humor torpe de Luis y la total consagración de Provence, hermano del rey, a las alegrías de la mesa, y comparado con ellos Artois, el hermano más joven, seguramente parecía un paradigma de elegancia, encanto y quizás incluso inteligencia (aunque esto implica forzar un poco la credulidad). Pero no cabe duda de que Artois en efecto conseguía que ella se sintiese inteligente, elegante y —con sus grandes ojos, el labio inferior saliente y cierto atisbo del mentón de los Habsburgo— incluso bella. Los dos pasaban bastante tiempo juntos en el teatro, la mesa de juego y los *concert spirituels*, que formaban los entretenimientos musicales nocturnos de París. Ambos eran partidarios fanáticos del compositor Gluck, y contrarios a su enemigo Piccinni; y ambos, *mirabile dictu*, eran enérgicos defensores de Beaumarchais. Juntos crearon el teatro de aficionados de la corte en el Trianon, donde representaron *El adivino de la Aldea*, de Rousseau, y *El barbero de Sevilla*.



El conde de Vaudreuil

[\(Ampliar\)](#)

Había otros *chevaliers servants* disponibles para mantener lisonjeada y divertida a la reina: Arthur Dillon, el duque de Lauzun, Axel von Fersen, el barón de Besenval, el príncipe de Ligne y especialmente el conde de Vaudreuil. Fuera de Lauzun — que coqueteó tan ofensivamente con la reina durante una visita a la pista de carreras de la Plaine des Sablons que fue desterrado— ninguno de ellos tenía antecedentes nobles convencionales. En boca de los murmuradores crueles todos se destacaban por su linaje extranjero o su relación con otros países: los Dillon eran jacobinos irlandeses, Fersen era un soldado y cortesano sueco, y el príncipe de Ligne provenía de los Países Bajos de los Habsburgo. Parece evidente que la reina se sentía más cómoda con estos extranjeros y advenedizos que con la jerarquía cortesana establecida; pero su favoritismo tendía a provocar distanciamiento. Las campañas de murmuraciones que la persiguieron durante su reinado comenzaron en el propio palacio. Vaudreuil era un blanco preferido. Provenía de una familia de plantadores de las Indias Occidentales, y había impresionado a la sociedad parisiense gastando con la mayor desaprensión posible la fortuna amasada

con el azúcar. Su amante era Yolande de Polignac, favorita de la reina, y esta relación a su vez le atrajo no sólo las bendiciones de la presencia de la reina, sino una cornucopia de cargos, algunos muy lucrativos, todos de elevada jerarquía. Solamente en 1780 fue designado gran halconero de Francia, gobernador de Lille y *maréchal de camp*. A su vez, Vaudreuil cuidaba de su propia gente. Se ocupó de que Elisabeth Vigée-Lebrun, que en 1784 pintó un retrato del conde cargado de condecoraciones, se convirtiese en la artista más importante de la corte (lo cual era merecido), que el hermano de la pintora se incorporase al grupo de los *secrétaires du roi*, lo cual determinó que adquiriese título de nobleza, y que el marido y tratante de Elisabeth recibiese un flujo permanente de clientes encumbrados y ricos. El propio Vaudreuil gozaba con su papel de elegante del antiguo régimen, y le complacía ser su mejor actor aficionado (de acuerdo con la opinión general un Almaviva inspirado). Cargado de enormes deudas, esforzándose para obtener puestos que le permitieran pagarlas y nunca lográndolo del todo, Vaudreuil era precisamente lo que los revolucionarios tenían en mente cuando decían que la corte era el cuarto de juegos de un grupo de niños malcriados y codiciosos.

Parece improbable que uno cualquiera de estos hombres (salvo quizá Fersen, y ese mucho después) fuese más que un adulator amistoso de la reina. Pero el estilo informal que ella promovió y la visibilidad que mostró en los tres teatros principales de París —la Comédie-Française, la Opéra y la Comédie Italienne (contrariando los deseos expresos del rey)— debían hacer el juego de los promotores de escándalos y los autores de materiales pornográficos. María Antonieta estaba pésimamente preparada para el tipo de crítica al que se expuso al reestructurar la identidad real. *Naturaliza* era la palabra de moda hacia la década de 1780, y ella supuso ciegamente que al comportarse «naturalmente» se la creería la inocente que en general era. Pero lo que a los ojos de la reina parecía espontáneo, implicaba una chocante licencia para muchos de sus súbditos. Y en la respuesta irritada y visceral de la gente había más que un elemento de ansiedad psicosexual. Aunque ella difícilmente podía imaginario, María Antonieta representaba una amenaza para el sistema establecido de relaciones entre los sexos. Si se suponía que el rey era la cabeza simbólica de un orden patriarcal, por la misma razón su esposa debía mostrar una apariencia de obediencia, humildad y sumisión especiales. Por supuesto, esto no siempre había sido así en la historia francesa, y no es sorprendente descubrir una súbita irrupción de «historias», publicadas en la década de 1780 acerca de otras reinas extraviadas (es decir, obstinadas e independientes) —sobre todo Ana de Austria (la viuda de Luis XIII) y un caso aún más degradado, Catalina de Médicis— y todas mostrando analogías mal disimuladas con la propia María Antonieta.

Más importante todavía es la franqueza con que la reina representó su propia femineidad. Lo que había sido tolerable, e incluso previsible, en una amante del monarca, era hasta cierto punto intolerable en una reina. Las cosas se agravaban todavía más porque esta femineidad aparecía presentada y diseñada con sinceridad,

más o menos exclusivamente, por otras mujeres. Rose Bertin, modista de la reina, se convirtió en una de las mujeres más influyentes de Francia, y ella misma indujo a María Antonieta a abandonar la rigidez (tanto material como figurada) del atuendo cortesano formal por los vestidos sueltos y sencillos de lino, algodón y muselina blancos, que ella llegó a preferir. Las apariencias formales, con los correspondientes vestidos de *panier* con miriñaque y tocado alto, se limitaban a las «cortes dominicales», e incluso entonces, como recordaba Madame de la Tour du Pin, se había convertido en moda quejarse del hastío de la rutina. Ciertamente, era la faz más anticonvencional de la monarquía, representada en los cuadros de Elisabeth Vigée-Lebrun, la otra amiga muy importante de la reina, lo que suscitaba renovados comentarios.

Aunque gran parte de su obra tiene una calidad sin duda espectacular, hasta hace poco tiempo Vigée-Lebrun fue desechada como otra liviana atendedora del *ancien régime*: una dama de compañía provista de pincel y paleta. Y esta artista ha sufrido tanto como consecuencia de la nostalgia sentimental por el antiguo régimen como por el rechazo del neoclasicismo. Pero en su tiempo fue identificada con razón como un fenómeno, y expuso por lo menos cuarenta cuadros en los Salones Bienales. En 1783, el año en que se convirtió en una de las dos mujeres aceptadas en la Academia Real (la otra fue su rival Adelaide Labille-Guiard), las *Mémoires Secrets* atestiguaban su influencia y renombre:

Cuando alguien anuncia que acaba de llegar del Salón, lo primero que se le pregunta es: ¿Ha visto a Madame Lebrun? ¿Qué opina de Madame Lebrun? E inmediatamente la respuesta sugerida es: Madame Lebrun... ¿no le parece sorprendente?... las obras de la moderna Minerva son las primeras que atraen la mirada del espectador, que le inducen a retornar repetidas veces, que se apoderan y poseionan de él, provocan sus exclamaciones de placer y admiración... los cuadros en cuestión son también los más elogiados, los temas más comentados en las conversaciones mantenidas en París.

Parte de la atracción ejercida por Elisabeth Vigée-Lebrun se relacionaba tanto con la persona como con el arte. Hija de un retratista menor y una madre peluquera de origen campesino, en general se educó ella misma después de la muerte de su padre, cuando tenía doce años. Utilizando modelos de su propia familia, representándolos de un modo audaz y expresivo, en que el brillo del color estaba a la altura del esplendor de las poses y la composición, conquistó reputación de niña prodigio. A los diecinueve años ya se había inscrito en la academia de pintura de Saint-Luc. El matrimonio con el propietario de la casa que ocupaba su madre, el marchand Lebrun, la lanzó en la sociedad de París y le aportó un lugar apropiado para demostrar su talento en las galerías y las veladas organizadas en la residencia urbana. Era inteligente, expresiva y sorprendentemente bella: una combinación sumamente eficaz en el París de la década de 1780. Y consiguió diferenciarse de la masa de académicos grisáceos o pseudo-Boucher promoviendo tanto en su vida social como en su arte el culto de la naturalidad. En sus veladas se servían únicamente pescados, aves y ensaladas. En la famosa *souper au grec* despojó a Lebrun de sus pretensiones,

«quitándole el polvo, deshaciendo los rizos laterales y depositando sobre su cabeza una corona de laurel», mientras se servía pastel de miel con pasas de Corinto y se bebía un vino chipriota.

La pintora llevó esta actitud de ostentosa sencillez al centro mismo de la corte. En sus memorias (sin duda idealizadas) Elisabeth evocó dos improvisados dúos de canciones de Grétry con la reina. En otra ocasión, observó admirada cómo María Antonieta obligaba a su princesa de seis años a cenar con una niña campesina de su misma edad (a quien incluso debió esperar). El polvo sobre los cabellos, los tocados complicados, los corsés y las enaguas abullonadas se vieron completamente desterrados, excepto en las ceremonias formales. En cambio, se alentó la caída de los cabellos en rizos naturales sobre los hombros; se utilizaron flores y hebras de hierba como adornos en los bonetes de paja y los sombreros rústicos de ala ancha. Se expuso la línea natural del cuerpo bajo los vestidos diáfanos semejantes a camisas, de lino de algodón blanco o color marfil, recogido bajo el busto y atado flojo con una cinta. La duquesa de Polignac, que, fuera cual fuese el criterio aplicado, poseía una sorprendente belleza, fue pintada con este nuevo uniforme con la apariencia de una fruta recién arrancada y sabrosa. Incluso cuando los que posaban se resistían a recorrer todo el camino que llevaba a la informalidad, Vigée-Lebrun hallaba el modo de conseguir que sus actitudes fuesen menos monumentales.

Como despreciaba el atuendo usado entonces por las mujeres hacía todo lo posible para lograr que fuese más pintoresco, y me sentía complacida cuando conquistaba la confianza de mis modelos, que me permitían vestirlos como me agradaba. Los chales todavía no estaban de moda, pero yo utilizaba anchos pañuelos de liviano tejido alrededor del cuerpo y sobre los brazos, y de ese modo intentaba imitar el hermoso estilo de Rafael y Domenichino.

Se presentó todo esto como el atuendo de la inocencia natural, pero a semejanza de algunas de las voces de las jóvenes de Greuze, a las que recordaba, poseía un inequívoco poder erótico. En la *Bacchante*, de Vigée-Lebrun, pintada el año del escándalo del collar de diamantes, este efecto era explícito, pero alguno de los elementos de este diseño y su carga sexual fueron transferidos a los retratos: los dientes que se destacan en una sonrisa con los labios



Bacchante

[\(Ampliar\)](#)



Madame Grand

[\(Ampliar\)](#)

entreabiertos, o las pupilas vueltas hacia arriba en el cuadro de Catherine Grand, la actriz «mantenida», y más tarde esposa de Talleyrand. Sin embargo, el cuadro de Grand es una excepción, en cuanto presenta a una mujer como una especie de propiedad sexual. En general, la gran serie de retratos de mujeres ejecutados por Vigée-Lebrun en la década de 1780 parece notablemente libre del voyeurismo rococó. En lugar de apartar la cabeza del espectador y mostrar el cuerpo, las mujeres

representadas aquí —entre ellas la artista— miran directamente, con expresiones de desafiante independencia. A menudo aparecen en grupos de amigas o con sus hijos en desembarazadas poses de afecto y abrazo. Esta negativa a complacer a los contemporáneos parecía al mismo tiempo sugestiva y alarmante.

Por supuesto, cuando llegó el momento de representar a la reina, algunas preocupaciones especiales mediaron entre el estilo «natural» de Vigée-Lebrun y el encargo. Llamada por primera vez a la corte en 1778, cuando tenía apenas veintitrés años, presentó obedientemente una imagen por completo tradicional, la cara en tres cuartos de perfil, adornos de plumas, y el atavío de una enorme *robe à panier*. Hacia 1783 había sobrevenido una transformación, y el retrato de la reina presentado en el Salón la mostraba ataviada con un sencillo vestido de muselina, y sosteniendo una rosa. Siguieron otras obras del mismo estilo, muchas de ellas copiadas para las embajadas francesas del exterior y para los clientes privados.

Nada de esto ayudó a contener el deterioro de la reputación de la reina. En verdad, es posible que lo apresurase, porque parecía confirmar cierta imagen de menosprecio casual por la decencia de las formas. En todo caso, por la época del Salón de 1785 se manifestó cierta inquietud acerca del modo en que debía representarse a María Antonieta frente a los ojos del público. El cuadro exhibido ese año fue creación del artista cortesano sueco Wertmuller, y la mostraba paseando por el parque de Versalles con sus hijos. Cabe presumir que se esperaba que respondiese a la moda de los grupos de familias sentimentales. Pero estaba realizado con tal torpeza y rigidez que vino a reforzar la opinión poco amable de que la propaganda doméstica disimulaba el libertinaje íntimo. Se retiró el cuadro y se encargó un sustituto a Vigée-Lebrun; la reina había perdido un hijo, y la pintora aprovechó la simpatía provocada por este episodio, y la mostró sentada con los niños supervivientes enfrente de una cuna significativamente vacía. La obra era espectacular, pero también padeció las consecuencias de una actitud ideológica defensiva que no armonizaba bien con las vulgaridades domésticas del cuadro. Pues si se realizaba un esfuerzo para mostrar como madre a María Antonieta, poner el cuarto de los niños inmediatamente frente al Salón de los Espejos de Versalles, y envolverla en un vestido formal de terciopelo tendía a señalar que también continuaba siendo reina. La obra fue exhibida en el Salón de 1787, y provocó diferentes reacciones.



María Antonieta y sus hijos

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Cuando se expuso este gran retrato, el Salón era el único lugar en que podía verse a la reina fuera de la corte. Lastimada por la cortina de pornografía violenta —de la cual ciertamente tenía conciencia—, ella evitaba las miradas del público. En las pocas ocasiones en que se aventuraba a asistir al teatro era recibida con helado silencio o incluso con comentarios por lo bajo. Contrastaban con este silencio las canciones alegres e insultantes que podían oírse alrededor de los cafés de París y sobre el Pont Neuf:

Notre lubrique reine

D'Artois le débauché

Tous deux sans moindre peine

Font ce joli péché

Eh! mais oui-da

Comment peut-on trouver du mal a ça?; ¿Quién tiene inconveniente?

Nuestra lasciva reina

con el disipado Artois

juntos y sin dificultades

cometen el dulce pecado

pero qué más da

Esta hermosa pareja

ciertamente nos ha convencido

de que el gran rey de Francia

es un perfecto cornudo

pero qué más da

¿Acaso alguien tiene

inconveniente?

Cette belle alliance

Nous a bien convaincu

Que le grand Roi de France

Est un parfait cocu

Eh! mais oui-da

Comment peut-on trouver du mal a ça?;

Otros formulaban conjeturas acerca del tamaño de los órganos reales y/o de su potencia, o del número de amantes de la reina en ambos sexos y la cronología de sus favores. Más aún, en Estrasburgo se acuñó una moneda que mostraba el perfil del rey con un inconfundible par de cuernos adheridos a la cabeza. La literatura del arroyo

era aún más descarada. Un artículo popular, *Les Amours de Charlot [Artois] et Toinette*, comenzaba mostrando a María Antonieta, que se masturbaba y pasaba a la orgía de costumbre.

El prototipo de muchos de estos materiales era el *Essai Historique sur la vie de Marie-Antoinette*, publicado por primera vez en 1781, de nuevo en 1783 y más tarde con revisiones anuales para mantenerlo actualizado con los hechos que se sucedieron hasta la ejecución de la reina, en 1793. El verdugo público quemó quinientos treinta y cuatro ejemplares en la Bastilla, el año 1783, pero aun así era un material favorito de los contrabandistas de libros clandestinos, y se distribuía profusamente en París. Adoptaba la forma de una confesión autobiográfica, que a veces parecía anticipar exactamente las acusaciones revolucionarias:

Catalina de Médicis, Cleopatra, Agripina, Mesalina, mis hazañas han superado las vuestras, y si la memoria de vuestras infamias todavía provoca un estremecimiento, si sus terribles detalles nos ponen los pelos de punta y brotan lágrimas de los ojos, qué sentimientos provocará el conocimiento de la vida cruel y lasciva de María Antonieta... reina bárbara, esposa adúltera, mujer sin moral, mancillada por el crimen y la disipación, estos son los títulos que representan mis condecoraciones.

La «vida» que sigue, es, como ella misma confiesa, la existencia de una «despreciable prostituta»: en 1775, la víspera de la coronación, pasa la noche en la Porte Neuve de Reims, una «isleta de amor», vestida como una bacante, copulando durante tres horas con un «Hércules» seleccionado; aprendiendo nuevas posturas de Artois, en el Trianon, experimentando a voluntad con las damas de su casa, y especialmente con la Polignac. Los tres vicios más destacados en esta literatura eran la masturbación, el lesbianismo y la ninfomanía insaciable. Esto no era casual, pues cada una de estas formas ocupaba un lugar destacado en la literatura médica de la década de 1780, escrita tanto en estilo científico como en las versiones vulgares más previsibles: la excitación disfrazada de edificación. La versión confesional del apetito sexual de María Antonieta en los *libelles* incluía exactamente el tipo de síntomas que la obra muy popular de Bienville, *Ninfomanía, o tratado acerca de la furia uterina* recomendaba a sus lectores identificar en la ninfomaníaca compulsiva. «Apenas veo a un hombre apuesto o una mujer bella, mi cuerpo se inquieta, y una expresión de complacida posesión se dibuja en mi cara; apenas puedo disimular la violencia de mis deseos».

La María Antonieta de los *libelles* era un monstruo sexual, infectado por la enfermedad que había contraído al acostarse con un cardenal disoluto, y puesto que el lesbianismo era conocido como «el vicio alemán», constituía una presencia extraña en el cuerpo político. Por lo tanto, se entendía a menudo que las perversiones sexuales de María Antonieta eran estratagemas políticas.

En 1785 estalló una crisis cuando el hermano del emperador austríaco José II intentó forzar el paso del estuario del río Scheldt, para ampliar la libertad de la navegación de los puertos de Ostende y Amberes, en los Países Bajos austríacos. Esta

iniciativa implicaba violar los compromisos incluidos en los tratados de Francia con la República Holandesa, que debía perjudicarse con ese cambio; y como las dos potencias habían sido aliadas en la guerra americana, la actitud lógica debía ser oponerse a la maniobra austríaca, si era necesario amenazando con la guerra. Afligida por esta posibilidad, la reina intervino activamente y convenció al rey de que moderase la posición francesa. Aunque la crisis se desactivó, los que eran hostiles a la reina interpretaron la interferencia como otro ejemplo de su colonización de la corte en beneficio de una potencia extranjera. Se convirtió, más que nunca, en María Antonieta de Austria.

Todas estas demonologías sexuales —la prostituta-espía, la dominadora del rey, la corruptora de la Constitución— se activaban gracias a una polémica densamente emponzoñada, y sin duda contribuyeron al desgaste fenomenalmente rápido de la autoridad real a fines de la década de 1780. Al principio de la Revolución, cuando la reina representó un papel más agresivo en política y muchos sospecharon que ella fomentaba conspiraciones militares contra la Asamblea Nacional, sus críticos invocaron otra fuente de monstruosidad, injertada sobre la imagen que ya era repulsiva. A mediados de la década de 1780, se difundieron relatos sobre una «arpía» —una criatura alada de apetitos salvajes y talones brutales— que había sido descubierta en Santa Fe, Perú. Los impresores de grabados populares, siempre a la pesca de novedades, aprovecharon bien el asunto, y como podía preverse, en 1791 la reina apareció con la forma de este fabuloso horror, aferrando con sus garras los «Derechos del Hombre».



La demolición de la imagen de María Antonieta fue un fenómeno patético. Ella se había despojado de la máscara de la realeza en beneficio de la naturaleza y la humanidad (y también obedeciendo a sus propias inclinaciones) para quedar representada, precisamente ella, como un ser antinatural e inhumano. Cuando finalmente la «Viuda Capeto» fue llevada ante el tribunal revolucionario, la confluencia del crimen sexual y el político cobró carácter explícito. Gravemente insultada en el lenguaje de los *libelles*, como una persona «inmoral en todos los

aspectos, una nueva Agripina»; acusada de complicidad con el emperador y (antes de la Revolución) de enviarle en secreto doscientos millones de libras, finalmente fue acusada por el director del periódico *Le Père Duchesne* y el presidente de la Comuna Revolucionaria de París, René Hébert, de abusar sexualmente de su propio hijo, el desgraciado delfín, que entonces tenía unos once años. Ella y su cuñada, Madame Elisabeth, obligaban al niño (según la confesión de este) a dormir entre ellas, «en cuya situación él se había acostumbrado a las más abominables indulgencias». Le habían enseñado a masturbarse, pero no, según creía Hébert, simplemente para el propio placer de las damas, sino con propósitos políticos incluso más siniestros. En la base del sombrío pronóstico de los efectos de la masturbación explicado en *Onania*, del doctor Tissot, la acusación era que ellas deseaban «debilitar la constitución del niño con el fin de adquirir cierta ascendencia sobre su mente».

Para responder a estas acusaciones, María Antonieta replicó: «Guardo silencio sobre ese asunto porque la naturaleza abomina de todos esos crímenes». Pero su respuesta final respondió al estilo del cuadro de una reina maternal pintada por Vigée-Lebrun: «Apelo a todas las madres presentes en esta sala... ¿semejante crimen es posible?»

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

II - Retrato de Calonne

El 14 de febrero de 1787 el controlador general Calonne llamó a Talleyrand a Versalles. De acuerdo con la versión del propio Talleyrand, respondió a la llamada con sentimientos contradictorios. Por una parte, le halagaba la atención. Calonne había convencido al rey de que convocase a una Asamblea de Notables que presuntamente debía considerar las medidas necesarias para salvar de la bancarrota las finanzas públicas francesas. Aunque se entendía que la Asamblea sería rigurosamente consultiva, su inauguración (postergada dos veces, pero ahora fijada para el 22 de febrero) ya había sido saludada como el principio de una nueva era de la historia francesa. En su carta a Talleyrand, Calonne le pedía que ayudase a redactar memorándums que serían presentados a los notables como base de sus deliberaciones. Consciente de que esta podría ser una oportunidad especial para promover su propia reputación, Talleyrand mal podía declinar un encargo de tanta importancia.



Calonne

[\(Ampliar\)](#)

Por otra parte, no le entusiasmaba mucho la perspectiva de dejar las comodidades de París por el tedio de Versalles, sobre todo durante los días oscuros y lluviosos del invierno. La vida había sonreído al hombre a quien sus amigos denominaban sardónicamente «el abate de Périgord». A los treinta y tres años, incluso había creado el tipo de nido doméstico que jamás conociera en su infancia, aunque en una versión característica por su heterodoxia. Su amante, la condesa de Flahaut (hija ilegítima de un recaudador general) se había casado a los dieciocho años con un oficial de cincuenta y cuatro. Su cuñado, el conde d'Angivillier, era superintendente de los edificios del rey (es decir, de los lugares oficiales) y amablemente suministró a la joven condesa un aposento privado en el Louvre. Allí, ella organizó un salón de artistas e intelectuales complacientes, pero también tuvo un feliz ménage con Talleyrand, que en 1785 fue padre de un vivaz varoncito. A pesar de toda su reputación de distanciamiento, la minoría selecta aceptada en este círculo de familia describe una atmósfera de amable intimidad, que se contradice con la personalidad pública del abate. El agente comercial norteamericano Gouverneur Morris, que estaba seriamente enamorado de Adelaide de Flahaut, se sintió aún más angustiado al presenciar la satisfacción al parecer inmovible de la pareja.

Talleyrand cenaba a menudo con su amante y su hijo, pero desayunaba tarde con los amigos en su propia casa de la rue de Bellechasse. Con su acostumbrada perspicacia había comprendido que la sociedad parisiense era una galaxia formada por muchas y pequeñas constelaciones planetarias, todas girando en sus propias

órbitas, a veces cruzándose con otras y en ocasiones chocando. Lo esencial era que a uno se le identificase como el centro de una de esas constelaciones, y él había llegado a ese resultado a la edad de treinta años. Los satélites que giraban alrededor de su persona eran todos notablemente luminosos: Choiseul-Gouffier, cuyos viajes por Grecia le habían conquistado la reputación de experto en la materia y un lugar en la Academia; el conde de Narbonne (el más inteligente de los muchos bastardos de Luis XV), un hombre racional, amoral y bien vinculado; el joven escritor fisiócrata Du Pont de Nemours; el duque de Lauzun, héroe de la guerra americana, a quien se había desterrado de la presencia de la reina, si bien eso había realzado más que manchado su reputación; el obligatorio científico y médico, el doctor Barthès de Montpellier; y el banquero suizo igualmente obligatorio Panchaud, fiero enemigo de Jacques Necker.

Se hubiera dicho que Talleyrand había organizado este grupo como un festín abundante pero bien equilibrado, y así la severidad intelectual de Panchaud y Du Pont de Nemours destacaba todavía más el alimento abundoso representado por Lauzun y Narbonne. Comentaban temas serios, pero lo hacían sin solemnidad impropia, y probablemente ese estilo que consistía en tratar amablemente los asuntos muy serios fue el factor que atrajo la atención de Calonne sobre Talleyrand, pues el *modus operandi* de aquel era aproximadamente el mismo. Eran vecinos cercanos, y solía aparecer cada uno en las ocasiones sociales organizadas por el otro. Pero un estilo elegante no habría sido suficiente si Calonne no hubiese percibido algo mucho más importante en Talleyrand: el aprecio por la fuerza de los datos. Después de su ordenamiento en 1779, se había otorgado a Talleyrand un beneficio en Reims, y eso bastaba para sostener una vida cómoda; pero Talleyrand era mucho más ambicioso. Se orientó hacia el único sector del mundo eclesiástico que le pareció soportable: la administración comercial. Y en esa área, como agente general atento a la inmensa propiedad de los episcopados, estuvo en su elemento. La codicia aplicada era un talento natural, y él lo ejerció concienzudamente en su propio beneficio y en el de su orden.

Otra de sus cualidades principales tenía que ver con la organización burocrática, y como representante general abordó la realización de una masiva encuesta de todos los intereses económicos de la Iglesia, desde los sueldos de los curas de aldea a los hospitales y los asilos de pobres mantenidos por la Iglesia en todo el país. Mientras realizaba una gira de inspección, incluso se complicó en asuntos que no eran parte de un informe convencional, pero que según él vio, gracias a su capacidad para los negocios públicos, requerían atención. Por ejemplo, en Bretaña se sintió tan impresionado por el número de mujeres cuyos maridos no regresaban del mar, pero que no podían ser declarados oficialmente muertos, que trató de posibilitar un nuevo casamiento después de transcurridos varios años. En la Asamblea General del clero, en 1785, esta sugerencia fue considerada absolutamente impropia y rechazada, pero muchos más se sintieron impresionados por el dominio que demostraba Talleyrand y

que se basaba en una inmensa carpeta de cifras e información relacionadas con la Iglesia. Su enorme informe, comentó el arzobispo de Burdeos, era «un monumento de talento y celo», y la Asamblea recompensó debidamente sus servicios con una donación especial de veinticuatro mil libras.

Con esta reputación de capacidad para los asuntos concretos y de *savoir faire* en los asuntos políticos, Talleyrand fue empleado por Calonne para actuar como agente y ayudante oficioso. Su recluta más conspicuo y difícil fue Honoré-Gabriel Mirabeau, hijo impetuoso de un padre tiránico que le envió a la cárcel muchas veces por diferentes actos de desobediencia. Aunque seis años mayor que Talleyrand, Mirabeau comenzó arrojando ramilletes de rendida admiración a los pies de su empleador. Se le encomendó una misión ante la corte de Federico el Grande, en Berlín, pero su condición oficiosa irritó a Mirabeau, y antes de que pasara mucho tiempo ya estaba criticando a su mentor. «De buena gana vendería su alma por dinero», se quejaba de Talleyrand, «y de ese modo haría un buen negocio, pues estaría canjeando mierda por oro». Sin embargo, a principios de 1787 los dos hombres adoptaron la misma posición con respecto a la importancia de la inminente Asamblea de Notables. Mirabeau escribió a Talleyrand que él advertía «un nuevo orden de cosas que puede regenerar a la monarquía. Me consideraría yo mismo mil veces honrado siendo el menos importante de los secretarios de esta asamblea, cuya idea [se tomaba el cuidado de añadir] tuve la buena fortuna de concebir inicialmente...» Y rogaba a Talleyrand que le liberase de su exilio en Prusia con el fin de participar en ese trascendente renacimiento. Con estos tipos de fanfarrias resonando en sus oídos Talleyrand respondió a la convocatoria de Calonne. Las infladas expectativas acerca de una nueva época, del restablecimiento de la salud de las finanzas, de la confianza pública que florecería con el deshielo, provocaban en él una inquietud visible. Pero ciertamente esperaba que Calonne, a quien admiraba con sinceridad, ejerciera un firme dominio de las cosas. Sufriría una brusca desilusión.

Cuando entró en el despacho de Calonne, Talleyrand encontró allí a un grupo heterogéneo. Incluía a Pierre Gerbier, alto magistrado del Parlamento de París, orador famoso y uno de los pocos *robin* que había sido perdonado por el desempeño de un cargo con Maupeou. Quizá precisamente su historia anterior le recomendaba a los ojos de Calonne, que veía en Gerbier a un pragmático útil. Con él estaba un fósil inmensamente anciano, que había vivido la experiencia de tres reinados: el marqués de La Galaizière, que había iniciado su prolongada carrera como *intendant* bajo la Regencia. También estaba Du Pont de Nemours, del ambiente del propio Talleyrand, así como otros dos ayudantes de Calonne que habían estado trabajando en proyectos que serían presentados a los notables. Cuando se sentaron, cada hombre recibió grandes fajos de documentos asegurados con cintas, y Calonne anunció que eran la materia prima con la que presuntamente tenían que elaborar un programa de reformas que fuese aceptable para la Asamblea, o que por lo menos la indujese a abstenerse de maniobras obstructivas. Talleyrand, a quien se asignó el proyecto de restablecer el

comercio libre de granos, se sintió abrumado. Como todos, sabía que Calonne había estado gravemente enfermo (los amigos decían que tenía accesos de tos con sangre; sus enemigos afirmaban que era el castigo de la disipación), y que este hecho había demorado tanto la preparación de los proyectos de reforma como la inauguración de la Asamblea (anunciada inicialmente para el 29 de enero). Pero no había previsto que dispondría sólo de una semana para plasmar la información básica y conferirle una forma suficientemente persuasiva, que desarmase el escepticismo que todos esperaban de los notables.

De pronto advirtió que el controlador general, a quien había admirado durante años por creerle un juez sagaz de los asuntos públicos, había cometido un colosal error político. Pues se le habían escapado totalmente las consecuencias que derivaban de su iniciativa. Sólo así podía explicarse el evidente descuido de sus preparativos. Para Talleyrand estaba claro que Calonne veía en la Asamblea un obediente sello de goma que aprobaría el impuesto sobre la tierra que se disponía a proponer.

La súbita revelación de que Calonne era un jugador impulsivo fue más alarmante para Talleyrand porque había compartido el juicio sobre el controlador general como un hábil piloto en contingencias imprevistas. Calonne había sido designado en el cargo el año 1783, después de un pánico provocado por los intentos de reforma financiera de su predecesor d'Ormesson. Todo lo que d'Ormesson había hecho era retomar los planes de Necker destinados a traspasar parte de la Recaudación General a una *régie* administrada por el Estado. Y había intentado aportar a la Caisse d'Escompte —fundada en 1776 como una imitación subcapitalizada del Banco de Inglaterra— cierta eficacia, imponiendo la circulación de su papel moneda. No era mucho, pero en el estado de inquietud del mercado monetario de París fue suficiente para iniciar una corrida sobre las letras de cambio de la Recaudación, que eran muy usadas para realizar pagos comerciales. Calonne calmó los ánimos al restablecer los términos integrales del contrato de impuestos de la Recaudación General, y aclarar que él trabajaría en el marco de las convenciones financieras corrientes, más que oponiéndose a ellas. En lugar de presionar sobre el papel de la Caisse, prefirió afirmar la confianza en el Banco al permitir el uso de su dinero para el pago de impuestos y al ampliar su concesión. Lo que es más importante, creía que su viabilidad estaría unida al éxito comercial demostrado, de modo que a partir de 1785 los dividendos estarían relacionados con las ganancias reales originadas en las condiciones precedentes (más que en las especulaciones de corto plazo). Se reprochó mucho a Calonne (en el momento dado, sobre todo lo hizo Necker) por su servil capitulación ante los intereses creados. Los críticos señalaron que había canjeado la calma a corto plazo por el desastre a largo plazo. Y como después procedió, a lo largo de los tres años siguientes, a tomar prestados más de quinientos millones más de libras para mantener a flote el gobierno, es difícil dudar de este veredicto negativo sobre su administración.

Pero Calonne no era sólo una cabeza hueca presidiendo la administración de una

bolsa vacía. Su régimen en efecto se atuvo a cierta política de principios, incluso si en definitiva el resultado fue desastroso. En todo caso, estuvo regido por una consideración importante que Necker, el crítico más tenaz de Calonne, no atinó a contemplar: los costos de la paz eran casi tan elevados como los costos de la guerra. Los cálculos de Necker se basaban en el supuesto de que después del fin de la guerra americana, el gobierno francés podía adherir a un nivel de gastos militares significativamente más modesto. Pero Vergennes, que continuó siendo la figura principal del gobierno hasta su muerte, en febrero de 1787, sabía que no era así. Creía que para beneficiarse con las oportunidades creadas por la paz de 1783 era esencial que el equipo y la preparación de la Marina y el Ejército franceses mantuvieran un nivel elevado. Y en esta posición contó con el apoyo de De Castries y Saint-Germain, ministros de la Marina y el Ejército respectivamente, y ambos administradores militares modernos agresivos y reformistas. Después de las victorias de Suffren en el Océano Indico incluso existía la posibilidad de aliarse con el creciente poder del sultán de Mysore para restablecer la influencia en la región Carnática del subcontinente. Vergennes decía que descuidar estas cuestiones equivalía a provocar otra derrota del tipo que se había sufrido en la Guerra de los Siete Años. Esta situación, más que la prodigalidad de los gastos de la corte, gobernó el lamentable esquema de préstamos de Calonne. Incluso si probablemente era imprudente que el controlador general comprase los palacios de Rambouillet y Saint-Cloud para la corona, los gastos de todos los rubros de la corte —incluidos los extravagantes hermanos de las casas del rey— nunca pasó de los cuarenta millones de libras sobre un presupuesto total de alrededor de seiscientos millones, es decir, del 6 al 7 por ciento. Para citar esta cifra en perspectiva, digamos que era aproximadamente la mitad de la proporción del presupuesto británico gastado en la monarquía.

En vista de esta reclamación, ¿qué podía hacer Calonne para lograr que fuese soportable? No se limitó a saltar de contingencia en contingencia, apelando a recursos completamente improvisados. Por el contrario, en todo caso fue bajo su controlador como el gobierno contó con lo que más se parecía a una política económica concertada desde Turgot. El propio Calonne tenía escasos antecedentes en economía y finanzas, y dependía del consejo de tres fuentes. La primera era Isaac Panchaud, el ginebrino cuyo trabajo acerca del crédito público había aparecido en 1781, y que había conquistado una reputación formidable en el ambiente formado por todos los que se habían sentido alejados por la severidad de Necker (Lo mismo que otras ciudades, París contaba con un grupo de banqueros suizos). El consejo esencial de Panchaud a Calonne fue evitar que el mecanismo financiero existente sufriera daños estructurales, y más bien tratar de que su funcionamiento fuese menos gravoso creando nuevas líneas de crédito con mejores condiciones. En concreto, esto significaba evitar los ataques directos a los recaudadores generales, pero permitiendo la competencia de los bancos de Amsterdam, cuyas anualidades podían flotar en el nivel del 5 por ciento. En la década de 1780, los préstamos holandeses y los suizos de

pronto cobraron importancia, y aportaron al gobierno más flexibilidad en sus programas y condiciones de reembolso.

El respiro aportado por este nuevo crédito debía usarse no para promover la inmovilidad, sino como base de esfuerzos coordinados que debían mejorar la infraestructura y el desempeño económicos franceses. Y aquí comenzaron a actuar otros dos grupos de consejeros de Calonne: la segunda generación de fisiócratas y los más aptos de los funcionarios reales instruidos para supervisar las empresas económicas. En el elenco estable de jóvenes burócratas de Calonne estaban Mollien, Gaudin, el abate Louis, Maret; todos los cuales ocuparían el centro del gobierno napoleónico, y algunos (por ejemplo Louis) serían elementos casi permanentes de la administración financiera francesa de principios del siglo XIX. Sólo si uno supone que dicho «antiguo régimen» estaba destinado a desaparecer de la faz de la tierra podría sorprenderse al ver estos procesadores vivientes de datos como parte del futuro más que del pasado. Con los fisiócratas como Du Pont de Nemours, elaboraron una política económica que era un compromiso calculado entre la libre empresa y el paternalismo oficial. Varias de estas medidas tuvieron un sesgo notablemente radical, y exigían una preparación cuidadosa. El hecho de que las presentase a los notables como parte del paquete impositivo sin embargo no debe oscurecer su importancia independiente.

Por ejemplo, en el «Proyecto de gravamen único», se eliminaba la multitud de derechos aduaneros internos y se remplazaban con una sola tarifa. Esto era menos un gesto de confianza en el *laissez-faire* puro que de nacionalismo económico (también aquí un anticipo de la política napoleónica), pues la libertad de comercio en Francia debía complementarse con la imponente elevación de las barreras en sus fronteras. Se observaba la misma distinción cuidadosa en la restauración de la libre circulación del grano, pues mientras se liberaba el comercio interior, la exportación fuera del país (fuente de amargas quejas en el pasado) estaba subordinada al índice de los precios corrientes. Cuando este índice superaba cierta plataforma, se restablecía la prohibición de exportar. Sobre todo, la relación económica con Gran Bretaña estaba regida por lo que podría denominarse oportunismo de Estado. Se habían llevado ingenieros al norte de Francia para instalar máquinas hiladoras y la hiladora mecánica de Crompton, y a fines de 1786 se abrigaba la esperanza de llevar al famoso Matthew Boulton y a James Watt de las Midlands británicas a Francia. En efecto, visitaron París, pero sólo para realizar consultas sobre las máquinas de vapor que se utilizarían en los nuevos sistemas de bombeo de Marly.

Si las compañías de capital social en efecto crecieron en este período, las finanzas originadas por el Estado cobraron una nueva importancia en la fundación de empresas que necesitaban capital para innovar con la creación de nuevas fábricas. Pero lo que el gobierno de Calonne concedía con una mano parecía arrebatárselo con la otra, pues la culminación de las nuevas medidas fue un acuerdo comercial con Gran Bretaña, firmado en 1786, que abría el mercado de cada uno a los artículos del otro.

No es necesario destacar que si bien el vino y las sedas francesas prosperaron con este acuerdo, otros textiles y los artículos de hierro sufrieron el ataque de la competencia barata procedente de las manufacturas británicas, mucho más adelantadas. Pero la opinión de Calonne y sus consejeros parece que fue que, en el largo plazo, esta situación representaba una competencia saludable que estimularía a los productores franceses a emular a sus contrapartes británicas.

Una mera lista de estas iniciativas económicas, pese a que la mayoría era positiva, no refleja la esencia del asunto. El gobierno de Calonne supuso siempre (como antes Turgot) que sus planes debían ser impuestos más que propuestos a Francia. Esta es probablemente la razón por la cual tantos de sus protegidos fueron tan buenos burócratas napoleónicos. Calonne se había educado en la tradición absolutista del servicio a la corona como *intendant*, primero de su nativa Flandes y después de Metz en la generalidad de los «Tres Obispados». Ambas eran áreas muy importantes de la iniciativa económica, sobre todo de los textiles, y Calonne tenía antecedentes minuciosos de fomento a esa actividad. Pero era el epítome del funcionario centralizador de Tocqueville, distribuyendo subsidios aquí y allá, concediendo premios a inspirados ensayos sobre la carda mecánica de la lana, como un maestro de escuela recompensa a los alumnos diligentes.

Como controlador general, no tuvo mejor desempeño en el campo de las relaciones públicas. Calonne en efecto mostró cierto interés por escritores como Mirabeau y Brissot, pero sólo en cuanto eran espías en el submundo literario o alquilones útiles a quienes podía contratarse para que produjesen material de propaganda al servicio de la línea oficial (Mirabeau demostró que era incapaz de este tipo de adhesión imperturbable a la corona). Pero en general, Calonne cooperó con la decisión de Vergennes de amordazar la crítica de la prensa opositora, bloquear los caminos por los cuales entraba de contrabando el material, y secar las fuentes de la opinión hostil. Los editores como Panckoucke, que estuvieran dispuestos a aceptar los límites de una opinión moderada (en el *Mercure de France*, relativamente anodino), podían ser domesticados mediante la cooptación. Esta política de amordazamiento de la oposición no careció de éxito, sobre todo en los primeros años de la administración de Calonne. En 1784, en la cumbre de su poder, posó para Madame Vigée-Lebrun, exhibiendo, a juzgar por el retrato acabado, una expresión de plácida autosatisfacción. Pero la pintora tuvo buen cuidado de conferir a su sujeto un aire de inteligencia vivaz en los ojos y a través de los atributos del cargo distribuidos sobre el escritorio. El retrato de Calonne proclama la elevada jerarquía obtenida mediante el cumplimiento concienzudo del deber. Sólo más tarde las ironías involuntarias de la representación se revelarían dolorosamente. Pues mientras Calonne sostiene una carta dirigida conspicuamente a su único amo, el rey, el documento más prominente de su escritorio es la carta de la Caisse d'Amortissement, el «Fondo de Amortización», teóricamente destinado a reunir recursos que podrían consagrarse a reducir el capital de la inmensa deuda nacional. En definitiva,

desapareció Calonne, y no la deuda.

Y cuando ya fue imposible borrar la reputación de prodigalidad y opulencia de Calonne, su retrato sería interpretado como la factura de un sastre de exaltada jerarquía. Ahí están los puños de encaje *à la valencienne*, y la chaqueta de tafetán florentino, prendas todas procedentes de Vanzut y Dosogne, los sastres más inteligentes y caros de París. También los grandes tinteros creados por el joyero de la reina, Granchez, en el quai de Conti, donde Calonne había comprado un bastón de caña coronado por una empuñadura de oro muy trabajado que era la comidilla del Palais-Royal. El cuadro también huele al agua de lavanda que según todos sabían era su preferida. El controlador general no intentaba disimular su afición a los lujos caros. Vestía con librea completa a sus muchos criados, y tenía asientos revestidos de piel no sólo en el interior de sus carruajes, sino también en los lugares destinados a sus cocheros, para mantenerlos abrigados en invierno. Aparte de la casa del controlador, redecorada por Calonne de la base a la cima, podía residir en uno de los dos castillos o en la casa de la rue Saint-Dominique, donde tenía su espectacular colección de cuadros (Watteau, Rembrandt, Tiziano, Giorgione, Boucher, Fragonard y Teniers).

Su cocina era igualmente famosa o notoria, según el lugar que uno ocupase en la lista de invitados. El chef principal, Olivier, presidía como un barón un enorme *équipe de sauciers, pâtissiers* y otros especialistas de la mesa. Había tres criados dedicados exclusivamente a atender las carnes asadas, con su propio ayudante, un jovencito llamado Tintin. Calonne tenía debilidad por las trufas, y se las enviaban en canastos de Périgord; por los cangrejos frescos y las perdices jóvenes y, lo que es más sorprendente, los macarrones de Nápoles, servidos con parmesano o gruyère, un plato que uno habría creído incompatible con los puños de encaje. Cuando pasaba de su propio palacio oficioso al oficial de Versalles, Calonne sin duda reproducía sus esplendores en una escala apropiadamente regia. Bajo su régimen se ofrecieron los últimos bailes de Versalles con un elegante desembarazo que a los ojos de generaciones de futuros y nostálgicos admiradores recrearían la visión de la antigua monarquía avanzando siempre al ritmo de un minué, mientras las fuentes de mármol vertían agua perfumada en cuencos labrados.

Todo esto estaba muy bien mientras los préstamos continuasen y la atmósfera económica se mantuviese en calma. Pero la perspectiva de todas estas cuestiones se ensombreció considerablemente a partir de 1785. En Amsterdam la perspectiva de obtener nuevos créditos con tasas bajas de interés se había complicado a causa de una crisis política que amenazó convertirse en revolución. Una grave sequía ese verano determinó la peor cosecha conocida durante cierto tiempo. A su vez, parecía probable que la mala cosecha redujese el poder adquisitivo de los consumidores franceses y agravase las condiciones de un mercado que ya se había visto gravemente dañado por el flujo de manufacturas británicas como consecuencia del tratado comercial.

Cuando el conjunto de estas malas noticias se unió con el Asunto del Collar de

Diamantes, pudo hacerse un comentario acremente crítico de la administración de los asuntos nacionales por Calonne. A pesar de los grandes esfuerzos de la policía para contener el flujo, la demanda de folletos y libelos insultantes era demasiado grande y la oferta demasiado activa, de modo que no se podía amordazar a la oposición. A juicio de los críticos, la prodigalidad financiera de Calonne de un modo o de otro se relacionaba con las extravagancias de la corte, con la conspiración, la mendacidad y la autocomplacencia. Precisamente en este momento comenzó a circular la versión de que él había entregado a Madame Vigée-Lebrun una caja de pastillas, cada una envuelta en un billete de trescientas libras. Más aún, se rumoreaba que era el amante de la pintora, una versión que ella más tarde atribuyó a la verdadera amante de Calonne, la condesa de Ceres, que tomó prestado el carruaje de Vigée-Lebrun para ir al teatro e intencionadamente lo dejó toda la noche frente a la residencia de Calonne, de modo que los murmuradores pudiesen identificarlo.

Se necesitaba escaso esfuerzo para presentar muchas de las iniciativas más destacadas de Calonne como conspiraciones contra el interés público. En 1785, por consejo de un corredor, Modinier, decidió acuñar de nuevo el circulante, adaptando la proporción de oro y plata en armonía con las tasas del mercado. Ante la posibilidad de que se suscitase cierta confusión, el controlador general concedió un año de gracia antes de que la nueva moneda remplazara definitivamente a la anterior. Pero ante los ojos de los tenderos o los molineros rurales que guardaban dinero bajo el colchón, el plan era un acto apenas disimulado de extorsión destinado a remplazar el dinero «bueno» por el «malo». Asimismo, el nuevo muro aduanero destinado a los recaudadores generales (pues París no debía gozar de la eliminación de derechos internos concedida al resto del país) provocó hondas sospechas. Por encargo de Lavoisier, el visionario arquitecto neoclásico Ledoux había diseñado notables propileos con figuras y motivos antiguos que adornaban las diferentes entradas-barreras, pero esto nada hizo para calmar las sospechas (más aún, es posible que lo que el plan tenía de extraño las reforzara). Afirmábase popularmente que el nuevo muro encerraría a los parisienses en una prisión de atmósfera contaminada, al privarlos del aire rural necesario para ventilar los olores urbanos, fuente de contagios y epidemias. Algunos incluso calcularon el número exacto de metros cúbicos de aire puro que se perdían como consecuencia del nuevo muro. No era extraño, según se afirmaba, que *«le mur murant Paris rend Paris murmurant»*.

Hubo otras acusaciones análogas en el sentido de que el ministro buscaba su propio interés. Decíase que Calonne fingía ser un estadista, y en realidad no era más que un especulador encumbrado. Su nueva Compañía de Indias (lanzada con el fin de aprovechar las nuevas oportunidades que se ofrecían en la India meridional) era una empresa espuria destinada a arrancar capital a los crédulos, sin que existiese la perspectiva de ganancias previsibles. Otros contratos y compañías, por ejemplo el sindicato creado para suministrar agua dulce a París mediante bombas de vapor, estaban amañados con el fin de ofrecer condiciones favorables a los inversores

relacionados con el gobierno. Así, poco a poco se trazó un retrato de Calonne que era mucho menos lisonjero que el de Madame Vigée-Lebrun. Era el hombre que amordazaba a la prensa, ahogaba los pulmones, saqueaba los bolsillos, degradaba la moneda, despilfarraba la fortuna nacional y se entretenía en los bailes de la corte.

Con su reputación en tales aprietos, ¿por qué Calonne se embarcó en una iniciativa tan peligrosa y radical como la Asamblea de Notables, donde toda su autoridad se vería sometida al examen público? La respuesta convencional es que no tenía alternativa, y sin duda esa es la opinión que sometió al rey en agosto de 1786, cuando abordó por primera vez el tema. El déficit del año corriente estaba calculado en 80 millones de libras (y después se descubrió que se elevaba a 112 millones). Por lo tanto, representaba casi el 20 por ciento de la renta corriente. Pero había que asignar a los pagos de intereses de los préstamos atrasados una proporción mucho más elevada. Lo que era peor, el plan de rescate relativamente rápido aceptado por Necker durante la guerra americana significaba que el año siguiente vencían pagos importantes. No era inconcebible la posibilidad de obtener otros préstamos, pero como Calonne había descubierto en diciembre de 1785, cuando intentó emitir la última serie, ya no era posible obtenerlos como adelantos por las rentas actuales o futuras. Eso significaba que tendría que hacer lo que siempre había querido evitar: aplicar nuevos impuestos, menos por su valor real que como garantía del crédito público.

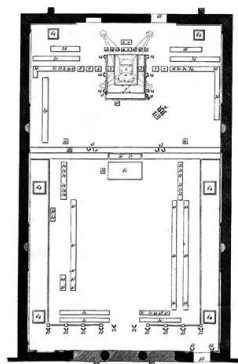
La respuesta del rey cuando se le habló del plan de convocar a una Asamblea de Notables que legitimara el nuevo impuesto fue esta: «Caramba, estáis ofreciéndome a Necker en estado puro». Y ciertamente, la sensación de que Necker estaba echándole el aliento sobre el cuello fue sin duda lo que indujo a Calonne a formular su dramática propuesta. En 1784 el antiguo director general había publicado sus *Juicios acerca de la administración de las finanzas de Francia*, y en este trabajo había atacado a la administración de Calonne, y sobre todo su afición a los nuevos préstamos en tiempos de paz. Al año siguiente, en la culminación del escándalo del collar de diamantes, regresó de su exilio en Suiza y fue acogido entusiastamente en París. Parte de la decisión de Calonne de publicar la ingrata verdad del déficit, y de presentarlo como un estado de casi bancarrota, respondió al deseo de refutar el optimismo del *Compte Rendu* de 1781 con su alegre visión de la existencia de excedentes al comparar el ingreso «ordinario» con las erogaciones. Señaló específicamente que en lugar del excedente de Necker en realidad había hallado un déficit de unos 40 millones correspondientes a ese año.

A pesar de la evidencia de que existía una hostilidad pública cada vez más intensa, Calonne decidió practicar el mismo juego de Necker, es decir, apelar al apoyo público. No era sólo una maniobra cínica, como sospechaba Talleyrand. Inducido por supervivientes del régimen de Turgot como Du Pont de Nemours, el controlador general estaba retornando a la política de una monarquía popular, delineada por d'Argenson en la década de 1740, que de un modo o de otro pasaría

sobre las cabezas de los intereses creados y la obstrucción parlamentaria para alcanzar una nueva libertad de acción con la bendición popular. Así, se concibió la Asamblea de los Notables como una forma de lo que podría denominarse absolutismo popular. Pero como advirtió Talleyrand, incluso antes de que se iniciara la primera sesión, se convertiría inevitablemente en un aprendizaje en el ámbito de la representación nacional.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

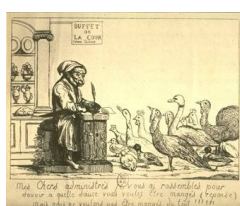
III - Excepciones notables



Plano del salón de la Asamblea de Notables

[\(Ampliar\)](#)

La Asamblea de los Notables finalmente se reunió en la Salle des Menus Plaisirs de Versailles el 22 de febrero de 1787. Las muchas demoras entre el anuncio oficial del rey, el último día del año anterior, y la reunión definitiva, dio a los numerosos enemigos de Calonne la oportunidad de organizar una campaña opositora. Les ayudó el hecho evidente de que en esta coyuntura crítica, el gobierno estaba desintegrándose, tanto física como políticamente. Vergennes estaba gravemente enfermo, y falleció el 13 de febrero, de modo que el controlador general perdió su más poderoso apoyo. Miromesnil, guardián de los Sellos, estaba irritado porque se le había excluido de las primeras discusiones, y tenía una actitud francamente crítica. Después de desconcertarse ante la imprevisible transformación de Calonne, que de radiante optimista pasó a ser un vidente del Apocalipsis, Luis XVI había prometido su apoyo total. Después de firmar el decreto que autorizaba la Asamblea, el monarca escribió a Calonne: «Anoche no pude dormir, pero fue sólo a causa del placer». Pero sus insomnios derivaron gradualmente hacia la ansiedad. A medida que se aproximó la inauguración, se mostró más y no menos nervioso acerca del experimento inminente. Y la pérdida de Vergennes, hacia quien se volvía constantemente en busca de paternal consejo, le conmovió profundamente. Sin duda tenía conciencia del comentario del conde de Ségur cuando oyó la proclama: «El rey acaba de renunciar».



Grabado satírico de la Asamblea de Notables

[\(Ampliar\)](#)

La reacción de la opinión pública frente a la iniciativa de Calonne —después del entusiasmo inicial— había llegado a ser igualmente cautelosa. Prevalcían difundidas sospechas en el sentido de que el controlador general había gozado de una fiesta de tres años y ahora se disponía a presentar la factura al pueblo. Los folletos afirmaban que la retórica grandiosa sobre la crisis nacional era un modo caprichoso de cubrir las huellas. Lo que era peor, la sátira apuntaba sus dardos sobre el acontecimiento. El grabado popular más famoso mostraba a un mono hablando ante un conjunto de aves de corral: «Mis queridas criaturas, os he reunido aquí para deliberar de la salsa con que os presentarán en la mesa». Lo que era más significativo, parece que hubo muchas variaciones del mismo tema que aparecieron en un lapso muy breve. A otro grupo de animales se le decía que serían sacrificados sin derecho de apelación, pero que gozarían del lujo de decidir exactamente cómo serían cocinados. Sobre las puertas de la casa del controlador se descubrió un cartel burlesco que

anunciaba una «nueva compañía de comediantes que representarán en Versalles el día 29», y que comenzarían el programa con *Les Fausses Confidences* (Las falsas confidencias) y *Les Consentements Forcés* (Los consentimientos obligados).

Calonne había previsto esta oposición. Precisamente para evitar el destino que habían sufrido antes las reformas impositivas reales —es decir, la resistencia parlamentaria— se había inclinado por una Asamblea de Notables, una forma consultiva utilizada por última vez en 1626. Abrigaba la esperanza de que la incorporación de una propuesta referida a las asambleas provinciales electas desactivaría la demanda cada vez más intensa de que se convocara a los Estados Generales. Y esa asamblea también ofrecía la ventaja de una participación rigurosamente controlada, que no podía esgrimir pretensiones de representación. La composición social de sus 144 miembros pareció confirmar la prudencia de Calonne. Los siete príncipes de la sangre —los dos hermanos del rey más los duques de Borbón, Orléans, Condé, Penthièvre y Conti— debían presidir siete grupos deliberadores distintos. Inmediatamente debajo había siete arzobispos principales, entre ellos Champion de Cice, el liberal y enérgicamente neckerista arzobispo de Burdeos, así como otro enemigo de Calonne, Loménie de Brienne, arzobispo de Toulouse. Seguían siete duques hereditarios, ocho mariscales de Francia, seis marqueses, nueve condes, un solo barón, los presidentes de los parlamentos y altos funcionarios, entre ellos el *prévôt de Paris* y el *prévôt de marchands*. La inclusión más sorprendente fue la de Lafayette, cuyo naciente radicalismo desagradaba profundamente al rey y la reina, pero que fue incluido por petición de su pariente Noailles.

A primera vista, la Asamblea no parecía un club de revolucionarios. Pero apenas comenzaron las sesiones, fue evidente que el carácter intensamente aristocrático de la asamblea no excluía el extremismo político. Tampoco inclinaba a los miembros a actuar como obedientes instrumentos del programa de Calonne. La insubordinación comenzó en la propia cumbre, pues de todos los príncipes de la sangre sólo Artois estaba dispuesto a ofrecer un apoyo integral al gobierno. Su hermano mayor, «Monsieur», mostró una actitud especialmente ácida en relación con el procedimiento, y otros, como Orléans y Conti, que se oponían notoriamente a la corte, por supuesto manifestaron una tajante actitud crítica.

Pero el controlador general de ningún modo estaba resignado a sufrir una derrota personal. Después de las observaciones inaugurales de carácter formal pronunciadas por el rey, para aludir no sólo a la necesidad de obtener ingresos, sino al principio de la distribución más igualitaria de la carga impositiva, Calonne ocupó la tribuna y pronunció un extenso discurso de gran fuerza y elocuencia intelectuales. Su cualidad peculiar había sido siempre el discurso orgánico unido al tipo de clasicismo aplicado que había utilizado en el curso de su carrera administrativa. El rey mismo había tenido una prueba de estos rasgos el mes de agosto precedente, cuando Calonne le presentó su memorándum dividido en tres partes.

1. La situación actual.
2. ¿Qué hacer al respecto?
3. ¿Cómo hacerlo?

Este tipo de claridad secamente delineada era perfecta para el monarca cerrajero, pero se necesitaba algo más complejo en el caso de los capciosos notables, y con la ayuda de Du Pont de Neumours Calonne lo suministró. Su discurso comenzó mal, con una revisión agresiva de lo que había hecho Necker y una reseña igualmente interesada de su propia administración. Señaló que desde 1776 se habían tomado en préstamo no menos de 1.250 millones de libras, gran parte de esa suma destinada a librar la «guerra nacional» y crear una armada poderosa. Pero este método en definitiva había sido contraproducente y había llevado a la multiplicación de «abusos», palabra con la cual aludía a la excesiva confusión de las finanzas privadas y las públicas y las exenciones injustificadas en nombre del privilegio. Esta lamentable situación tenía tres respuestas. En primer lugar, la justicia fiscal. En lugar de un embrollo de complicados impuestos directos, el nuevo impuesto agrario se aplicaría a todos los súbditos, y tendría en cuenta las condiciones del cultivador, e incluso su suerte de una temporada a otra. Segundo, la consulta política: se elegirían asambleas locales —de parroquia, distrito y provincia— con el fin de que participaran en la evaluación, la distribución y la administración del impuesto. Tercero y último, la libertad económica. La *corvée* (la conscripción para las obras públicas) que despojaba al campesino de su fuerza de trabajo precisamente cuando más la necesitaba, sería sustituida por un impuesto en dinero. Lo que era más importante, la adopción de un solo gravamen acabaría con las terribles guerras del contrabando y promovería una nueva era de mercados comerciales en todo el territorio de la nación. *Ex tenebris lux*, al borde mismo del desastre la nación recuperaría su destino. Y concluyó con una hermosa perorata:

Otros tal vez evoquen la máxima de nuestra monarquía: «*si veut le roi; si veut la loi*» [según lo quiere el rey, así sea la ley]. La máxima de Su Majestad [ahora] es «*si veut le bonheur du peuple; si veut le roi*» [según lo exige la felicidad del pueblo, así lo exige el rey].



Jean-Louis Prieur, grabado, *La Asamblea de Notables*

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Gran parte del programa de Calonne era Turgot reciclado. Ciertamente, la

propuesta de asambleas locales elaborada por Du Pont de Nemours se basaba en el memorándum anterior que él había redactado para Turgot, más de una década atrás (No le agradó descubrir que Mirabeau había pirateado una versión y que la difundía bajo su propio nombre). Pero que las reformas tuviesen una historia anterior no debilitó su auténtico radicalismo. Y apoyado en el precedente de los enfrentamientos con los parlamentos, Calonne seguramente supuso que hallaría resistencia como resultado de los ataques al privilegio implicados en la falta de exenciones a la nobleza y el clero en el impuesto agrario. No se vio totalmente decepcionado, pues en algunos de los grupos en efecto se oyeron murmullos en el sentido de que las propuestas atacaban el privilegio, e interrogantes acerca de la constitucionalidad de las asambleas locales.

Pero lo que fue realmente asombroso en los debates de la Asamblea es que se caracterizaron por la conspicua aceptación de los principios que, como la igualdad fiscal, apenas unos pocos años antes habrían sido inconcebibles. Vivian Gruder ha demostrado que la personalidad social de los notables —en su carácter de terratenientes y empresarios del agro— les infundía un vigoroso sentido de la redundancia del privilegio. En este aspecto, como en muchos otros, ya eran parte de un «nuevo» más que de un «antiguo régimen», y simplemente habían estado esperando la oportunidad de institucionalizar sus inquietudes característicamente nuevas. Por ejemplo, no hubo oposición a la idea de eliminar la exención de los peajes pagados durante el transporte de la producción de los campos a los mercados. Algunos grupos propusieron que todas las exenciones a la *taille* fuesen eliminadas, y otros que el ennoblecimiento fuese (lo que todos sabían que era) esencialmente una cuestión de jerarquía, y que en adelante no autorizara ningún tipo de exenciones impositivas.

En otras palabras, estuvieron a la altura de cada una de las medidas radicales de Calonne, y en muchos casos incluso le superaron holgadamente. Calonne había supuesto que el nuevo gravamen pagado en lugar de la *corvée*, es decir, el servicio con fuerza de trabajo, sería pagado únicamente por los que antes estaban sujetos al impuesto. Pero tres grupos insistieron en que fuese un verdadero impuesto de servicios públicos pagado por todos los súbditos. Otros arguyeron que el nuevo impuesto sobre la propiedad no debía limitarse a la tierra, sino recaer sobre otras clases de propiedad, por ejemplo la inmobiliaria urbana (un asunto que interesaba mucho a les *Grands*). A su vez, otros reclamaron que el impuesto se basara en un registro agrario completo, que sería revisado periódicamente para asegurar una evaluación justa. Otras propuestas concentraron la atención en la reducción de los impuestos aplicados a los que eran demasiado pobres para pagar, y especialmente a los jornaleros.

Cuando hubo discrepancia, no fue porque Calonne chocase a los notables con su anuncio del advenimiento de un nuevo mundo fiscal y político; fue porque no avanzaba bastante o porque les desagradaban los métodos operativos incorporados al

programa. Los debates acerca de un impuesto agrario no sugieren en absoluto la existencia de un grupo de ricos terratenientes (pues en efecto, eso eran) afirmándose en sus posiciones ante la amenaza de un ataque a los privilegios. Se parecían mucho más a las prolongadas sesiones de una academia provincial, convocadas para discutir los efectos de diferentes versiones de la equidad fiscal sobre la producción agraria. Du Pont de Nemours se manifestó sorprendido por el conocimiento de la teoría contemporánea que se manifestaba en las discusiones. Cuando Calonne propuso que el impuesto se basara en un porcentaje del producto bruto en un año dado (la tasa debía variar levemente de acuerdo con la calidad de la tierra), los notables defendieron en cambio una quita sobre el producto neto, después de deducir los costos de la semilla, la fuerza de trabajo y el equipo. También preferían que una suma fija se distribuyese desde el nivel de la parroquia, en lugar de una suma que se elevaba anualmente de acuerdo con el nivel de la producción individual. Con la verdadera voz de la nueva economía, afirmaron que lo último implicaba castigar la productividad. Más aún, mientras Calonne creía que debía pagarse en especie el gravamen, los notables afirmaron que las dificultades de la evaluación imponían el pago en efectivo.

Aunque los historiadores han tendido a desechar a los notables como un episodio efímero en el maniobreo por el poder que precedió al comienzo de la Revolución, la más superficial ojeada a los debates confirma que estaba preparándose algo sumamente serio (El impuesto agrario, con las modificaciones de los notables, sería adoptado por la Revolución, y con pocos cambios perduraría en Francia hasta la Primera Guerra Mundial). Se discutió la imposición a la luz de su relación con otras actividades económicas, y por primera vez no hubo discrepancia respecto de que su aceptación estaba condicionada rigurosamente a una forma u otra de representación. Ciertamente, la actitud manifestada con más fuerza fue la insatisfacción ante los límites fijados a la autoridad de las proyectadas asambleas provinciales. Como cabía prever, Lafayette deseaba transferir prácticamente todas las atribuciones del *intendant* —sobre todo las formas de imposición (y no sólo el impuesto agrario): las obras públicas, la administración del alojamiento de los soldados, y otras cuestiones semejantes— a esas autoridades locales. Muchos más notables se atuvieron a la línea parlamentaria en el sentido de que el organismo que debía deliberar sobre la totalidad de las nuevas formas impositivas debía ser el de los Estados Generales. Y si bien Calonne había operado sobre seguro al estipular un ingreso de seiscientas libras como condición para votar en las asambleas parroquiales, la mayoría de los grupos en realidad apoyaron el descenso de este límite. Todavía había que recorrer mucho camino para llegar a la democracia, pero existía un auténtico sentimiento en el sentido de que los cuerpos electos debían ser una amplia representación de los «intereses» de la nación.

Este escenario en que los miembros de la elite de Francia competían unos con otros por afirmar su propio espíritu cívico, sin duda no era lo que Calonne había

previsto. Parecía como si hubiese decidido obligar a una mula obstinada a tirar de un carro muy pesado, para descubrir que la mula era un caballo de carrera y se había alejado al galope, dejando al jinete en la zanja. Vivian Gruder destaca con mucha razón que la identidad social del grupo, formado por propietarios terratenientes, les infundía esa actitud en apariencia tan complaciente acerca de la eliminación de los privilegios y los anacronismos a los que su propia casta se había adherido durante tanto tiempo. Pero si bien la modernización económica del grupo sin duda representó un papel en el realismo con que abordaron las reformas, puede afirmarse también que el sentimiento común del momento histórico los indujo a esta exhibición de altruismo patriótico. Se les había asignado el papel de un coro mudo, y de pronto descubrieron que individual y colectivamente podían hablar con voz potente, y que Francia prestaba atención. Este brusco descubrimiento personal de la política fue embriagador, y hay signos en el sentido de que aunque generalmente se los desecha como el furgón de cola del viejo régimen, con respecto a la conciencia política de su propio papel los notables fueron los primeros revolucionarios.

Y lejos de necesitar que el controlador general completase el proceso de reforma, los notables rápidamente aclararon que su remoción era la condición del éxito. Su reputación ahora estaba excesivamente manchada por el escándalo y las sospechas de doblez, de modo que no tenía credibilidad para la Asamblea. En marzo se difundieron detalles poco gratos de transacciones con bienes raíces en que Calonne había persuadido al rey de que se desprendiese de algunas propiedades dispersas a cambio del condado menos valioso de Sancerre. Parece que Calonne y varios de sus amigos estuvieron entre los primeros y más aprovechados compradores de los lotes. En la Bolsa se formularon preguntas acerca de la Compañía de Indias y el lanzamiento del sindicato organizado para suministrar agua a París. Mirabeau, de quien se suponía que era por lo menos un partidario tibio, modificó dramáticamente su posición al publicar una *dénonciation* de estas especulaciones, en las que Calonne aparecía especialmente comprometido. Y como miembro del más fiel de los siete grupos, el de Artois, Lafayette se apartó del resto con un pronunciamiento público en que atacaba la «monstruosa especulación». Insistió en que debía practicarse una indagación criminal completa para descubrir a los que se enriquecían a expensas del «sudor, las lágrimas e incluso la sangre» del pueblo.

Acosado por todas partes, el controlador general contragolpeó por última vez, utilizando las mismas técnicas de polémica pública que se habían utilizado contra él. El lenguaje utilizado en el debate había cambiado de un modo tan significativo que su *avertissement* (aviso) al público exhibía en el centro de la acusación de que las clases privilegiadas estaban representando falsamente los planes de Calonne para conspirar mejor contra el pueblo. Con los acentos de un orador revolucionario de 1789 e incluso de un jacobino que denunciaba a los «ricos egoístas», Calonne contestó el interrogante que estaba en la mente de todos: «¿Se pagará más? Sin duda. Pero, ¿quiénes? Sólo los que no han pagado bastante. Sí, se sacrificará a los privilegiados,

cuando la justicia lo exija y la necesidad lo reclame. ¿Sería mejor volver a gravar a los desposeídos, al Pueblo?»

La apelación tan directa y sincera a la opinión pública no salvó a Calonne. De hecho incluso es posible que empeorara su situación. Había llegado a ser tan impopular que esta última ocurrencia fue acogida como un ardid astuto destinado a ocultar su propia culpabilidad en una serie de fechorías privadas y públicas. Lo que era más grave, Calonne estaba perdiendo rápidamente el favor de la corte. El rey se había sentido desalentado, e incluso se encolerizó, al descubrir la verdadera medida del déficit, es decir, 32 millones más que el cálculo de Calonne. A esas alturas de las cosas, la cifra exacta era un tanto académica, pero la víctima principal fue la confianza que el rey había depositado en el ministro. No por última vez, Luis XVI comenzó a arrepentirse de su audacia política, y se debatió buscando la salida menos dolorosa. No por última vez pareció que la reina aportaba una solución. A medida que se apagó la estrella de Calonne, ella comenzó a enumerar las situaciones en que él había rehusado satisfacer los deseos de la reina (los cuales generalmente implicaban sumas de dinero y cargos para sus favoritos). De modo que María Antonieta escuchó atentamente cuando Breteuil le dijo que la partida de Calonne era indispensable para la supervivencia del programa de reformas. Cada vez más irritado por la posición en que Calonne le había puesto, Luis ofreció al ministro un indicio de sus intenciones al permitir la publicación de las respuestas a su *avertissement*.



Disturbio en la plaza Dauphine, 29 de agosto de 1788

[\(Ampliar\)](#)

Calonne intentó obtener todo el crédito posible de una situación cada vez más difícil. Propuso renunciar con la condición de que se aceptara el programa, pero a decir verdad no estaba negociando en posiciones de fuerza. Como Turgot y antes Necker, le maniobraron para empujarle a presentar el ultimátum que sería imposible satisfacer, y que exigía la remoción de sus adversarios más poderosos. Al principio pareció que el rey se reuniría con él a medio camino, desembarazándose de Miromesnil; pero como se vio, eso fue sólo el prelude de un gesto de autoridad salomónica.

Calonne fue despedido el 8 de abril.

El episodio implicó más que una mera renuncia. El término asignado a su remoción, como en el caso de Turgot, fue *disgrâce*. Y en este caso, el rey se ocupó de limpiar su propia autoridad mancillando la de Calonne. «Todos se sienten felices», informó un observador de la corte. La reina estaba complacida porque se desembarazaba de una manzana podrida, y tenía la oportunidad de introducir a un ministro elegido por ella misma. Todos los príncipes de la sangre estaban encantados de ver que el *intendant* que se había elevado bruscamente retornaba a la oscuridad. La opinión pública rugió de placer ante la exoneración del archiespeculador y en el Pont Neuf quemó a Calonne en efigie. El propio Luis XVI no perdió oportunidad de manifestar su propio placer con actos mezquinamente vengativos. Se despojo al ministro de la cinta azul de la Orden del Espíritu Santo, la misma que con gran placer

él exhibía del modo más conspicuo, y tuvo que entregar su propiedad de Hannonville como una especie de fianza en vistas de los futuros juicios. En camino hacia el exilio, el carruaje de Calonne a menudo se vio rodeado por turbas hostiles o burlonas, que llegaron casi al límite de la violencia física contra su persona.

Calonne fue el primero de una larga serie de políticos franceses que caerían víctimas de su propio aventurerismo. Pero sería un craso error desecharle como un mero peso liviano, que aprovechó temerariamente la crisis financiera para obtener ventajas inmediatas. En realidad, fue el primer hombre público que comprendió las consecuencias políticas de dicha crisis, y el cuadro que trazó para beneficio de los notables, y donde describió una gran cesura en la historia francesa fue, pese a todo su doblez, absolutamente válido. El lenguaje en que habló y su visión de lo que vendría fueron, en otras palabras, más importantes que la cuestión de los motivos que le indujeron a esa declaración. Después de Calonne, todo era posible.

En una actitud típica, continuó realizando sus apuestas. A partir de la premisa errónea de que su exilio no duraría mucho (en realidad, fue casi el preludio de un exilio posterior que le llevó fuera de Francia), Calonne realizó algunos arreglos con vistas a su retorno a la sociedad parisiense. El mismo día de su desgracia preguntó en un monasterio situado en la rue Saint-Dominique, cerca de la casa del propio Calonne, si estaban dispuestos a alquilarle espacio suficiente para guardar mil botellas de vino. Nunca regresaría para saborear su tesoro.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

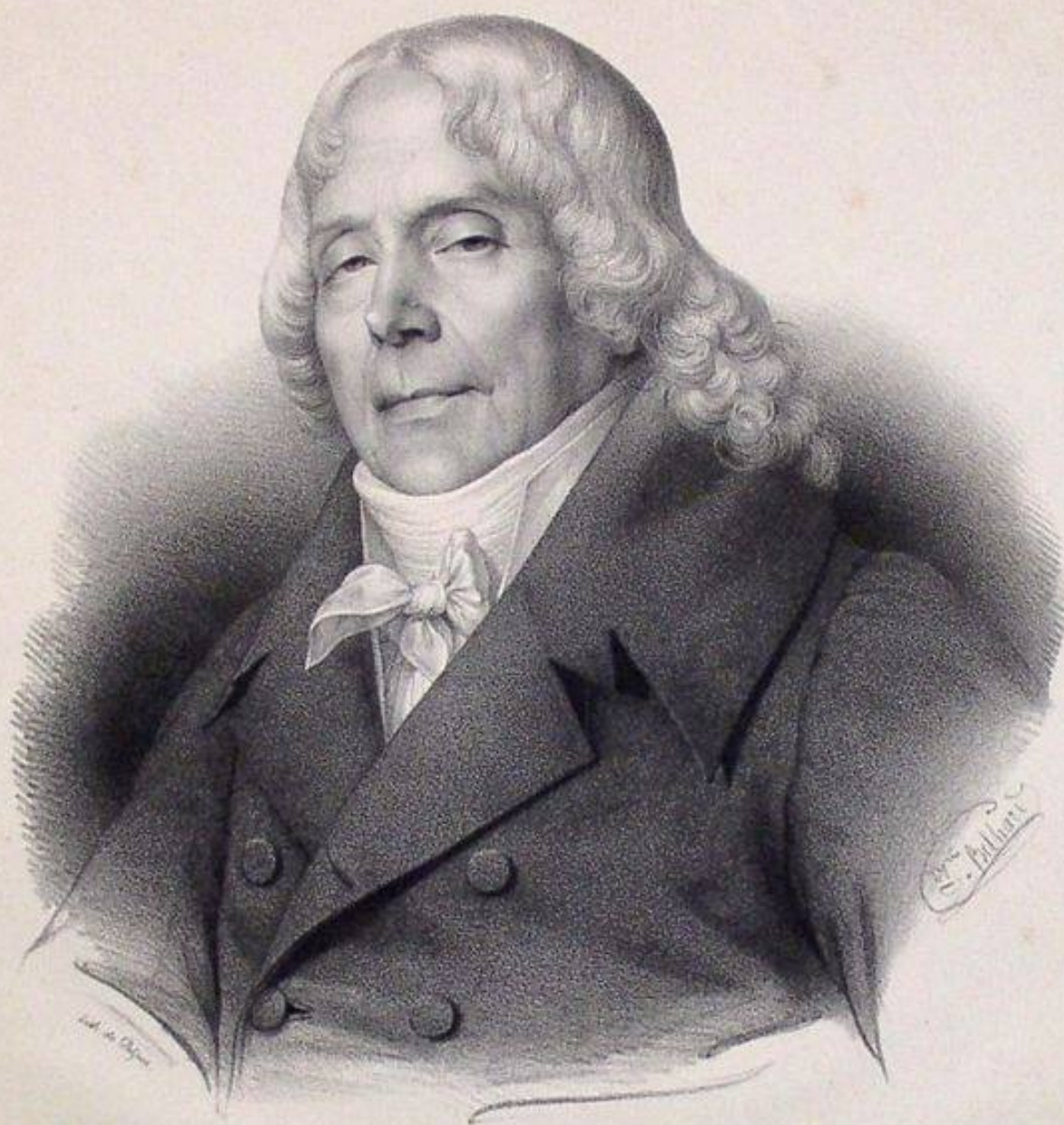


LOUIS SEIZE,
ROI DE FRANCE ET DE NAVARRE.

*Né à Versailles, le 23. Aoust 1754.
Sacré à Reims le 11. Juin 1775.*

*A Paris chez BLIN, Imprimeur en Taille-Douce, place Maubert N^o 17. vis-à-vis la rue des S. Pères
Avec Privilège du Roi.*

Luis XVI, de Portraits des Grandes Hommes Illustres



TALLEYRAND.

J. B. de Talleyrand

Jean-Baptiste Belliard, retrato de Talleyrand



Jacques-Louis David, *Lavoisier y su esposa*



Jean Marc Nattier, retrato de Beaumarchais



Elisabeth- vigée Lebrun, duquesa de Polignac



Mirabeau



Modelo de la Bastilla, esculpido en un bloque de la mampostería de la propia prisión



**P. L. Debucourt,
Lafayette como comandante
de la Guardia Nacional, 1789**

7

Suicidios

1787-1788

I - La revolución en la casa vecina

En el verano de 1787 uno podía viajar dos días desde París hacia el nordeste y caer en mitad de una revolución. El marco de este torbellino era engañoso: las plazas rodeadas de casas con techos de dos aguas y los plácidos canales de la República Holandesa, los mismos lugares que durante mucho tiempo habían sido la expresión de la estabilidad política. Y el factor de violencia espontánea y después organizada que sería el rasgo distintivo de la Revolución Francesa en general faltaba en Holanda. En Amsterdam no habría carros cargados de aristócratas condenados, ni cestos con cabezas cortadas. Pero no por eso el torbellino de la política holandesa durante la década de 1780 fue menos revolucionario. Utrecht, Leiden y Haarlem estaban patrulladas por regimientos de la milicia de ciudadanos armados: el Cuerpo Libre desfilando y ejercitándose bajo estandartes que decían «Libertad o Muerte», participaba durante el día en ceremonias en las que se tomaba juramento y por la noche se reunía alrededor de las hogueras patrióticas. En una gran asamblea celebrada en Leiden en 1785 millares de estos milicianos patriotas se reunieron para jurar un «acta federativa» que los unía en la defensa común.

¿A qué se comprometían? En la plaza principal de Utrecht se había erigido un «Templo de la Libertad» para proclamar la derrota del dinasticismo y la aristocracia y la victoria de la representación. Y en la misma ciudad el Cuerpo Libre había usado su fuerza para movilizar a las multitudes contra el régimen patricio vigente en el Municipio. En su lugar se instalaron los «representantes del pueblo» elegidos directamente, así como los oficiales de la propia milicia. Un manifiesto radical publicado en Leiden en 1785, y que recuerda mucho tanto la Declaración de la Independencia americana como el *Catecismo del ciudadano*, del abogado bordelés Saige, destacaron la misma idea, e incluso más enérgicamente. Decían que «la libertad es un derecho inalienable de todos los ciudadanos de la comunidad. Ningún poder sobre la tierra, ni mucho menos un poder derivado realmente del pueblo... puede cuestionar o impedir el goce de esta libertad tan deseada». Asimismo, «el Soberano reside sólo en el voto del pueblo».

En un período de cinco años, la política de Holanda se había trasladado explosivamente del dominio de una elite cortésmente circunscrita a una actividad masiva caótica e impulsiva. Una prensa extremista y sin censura estaba dirigida a un público lector formado por tenderos y miembros de las pequeñas profesiones. Los dos semanarios más populares, el *Post van Neder Rijn* y el *Politieke Kruijer*, llegaban por lo menos a cinco mil lectores con cada número. Sus páginas denunciaban al príncipe Guillermo V de Orange como un imbécil alcohólico y a su esposa prusiana como una arpía altanera. Y antes de que pasara mucho tiempo los enemigos señalados

incluyeron a los «aristócratas» recalcitrantes (las tradicionales clases «regentes» de las ciudades) que intentaban preservar sistemas de nepotismo y oligarquía en el gobierno local. Los esfuerzos enderezados a amordazar la franqueza de la prensa patriota sólo consiguieron que sus editores y directores de la noche a la mañana se convirtieran en héroes populares. Hespe, director del *Kruijer*, en Amsterdam, cultivó su celebridad como prisionero político encargando la impresión de tarjetas de visita que mostraban un conjunto de grillos rotos como emblema personal. La inventiva pasaba de la página impresa al mundo de las imágenes: las caricaturas que ponían en la picota a los orangistas y los «aristócratas» y las caricaturas contrarias destinadas a denigrar a los patriotas circulaban en los cafés y las tabernas. Los establecimientos rivales adornaban sus instalaciones y carteles con emblemas adecuados: el árbol y las cintas de Orange en el caso de los partidarios del Stadtholder, la escarapela negra y el *keeshond* patriota en el caso de sus contrarios. El tono de estas polémicas podía ser agresivamente vulgar: un grabado patriota mostraba al *keeshond* con la pierna levantada contra el árbol de Orange. Incluso la vida doméstica se retraía ante la ofensiva de los lemas. Las cajas de rapé, las copas grabadas, los jarros de cerveza, la vajilla de porcelana estaban todos cubiertos con lemas partidistas. Incluso las tablas de hornear y las fuentes para preparar budines se encontraban talladas de modo que las hogazas y los budines emergiesen ostentando las insignias adecuadas del partido de la familia.

Esta saturación de la vida cotidiana por los elementos de la disputa política anticipaba directamente la atmósfera de la Revolución Francesa. Había muchas otras semejanzas: la transferencia del sentimiento patriótico del príncipe a los ciudadanos, la atribución de siniestras motivaciones extranjeras a la esposa del príncipe, la creación de clubes para «educar» a la gente en sus derechos, y la importancia asignada a las ceremonias y desfiles públicos que venían a dramatizar la «libertad armada». Y aunque el conflicto había comenzado como una protesta contra el poder del gobierno del Stadtholder en el control de las designaciones locales, los medios radicales utilizados para impulsar esas reclamaciones a su vez habían originado nuevas metas. Después de atacar a la casa de Orange, los periodistas y los jefes del Cuerpo Libre se habían vuelto bruscamente contra la totalidad del sistema tradicional de designaciones aplicado en los Países Bajos, que determinaba que los «regentes» fuesen nombrados con carácter vitalicio, y remplazados por miembros cooptados de la misma camarilla. Contra esta «aristocracia», descrita en la literatura polémica como «una monstruosidad gótica» y una «tiranía», el sistema democrático de elecciones directas y frecuentes teóricamente vendría a depurar la política holandesa y a recrear la república con el vigor que se atribuía a sus orígenes.

Aunque la retórica patriótica holandesa se expresaba sobre todo en el lenguaje usual de los derechos universales, corriente a fines del siglo XVIII, en esta revolución en miniatura sin duda había muchas cosas que debían parecer extrañamente provincianas al visitante francés. En las apelaciones a la memoria de los héroes

muertos, como el almirante de Ruyter y Johan de Witt, ese visitante habría descubierto ecos del pasado más que presagios del futuro. Todo el asunto le habría parecido más una riña de facciones que una guerra entre la «aristocracia» y la «democracia». Sin embargo, aunque los tumultos de los patriotas nunca recibieron del gobierno francés un tratamiento que ni de lejos se pareciese a la seriedad atribuida a los asuntos americanos, hubo facetas complejas en que el destino de cada uno de los dos países se interrelacionó con el destino del otro.

Desde la guerra americana la República Holandesa había sido una aliada y un ingrediente importante aunque poco efectivo de la coalición antibritánica organizada por Vergennes. Asimismo, el mercado de dinero de Amsterdam se había convertido cada vez más en una fuente esencial de préstamos a corto plazo y anualidades, gran parte de ellos suministrados a través de sindicatos que a su vez manifestaban simpatías patriotas más que orangistas. Como la casa de Orange era tradicionalmente probritánica, cuanto más graves sus molestias, mayores las posibilidades de poner en su lugar un régimen patriota francófilo. Pero esta oportunidad de oro de ningún modo carecía de riesgos. El enfrentamiento en la República Holandesa estaba convirtiéndose rápidamente en una guerra civil de carácter total. A medida que las tácticas de la lucha de calles fueron más duras, el nivel de alarma en Versalles se elevó coincidentemente. Un enviado francés llegado de Holanda informó que «el fermento allí ha realizado avances terribles, y si no se detiene cabe temer que provoque una explosión que originará consecuencias incalculables».

Pero la militarización del conflicto se acentuó en la primavera de 1787. En mayo se libró la primera batalla enconada, aunque en pequeña escala, cerca de Utrecht, donde los patriotas llevaron la mejor parte. A fines de junio la princesa Guillermina fue apresada por guardias patriotas mientras intentaba pasar del baluarte orangista de Gelderland a La Haya para reunir partidarios. Se la sometió a un arresto riguroso y poco digno cerca del límite oriental de la provincia de Holanda. Su hermano, el rey de Prusia Federico Guillermo, se ofendió ante esta humillación, y presionado por el embajador británico preparó una invasión.

¿Qué podía hacer Francia en esta crisis? Luis XVI no ocultaba su desagrado ante la conducta de los patriotas holandeses, y no deseaba intervenir en su defensa. Antes de su muerte, sobrevenida en febrero, Vergennes había aclarado que la satisfacción que podía obtenerse descalabrando la influencia británica no podía interpretarse como un respaldo a la insurrección. Pero pese a estas reservas sin duda en Holanda se tenía la impresión de que Francia utilizaría su propio poder militar para contrapesar y disuadir la amenaza de una intervención anglo-prusiana. Y en Francia había voces, algunas famosas y elocuentes, que proclamaban que la causa de la libertad era indivisible, tan evidente en Amsterdam y Utrecht como lo había sido en Boston y Filadelfia. Mirabeau (con la bendición de su más reciente protector, el duque de Orléans) había publicado un llamado *A los batavianos*, denunciando la infamia del partido de Stadtholder. Y por su parte Lafayette se apresuró a cabalgar hacia la

frontera con Holanda, en la esperanza de que se le designase comandante de las tropas patriotas, para descubrir disgustado que se había otorgado ese puesto a un mercenario incompetente, el Ringrave de Salm.

El dilema de la política francesa era grave. Si no se hacía nada para prevenir una invasión prusiana, la credibilidad del poder y la autoridad de Francia sufrirían una desastrosa humillación prácticamente en el umbral de Francia. Una presencia militar simbólica, así como los rumores de movilización, podían bastar para originar un efecto disuasor, pero si se aceptaba el desafío la elección entre la guerra y la capitulación sería incluso más irritante. Pero la guerra en defensa de una causa repudiada por el rey parecía igualmente absurda. En el caso dado, el dinero fue el factor decisivo. Aunque los ministros del Ejército y la Armada, Segur y De Castries, consideraban impropio poner precio al honor y la integridad de Francia, se vieron desbordados por el nuevo jefe del Ministerio, Loménie de Brienne. Brienne renovó los pronósticos de Turgot acerca de los costos de la guerra americana, y reforzado por las sombrías lecciones que emanaban de la visión retrospectiva, advirtió que un tipo cualquiera de acción militar inmediatamente provocaría la bancarrota del Estado. «*Pas un sou*» (ni un centavo) fue el sombrío mensaje transmitido desde Versalles al embajador francés en La Haya.

Los británicos y los prusianos no necesitaron mucho tiempo para descubrir que los rumores de una concentración de treinta mil soldados franceses sobre la frontera meridional de la República eran mera ficción. Pese a todas las posturas adoptadas por las milicias de ciudadanos, la resistencia armada de los patriotas se derrumbó ante las tropas prusianas, y en el plazo de un mes los granaderos prusianos del duque de Brunswick habían llegado a Amsterdam y La Haya. Millares de amargados patriotas huyeron a Francia, donde aumentaron la carga de la deuda francesa reclamando (y recibiendo) pensiones como honrosos refugiados. Lafayette se lamentó en público por el honor manchado de Francia, que había rayado a gran altura en América y caído en Holanda.

Lo que la crisis holandesa había conseguido era mostrar la falta de credibilidad del poder francés, y lo había hecho con brutal franqueza. Parecía que las cosas habían llegado a un punto tal, que mientras no se adoptasen medidas drásticas Francia no podría permitirse una política exterior acorde con su condición de gran potencia. La exclusión de la alternativa militar por Brienne fue el sombrío reconocimiento de que la monarquía ya era el rehén del déficit. También significaba que la monarquía jamás recuperaría su libertad de acción a través de una forma cualquiera de paliativos. Llevando la argumentación un poco más lejos, era evidente que a partir de este momento doloroso, el absolutismo tradicional había muerto. Quedaban sólo dos alternativas, y ninguna de ellas tenía posibilidades de devolver a la corona francesa la plenitud del poder que había tenido en la época de Luis XIV. La primera era la reforma por arriba, con el dramatismo suficiente para galvanizar el apoyo popular, y que permitía a la corona por lo menos preservar la iniciativa en la reformulación de la

constitución. La segunda y más ominosa era una especie de abdicación autoimpuesta en que la autoridad del Estado sería transferida de la corona a un tipo u otro de régimen casi parlamentario, depositado en manos de los Estados Generales. En 1787 algunos observadores creyeron que esto ya había sucedido. Al informar acerca de una asamblea especialmente capciosa de los notables, Du Pont de Nemours comentó que

el 1º de mayo Francia aún era una monarquía y la primera en Europa. El 9 de mayo... Francia se convirtió en una república en la cual perdura un magistrado adornado con el título y los honores de la realeza, pero obligado a reunir siempre a su pueblo para pedirle que solvete sus necesidades, en relación con las cuales el ingreso público sin este nuevo consentimiento nacional será siempre inadecuado. El rey de Francia se convirtió en un rey de Inglaterra.

Pero no todos estaban dispuestos a aceptar que el antiguo régimen de hecho había perecido de inanición. La historia entera de su último notable gobierno, el de Loménie de Brienne, equivalió a una obstinada defensa de las posibilidades del absolutismo esclarecido. Y más tarde su derrota fue el reconocimiento de que la representación era la condición de la reforma, y no a la inversa.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

II - El último gobierno del antiguo régimen

Para sobrevivir, la monarquía francesa necesitaba tanto una reforma decidida como una política hábil. El gobierno de Loménie de Brienne obtuvo una medida integral del primer aspecto y absolutamente nada del segundo. Esto fue aún más sorprendente porque Brienne era una figura de la oposición reclutada para legitimar las reformas que él mismo había criticado en la Asamblea de los Notables. Pero tan pronto este hombre del llano se convirtió en miembro del régimen, también él cayó víctima de la premisa tradicional según la cual el gobierno y la política eran mutuamente incompatibles. Desde el punto de vista del gobierno, la política había venido a significar la oposición, y la oposición era sinónimo de obstrucción. Por lo tanto, la reforma debía imponerse rechazando esa obstrucción, en lugar de realizarse mediante la cooperación.



Loménie de
Brienne

[\(Ampliar\)](#)

En realidad, Brienne no era un hombre impertérritamente hostil al gobierno representativo, y ni siquiera a los Estados Generales. En el otoño de 1788 comprometió al gobierno a convocar ese organismo, prometiendo que se reuniría a lo sumo hacia 1792. Pero dadas las condiciones evidentemente catastróficas de las finanzas francesas, Brienne se resistió a esperar los resultados que podían aportar los Estados Generales. El dinero primero, las elecciones después, fueron sus prioridades para abordar lo que percibía (no sin razón) como una emergencia nacional (Después de 1789, los gobiernos de la Revolución llegarían más o menos a la misma conclusión).

Muchas de sus dificultades provinieron de las expectativas públicas frustradas. Brienne había llegado al poder como beneficiario de la desgracia de Calonne. Hubo un breve interregno en que el anciano Bouvard de Fourqueux fue designado controlador general, pero precisamente porque se le consideraba miembro del séquito de Calonne continuó pareciendo desagradable a los ojos de los notables. En cambio, Brienne pareció aceptable a todos. La reina (en una actitud que parece un tanto improbable, en vista del rápido ataque del ministro a las sinecuras y los gastos de la corte) apoyó entusiastamente las reclamaciones de Brienne ante su esposo. El clero, que había demostrado sumo nerviosismo en relación con los planes de Calonne de atacar sus exenciones fiscales, se mostró muy complacido de ver en el alto cargo a un arzobispo de Toulouse. Y la opinión pública supuso que en adelante Brienne evitaría todo lo que fuese un procedimiento arbitrario, y que ejecutaría reformas mediante la consulta y la representación. Cuando el rey habló a los notables, el 23 de abril, en esencia repitió las posiciones del propio Brienne en una serie de cuestiones

importantes. «Jamás un rey de Inglaterra dijo verdades más populares o usó un lenguaje más nacional», fue el veredicto del arzobispo de Aix.

No todos estos supuestos se vieron refutados. En el cargo, Brienne corrigió el impuesto agrario de Calonne exactamente como él había recomendado en su condición de notable. En lugar de un impuesto proporcional recaudado en especie, y que se elevaba al mismo tiempo que la producción, Brienne redefinió el impuesto como una suma determinada de dinero, que se fijaría anualmente según las necesidades de ingresos. Ese monto sería dividido en cuotas, de modo que la persona imponible tendría una idea clara de su pasivo año tras año. Esta norma eliminó inmediatamente lo que se había difundido como el carácter siniestro y en permanente expansión del gravamen. También adoptó el punto de vista de los notables, que era extender a todos los sectores de la población (y no sólo a los que antes estaban sometidos a la *corvée*) el impuesto que debía remplazar a la *corvée*, es decir, la conscripción de fuerza de trabajo para el Estado. Otros aspectos de la agenda de Calonne, por ejemplo el establecimiento del comercio libre del grano y la creación de una unión aduanera, no eran temas contenciosos, y se incorporaron al programa del nuevo gobierno.

Cuando los notables pudieron inspeccionar los libros oficiales, la sombría situación anunciada por Calonne ya no fue vista como un acto egoísta de publicidad. Era una sombría realidad, en el nivel de un déficit corriente de 140 millones de libras (de acuerdo con una revisión posterior, más de 161 millones). La magnitud de esta crisis llevó a Brienne a confiar en que, a diferencia de su predecesor, podía promover una especie de consenso patriótico que indujese a tragar la severa medicina fiscal. Más aún, la administración que formó alrededor de su persona para cumplir sus compromisos en el campo de las economías y las rentas poseía elevada calidad en relación con las meras cualidades intelectuales y administrativas. Es cierto que era un grupo notablemente unido de amigos e incluso parientes. Lamoignon, primo de Malesherbes, fue convencido por Brienne de la conveniencia de abandonar su botánica en favor del bien público, para convertirse en guardián de los Sellos. La Luzerne, sobrino de Malesherbes, fue ministro de Marina tras la renuncia de De Castries, en relación con la crisis holandesa, y el propio hermano de Brienne fue su contraparte en el Ministerio de Guerra.

Sin embargo, al principio del gobierno no fue acusado de ser una camarilla de familia. Esto respondía en parte a la elevada reputación de integridad e inteligencia de los miembros del gobierno. Chrétien-François de Lamoignon había sido uno de los presidentes más admirados y respetados del Parlamento de París, y por consiguiente se suponía que era un enlace útil con la magistratura, notoriamente recalcitrante. Malesherbes continuaba siendo algo así como un héroe popular, y tan pronto se incorporó al gobierno, durante el verano de 1788, reanudó el programa de economías de la casa real, que él mismo había iniciado bajo Turgot. Los castillos y las residencias superfluas fueron vendidos, y de ese modo fue posible ahorrar cinco

millones. Malesherbes incluso se ufanaba de haber entrado en el dominio más sagrado de la corte, la caza, con la eliminación de bandadas enteras de halconeros, cazadores de lobos y batidores de jabalíes. Mediante la fusión de los establos reales más grandes con los menores, ahorró de dos a cuatro millones de libras, aunque con esta actitud provocó mucho a la reina, que vio despedido a su favorito, el duque de Coigny. Las oficinas del servicio postal, creadas como sinecuras para beneficio del clan Polignac, fueron abolidas sin más trámite, y las pensiones a personas menores de setenta y cinco años (una fuente notoria de abusos) fueron reducidas sustancialmente.

Todos estos hechos fortalecieron la verosimilitud de la afirmación del gobierno en el sentido de que gobernaría severamente en favor del bien general. Y el propio Brienne había afirmado su propia reputación de independencia gracias a su franca crítica como notable. Procedía del círculo de prelados extraordinariamente cultos (como Dillon de Narbonne y Boisgelin de Aix), que combinaban el encanto y el refinamiento mundanos con una considerable firmeza intelectual. Aunque padecía una enfermedad de la piel que le desfiguraba y a menudo convertía su cara en una masa de piel y tejido desprendidos, se consideraba a Loménie de Brienne un hombre agradable y cordial: tan inteligente como Calonne, pero sin su vanidad o su carácter tortuoso. Sólo el dramaturgo Marmontel, que actuó en una comisión destinada a trazar un plan nacional de educación, creía que «su alegría es demasiado inquietante y su semblante demasiado calculador, de manera que no inspira confianza».

Brienne no deseaba que se le considerase meramente un arquitecto del rescate del fisco, pese a que esa cuestión era esencial. Creía que la legitimidad de su gobierno dependía de que se le viese como una administración reformadora que llegaría a muchas áreas diferentes de la vida francesa. Exhortado por Malesherbes (que a su vez estaba presionado por su amigo el pastor Rabaut Saint-Etienne), se abordó el problema de la emancipación de los protestantes, lo que no era poco en el gobierno de un arzobispo de la Iglesia Galicana. Rabaut había confiado en la posibilidad de una emancipación integral, es decir, el derecho público de los protestantes a practicar su confesión, e incluso a celebrar públicamente su culto en capillas. También propuso que en adelante los cargos públicos estuviesen abiertos a los protestantes. Eso era empujar a Luis XVI (que en la coronación había jurado «extirpar al hereje») más lejos de lo que él estaba dispuesto a ir. Aún durante cierto tiempo los púlpitos portátiles y plegables continuarían siendo el equipo normal de los pastores viajeros. Pero la medida aprobada en efecto desincriminaba la «herejía» y permitía que se inscribieran oficialmente los matrimonios, los nacimientos y las muertes, y que los miembros de la Iglesia Reformada practicasen los oficios y las profesiones. Un siglo después de la revocación del Edicto de Nantes, los hugonotes al fin habían recobrado la condición de personas civiles.

Con el mismo espíritu de liberalismo judicial, se abolieron los procedimientos que aún persistían y que determinaban el empleo de la tortura para obtener información acerca de los cómplices. La bota de triturar, las empulgueras y los caños

de agua se unieron así a la quema general de anacronismos que ardió gozosamente el último año de la antigua monarquía. Un comité presidido por el parlamentario (y futuro revolucionario) Target también recomendó una demora obligatoria impuesta a la ejecución de todas las sentencias de muerte, para permitir una posible revisión y conmutación real, aunque la medida en definitiva fue inaceptable para el mismo Parlamento de Target. También la administración de las cárceles —alojamiento y vestido— se convirtió en tema de una investigación orientada hacia la reforma.

El más formidable de todos los colegas de Brienne no fue en realidad un ministro, sino una figura en quien de todos modos el poder político y la autoridad intelectual se concentraban de un modo casi alarmante. Era Jacques, conde de Guibert: crítico teatral, laureado de la Academia Francesa y, hasta Clausewitz, el escritor militar más influyente de Europa. A los cuarenta y tres años era uno de los grandes prodigios de la vida intelectual francesa. A veces dominado por sombríos accesos de ácida melancolía romántica, Guibert se destacaba ante el público, y desconcertaba a la audiencia con su dominio enciclopédico de la ciencia, la filosofía y la literatura. «Su conversación», escribió Germaine de Staël, hija de Necker (una persona que no se impresionaba fácilmente), «era la más amplia, vivaz y fértil que he conocido jamás».

Guibert había afirmado su reputación dieciséis años antes, con su obra *Ensayo sobre la táctica*. Ese profético y formidable documento había previsto con escalofriante presciencia la época en que la guerra ya no sería un elegante deporte de los dinastas, en que los ejércitos no se alinearían cortésmente en pulcras líneas de infantería, de acuerdo con el estilo racional de Federico el Grande. En cambio, Guibert pronosticó el despliegue masivo de ejércitos de reclutados, embarcados en guerras de ideología nacional en que las distinciones entre los civiles y los soldados se desdibujan y el teatro del conflicto se amplía brutalmente para ocupar no sólo zonas bien conocidas de batalla, sino regiones y países enteros. En consecuencia, Guibert reorganizó la logística, la artillería de campo y la ingeniería militar, subrayando la movilidad, la irregularidad y la adaptabilidad: todos pecados capitales en los antiguos libros normativos. En marzo de 1788 reagrupó los regimientos de Caballería e Infantería en brigadas combinadas, que después fueron entrenadas intensivamente en conjunto preparándolas para el combate. Por lo tanto, no es sorprendente que Guibert, una figura extraída del riñón del «antiguo régimen», fuese (como Napoleón reconocería sin rodeos) el auténtico arquitecto del predominio militar francés durante los años siguientes.

«Supongamos», escribió en un pasaje muy citado entonces y después,

la aparición en Europa de un pueblo que reuniese a las virtudes austeras y un ejército ciudadano un plan predeterminado de agresión, que se atenga al mismo, y sepa cómo dirigir económicamente la guerra y vivir a expensas del enemigo... un pueblo así sometería a sus vecinos y derrocaría nuestra débil Constitución como un vendaval doblega las cañas.

Oficialmente Guibert estaba subordinado al ministro del Ejército, el conde de

Brienne (hermano menor de Loménie), que sucedió a Ségur cuando este renunció en relación con la crisis holandesa. Pero en realidad Guibert era quien ejercía el control inmediato a través de la creación de un nuevo consejo de guerra de nueve hombres, en que se combinaban los oficiales en servicio con los administradores y estrategas; es decir, una especie de Estado Mayor general embrionario. Convencido de que en realidad podía ahorrar dinero al mismo tiempo que confería más eficacia al Ejército, Guibert clausuró la Ecole Militaire de París, de la que durante mucho tiempo había sospechado que era más una escuela complementaria aristocrática que un centro de entrenamiento serio. La reemplazó con doce escuelas provinciales, generosamente dotadas con becas destinadas a ayudar a los hijos de los caballeros rurales. Bonaparte fue alumno de una de estas instituciones, precisamente la que estaba en Brienne. La propia casa militar del rey, otra institución decorativa, también fue eliminada y se estableció que los cargos honoríficos de coronel-general, reservados para la familia real, desaparecerían a la muerte de cada titular. Además, Guibert redujo drásticamente el número total de miembros del cuerpo de oficiales, convencido de que su engrosamiento había desvalorizado el sentido del rango y debilitado la cadena de mandos. Lo que es más significativo, el mecanismo notoriamente corrupto de los abastecimientos militares fue retirado del control de los contratistas privados, y puesto bajo la administración directa del Estado (otra de las innovaciones mantenidas durante la Revolución).

Con ésta y otras reformas, Guibert ahorró alrededor de treinta millones de libras. Utilizó esas economías para aumentar el sueldo del soldado común, que había caído a una situación de penuria. Pero sería erróneo representar a Guibert como el Iluminismo en las Armas. Al mismo tiempo se manifestó su faceta más sombría. En todo caso, imprimió a las cláusulas disciplinarias del código militar más y no menos crueldad, aunque determinó que fuesen mucho menos arbitrarias. Tampoco puede afirmarse de Guibert que fuese un partidario de la igualdad social. Por el contrario, si bien estaba dispuesto a aceptar la presencia de jóvenes inteligentes de las clases medias y las profesiones en los cargos de la artillería y la ingeniería, creía que la parte principal del cuerpo de oficiales debía provenir de la nobleza. Aunque parezca paradójico, esta actitud no se contradecía con su visión de un ejército reorganizado sobre la base de los ciudadanos. Lo que él deseaba eliminar del ejército era la ética del dinero, para reemplazarla con un ideal neorromano de sacrificio patriótico y valor físico. Asociaba estos valores con una nobleza transformada: una nobleza que no estuviera definida por el privilegio, y ciertamente tampoco por la riqueza, sino más bien por una incommovible profesión de devoción al servicio del Estado.

Muy pocos aspectos de este programa estaban destinados a acrecentar la simpatía de los soldados profesionales, oficiales o tropa hacia Guibert. Los primeros no apreciaban la brusca manipulación de la independencia de sus regimientos, e incluso menos su actitud puritana hacia los ascensos. Por lo que se refiere a los soldados de fila, el placer de los aumentos de sueldo se veía compensado por los castigos severos

codificados en los nuevos manuales. Por otra parte, los estrategas de la vieja escuela no tenían buena opinión de los absurdos conceptos de Guibert referidos a la guerra sin barreras y la destrucción diabólica de un enemigo debilitado. El efecto general de sus reformas fue perturbador, quizás incluso desmoralizador en lo inmediato. Guibert poseía un temperamento auténticamente revolucionario todavía encerrado en la estructura del gobierno real.

Cuanto más visionarias las reformas del gobierno de Brienne, menos agradaban al público. La emancipación de los protestantes fue profundamente impopular, y provocó manifestaciones callejeras en las regiones más piadosas de Francia, en el oeste y sureste (Continuaría siendo uno de los grandes motivos de división durante la Revolución). Las asambleas provinciales, una de las propuestas de Calonne preservadas por Brienne, y que fue aplicada durante los años 1787 y 1788, había sido concedida como un ejercicio de restitución. Pero en gran parte de Francia (aunque de ningún modo en todo el país) fueron estigmatizadas como juguetes en manos del gobierno: los instrumentos de sus medidas impositivas.

Ni la gravedad de la crisis financiera a fines de la primavera de 1787 ni la reconocida excelencia de las reformas oficiales bastaron para desarmar las objeciones políticas, que habían llegado a ser insuperables, al procedimiento tradicional del gobierno. La Asamblea de los Notables concebida por Calonne como un modo de obviar la oposición, al tomar en serio su propia existencia, puso de cabeza las prioridades convencionales. Ahora se exigía la representación del consentimiento, no como un auxiliar del gobierno, sino como su condición para funcionar. Y al llevar su caso al público —literalmente a los púlpitos del clero— Calonne había convertido la política en tema que merecía la atención nacional. Una vez abierta de ese modo la caja de Pandora, fue imposible cerrar la tapa, y el gobierno de Brienne naufragó en relación con los mismos asuntos que habían descalabrado a su predecesor. Si bien los notables estaban dispuestos a autorizar préstamos para salvar al gobierno de la bancarrota inmediata y a consentir en las reformas económicas, en el asunto de la ley agraria, y la ley de sellos que complementaba aquella, se mostraron inflexibles. Sólo los Estados Generales tenían la autoridad necesaria para conferir carácter legal a dichas medidas. Enfrentado con esta actitud recalcitrante, Brienne disolvió el cuerpo el 25 de mayo.

Ahora, sus alternativas eran sombríamente obvias. Podía transformar la monarquía en un régimen representativo, convocando directamente a los Estados Generales, y suponiendo que ello promovería la confianza pública —y por lo tanto, el aporte de fondos públicos— necesaria para apuntalar al gobierno. O podía tratar de prevalecer sobre la prevista oposición de los parlamentos a la nueva política impositiva mediante una mezcla de incentivos y amenazas. Los peligros de ambos programas eran evidentes, y en el verano de 1787 no se veía claramente cuál era el curso de acción que permitiría resolver más que complicar la cuestión vital del crédito. Y en un momento en que podía haberse esperado que el propio monarca

aportase cierta dirección, el rey se había zambullido en un mundo de alternación compulsiva entre la cacería y las comilonas, las matanzas y la gula. En cierta ocasión le vieron llorando y gimiendo a causa de la desaparición de Vergennes. Pero en el marco de esta impotencia neurótica, a los ojos de Brienne era evidente que Luis no estaba dispuesto a aceptar el tipo de régimen constitucional que permitiría llegar a la reforma a través del consenso.

De manera que sólo quedaba el camino del enfrentamiento.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

III - El canto de cisne de los parlamentos

La Asamblea de los Notables fue un llamativo ejemplo de un grupo seleccionado por su capacidad de acatamiento, que descubría en cambio el placer de la oposición. Cuanto más ruidosas sus quejas, más entusiastamente eran aplaudidas en folletos y octavillas. Los perros falderos del gobierno se habían convertido en los terrier del pueblo. Muchos de los magistrados provinciales, consejeros municipales y obispos que habían acudido a Versalles por lo menos en una actitud neutral frente al problema de la reforma impositiva, comprobaron que mediante la mera obstrucción podían ejercer más poder que todo lo que habían imaginado jamás. Por lo tanto, su ingreso en la vida política se definió como oposición más que como cooptación. E incluso cuando los notables fueron despedidos, persistió esta actitud de agresividad creadora.

El obstáculo inmediato que se oponía al programa del gobierno era el Parlamento de París. Cuando la administración de Brienne presentó sus propuestas a ese tribunal en mayo y junio de 1787, el Parlamento engrosó sus filas y adoptó la forma del Tribunal de Pares. Esta expansión incluía una serie de pares legos del dominio, muchos de los cuales habían sido notables (el mismo caso de los propios magistrados prominentes). La intensidad de la oposición parlamentaria no era una actitud preestablecida, pues el tribunal (lo mismo que los pares agregados) comenzaba a dividirse internamente acerca de los costos políticos de la oposición. El presidente D'Aligre, que representaba a los magistrados de más edad y profesionalmente los más encumbrados, de hecho había sugerido a Brienne que podría esperarse un grado de cooperación del tribunal al momento de registrar los préstamos y algunos de los rubros principales de la agenda de los notables que habían permanecido sin solución, sobre todo el asunto de la unión aduanera y el restablecimiento de la libertad del comercio de granos. Y así sucedió al principio. Incluso las asambleas provinciales, miradas con profunda sospecha como anexos del gobierno más que como organismos deliberadores realmente libres, no lograron formar una oposición unida con los parlamentos provinciales. Pero D'Aligre y sus colegas favorables al gobierno, por ejemplo Séguier, se vieron enfrentados con otros dos grupos del tribunal, los mismos que utilizaron la fuerza meramente retórica para apoderarse de la iniciativa política y estigmatizar la colaboración con el gobierno como una traición a la tradición parlamentaria.

Lo que empeoró aún más las cosas fue que el más formidable de estos dos grupos procedía de las más elevadas jerarquías de la magistratura. Estaba encabezado por Jean-Jacques d'Epréménil, una figura rechoncha cuya elocuencia picante compensaba con exceso su falta de estatura. La posición de d'Epréménil era conservadora, incluso reaccionaria. Pero eso no afectaba su popularidad. Por el

contrario, probablemente la aumentaba, pues gran parte de lo que habría de representar el sentimiento revolucionario tomaba su fuerza de la reacción lastimada más que de un progresismo de elevadas miras. La retórica de d'Eprémesnil era un retorno a la resistencia contra el canciller Maupeou y el controlador general de Luis XV. Reiteró su punto de vista usual de que los parlamentos tenían la responsabilidad de defender las «leyes fundamentales» de Francia contra los designios ministeriales que apuntaban contra las «libertades populares». Pero d'Eprémesnil tenía planes más ambiciosos de reconstrucción constitucional, y los formulaba resumidamente en la frase «desborbonizar Francia». Deseaba llevar la discusión más allá de las fronteras de la resistencia a los decretos ilegales, y presionar en cambio en favor de una participación positiva en la elaboración de las leyes de hecho, se trataba de una redefinición de la soberanía. En 1777 ya había aclarado que este no era el papel de los parlamentos. En todo caso, la oposición que actuaba en ellos debía comportarse como la comadrona de los Estados Generales, a quienes correspondía realmente esa responsabilidad en la creación de nuevas leyes. Esta era su posición diez años más tarde. Brienne seguramente supuso que la gravedad de la crisis financiera convencería a oradores como d'Eprémesnil de la conveniencia de suspender esta doctrina por lo menos hasta que la urgencia hubiese pasado. Pero los leones del Parlamento no tendían a demostrar compasión política. Por el contrario, creían precisamente que el aprieto en que se hallaba el gobierno les ofrecía una oportunidad suprema de imponer el fin del absolutismo. Ciertamente, sería una revolución, pero no sangrienta, sino legal: una versión francesa de la Gloriosa Revolución de 1688.

El inconveniente de este pronóstico era que no compartían esa creencia todos los que por el momento se adherían a la oposición de d'Eprémesnil. Un grupo de abogados más jóvenes y más agresivamente radicales de los parlamentos (entre ellos Hérault de Séchelles y su amigo Lapeletier de Saint-Fargeau) creía que los Estados Generales no eran un fin, sino el comienzo de una nueva Francia. Este grupo, dirigido por Adrien Duport de Prelaville, de veintiocho años, era minoría en el sector de altos magistrados de la Grand Chambre, pero tenía el apoyo de un núcleo mucho más nutrido y ruidoso formado por los abogados y los procuradores de los tribunales menores, los *maîtres d'enquêtes*. El propio Duport había ocupado el cargo de consejero de la Chambre a la juvenil edad de diecinueve años, era amigo de Lafayette, y había convertido su casa en la rue du Grand Chantier en centro de discusión acerca del futuro político de Francia. Chez Duport (suprimió el aristocrático «de Prelaville» para identificarse con el Tercer Estado en 1788), se hablaba no de los privilegios tradicionales y los antiguos Estados, sino más bien de una soberanía existente en la ciudadanía. Muchos de estos argumentos radicales habían sido formulados en *El catecismo del ciudadano*, de Saige, una obra muy leída que mereció una nueva edición en 1788. A juicio del grupo de Duport, esta nueva soberanía debía adoptar la forma de una representación *nacional*, y por «nacional»

entendían necesariamente contraria al privilegio, a la diferenciación y la separación de los órdenes sociales.

Mientras el Parlamento mismo pareciera ser el foco de la resistencia y por lo tanto el blanco de la fuerza oficial, los dos grupos se unirían en una demostración de solidaridad. Ambos estaban interesados en negar al gobierno la posibilidad de aplicar sus programas sin pagar el precio de la restitución constitucional. Pero apenas se hubiese concedido ese precio, y pasara a primer plano el tema de la representación, las diferencias se manifestarían con súbita y brutal claridad. En definitiva, esa diferencia separaría a los ciudadanos de los nobles, a los revolucionarios de los conservadores. El embajador británico en París advirtió que, de un modo u otro, la campaña en curso en definitiva sería contraproducente. O los parlamentarios provocaban al gobierno y este adoptaba un curso de drástica represión, o los parlamentarios cedían el lugar a instituciones más auténticamente representativas. En todo caso se estaba ante «el último suspiro de las Cortes Soberanas». Y no todos los magistrados ignoraban lo que estaba sucediendo. Etienne Pasquier, que acabaría como canciller del Imperio Napoleónico, pero que en 1788 era un abogado joven e impresionable, recordó en sus memorias que

las cabezas serenas de la Grand Chambre se sentían turbadas ante la perspectiva. Nunca pude olvidar lo que me dijo uno de esos viejos jueces mientras pasaba detrás de mi asiento y veía mi entusiasmo. «Joven, una idea análoga fue formulada en tiempos de vuestro abuelo». Y dijo entonces: «Messieurs, éste no es un juego de niños; la primera vez que Francia asista a los Estados Generales también presenciara una terrible revolución».

Todas estas reservas quedaron sepultadas por la sugestiva energía de la retórica de d'Eprémesnil. El plan de Brienne enderezado a complementar los ingresos del impuesto agrario con un gravamen especial, el sellado, hizo completamente el juego de d'Eprémesnil. No sólo fue un recordatorio inmediato del impuesto que había desencadenado la «causa sagrada» de la libertad en América, sino que además el orador parlamentario pudo presentarlo como una imposición que afectaría por igual a los grandes y los humildes, sumergiendo a los comerciantes, los vendedores de libros, los tenderos y los artesanos bajo resmas de papel, y además suministraría otro pretexto a la pesada mano del gobierno, que presionaría sobre los ciudadanos indefensos. Acerca del tema de las multas que debían aplicarse a los que fuesen descubiertos con sus papeles sin sellar, d'Eprémesnil ofreció una catarata de melodrama oratorio:

Es cruel imaginar al ciudadano aislado viviendo en la más profunda soledad, al tranquilo comerciante trabajando para aumentar el comercio nacional... al discreto profesional consagrando sus esfuerzos al reposo de las familias; todos afrontando la abrumadora perspectiva de verse unidos por la misma cadena y sometidos en el momento en que menos creían ser vulnerables... a multas cuyo peso arrastrará... tanto a los inocentes como a los culpables...

Gozando de su papel de defensor de los débiles y los pequeños, el 2 de julio el

Parlamento rechazó directamente la ley de sellos. Dos semanas después la ley agraria modificada corrió la misma suerte. Ahora era evidente para el gobierno que la mayoría del Parlamento estaba dispuesta a frustrar todas las medidas que pudieran devolver al Estado la libertad de acción. De modo que fue inevitable un choque. El seis de agosto el rey convocó a un *lit de justice* en el Parlamento. La Grand' Chambre estaba atestada por centenares de magistrados y pares, transpirando bajo sus túnicas a causa del intenso calor estival. A pesar del sesgo dramático de la ocasión, Luis XVI interpretó demasiado literalmente la presencia del «lecho» ceremonial, y se durmió al principio de la sesión, obligando a Lamoignon a elevar la voz para cubrir los ruidosos ronquidos reales que se originaban bajo el dosel de una esquina. Dijo que le complacía que el Parlamento aceptara los principios definidos por los notables (pues en efecto había registrado los decretos acerca del comercio de granos, la *corvée* y la unión aduanera), Las leyes impositivas por lo tanto serían registradas, en la forma tradicional, pues *le roi le veult*.

Un día después d'Epréménil declaró que la aplicación de los decretos era ilegal, y por tanto nula y sin efecto, opinión que fue formalizada en una gran reprobación. «El principio constitucional de la monarquía francesa», decía el texto, «era que los impuestos necesitaban el consentimiento de los que tendrían que pagarlos». El 10 de agosto el Parlamento pasó a un contraataque más enérgico e instigó la iniciación de un juicio penal contra Calonne (que a estas alturas de las cosas estaba a salvo en Inglaterra). Duport aprovechó la oportunidad para desencadenar un ataque feroz contra el desacreditado ministro. Se afirmó que él era la fuente de la infamia y la corrupción pecuniaria, política y sexual. En efecto, se dijo que era un individuo tan perverso que el mero hecho de abstenerse de proscribirle constituía un respaldo tácito. El vituperio de Duport, que se apoyó en los materiales polémicos que entonces circulaban y habían sido escritos por los publicistas Bergasse y Carra, fue un momento importante en la historia de la retórica revolucionaria. Era la primera vez que la acusación a determinado político se convertía en un juicio general a la administración vigente, y eso a pesar de que dicha administración nada tenía que ver con la conducta del acusado. Esta incriminación por asociación sería un instrumento usual de los grupos opositores que aprovechaban la necesidad pública de villanos a quienes imputar todos los desastres del momento. Durante la Revolución estas campañas aportarían no sólo canallas, sino traidores, y estos no sólo caerían en desgracia, sino que irían a la guillotina.

Mientras el Parlamento se elevaba sobre las olas espumosas de la oratoria, su fuerza dinámica fue el apoyo público intenso y ruidoso. Más allá de la propia Grand' Chambre, la *basoche* de la ley —escribientes, litigantes, portadores de sillas, impresores y *colporteurs*: la comunidad entera del Palais de Justice— formaba una *claque* perpetua y ruidosa que aplaudía a sus héroes, denostaba a los villanos (como el conde de Artois) y exhortaba a los magistrados a protagonizar más acentuadas demostraciones de desafío. A su vez, esta gente llevó el asunto fuera del recinto, al

Pont Neuf, el Palais-Royal y los cafés, y a una prensa panfletista que cada día mostraba mayor audacia en sus denuncias del «despotismo» oficial. Se arrancaban los carteles oficiales apenas se habían fijado; en las calles se quemaron efigies de Lamoignon. Y a medida que la resistencia cobró más audacia, Brienne y Lamoignon retrocedieron hacia los estereotipos que les habían preparado, al comportarse como contrarrevolucionarios. En ellos se manifestó una especie de determinación quirúrgica que de un modo extraño anticipó las tácticas contrarrevolucionarias sistemáticas del siglo XIX. Primero, clausuraron el «teatro» y deportaron a los actores. El Parlamento fue exiliado a Troyes el 15 de agosto. El diecisiete el propio Palais de Justice fue ocupado por guardias suizos que clausuraron las entradas y salidas de las cámaras para impedir que se infligieran daños físicos a los decretos cuestionados. Siguió una campaña de limpieza para silenciar a la oposición. Hubo allanamientos de imprentas, se clausuraron periódicos y lo que es más sorprendente, llegó a sospecharse de todos los clubes o asambleas, como posibles focos de oposición que debían ser clausurados. La medida incluyó a esos notorios nidos de subversivos que eran los clubes de ajedrez.

El exilio en Troyes, unido al súbito e intenso uso de la fuerza, contribuyó poco a silenciar el clamor de las calles. Pero sin duda calmó a los propios magistrados. En todo caso, en efecto anuló a algunos de los menos valerosos y los indujo a escuchar los consejos prudentes formulados por magistrados de más edad, como D'Aligre y Soguer. Al mismo tiempo, en agosto, sobrevino una interesante transformación. Estaban inaugurándose las asambleas provinciales en medio de grandes fanfarrias patrióticas de los *intendants*, que ostentadamente las declaraban expresiones de una transferencia del poder del rey servidor al Pueblo. Como el personal de las asambleas se reclutaba en los niveles inferiores de la profesión legal, de los funcionarios y los médicos, así como de la nobleza leal —en otras palabras, en las clases cultas— se organizaron intencionadamente de manera que debilitasen la pretensión de los parlamentos como representantes de la nación, sobre todo en las cuestiones impositivas. Los adioses formales de los *intendants* destacaron esta revolución pacífica. «La nación os ha convocado», declaró Bertier de Sauvigny al inaugurar la asamblea de la Isla de Francia, el once de agosto; «... iluminados por vuestro propio interés y entusiasmados por el espíritu patriótico, mostrareis no menos celo que yo en la fijación de una justa proporción de los impuestos... os sentiréis conmovidos hasta las lágrimas por la carga enorme de lo imponible».

En Alsacia, De La Galaizière pronunció un notable discurso el doce de agosto, y mostró una atención aún más puntillosa en relación con el significado del momento. Según dijo a la asamblea, era

una época memorable en la historia de nuestro siglo y la nación... El tiempo, el progreso del saber, la variación de las costumbres y las opiniones han promovido e impuesto revoluciones [palabras textuales] en el sistema político de los gobiernos. Durante más de treinta años hemos sido testigos del modo en que las ideas patrióticas germinan invisibles en cada cabeza. Hoy, cada ciudadano desea que

se le convoque en apoyo del bien general. Todo lo que se haga para alentar esta inclinación es poco. El rey desea sobre todo la felicidad de sus súbditos.

En otros lugares, los *intendants* compitieron entre ellos en sus expresiones de celo por el bien común. Por ejemplo, en Caen Cordier de Launay comparó a Luis XVI con Solón y Licurgo, y afirmó que su corazón «ardía con el nuevo patriotismo».

Que se fomentara oficialmente este género de lenguaje fue sin duda un intento del gobierno de mediar entre los parlamentos y el pueblo. Al destacar la equidad social de la labor de evaluación impositiva y cooptar personal que de no haberse procedido así quizás hubiera pertenecido al campo parlamentario, el gobierno trataba de demostrar que las reformas eran populares más que burocráticas. Y sus esfuerzos de ningún modo fueron inútiles. Todas las pruebas disponibles sugieren que durante el otoño las asambleas provinciales en efecto iniciaron con entusiasmo su labor, y que las protestas parlamentarias fueron formales e ineficaces. Y es muy posible que este proceso determinara una actitud más conciliadora de la Corte de los Pares de París.

Al mismo tiempo, algunas voces oficiales más moderadas intentaban concertar un compromiso que permitiese recaudar rentas sin un enfrentamiento político. La incorporación de Malesherbes en agosto tuvo un significado especial, pues nadie sabía mejor que él tomar en serio las reprobaciones. Recordó a sus colegas que, les agradase o no, «el Parlamento de París en este momento es el eco del público de París... y que el de París es el eco de la nación entera... De modo que estamos tratando con toda la nación, y cuando el rey responde al Parlamento está respondiendo a la nación». Malesherbes tampoco temía la perspectiva de los Estados Generales. En realidad, los consideraba un modo de fortalecer más que de debilitar la autoridad de la monarquía.

Por lo tanto, había cierto espacio en ambos lados para negociar. Pero en el compromiso que se delineó en setiembre, pareció que Brienne era quien había recorrido más de la mitad del camino. La nueva ley impositiva, que siempre había sido el nervio del programa de reformas, y de la cual dependía lo esencial de la reconstrucción de las finanzas públicas, fue anulada. Con ella también cayó, sin que nadie lo lamentase, la ley de sellos. En lugar de estas medidas, Brienne reclamó exactamente el tipo de paliativo que él y Calonne habían deseado evitar: un segundo y tradicional impuesto del *vingtième* (aplicado, como los *vingtièmes* anteriores, a todos los sectores de la población). Debía recaudarse durante cinco años, y al final de ese período se convocaría a los Estados Generales. También se anuló el decreto de suspensión de los parlamentos. El gobierno abrigaba la esperanza de que al abandonar el enfrentamiento obtendría cinco años de paz política, durante la cual sería posible restaurar las finanzas oficiales. Al final del túnel habría no sólo luz, sino un raudal de luminosidad real. Ante la Corte de los Pares, el diecinueve de noviembre, Lamoignon desplegó la seductora perspectiva de 1792:

Rodeado por sus Estados y por sus fieles súbditos, Su Majestad les presenta la reconfortante imagen

del orden restaurado en las finanzas, la agricultura y el comercio, que se apoyan mutuamente bajo los auspicios de la libertad, de una marina formidable, del ejército regenerado por una estructura más económica y militar, de los abusos eliminados, de un nuevo puerto construido a orillas del Canal para asegurar la gloria de la bandera francesa [Cherburgo], de las leyes reformadas, de la educación pública perfeccionada...

Aunque los miembros de la magistratura de orientación más radical se resistían a aceptar nada de lo que el gobierno tenía que ofrecer, las opiniones estaban divididas respecto del grado de obstrucción que el tribunal debía oponerle. En consecuencia, el saldo de las sesiones de noviembre fue incierto. El gobierno aún demostraba escaso tacto. Deseaba intimidar a los magistrados moderados, y de nuevo envió sus guardias al Palais de Justice. Con esta presencia militar, los ánimos comenzaron a irritarse. D'Éprémesnil y el conde de Artois casi llegaron a los golpes en relación con el importante tema del estacionamiento de sus respectivos carruajes en el patio. Pero la forma adoptada por la asamblea debía ser tranquilizadora: una *séance royale* en la cual se permitirían todos los tipos de opinión, y el rey se sentaría sobre un estrado en lugar del ominoso dosel que anunciaba la compulsión del *lit de justice*.

Después de un largo día de discursos desordenados parecía probable que de hecho el Parlamento registraría los nuevos decretos. Pero un sesgo completamente imprevisto de los episodios destruyó el difícil consenso. El propio rey, quizás irritado por las repetidas llamadas a la convocatoria de los Estados Generales antes de 1792, estaba decidido a evitar una votación, y ordenó que se registrasen los edictos. En realidad, respondiendo a un impulso había convertido la *séance royale* más informal en un *lit de justice* coercitivo. La respuesta a esta brusca actitud fue un silencio desconcertado, quebrado finalmente por una intervención absolutamente imprevisible. Felipe, duque de Orléans y primo del rey, se puso de pie. Lo cual fue por lo menos inesperado. Toda la familia real —Borbón, Condé, Orléans— (con excepción de los Conti) era famosa por su evidente incapacidad para decir en público nada que no estuviese determinado por la ceremonia. Artois, que podía pronunciar impresionantes discursos en privado, varias veces trató de defender la voluntad real en el Tribunal de los Pares, pero invariablemente recayó en una balbuceante incoherencia o en un hosco silencio. Orléans, el gran propietario y protector del Palais-Royal, solía rodearse de hombres ingeniosos e inteligentes. Los equipos de zánganos literarios (entre ellos Mirabeau y Choderlos de Laclos), que escribían materiales polémicos en nombre del duque, confirieron a Orléans una reputación inmerecida de capacidad política. Pero de todos modos su intervención el 19 de noviembre provocó una impresión inmensa tanto en los detractores como en los admiradores. Se volvió directamente al rey y dijo: «Sire, ruego a Su Majestad me permita poner a sus pies y en el corazón de esta corte [la opinión] de que considero ilegal este registro».

Fue uno de esos momentos teatrales que, congelados en el tiempo y embellecido en las memorias de su hijo, aparecería como el primer *tableau* revolucionario. La

respuesta del rey dio infaliblemente la peor nota posible: la petulancia seguida por el humor. «El registro es legal porque he escuchado las opiniones de todos». Después hubo este extraño non sequitur, con una broma casual y juguetona a Orléans: «Oh, bien, no me importa, por supuesto, vosotros sois los amos». El efecto de esta actitud peculiar no pudo haber sido más dañino: el despotismo que no alcanzaba a tener el valor de sus convicciones.

Aquí, Luis y sus hermanos abandonaron el Parlamento; Orléans permaneció allí para leer un texto que sin duda le habían preparado, y que confirmaba la ilegalidad de los procedimientos. Su estrategia, que debía convertirle en héroe popular, se vio premiada además por el arresto y el exilio en su propiedad de Villers-Cotterêts, donde se regodeó en la reputación de un mártir por la causa de la libertad. Su castillo incluso comenzó a tener el carácter de una segunda corte. Dos parlamentarios más, a quienes se acusó de haber hablado con insolencia, también sufrieron arresto.

La intervención de Orléans fue otro momento crítico en el sabotaje de todo lo que fuese una reforma concertada entre el gobierno y los parlamentos. Resignado a una más sistemática demostración de fuerza, Brienne decidió que tenía poco que perder si profundizaba el tema impositivo más allá de lo que sugería su acuerdo de setiembre con los parlamentos. El *vingtième* no tuvo el carácter de un gravamen de extremo abierto, sino de un recurso destinado a satisfacer un monto específico de las rentas oficiales. El posible faltante debía compensarse con los llamados *abonnements*, de hecho, suplementos recaudados a través de las asambleas provinciales. Esto se parecía sospechosamente al impuesto agrario abandonado, y que ahora se promulgaba subrepticamente.

Como resultado de esta maniobra, la plausibilidad de las asambleas provinciales en cuanto baluartes del bienestar popular se vio fatalmente dañada. Sus miembros comenzaron a oponerse a los *intendants* o a abandonar la cooperación con el gobierno, para ofrecer manifestaciones de apoyo a los parlamentos. En enero de 1788 Lafayette informó a Washington del placer que había sentido en la asamblea de la Auvernia en Riom, donde había conseguido obstruir los intentos de recaudar rentas adicionales. «Tuve la buena fortuna», escribió con cierta virtuosa satisfacción, «de complacer al pueblo, y el infortunio de desagradar mucho al gobierno». Más aún, la doctrina que afirmaba que los trece parlamentos en realidad eran un cuerpo unificado que cumplían la función de proteger las libertades francesas había avanzado tanto terreno que el Parlamento de París pasó la primavera de 1788 emitiendo una serie de pronunciamientos, y en ellos decía más o menos lo mismo al rey. El 11 de abril el Parlamento de París dijo al rey que «la voluntad del rey no basta por sí sola para hacer la ley»; el veintinueve de abril se negó formalmente a apoyar nuevas recaudaciones de ingresos, y el tres de mayo insistió en que los Estados Generales eran una precondición de las imposiciones futuras, y en que las *lettres de cachet* y otros arrestos arbitrarios eran ilegales.

Por su parte, el gobierno se resistía ahora a la idea de mantener una actitud pasiva.

El 17 de abril, en un discurso escrito para el rey, Lamoignon había representado a la autoridad real como un escudo contra los intereses sectoriales. Si las cortes podían imponerse a la voluntad real, «la monarquía sería nada más que una aristocracia de magistrados, tan opuesta a los derechos y los intereses de la nación como a los del soberano». Pero esta táctica de «absolutismo popular» no estaba limitada a los rechazos retóricos. Su arma más poderosa era un conjunto de reformas judiciales de amplitud y audacia impresionantes. Sin duda, estaban destinadas a destruir definitivamente la capacidad opositora de los parlamentos. Pero el recorte de las atribuciones era concebido como la precondition de un sistema de justicia completamente nuevo que pudiese aspirar plausiblemente a contar con el apoyo público. De nuevo el gobierno apuntó astutamente a los abogados que ocupaban niveles más bajos en la jerarquía legal (y a quienes la alta magistratura impedía ascender) e intentó cooptarlos. Los tribunales inferiores de las provincias debían elevarse súbitamente a la jerarquía de los *grands bailliages*, y en adelante esos tribunales entenderían en la gran mayoría de los casos penales y civiles. Los parlamentos se limitarían a los casos relacionados con la nobleza y los juicios civiles por un monto superior a las veinte mil libras. De hecho, quedarían reducidos a la condición de una oficina de arbitraje en el seno de la élite. También se los despojaría de la atribución política de registrar los decretos antes de que fuera posible aplicarlos. Este poder correspondería en cambio a una «corte plenaria» central designada por el gobierno. En vista de este volumen de actividad drásticamente reducido, muchos de los cargos necesarios en el Parlamento cesarían de cumplir toda función, y serían eliminados. Y el sesgo intencionadamente antiaristocrático de las reformas se acentuó todavía más al abolirse las «cortes señoriales» a través de las cuales la nobleza administraba justicia personal a los campesinos dependientes de ella.

Unido a las nuevas cláusulas acerca de las prisiones y el procedimiento en las sentencias capitales, el programa revolucionario de Lamoignon tenía el propósito de crear una «justicia esclarecida»: pronta, imparcial, accesible a la mayoría de los franceses y liberada de las garras de la aristocracia venal. En armonía con muchas otras reformas de este período, era un ataque directo a las instituciones corporativas, y el ejemplo más dramático de una situación en que el *ancien régime* caía abatido por su propio gobierno. Precisamente por esta razón muchos miembros de la elite de corte liberal, por ejemplo el marqués de Condorcet, se vieron en dificultades para negar el valor de las reformas. Con una disposición similar, Lally-Tollendal creía que la «corte plenaria» tenía más probabilidades que el Parlamento de producir una Carta Magna para Francia.

Pero el juicio racional sobre las reformas se vio impedido por el aullido de cólera contra el modo en que se las presentó. Estas medidas también tenían consecuencias geopolíticas que provocaban más oposición que acuerdo. La degradación de los antiguos centros parlamentarios implicaba la pérdida de su monopolio sobre la justicia en beneficio de las ciudades provinciales vecinas, y removi6 un nido de

avispas, el de los celos localistas. Por ejemplo, en Bretaña, Rennes descubrió que sus privilegios pasaban a centros rivales, como Nantes y Quimper. En todo el territorio de Francia hubo innumerables rivalidades entre las pequeñas localidades, que deseaban ser los nuevos centros administrativos y legales —organizados precisamente por las clases profesionales que podían aprovechar la transferencia de autoridad—. Y estas batallas libradas por los letrados de las provincias continuaron, incluso agravadas, a lo largo de la Revolución.

En la campaña de panfletos contra Lamoignon, a menudo se decía que estaba dominado por el espíritu del canciller Maupeou, que había promovido el último ataque a los parlamentos. En su forma más extrema, estos materiales políticos mostraban a Brienne y Lamoignon coaligados con un poder de las sombras incluso más formidable —el Demonio— para destruir las libertades francesas. En el *Diálogo entre M. el arzobispo... y M. el guardián de los Sellos*, Brienne confiesa que los *grands bailliages* estaban destinados a engañar al pueblo con el fin de que creyese que se mantendría la justicia. Pero tan pronto desaparecieran los parlamentos, él privaría [a las nuevas cortes] del más mínimo hálito de vida.

LAMOIGNON: Pero la justicia estará muy mal administrada.

BRIENNE: ¿Qué importa eso...? Y si alguien grita, los clamores de los individuos no me preocupan en absoluto. Solamente tenemos que temer las reprobaciones de los parlamentos... pero pronto (una perspectiva deliciosa) las Cortes Soberanas no podrán escribir ni hablar. Mi genio podrá desplegar sin que en mi camino se crucen opositores incómodos...



Arresto de
d'Eprémesnil y
Goislard

[\(Ampliar\)](#)

La audacia y el volumen mismo de la polémica antigubernamental garantizaban que las concesiones al «bien público» incluidas en las reformas de Lamoignon se verían anuladas por sus repercusiones políticas. Y el gobierno seguramente no tenía mucha confianza en la recepción que merecerían, pues decidió aplicar el programa con rapidez y fuerza abrumadora. El 6 de mayo, d'Eprémesnil y Goislard, los dos jefes de la resistencia en París, fueron arrestados. Dos días después el propio Lamoignon afrontó la hostilidad silenciosa pero implacable del Parlamento, e impuso los decretos en un *lit de justice*. En todo el territorio francés este panorama de decisiones militares se repitió en otros doce centros de las cortes soberanas, donde se habían apostado tropas para convencer a los magistrados de la necesidad de marchar pacíficamente a sus «vacaciones» obligatorias.

Nada de esto fue eficaz. Ni la publicidad oficial sobre los efectos saludables de las reformas ni los planes militares utilizados para aplicarlas pudieron calmar la inmensa manifestación de cólera pública. Pasó del proletariado legal de los portadores de sillas, los fabricantes de pelucas, los escribas y los atendedores de los puestos, a través del cuerpo de abogados y procuradores profesionales, hasta llegar a la alta nobleza y el clero. Y el escándalo recorrió Francia de un extremo al otro. Para el gobierno era especialmente ominoso que la resistencia a los decretos en realidad

apareciese más intensamente en las provincias que en París. En Pau, de la región de los Pirineos, el 19 de junio una manifestación violenta derribó las puertas del Palais de Justice para reclamar la reinstalación del Parlamento. Como no podía llevar tropas a una provincia tan distante con la velocidad necesaria, el gobernador real no tuvo más remedio que permitir que los magistrados permanecieran, y de ese modo calmar la situación, contrariando francamente las órdenes del gobierno de Versalles. En la ciudad bretona de Rennes, el *intendant*, Bertrand de Moleville, evitó por poco que lo lapidasen. A principios de junio, cuando las *lettres de cachet* exigieron a los parlamentarios que se retirasen, el *intendant* —y no los magistrados— protagonizó una rápida salida. En julio fue necesario concentrar unos ocho mil soldados para serenar los ánimos. En Besançon, Metz, Dijon, Toulouse y Ruán la protesta fue bastante organizada, de modo que el gobierno tuvo que enviar al exilio a los magistrados recalcitrantes. Y en Burdeos, Aix y Douai —así como en el Parlamento parisiense extrañamente silencioso— las cortes continuaron funcionando, pero declararon que los decretos eran la consecuencia de un despotismo irrestricto. Parecía que los parlamentos en efecto se habían convertido en lo que siempre habían pretendido ser: los tribunos populares. Pero en el momento mismo de su triunfo, vacilaron en aprovecharlo. La tosca materialidad del apoyo popular que ellos habían solicitado tomó por sorpresa a muchas magistrados. Y la sorpresa no siempre era grata. Las imprevistas invasiones del Palais de Justice o del municipio local y la inclinación de las multitudes en la calle a enfrentar a los soldados suscitaban interrogantes de carácter público que, vista su condición de guardianes usuales de la paz civil, provocaron la aprensión de los magistrados. El Parlamento de Pau, que había visto algunas de las manifestaciones más violentas, protestó debidamente contra los decretos de mayo, pero pasó a justificar su propia propuesta con el argumento de que esas medidas habían provocado tumultos incesantes, así como la destrucción de la propiedad, y que contra estos resultados ahora era evidente que «la policía regular es impotente».

Para las personas sensibles a estas cosas, había signos incluso más inquietantes en el sentido de que la crisis rápidamente estaba dejando de ser una guerra civil en el seno de la elite. Según se informó al embajador británico, en Rennes se difundían por el pueblo bajo augurios alarmantes sobre la caída de la monarquía. Decíase que en la estatua ecuestre de Luis XVI el cetro que su mano sostenía había comenzado a descender, quizás un total de quince centímetros en el curso de pocos meses. Pero a principios de julio hubo noticias todavía peores. Un testigo afirmaba que cierta calurosa noche de verano él había visto personalmente, sin la más mínima duda, que el caballo de piedra que el rey montaba había transpirado gruesas y pegajosas gotas de sangre.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

IV - El Día de las Tejas

En Grenoble la visión de la sangre no fue imaginaria. En una jornada marcada por los disturbios, el 7 de julio, Henri Beyle (más tarde conocido por el nombre de Stendhal), de cinco años, observó desde la casa de sus padres cómo retiraban del lugar a un sombrerero herido, con los brazos sobre los hombros de dos compañeros. Stendhal afirma que siempre se había sentido fascinado por la sangre. Su recuerdo más antiguo se refiere al día en que mordió la mejilla de una tal Madame Pison de Gallon, que en un campo de margaritas había pedido que el infante de dientes afilados la besara. Dos años después, Stendhal apretaba la cara contra la ventana y veía brotar la sangre de un orificio en el nacimiento de la espalda del sombrerero, donde había recibido un bayonetazo de un soldado real. El niño continuó observando mientras la camisa y los pantalones de ante del hombre se teñían, con un carmesí más intenso. Con movimientos lentos y dolorosos, el sombrerero fue llevado a la casa de un vecino, un comerciante acaudalado y liberal llamado Périer. Al advertir de pronto que su hijo estaba mirando, los padres le arrancaron de la ventana y le reprendieron como si hubiese estado escuchando a hurtadillas. Sin desanimarse, poco después Henri consiguió regresar a su puesto de observación y vio cómo subían seis pisos con el cuerpo, y aparecía en las anchas ventanas rectangulares de la casa que se levantaba enfrente. Al llegar al sexto descanso el hombre expiró, lo que sin duda no era sorprendente. En su fragmento autobiográfico *La vida de Henri Brulard*, Stendhal escribió que ésa era «la primera sangre derramada por la Revolución». Esa noche su padre Cherubin Beyle recitó a su familia el relato de la muerte de Pirro.

A primera vista, Grenoble no era un lugar que verosímilmente pudiese representar el papel de la «cuna de la Revolución», como más tarde ella misma se complacía en afirmar. Stendhal —que confundía el odio intenso a su padre con el odio a su ciudad natal— no la recordaba con simpatía. «Para mí, Grenoble», escribió más tarde, «es como el recuerdo de una terrible indigestión, algo que no es peligroso pero que asquea horriblemente». El origen de esta dispepsia estaba en lo que el propio Stendhal consideraba la estrechez sofocante y provinciana de la ciudad. Pero aunque Grenoble no era Burdeos, con su puerto bullicioso y el dinero que uno ganaba de prisa y perdía todavía con más prisa, tampoco era ese estanque de aguas quietas que Stendhal recordaba. La ciudad había aportado sobradamente su cuota de *philosophes* del Iluminismo, por ejemplo el abate Mably y Condillac. Y su localización espectacular a orillas del río Isère, al pie de los Alpes Saboyardos, la había situado en el camino de los peregrinos que iban a visitar a Rousseau. El propio Jean-Jacques había estado allí en 1768, cuando se dedicaba a una virtuosa actividad, la recolección de plantas en las montañas. Un año después, Grenoble podía ufanarse de su propio

Almanach des Muses que seguía el modelo del exitoso periódico literario del mismo nombre publicado por primera vez en París en 1765. Poco más tarde, aparecieron *Les Affiches de Grenoble*, un semanario que se vendía por tres *sous* y que invitaba a «todos los ciudadanos interesados en participar en la observación de asuntos importantes» a presentar artículos para publicarlos. En este ambiente reducido y vivaz, el doctor Gagnon, abuelo materno de Stendhal, había fundado una floreciente biblioteca pública y una nueva Escuela Central destinada a los estudiantes prometedores. Los intereses conocidos de Gagnon, que incluían desde los estudios acerca de la retención urinaria a una historia de los volcanes de Auvernia, eran típicos de la elite de la ciudad, con su espíritu enciclopédico y su vivaz interés político. Por la época en que Antoine Barnave publicó su agrio trabajo político contra la reforma de Lamoignon bajo el título de *L'Esprit des Edits*, podía tener la certeza de un público lector atento e indignado.

En muchos aspectos, la condición común y corriente de Grenoble fue el factor que creó allí las condiciones propicias para presenciar la primera gran insurrección urbana de la Revolución. En su carácter de sede del Parlamento del Delfinado mostraba la habitual concentración de abogados, panfletistas, docentes y escritores a tanto la línea, mal pagados y fácilmente excitables. Todo lo que significara una amenaza a la corte soberana era un desafío directo a los medios de vida y el sentimiento de prestigio de esta gente. Pero Grenoble era también un centro de la industria regional, con cuatro mil quinientos artesanos especializados que producían finos guantes exportados a todo el resto del país, e incluso a lugares tan lejanos como Filadelfia y Moscú. Lo mismo que los cardadores de cáñamo, que formaban otro grupo importante de la fuerza de trabajo, los artesanos habían sido rechazados gradualmente del antiguo centro de la ciudad, en dirección a la rue Saint-Laurent, sobre la orilla opuesta del Isère, y al faubourg Très Cloître, al sureste. Si bien los años de prosperidad habían acrecentado las oportunidades de empleo, la súbita desorganización del ciclo comercial ascendente en 1788, combinada con el brusco aumento de los precios del pan, había determinado que estos trabajadores pasaran hambre y estuviesen irritados. Competían por los empleos con una importante comunidad de inmigrantes regionales que llegaban de las regiones circundantes del Gévaudan y Saboya, y que se habían instalado en Grenoble como porteadores del mercado, servidores domésticos y cocheros.

En vista de estas tensiones, era imprudente que el gobierno actuase un día de mercado, el sábado 7 de junio. Los magistrados del Parlamento se habían reunido en la residencia de su primer presidente, Albert de Bérulle, y el 20 de mayo habían imitado el ejemplo de sus colegas de París y otras provincias y declarado ilegal la aplicación de los decretos de mayo. Diez días después, Brienne ordenó al teniente general del Delfinado, el duque de Clermont-Tonnerre, que desterrase de Grenoble a los magistrados y que al séptimo día se entregasen debidamente las *lettres de cachet*. Dos regimientos de soldados —el Marine-la-Royale y el Austrasie— estaban cerca de

convencer a los parlamentarios de la conveniencia de retirarse sin escándalo. Y tal vez lo hubiesen hecho así, de no mediar la intervención decisiva de la multitud. Fue típico que la *basoche* de los tribunales comenzara la acción de la jornada arengando a la gente en los mercados y distribuyendo folletos y carteles que atacaban violentamente a Brienne y Lamoignon. La protesta pasó de los discursos, los insultos de viva voz y las canciones a una huelga. Alrededor de las diez de la mañana todos los puestos y las tiendas cerraron sus puertas, y los fabricantes de guantes y los cardadores de cáñamo salieron de sus talleres y se volcaron sobre el centro de la ciudad, marchando hacia el Palais de Justice y la casa de Bérulle, en la rue Voltaire. Querían impedir la partida de los magistrados, apelando a la fuerza si era necesario, y llegaron al extremo de desenganchar los caballos del carruaje preparado para el presidente, y llevarlos al patio. Un segundo grupo cerró las puertas de la ciudad para impedir la llegada de refuerzos, y un tercero se organizó para sitiar la casa del gobernador.

Aquí, en su carácter de comandante de la guarnición, Clermont-Tonnerre afrontó una ingrata decisión. Era la misma que todos los oficiales que se vieron en un aprieto análogo, durante la Revolución Francesa —y en innumerables revoluciones futuras— tendrían que afrontar. ¿Debían llevar a sus soldados a las calles para contener, disuadir o someter a la multitud? En caso afirmativo, ¿sus hombres debían estar completamente armados? Si así era, ¿en qué condiciones podían disparar? ¿Cuál de estas situaciones, si no todas, amenazaban agravar en lugar de aliviar el problema? Y como muchos otros oficiales metidos en este embrollo, dio una respuesta ambigua, para descubrir en definitiva que la brutalidad espontánea de los hechos le arrebató la decisión.



El Día de las Tejas

[\(Ampliar\)](#)

Se enviaron soldados a la escena de los disturbios en destacamentos relativamente pequeños, armados, pero con la orden de abstenerse de disparar. Su presencia bastó para encolerizar todavía más a las multitudes, pero no para intimidarlas. Muchos habitantes de Grenoble subieron a los techos de sus casas y bombardearon a los soldados desprotegidos con una lluvia de tejas que repiquetearon sobre los adoquines de las calles. Cuando las tropas comenzaron a sufrir bajas graves, los dos regimientos reaccionaron de distinto modo. Los soldados del Austrasie obedecieron al teniente coronel Boissieux, que les prohibió disparar, a pesar de que él mismo fue alcanzado directamente en la cara por una teja. El Marine-la-Royale se mostró menos estoico. En la place Grenette, directamente frente a la casa de Stendhal, un pequeño pelotón de ese regimiento agotó su paciencia ante la hostilización, abrió fuego e hirió a un niño de doce años que después murió a causa de la hemorragia del muslo destrozado. Este fue también el lugar en que el sombrerero recibió el bayonetazo mortal. Las prendas ensangrentadas de las víctimas desfilaron por las calles, y en la catedral se tocó a rebato, que atrajo a más campesinos de la zona rural, enterados de que sus amigos y

sus familias en Grenoble estaban sufriendo un ataque militar.

Mediada la tarde, Clermont-Tonnerre y el *intendant* Caze de La Bove estaban buscando desesperadamente una solución que no fuese la represión sangrienta o la capitulación. Informaron a los parlamentarios que retirarían las tropas de las calles a cambio de la partida inmediata de los magistrados. A estas alturas de las cosas, los magistrados probablemente ansiaban acatar la medida, pero la decisión estaba determinada por la furia de las multitudes. Clermont-Tonnerre, que no tenía estómago para soportar una masacre, evacuó su *hôtel*, y las multitudes jubilosas se apoderaron de la ciudad. La casa del gobernador fue saqueada, empezando por las bodegas y terminando con el gabinete de historia natural, de donde se retiró un águila embalsamada como trofeo de la victoria. Se arrojaron y quemaron muebles en las calles, y se rompieron cristales. Albert de Bérulle y sus colegas-presidentes de la corte fueron llevados a hombros por una multitud entusiasta, y decorados con las flores de junio. De Bérulle, de treinta y dos años, apuesto y bastante vanidoso, había buscado esta celebridad, pero ahora que la tenía no estaba muy seguro de sentirse complacido. Obligados a revestir sus túnicas rojas ribeteadas de armiño y llevados, ostensiblemente en triunfo, al Palais de Justice, donde las ventanas estaban iluminadas y la multitud reclamaba que se celebrara una sesión especial, los magistrados seguramente no estaban muy seguros de ser los dirigentes y no los dirigidos. Fue un momento de desagradable verdad, que habría de repetirse constantemente durante los años siguientes.

En definitiva, se volcó el vino en las acequias; el último de los fuegos artificiales en la place Saint-André había tocado el suelo y se habían apagado los gritos contra los dos demonios gemelos, Brienne y Lamoignon. Los principales parlamentarios, que habían sentido más alarma que alegría en su propia victoria, se apresuraron a salir de la ciudad antes de que hubiese nuevos disturbios. Pero el grupo más audaz y juvenil de la judicatura —por ejemplo el *juge royal* Jean-Joseph Mounier y Antoine Barnave— vieron los desórdenes y la desnuda impotencia de la autoridad real como una ocasión para aprovechar el derrumbe.

Por lo tanto, el Día de las Tejas fue una triple revolución. Significó la quiebra de la autoridad real y la impotencia de la fuerza militar en presencia de un desorden urbano prolongado. Advirtió a los beneficiarios de ese desorden en la elite que tendrían que pagar un precio imprevisible si alentaban el disturbio, y que el costo bien podría volverse contra ellos mismos. Y lo que es más importante, entregó la iniciativa de la acción política posterior al grupo más joven y más extremista, que no sentía la más mínima aprensión ante la idea de hablar al pueblo. Una semana después, Mounier comenzó a organizar más sistemáticamente la opinión. Fue el principal organizador que convirtió el disturbio incoherente en una iniciativa política importante. Mounier, que aún no tenía treinta años, era hijo de un pañero, y como tantos otros miembros de la generación de 1789, era el resultado, no de la frustración burguesa con el antiguo régimen, sino de una elevación sin esfuerzo en la jerarquía

social. Estudió derecho en el colegio local, donde sus condiscípulos apodaban Catón al joven sombrío y saturado de dignidad. Después de afirmarse como miembro del foro, en 1782 Mounier desposó a la hija de un *procureur du roi* bien situado. Al año siguiente, cuando tenía veinticinco años, Mounier se incorporó a la nobleza, después de comprar el cargo de *juge royale* por la suma de veintitrés mil libras. En otras palabras, en su perfil social no había absolutamente nada que apuntase a la Revolución, es decir, excepto su propia y ardiente convicción de la necesidad del rejuvenecimiento de Francia como una nación de ciudadanos fieles al rey que honrarían la representación conferida. Y es muy posible que el abuelo de Stendhal, el doctor Gagnon, fuese el individuo que le encaminó en ese sentido. Pues el ubicuo académico de la pequeña ciudad fue el hombre que prestó al joven Mounier las obras de política y filosofía de su biblioteca que iniciaron su formación intelectual. Veinte años más tarde, exiliado en Weimar, pondría a dura prueba la paciencia de Goethe por su tendencia a negar la importancia de Manuel Kant.

Sus objetivos en el verano de 1788 sobrepasaban de lejos la meta convencionalmente conservadora de la restauración de los parlamentos. El 14 de junio, en una actitud de desafío a un decreto de Clermont-Tonnerre, Mounier organizó una asamblea en el Hôtel de Ville con un centenar de representantes de los tres órdenes: el clero, la nobleza y el Tercer Estado. Este último grupo era el más numeroso, e incluía, además de los tres regidores-«cónsules» de Grenoble, es decir, el doctor Gagnon, el padre del propio Mounier y cierto número de abogados, notables y médicos (así como unos pocos comerciantes): el típico personal del Tercer Estado político. La asamblea dirigió una llamada directa al rey para pedirle que restableciera el Parlamento y anulase las nuevas reformas. También reclamó la convocatoria de los estados provinciales del Delfinado, y aclaró que debían celebrarse «elecciones libres» para formar ese cuerpo. En los estados el número de miembros del Tercero debía igualar a los dos restantes combinados, y ésta fue la primera enunciación formal del principio que habría de ser fundamental para los propios Estados Generales (cuya reunión también se solicitó). Si bien hubo cierta vacilación en presencia de este principio, la elocuencia de Mounier volcó la asamblea y la idea finalmente fue adoptada en una explosión de «concordia fraternal». Más tarde, Barnave diría de este axioma que era el fundamento de una «revolución democrática».

En la asamblea de Grenoble hubo otros anticipos importantes de los que después serían temas revolucionarios corrientes. Primero, la identificación de las fuerzas contrarias como traición. Se declaró que quienes se atrevían a aceptar lugares en las cortes de Lamoignon, «debían ser considerados traidores a la *patrie*», y tratados en consecuencia. Segundo, estaba la preocupación de que un nuevo orden político prestase atención a las necesidades materiales del pueblo que le había dado su poder. En este aspecto no se proponía nada que fuese terriblemente radical: un fondo de suscripción para ayudar a los artesanos desocupados o en dificultades. Pero el hecho de que los tribunos ya estuvieran mezclando las cuestiones sociales con las políticas

era en sí mismo una novedad fatídica. Finalmente, la asamblea emitió una resonante llamada a los pueblos y las aldeas de toda la región del Delfinado, invitándolos a reunirse en Grenoble con el propósito de preparar su nueva representación. Entre esta asamblea y la segunda, celebrada no en Grenoble, sino en el Château de Vizille, que también pertenecía al comerciante Claude Périer, Grenoble fue invadida por una gran oleada de emoción patriótica. Los regidores recibían diariamente diputaciones y peticiones en el Hôtel de Ville, y algunas provenían de individuos que por primera vez se politizaban activamente. Por ejemplo, los escolares del College-Royal-Dauphin de Grenoble afirmaron que «aunque todavía estamos en los años tiernos, un día seremos ciudadanos», y eso les obligaba a mostrar expresiones de virtuosa solidaridad con sus mayores. Una declaración aún más extraordinaria, la comunicación al rey firmada por «las muy humildes pero muy intrépidas súbditas; todas las mujeres de vuestra provincia del Delfinado», recordaba al monarca que a lo largo de los siglos las mujeres siempre habían influido sobre «el sentimiento nacional... [y] que no hay una sola de nosotras que no arda con un fuego patriótico, dispuesta a los mayores sacrificios y a los más grandes esfuerzos...».

Habéis tratado de intimidarnos con los signos de vuestro poder; con la fuerza y las bayonetas de los soldados, las armas de fuego, los cañones y las granadas, pero no retrocederemos un paso. Los enfrentaremos con nuestro coraje, armadas únicamente con las prendas más ligeras y un casco de gasa. Pero hasta nuestro último suspiro, nuestras voluntades y nuestros corazones exigirán el retorno de nuestros magistrados, los privilegios y el restablecimiento de las condiciones que son las únicas que pueden permitir la sanción de verdaderas leyes...

Un año entero antes del principio que suele asignarse a la Revolución, este género de expresiones públicas ya estaba saturado de la retórica de la virtud rousseauiana. No sólo había ya ciudadanos, sino también ciudadanas.

Parte de la dificultad de Clermont-Tonnerre era que también él se consideraba uno de estos ciudadanos, y estaba inenarrablemente desgarrado entre su deber hacia el rey y su conciencia más benigna. Fue debidamente remplazado por una figura mucho más formidable, el octogenario y veterano mariscal de Vaux. Y bajo su mirada malévola una procesión de «diputados» de cada uno de los órdenes y los pueblos que estaban alrededor del Delfinado (aunque siempre muy dominados por los nativos de Grenoble) marchó a pie hacia el castillo de Périer, en Vizille, el 29 de julio. Los soldados rodeaban el camino, pero esa jornada, a diferencia del Día de las Tejas, a los ojos de algunos participantes los soldados parecían mostrarse más cordiales que amenazadores. El mariscal de Vaux, que había parecido tan inquietante, demostró que no tenía más firmeza que sus predecesores, y enfrentado con la inevitabilidad de la asamblea respondió: «*Eh bien*, cerraré los ojos». De los 491 representantes reunidos en Vizille, había 50 miembros del clero, por lo menos 165 de la nobleza —un contingente esencial— y 276 del Tercer Estado (entre ellos 187 eran residentes de Grenoble). Se eligió presidente al conde de Morgues, y Mounier ocupó el importante cargo de secretario.

Como en el caso de la reunión anterior en el Hôtel de Ville, Mounier se había esforzado bastante en la preparación de la agenda de la discusión. Aunque apenas un año después protestaría agriamente contra lo que a su juicio era la usurpación del poder real por la Asamblea Nacional, en julio de 1788 el propio Mounier practicó un ejercicio de reconstrucción política. Al proceder así, no poseía más autoridad legal que lo que según él decía era una forma de mandato originada en «las leyes y el pueblo», es decir, una fórmula bastante elástica para aplicarla a cualquier contingencia. Y aunque no podía haber concebido la asamblea de Vizille como un ensayo de la Asamblea Nacional, la euforia generada en los tres órdenes, que cooperaron armoniosamente y se involucraron en el manto de la retórica patriótica, en efecto eran un anticipo directo de la escena que se vería en Versalles un año más tarde.

En Vizille, Mounier subrayó su variación de la retórica parlamentaria tradicional con los fragmentos tomados en préstamo de Montesquieu, que atribuyó a los derechos preservados históricamente. Poco más tarde incluso cometería la herejía de rechazar el concepto de una constitución francesa «inmemorial» o «fundamental» que según se decía el gobierno había violado. Pero incluso en Vizille las objeciones que opuso a la conducta oficial se basaban en cambio en los derechos naturales y el axioma de que los gobiernos habían sido creados para proteger las libertades individuales, un concepto completamente nuevo, y sin duda «americano», en Francia. «Los derechos del hombre», afirmó, «derivan sólo de la naturaleza y son independientes de las convenciones [históricas]». En vista de la manifiesta ausencia de una constitución, creía Mounier, los Estados Generales debían crear una a partir de cero. En la Asamblea Mounier tocó a rebato. «El bienestar de la *patrie* es la preocupación común cuando se ve amenazada... jamás puede tacharse de ilegal una asamblea cuando no tiene otra meta que no sea la seguridad del Estado». Su actitud consistente en estigmatizar como «traidor» a quien aceptara un cargo de Brienne fue reiterada aquí, y Mounier sostuvo que era obligación de los tres órdenes defender unificadamente a todos los perseguidos por el Ministerio. Más aún, sólo los auténticos representantes del pueblo —en el Tercer Estado un número doble a la suma de los otros dos— podía consentir cualquier tipo de gravamen.

Todos estos principios fueron consagrados formalmente por la asamblea. Barnave, que era uno de los observadores más lúcidos de los acontecimientos, advirtió que la importancia de la asamblea era desprender la retórica opositora del dominio del conservadurismo parlamentario. La nobleza judicial había provocado una crisis bastante grave para frustrar la reforma oficial, pero había perdido el control de su política. En el Delfinado, los temas relacionados con la representación habían pasado al primer plano incluso antes de que se anunciara la convocatoria de los Estados Generales. Y la retórica de la *patrie* había barrido a los privilegiados, al mismo tiempo que apoyaba tanto la duplicación del número de representantes del Tercer Estado como los debates y las votaciones comunes, los grandes temas que

dividirían bruscamente a la nación política.

Pese a que la asamblea había sido un episodio desprovisto por completo de autorización, el 2 de agosto Luis XVI aceptó convocar a los Estados del Delfinado en Romans. Poco a poco el monarca abandonaba la firmeza reclamada por su propio gobierno. Otras reuniones convocadas espontáneamente, usualmente dominadas por la nobleza, habían determinado la formación de delegaciones enviadas a Versalles para reclamar la convocatoria de los Estados de la provincia o de la nación. El 12 de julio llegó de Bretaña una de estas delegaciones. El rey rehusó recibirla, y como consecuencia se celebró en el Hôtel d'Espagne una reunión de todos los grandes nobles bretones residentes en París. Como respuesta a este gesto, doce de sus líderes fueron enviados a la Bastilla y otros, entre ellos Lafayette (que inverosímilmente se autoidentificó como «bretón» por su estirpe paterna), fueron privados sumariamente de los favores de la corte. Otra delegación de Rennes también fue a parar a la cárcel. Pero Luis no estaba dispuesto a insistir en esta actitud. Si la campaña de Luis XV contra los parlamentos había terminado sólo con la muerte del rey, su nieto provocó el suicidio de la monarquía. Incluso en junio, la hermana del rey, Madame Elisabeth, una mujer sumamente razonable, había advertido que

El rey está retrocediendo... Siempre teme cometer un error. Una vez que pasa el primer impulso, sólo le tortura el temor de haber cometido una injusticia... me parece que tanto en el gobierno como en la educación uno no debe decir «lo quiero así» antes de estar seguro de que tiene razón. Pero una vez que lo ha dicho, nunca debe apartarse de lo que ha ordenado.

En este ánimo de nerviosa vacilación —que duraría hasta el final mismo de su reinado— Luis modificó su decisión y recibió a otra delegación bretona, a la que prometió la convocatoria de sus estados. Una semana más tarde, el 8 de agosto, este viraje político llegó a ser irreversible cuando el monarca hizo el anuncio que la nación entera estaba esperando: los Estados Generales serían convocados en Versalles el 1º de mayo de 1789. Hasta la celebración de la asamblea la corte plenaria de Lamoignon, a la que se había confiado el registro de las nuevas leyes, permanecería en suspenso. En Grenoble, como en Francia entera, la proclama fue saludada con sentimientos eufóricos: más fuegos artificiales, ventanas iluminadas, canciones y desfiles de antorchas que expresaban devoción al rey, aunque no a sus ministros.

Ante los indicios cada vez más numerosos de que las medidas que ellos habían conseguido eran inaplicables, Brienne y Lamoignon intentaron permanecer en el poder. Incluso hacia julio la posición de estos hombres no era por completo insostenible. Fuera de los centros parlamentarios, las nuevas cortes regionales de los *grands bailliages* estaban organizándose, sobre todo en Lyon y Valence. Incluso es posible que fuesen atractivas para ciertos elementos del Tercer Estado que ya comenzaban a separarse del dominio aristocrático. Además, Brienne no reconoció que la convocatoria de los Estados Generales en sí misma era el fin de su gobierno. Arguyó con verdad que él siempre se había manifestado en favor de los estados, y

que había discrepado con sus críticos sólo en el tema (que no carecía de importancia) de la oportunidad. Profundizó aún más este proceso de «popularización» de la monarquía cuando invitó a la nación a que manifestase sus «opiniones» sobre la forma que los Estados Generales debían adoptar. Era un hábil intento de aprovechar las divisiones que ya comenzaban a manifestarse entre la nobleza y los «patriotas», en relación con el modo de representación y, por extensión, con el tipo de nación política que debía ocupar el lugar de la monarquía absoluta, ahora moribunda.

Pero la apelación de la monarquía al pueblo, que utilizaba como un garrote para castigar a sus antagonistas, fue interpretada —como en la tardía apelación de Calonne a la opinión pública, y como serían vistas análogas llamadas de la monarquía durante la Revolución— en el mejor de los casos como actos desesperados, y en el peor como hipócritas. Esa actitud no salvó a Brienne. En efecto, fue evidente que en Francia la autoridad estaba desintegrándose velozmente, y la remoción de la administración de Brienne comenzó a parecer una precondition de cualquier tipo de gobierno eficaz. Hubo una crisis inmediata del orden, con la dispersión de las tropas disponibles, que marcharon a diferentes centros provinciales tan alejados como Rennes y Aix, lo que creó un peligroso vacío en el centro. Pero lo que en realidad destruyó a Brienne no fue tanto su incapacidad para aplicar los decretos de mayo, como la súbita muerte del crédito público.

En mayo, la Asamblea del Clero, de la que el gobierno dependía para obtener un importante *don gratuit* —la suma redonda tradicional votada como aporte fiscal— presentó apenas una oferta irrisoria. Era evidente que su actitud recalcitrante constituía un gesto de solidaridad política con los parlamentos. En agosto la cosa empeoraría mucho. A principios del mes Gojard, jefe del Contrôle, informó a Brienne que en el Tesoro quedaban apenas 400.000 libras, es decir, una suma que permitía que el gobierno funcionase durante una tarde. Después de la impresión inicial, la primera reacción de Brienne fue (comprensiblemente) preguntarse por qué Gojard había esperado al último momento para informarle esta noticia no poco importante. En su retiro, Brienne llegó a lo que muy probablemente era la conclusión acertada: en complicidad con el número cada vez más elevado de individuos que ansiaban alejar a Brienne, Gojard había esperado intencionadamente hasta que las dificultades fueran tan graves que el ministro no tuviese esperanza de salvarse del embrollo.

El ardid fue eficaz. Brienne a lo sumo podía adoptar medidas desesperadas si deseaba proteger la paga militar —sin la cual lo que restaba del orden interno se derrumbaría inmediatamente—. La crisis inmediata fue bastante sencilla. La brusca declinación de los valores gubernamentales había determinado que fuese prácticamente imposible que los recaudadores generales, así como los restantes sindicatos financieros de los cuales dependía el Estado para atender sus obligaciones a medio plazo, reuniesen capital en el mercado dinerario para solventar su adelanto. De hecho, la garantía que sería el respaldo del dinero prestado se había depreciado hasta el extremo de que ya no representaba una inversión segura. Más aún, con

respecto al déficit corriente, los «anticipos» a cuenta de futuros ingresos ya habían sido hipotecados por un largo período, y no podían modificar ese cálculo prudente.

La apuesta era tanto política como financiera. Incluso en una situación aparentemente desesperada, no había nada en la estructura intrínseca de las instituciones de la monarquía que indujese a los presuntos prestamistas a desecharla por completo. Más bien se les recordó que en tiempos de Maupeou la represión marchaba de la mano con los incumplimientos (sin que importase cómo se multaban). La inversa era que los Estados Generales podían ser mejor garantía que la corona de las inversiones que ellos realizaban.

Por lo tanto no es del todo veraz describir el aprieto del Estado francés en agosto de 1788 como una bancarrota. Lo que estaba en quiebra era el gobierno de Brienne, no Francia, y que esa era la situación lo demostraría ampliamente la velocidad con que su sucesor Necker obtuvo todo tipo de préstamos (La capacidad personal de Necker para recabar fondos de los colegas en la Bolsa y de las corporaciones de París aportó al gobierno dinero suficiente para continuar viviendo hasta que al fin se realizó el Valhalla de los Estados Generales). Pero él fue el beneficiario de un dramático cambio de régimen. Durante las últimas semanas Brienne podía obtener el mínimo de alivio fiscal sólo a través de un préstamo forzoso, cuyo carácter de tal apenas se disimulaba. Lanzado el 16 de agosto, adoptó la forma de bonos del Tesoro que devengaban un interés del 5 por ciento, pero sin fecha fija de vencimiento. Los pagos de más de mil doscientas libras se realizarían tres quintas partes en efectivo y dos quintas con estos bonos; y las cifras menores recibirían una proporción más elevada de efectivo.

De hecho, era un intento de sacarse de encima a los tenedores de bonos con papel moneda, pero se consideró el equivalente financiero de la crisis holandesa. En setiembre de 1787 Francia había abandonado la posibilidad de una política exterior hasta que se encontrase en condiciones de solventarla. En agosto de 1788 estaba abandonando una política financiera hasta que pudiese coincidir en una.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

V - Últimos juegos

Un antiguo motivo de la cultura popular era la Muerte del Crédito. Los grabados que mostraban este macabro desenlace traían imágenes de esqueletos gesticulantes que sostenían billetes sin valor y bolsas vacías. El 16 de agosto de 1788 el Crédito murió en París, y su fallecimiento llevó el pánico al enorme mercado de papeles oficiales. A diferencia del enunciado de Franklin Roosevelt en 1933, la observación contenida en el decreto real en el sentido de que «nada está amenazado excepto por obra del... miedo» no tranquilizó a nadie. La Caisse d'Escompte se vio sitiada por los tenedores de bonos que reclamaban el rescate, y la entidad tuvo que cerrar sus puertas por temor a la violencia. La corrida duró tres días y tres noches antes de que los anuncios de los dos gobiernos siguientes que garantizaron el papel tuviesen un efecto provisionalmente tranquilizador. Pero sólo una ruptura drástica tenía probabilidades de restablecer el mínimo de confianza necesario para evitar la desintegración del gobierno. En el consejo de Brienne se había hablado algo de intentar lo imposible — incorporar a Necker al ministerio— pero si se quería que Francia renaciera por obra del gobierno representativo, mal podía hacerlo a través del exponente más poderoso del absolutismo. En todo caso, mientras se escuchaba el redoblar de los aplausos que ya reclamaban su retorno, Necker no tenía la más mínima intención de compartir su gloria con el desacreditado arzobispo. Brienne renunció el 25 de agosto. Esa misma noche, diez mil personas ocuparon el Palais-Royal aclamando hasta quedar roncas, y encendiendo cohetes en celebración de la noticia.

Durante las semanas siguientes, París se entregó a una inmensa manifestación de odio, acentuada por el brusco aumento del precio del pan. Noche tras noche se procedió a la quema de muñecos de paja que representaban a Brienne y Lamoignon, y en el Pont Neuf los que no deseaban inclinarse ante ese tótem popular que era la estatua de Enrique IV se veían maltratados. Un testigo ocular inglés

salió a caminar por la noche y vio toda la plaza Dauphine iluminada por las llamas, como consecuencia de la quema del arzobispo y la iluminación de las ventanas: un enorme mar de cabezas cubría la plaza entera y millares y decenas de millares se zambullían en la confusión, el ruido y la violencia.

El veintinueve un maniquí vestido con el atuendo arzobispal de Brienne fue sometido a un juicio farsesco por una parodia de los tribunales de *grands bailliages* de Lamoignon, y sentenciado a «disculparse honrosamente» frente a la estatua de Enrique IV antes de ser quemado. Había tantas hogueras de este tipo que el combustible llegó a ser un problema para los celebrantes. Los puestos pertenecientes a las vendedoras de naranjas del Pont Neuf fueron destruidos, y



Acatamiento a la estatua de Enrique IV

[\(Ampliar\)](#)

después las garitas de los centinelas del puente fueron arrebatadas a sus ocupantes.

Esto no agradó a la milicia de los *gardes françaises* o a las tropas movilizadas gradualmente para sofocar los disturbios. La noche de la renuncia de Brienne se había apelado a soldados regulares para despejar la plaza Dauphine, y durante los días siguientes los soldados a caballo cargaron regularmente sobre los civiles armados con garrotes, bastones y piedras. El veintinueve las cosas salieron de cauce, al extremo de que el oficial al mando ordenó una andanada al aire antes de que la multitud se retirase.

Por lo tanto, la capacidad de las autoridades para preservar el orden en la capital ya estaba siendo sometida a severa prueba.

En Grenoble, los ritos fúnebres del absolutismo fueron representados con sobrecogedora literalidad. El 12 de setiembre el anciano mariscal de Vaux, que había llegado a Grenoble vanagloriándose de que poseía «diez mil cerrojos para clausurar el Palais de Justice», descendió a su tumba. Su cuerpo fue depositado en la *chapelle ardente* de la catedral, en una tumba negra rodeada por centenares de cirios. El pequeño Henri Beyle respiraba los humos acres y contemplaba atónito el sarcófago. El orden de obediencia militar reflejado en el anciano mariscal estaba expirando junto a su cadáver. Los tambores destinados a redoblar la marcha fúnebre del cortejo se quejaban de que los lienzos negros desplegados sobre el tambor habían sido injustamente recortados. Decían que por derecho estaban autorizados a una cantidad de paño suficiente para confeccionar un par de pantalones, y que sólo la mezquindad de esa rica avara, la hija del mariscal, los había despojado de lo que era su derecho.

Después hubo otra muerte, mucho más inquietante. El 8 de octubre Hay de Bonteville, obispo de Grenoble, fue expuesto en la catedral como correspondía a un gran prelado, pero con la cara cubierta por un lienzo que nadie pudo levantar. Pronto se descubrió el motivo. La noche de la víspera Bonteville se había retirado a su estudio en el Château d'Herbeys, y después de quemar todos sus papeles, introdujo tres balas en una pistola, se llevó el arma a la boca, la amartilló y disparó. Aunque había manifestado su apoyo a los patriotas de Grenoble, según parecía había mantenido correspondencia secreta con Brienne y Lamoignon, para ofrecerles su apoyo. Era uno de los *infâmes* a quien Mounier deseaba extirpar del cuerpo político. En un encuentro preliminar de los estados del Delfinado en Romans, el obispo, ahora privado de sus protectores en el gobierno, al parecer había pronunciado algunas palabras imprudentes. En una serie de cartas dirigidas a Mounier le había implorado (como secretario de los Estados) que las eliminase de las actas. Pero el sentido de rectitud de Mounier era inflexible. No atinó a comprender (lo que otros vieron) que Hay de Bonteville estaba profundamente perturbado. «Me empujáis a la desesperación», escribió el obispo, y pocos días después actuó en concordancia. Fue la primera victoria de la Virtud Revolucionaria sobre la flaqueza humana.

Los aspectos punitivos de la muerte del obispo no pasaron inadvertidos en Grenoble. Según afirmaba la opinión patriota local, era un fin apropiado para un canalla y un traidor. Ciertamente, mientras el antiguo régimen estaba autoeliminándose, se acentuó el interés por el fenómeno del suicidio. Malesherbes había encontrado el cuerpo de su propia esposa en los bosques. Y en la primavera de 1789 su primo Lamoignon, que había intentado tanto y había fracasado en la empresa, fue descubierto en su propiedad rural, muerto de un balazo. Era probable que se tratase de un accidente de caza, y movido por su pena y su angustia, el viejo Malesherbes ciertamente tendía a aceptar el veredicto oficial. Pero la nación política, en la cual Lamoignon no tenía amigos, en general afirmaba que se había suicidado y que, después de todo, esa había sido la única actitud decente.

El fin de Brienne no fue más feliz. Con su renuncia había conseguido evitar toda la fuerza de la hostilidad recaída sobre Calonne, pero mal podía decirse que fuese una figura popular. Durante su ministerio había sido promovido de la diócesis de Toulouse a la de Sens, al sureste de París. Retornó allí, tratando de capear la tormenta. Entretanto, mientras en Inglaterra Calonne se convertiría en activo contrarrevolucionario, Brienne hizo todo lo posible para ajustarse a la ortodoxia patriótica. En 1791 fue uno de los pocos prelados del antiguo régimen que prestó el «juramento cívico» exigido por la constitución civil revolucionaria. En otro gesto de buena fe patriótica incluso devolvió a Roma su capelo de cardenal. Pero fue inevitable que el Terror le alcanzara, y le arrestaron en su casa en febrero de 1794. Mantenido bajo vigilancia domiciliaria, encontró la oportunidad de beber una dosis mortal del opio y el estramonio que usaba para calmar el tormento de su enfermedad de la piel.

Después de todo, él había asistido al suicidio del antiguo régimen.

8

Quejas

Otoño de 1788 Primavera de 1789

I - 1788, no 1688

La monarquía se derrumbó cuando se midió el precio de su salvación financiera no en utilidades o cargos, sino en concesiones políticas. En agosto de 1788 sufrió una hemorragia de la confianza que le dispensaban sus acreedores y los posibles suscriptores. La renuencia de estos a aportar nuevos fondos con la garantía acostumbrada de los «anticipos» de las rentas implicó una transferencia de fe de una forma burocrática de gobierno a otra de carácter representativo. Las reformas de la administración Brienne habían sido el último y tenso esfuerzo para determinar cambios suficientes que apuntalasen la soberanía sin modificar sus premisas fundamentales. El evidente fracaso en el esfuerzo por vencer la resistencia, excepto por el uso permanente de la fuerza militar, fue fatal. En adelante, comenzaba a prevalecer otra convicción: que la libertad patriótica produciría dinero donde el absolutismo reformador no podía hacerlo.

No había nada necesario o siquiera lógico en esta relación. Otros estados en otras épocas, incluso estados franceses como el imperio bonapartista, sacarían exactamente la conclusión contraria y retornarían al modernismo y el personal burocrático de la década de 1780. Y los financieros de las grandes potencias del siglo XIX, especialmente los Rothschild, generalmente preferían el autoritarismo al liberalismo como garantía de sus préstamos. Pero en 1788 se celebraba un aniversario importante: el centenario de la Gloriosa Revolución, un hito de los trabajos históricos franceses de corte liberal desde Voltaire y Montesquieu. Y en esa ordenada transferencia del poder de una monarquía absolutista a otra constitucional, los comentaristas franceses vieron no sólo una realización de la virtud política, sino los orígenes del éxito financiero británico. Como depositario de la confianza pública (y por lo tanto de los dineros públicos), el Parlamento británico, afirmaba esta línea argumental, había sido un baluarte más sólido que los agentes ministeriales de la corona. Que esta visión fuese acertada o no, poco importa. Lo que contaba era la idea de que la libertad y la solvencia eran socios naturales (Una ojeada al desarrollo financiero de América liberada podría haber aportado a esos optimistas cierta razón para el escepticismo, pero ninguno, y menos todavía Lafayette, demostró interés por estos asuntos en 1788). El día que Necker fue designado en lugar de Brienne, los fondos del gobierno se elevaron treinta puntos. Necker había insistido siempre en que la responsabilidad pública era la clave de la viabilidad fiscal. De modo que, nada más que la perspectiva de los Estados Generales, abierta por el ministro que los había recomendado, bastó para suministrar suscriptores a los préstamos necesarios, como forma de mantener el funcionamiento del gobierno francés y pagar los sueldos a los soldados franceses.

La transferencia del mandato financiero no fue, en primera instancia, un acto de mera convicción política. Los inversores en los fondos del gobierno —los de París, o Ginebra, Londres o Amsterdam— calculaban que un nuevo régimen tenía más probabilidades que el antiguo de cumplir sus obligaciones. Esto era cierto sobre todo cuando se vio que la monarquía no podría aplicar las reformas necesarias para obtener renovada libertad de acción. Pero los que adoptaban tal decisión en los salones del faubourg Saint-Germain eran, en tanto que animales sociales, miembros de la misma clase que los parlamentarios. Por tradición, incluso en situaciones extremas, como la crisis Maupeou de la década de 1770, habían definido sus intereses no en una actitud de solidaridad automática con la nobleza judicial, sino en función del servicio a la corona. A partir de ese servicio podían esperar, como sucedía con los recaudadores generales, o los contratistas de otros préstamos, una jugosa ganancia, y los elementos y la jerarquía de los cargos que permitían acceder a títulos de nobleza. Lo que había sucedido durante el reinado de Luis XVI, primero bajo Turgot y Necker, y después bajo Brienne, era que la justificación nacional de esa lealtad permanente se había visto sometida a duras pruebas por las reformas. En otras palabras, los intentos de la monarquía de obtener un acceso más directo a los ingresos, y de aprovechar más eficazmente el crecimiento económico de Francia durante este período, tenían que alcanzar un éxito total si se deseaba que determinasen ciertos resultados. El éxito parcial equivalía al fracaso total, pues implicaba retornar a los *financiers*, cuyo interés en el mantenimiento de la monarquía era académico.

Desde este punto de vista, un gobierno creado por los Estados Generales sería un deudor más fidedigno. Un consenso más amplio eliminaría los obstáculos que se oponían a las nuevas fuentes de rentas, y estas a su vez suministrarían una garantía más firme para más préstamos. Por lo tanto, los beneficios del liberalismo implicarían una especie de autoalimentación. Pero este feliz desenlace suponía una versión francesa de 1688 (comentado por Montesquieu) en que la soberanía real pasaría sin tropiezos de la corte absolutista a una asamblea dominada por *les Grands*: la nobleza financiera y judicial. Con este cambio trascendente se llegaría a una especie de Declaración de Derechos francesa, que despojaría al absolutismo de sus poderes judiciales arbitrarios —las *lettres de cachet* y otras formas semejantes— y garantizaría la seguridad de la persona y la propiedad. También se garantizaría la libertad de publicar y reunirse pacíficamente. Los ministros que se apoderaban de los fondos públicos para realizar sus propios fines (el caso de Calonne todavía estaba vivo en la memoria) serían responsables ante los representantes de la nación. Y esta era la situación. La corona aún ejercería el derecho indiscutible de designar ministros, proponer y quizá vetar las leyes. Pero la legalidad de su gobierno en adelante estaría sometida al escrutinio público.

Ésta era, por lo tanto, la visión de una reforma constitucional en que los grandes de Francia representarían el papel principal. Era lo que d'Epréménil y los restantes figurones legales del Parlamento sin duda tenían presente cuando organizaron la

obstrucción sistemática de las reformas de Brienne. Lo que consiguieron en cambio fue una revolución. Y los artífices de la caída de la monarquía se convirtieron no en sus sucesores, sino en sus primeras víctimas, las más espectaculares.

¿Cómo sucedió esto? La explicación aceptada durante mucho tiempo fue que en el último momento las expectativas aristocráticas relacionadas con la sucesión se vieron confundidas por la súbita aparición de una nueva clase política: la burguesía. Frustrado en sus esfuerzos orientados hacia el ascenso social y la ocupación de cargos, este Tercer Estado se adueñó de la dirección política para destruir, no sólo a la monarquía, sino a la totalidad del antiguo régimen «feudal», y se convirtió en la fuerza principal del siglo XIX.

No necesitamos destacar aquí la naturaleza completamente imaginaria de esta explicación. La creación de una alternativa política al conservadurismo aristocrático sobrevino no fuera, sino dentro de la élite, y de ningún modo fue la invención ni siquiera de figuras ennoblecidas en un período relativamente reciente, como Mounier. El hombre que primero identificó a la auténtica nación política con el Tercer Estado fue el archiaristocrático conde d'Antraigues. Estos políticos garantizaron que los Estados Generales no pudieran ser sencillamente esgrimidos frente a la monarquía sin invocar el carácter de su representación. Es como si los patrocinadores del rey Guillermo III hubiesen incluido una facción poderosa y orgánica comprometida con la causa de la reforma parlamentaria.

El efecto de este debate temprano sobre la representación de la cohesión de la «élite sucesora» putativa fue decisivo, y significó que en lugar de una nueva clase política agrupada alrededor de sus jefes naturales, (como en efecto había sido el caso en Inglaterra en 1688, o en general en América en 1776), se abriesen profundas divisiones. Los que se unieron al polo radical de esa división podían y deseaban vivamente usar la fuerza popular y el lenguaje polarizador del patriotismo y la traición para infundir fuerza a su propia ideología.

¿Cuál era ésta? Ante todo, su radicalismo puede medirse por lo que no era. Repudiaba la historicidad y la sanción del pasado. En sí mismo esto era una chocante modificación del lenguaje consagrado de la oposición al absolutismo desde el reinado de Luis XV. Destacaba que debía crearse una constitución a partir de cero, y no simplemente salvarla de la atrofia. Los criterios aplicados a la elaboración de esta nueva constitución debían ser racionales y patrióticos. Eran términos peligrosamente laxos, y antes de que pasara mucho tiempo las diferencias entre los revolucionarios determinarían que tales prioridades fuesen no tanto complementarias como contrarias. Los «racionalistas» —los defensores del modernismo, de una monarquía popular, de un orden económico y legal de carácter liberal como Barnave, Talleyrand, el marqués de Condorcet y el astrónomo Sylvain Bailly— eran todos productos del Iluminismo tardío. Creían en la libertad, el progreso, la ciencia, la propiedad capitalizada y la administración justa, y eran herederos de la ética reformadora del reinado de Luis XVI, y auténticos anticipos de la «nueva notabilidad» que surgiría

después de que la Revolución hubiese completado su curso. Usaban un lenguaje razonable y mantenían la cabeza fría. Lo que tenían en mente era una nación dotada, a través de sus representantes, del poder de apartar todo lo que se oponía a la modernidad. Ese Estado (muy probablemente una monarquía) no haría la guerra a la Francia de la década de 1780, y en cambio realizaría su promesa.

Pero la racionalidad no tenía el monopolio de la expresión en 1788 y 1789. El tipo de elocuencia necesaria para movilizar la cólera popular hasta el nivel en que fuera posible utilizarla como palanca de poder no era frío, sino cálido. Y los que alimentaban el calor revolucionario no estaban dispuestos a permitir que se atenuase en beneficio de un cambio constitucional moderado. No les guiaban la racionalidad ni la modernidad, sino la pasión y la virtud. Para ellos, el Iluminismo, como gran parte de la Francia moderna, en el mejor de los casos era una bendición equívoca. «Hemos alcanzado el esclarecimiento», escribió el abogado Target,

pero lo que necesitamos para perseguir y defender los intereses de un gran pueblo es el patriotismo, el desinterés y la virtud. Cada individuo debe olvidarse de sí mismo y verse sólo como parte del todo al que pertenece, debe separarse de su existencia individual, renunciar a todo lo que sea *esprit de corps*, pertenecer sólo a la gran sociedad y ser un hijo de la patria [*un enfant de la patrie*].

Una sociedad que podía ser medida, informada, administrada, capitalizada e individualizada era menos importante que la que podía ser simplificada, moralizada y convertida en una entidad más inocente. El pilar de bóveda de su gobierno no debía ser la racionalidad sino la justicia, y estos hombres proponían remplazar el arco de la cultura por la morada de la naturaleza. Esta *patrie* sería una comunidad de ciudadanos, tierna con sus hijos e implacable con sus enemigos. Esta sociedad de amigos, lo mismo que Rousseau, su impulsor moral, se vería asediada por enemigos, algunos de los peores revestidos con la apariencia de la amistad. Una de las tareas más nobles de un ciudadano sería desenmascarar esas peligrosas hipocresías. De modo que desde el principio mismo la retórica revolucionaria exhibió un tenso timbre de alegría y cólera. Su tono era visceral más que cerebral; idealista más que realista; más enérgico cuando dividía a los franceses en patriotas y traidores, más conmovedor cuando adquiría un carácter más punitivo.

La perspectiva de obtener satisfacción —en el sentido de reparación, propio del siglo XVIII— era lo que impulsaba por primera vez hacia la política a los franceses. Y fue la participación de estos hombres y mujeres lo que convirtió una crisis política en una revolución hecha y derecha. Después de todo, proteger a los pobres y castigar a los traidores eran las tareas que por tradición la monarquía debía ejecutar. Pero en su carácter de introductor de la modernidad, parecía que su gobierno había renunciado a dicho rol protector. Por ejemplo, en lugar de garantizar los suministros de grano a precios justos, se había comprometido —la última vez en 1787— al moderno principio del comercio libre. A los ojos de muchos, el resultado pareció ser la elevación catastrófica de los precios y las oportunidades de acaparamiento

especulativo que no fue castigado. En nombre de cierto tipo de principio incomprensible había realizado otras cosas inadmisibles que beneficiaban a los mismos enemigos a quienes debía perseguir. Se había emancipado a los protestantes, que ahora podían dominar a los católicos pobres y decentes del sur y el sureste. Los artículos textiles británicos podían entrar en Francia, privando de trabajo a los hiladores y tejedores normandos y flamencos. Todo esto debía ser el producto de cierta conspiración contra el pueblo.

Demostrando considerable habilidad retórica, los políticos radicales de 1789 volcaron estas quejas en el gran horno de la cólera. Y desde el extremo opuesto llegó un lenguaje acusador, que era también un medio de clasificar a los enemigos y los amigos, los traidores y los patriotas, los aristócratas y la nación. Cosa sorprendente, importó poco que estos mismos políticos *apoyaran* muchas de las reformas que tanto ofendían al pueblo común, por ejemplo, la libertad del comercio interior y la emancipación religiosa. Esas contradicciones se vieron disimuladas (momentáneamente) por la convicción de que una asamblea de la nación sería el tribunal en que podrían ventilarse esos agravios, y juzgarse a los responsables. Por lo tanto, todos los que se declaraban contra esa asamblea eran por definición antipatriotas, y todos los que la proponían se identificaban con los amigos del pueblo. El hecho de que el propio rey hubiese pedido a su pueblo que presentara sus quejas al mismo tiempo que elegía representantes a los Estados Generales en todo caso reforzó estas convicciones primitivas. Pues pareció que era una invitación a ayudarle en el esfuerzo por distinguir a los falsos patriotas de los verdaderos.

Se perdió la oportunidad de la reforma constitucional cuando se estigmatizó como antipatriótica la preservación de las distinciones sociales, los órdenes del antiguo régimen (Prácticamente sucedió lo contrario en Gran Bretaña). Lo que es aún peor, se identificaron estas distinciones con las causas del sufrimiento popular. Una vez que la palabra *aristócrata* llegó a ser sinónimo de *antinacional* significó que todos los que deseaban preservar las distinciones de rango en los organismos políticos del nuevo orden se identificaban como personas incapaces de recibir la ciudadanía. De hecho, estas personas estaban fuera de la nación, eran extranjeras incluso antes de emigrar.

La posibilidad de reorganizar de este modo las actitudes de adhesión de la gente giraba alrededor de cuatro temas, que en esta coyuntura crucial alejaron a Francia de la evolución para acercarla a la revolución.

En primer lugar, debía existir un grupo que discrepara agresivamente en el seno de la elite aristocrática y eclesiástica, y que estuviese decidido a abandonar su propia jerarquía y a preferir el papel de líderes-ciudadanos. ¿Quiénes podían ser más aptos para distinguir en su propio medio al altruista del egoísta, al individuo de espíritu patriótico del que tendía a traicionar? Y por lo mismo, este grupo debía estar dispuesto a provocar, movilizar y dirigir la violencia popular en la persecución y el castigo de los anticidadanos.

Segundo, los que defendían la existencia de un cuerpo político basado en órdenes

separados no disponían de un poder equivalente para preservar su posición. Con el fin de desalojar el absolutismo real, las multitudes habían sido llevadas a las calles. Pero una vez que dieron ese paso fue evidente que no retornarían sumisamente a la obediencia pasiva, sobre todo cuando los oradores y los folletos las exhortaban a profundizar la acción.

Durante la segunda mitad de 1788 y la primavera de 1789 los parlamentos intentaron de nuevo actuar como los defensores del orden público y basarse en la acción de policía de las tropas reales (una situación embarazosa, en vista del pasado reciente de esos organismos).

Tercero, el gobierno agravó todavía más la incomodidad de su posición cuando se abstuvo de resolver la cuestión vital de la composición de los Estados Generales. Por supuesto, esta había sido precisamente la intención de Briennes cuando en julio difundió una solicitud general pidiendo «consejo» acerca de la forma que la asamblea debía adoptar. Con la intención de aprovechar las divisiones que con razón veía en la magistratura, permitió que los que preconizaban una representación auténticamente «nacional» afirmasen que ellos, más que los conservadores, reflejaban la auténtica voluntad del rey.

Finalmente, el deseo explícito del monarca en el sentido de que su pueblo enunciara sus quejas al mismo tiempo que elegía a sus representantes relacionó la inquietud social con el cambio político. Eso no había sucedido en Gran Bretaña en 1688 ni en América en 1776, y allí estaría la diferencia esencial. Por lo menos en este sentido, si bien la estructura social no provocó la Revolución Francesa, esta fue la consecuencia de los problemas sociales.

Cuando se reflexiona sobre la naturaleza de la retórica patriótica desde Rousseau; se advierte que era lógico que sucediese esto. Pues sus panaceas sentimentales armonizaban perfectamente con la resolución de todos los tipos de infortunio social: del campesino agobiado por los acreedores usureros; de los soldados mal pagados por los oficiales ordenancistas que habían comprado sus grados; de los tejedores que carecían de trabajo a causa de la acción de las fuerzas del mercado, que ellos no entendían; de los vendedores de flores afiliados a las corporaciones, que no podían competir con los vendedores ambulantes; de los curas empobrecidos, que se encontraban frente a la inmensa opulencia de un prelado aristocrático. Una vez que todas estas personas, y otras, supieron que obtendrían satisfacción de una auténtica asamblea nacional gracias a la más alta condición moral —su patriotismo común—, tuvieron un interés directo en un cambio institucional de carácter global. Esto fue exactamente lo que sucedió a fines de 1788 y principios de 1789. Esta confluencia del patriotismo político con la inquietud social —de la cólera con el hambre— fue (si usamos la metáfora favorita de los revolucionarios, tomada del mundo de la electricidad) como el encuentro de dos cables vivos. Cuando se tocaron sobrevino un brillo incandescente de luz y calor. Pero era difícil determinar precisamente qué y quiénes quedarían consumidos en el fognazo.

II - La gran división - Agosto-diciembre de 1788

Versalles gozaría de otro veranillo de San Martín. El 10 de agosto de 1788 se concedió la última gran audiencia formal, para recibir a los embajadores de Tipu Sahib, sultán de Mysore. A la distancia de un continente, en su palacio de Seringapatam, la confianza en el poder imperial de la monarquía francesa no se había debilitado. La flor de lis todavía flameaba en las bases navales del Océano Indico, y el genio de los mecánicos franceses había producido un tigre mecánico para el sultán, que después de ajustar la cuerda procedía a devorar a un granadero británico. ¿Francia no estaría dispuesta a ayudar al Tigre del Carnático a desembarazar a la India de la maldición del imperialismo británico?

Este asunto no era prioritario para Brienne. El rey ofreció a los embajadores cortesés seguridades de un carácter aún menos sólido que lo que se había ofrecido a los holandeses, y les suministró un carruaje arrastrado por seis caballos blancos. En la Opéra, donde se les ofrecieron los mejores lugares, madame de La Tour du Pin admiró las pantuflas amarillas de los visitantes, depositadas a la oriental sobre el borde del palco. Como estaban casi en la escena, a veces era difícil decir dónde terminaba la fantasía y comenzaba la realidad.

Estos problemas no inquietaban a Malesherbes. Una noche del mismo verano le encontró, con Lafayette, bebiendo en una *vinguette* que estaba frente a los muros aduaneros que ahora rodeaban París. Estas tabernas de atmósfera rural, con sus mesas y bancos al aire libre, agradaban a Malesherbes. Los famosos balnearios de La Courtille y Les Porcherons estaban demasiado concurridos durante los meses cálidos. Pero la lista propuesta por la *Guide* de Thiéry aún dejaba un número bastante elevado—La Nouvelle-France, La Petite Pologne, Le Gros-Caillou y Le Grand et Le Petit Gentilly— todos gratos para Malesherbes, y a no mucha distancia de la casa de su hija, donde en esa época solía cenar.

Esta noche había ido con Lafayette, que debía ayudarlo a agasajar a dos visitantes extranjeros, el joven inglés Samuel Romilly y el ginebrino Etienne Dumont. Habían llegado en el barco de Dover, y se encontraron en Versalles a tiempo para echar una ojeada a los embajadores con turbante de Tipu que se deslizaban por las salas. Romilly era un abogado joven y precoz, producto de la trama de ideas «avanzadas» que emanaban de las universidades escocesas y se difundían gracias a las academias inconformistas y la Sociedad Lunar de Birmingham. Tenía la cabeza llena de proyectos, y como era natural había sido atraído por el ala liberal de los whigs, que se reunía en la mansión de lord Shelburne en Bowood. Así, muchos amigos de Shelburne en Francia, entre ellos el abate Morellet y el propio Malesherbes, se convirtieron en amigos de Romilly, y juntos hablaron de las ideas «americanas» de

patriotismo y libertad, en una fraternal confluencia a ambos lados del Canal.



Carruaje de los embajadores indios

Romilly se sintió seducido por la «calidez y la sencillez» que descubrió en Malesherbes. El evidente placer de Malesherbes en las alegrías de la vida de familia le elevó todavía más a los ojos de Romilly. Jugando con sus nietos, el anciano arrojaba su peluca al fondo de la sala, y se tumbaba sobre la alfombra, de modo que las manos y los pies menudos pudieran moverse alegremente sobre su vientre. La actitud informal hacia los adultos y los niños comenzaba a manifestarse en los círculos wighs progresistas, y sería celebrada en los cuadros de familia de Thomas Lawrence, el más brillante artista de sociedad de este sector; Pero a menudo se combinaba con un refinamiento en el atuendo que irritaba el sincero temperamento hugonote de Romilly. Dumont era un individuo de la misma pasta: un pastor exiliado después de la revolución democrática de Ginebra, aplastada por Vergennes en 1782. En su carácter de campeón de la emancipación protestante en 1787, Malesherbes era muy admirado, y cuando llegó a estos hombres en su acostumbrada «gira de los reformadores» por las prisiones de Bicêtre y Salpêtrière, se sintieron aún más conmovidos por la seriedad de su actitud. Había también otros vínculos que unían a los jóvenes y a los viejos en una corriente humanitaria. Amigo de William Wilberforce, el líder evangélico de la campaña contra el comercio esclavista, Romilly ya estaba comprometido en el movimiento esclavista al que dedicaría gran parte de su vida, y sus amigos de París a su vez actuaban en la Société des Amis des Noirs.

A los ojos de sus jóvenes admiradores, Malesherbes podía parecer plausiblemente un «hombre del pueblo», pese a su rango aristocrático y a los cargos oficiales. Con sus modales francos, la chaqueta lustrosa y los puños salpicados de rapé, dejaba en segundo plano a Lafayette e incluso a Mirabeau. Y en la taberna hizo una pequeña broma que se basaba en la discrepancia entre la apariencia normal y la celebridad democrática. «Por casualidad, ¿ha oído hablar del marqués de Lafayette?», preguntó al posadero. La respuesta prevista era: «Naturalmente, monsieur, como todo el mundo», y en ese momento él podía revelar la identidad de su pelirrojo compañero de copas. Pero para mayor regocijo (excepto en el caso de Lafayette) la respuesta fue: «Caramba, no, monsieur. Creo que no. Por favor, ¿quién es?»

La relación entre los dirigentes y los dirigidos, entre los tribunos y el pueblo al que con tanta libertad aquellos invocaban, sería una de las grandes cuestiones de la

Revolución. Pero en el verano y el otoño de 1788 no parecía que esa cuestión fuese un problema, por lo menos para el círculo en que actuaban Romilly y Dumont. Aunque el ánimo de Malesherbes se había apagado al ver cómo la historia se repetía y las reformas bien intencionadas se frustraban a causa de la política absolutista, la perspectiva de los Estados Generales le había infundido renovados sentimientos de entusiasmo y optimismo. Más aún, fue uno de los primeros portavoces de una auténtica «asamblea nacional», que no vaciló en apartarse radicalmente de la antigua forma del esquema de 1614. En esa versión los estados se reunieron, deliberaron y votaron por separado. Los procedimientos en el Delfinado ya habían roto ese precedente, y Mounier y sus colegas habían decidido que cuando sus estados provinciales se reuniesen lo harían como un solo cuerpo, y cada uno votaría con carácter individual. En julio, antes de que se adoptase la decisión de convocar a los Estados Generales, Malesherbes había escrito al rey, con un lenguaje característicamente directo, para recomendar una modificación igualmente valerosa, que según creía echaría el cimiento de una monarquía auténticamente popular.

¿Qué son esos Estados Generales que os recomiendan?... Un vestigio de la antigua barbarie, un campo de batalla en que tres facciones del mismo pueblo vienen a luchar unas contra otras; una colisión de todos los intereses con el interés general... un medio de promover la subversión, no la renovación. Considerad esta antigua estructura como lo que es, una ruina. Nos adherimos a ella sólo en función del recuerdo. Apoderaos de la imaginación popular con una institución que la sorprenderá y complacerá... Que un monarca de fines del siglo XVIII no convoque a los tres órdenes del siglo XIV; que en cambio convoque a los dueños de una gran nación renovada por su civilización. Un rey que se somete a una constitución se siente degradado; un rey que propone una constitución alcanza en cambio la gloria más encumbrada entre los hombres y recibe su gratitud más vivaz y duradera...

Esta dramática renuncia al precedente histórico fue el primer gran momento de cambio de la Revolución. El 25 de setiembre, dos días después de ser reinstalado en medio de la general aclamación, el Parlamento de París anunció que los Estados Generales debían ser convocados exactamente en armonía con las formas de 1614. De la noche a la mañana perdió la inmensa popularidad que había conquistado durante el enfrentamiento con Lamoignon. Después de ser el héroe de las multitudes, se habló de d'Eprémesnil con burlón menosprecio. Los episodios del Delfinado, que gozaron de mucha publicidad en París, habían frustrado este intento de fijar el límite en unos Estados Generales con carácter provisional.

Más aún, la estructura de la represión legal había sido desmantelada en gran parte durante el verano por petición específica de los oradores del Parlamento. La censura, arma tradicional del Parlamento, fue eliminada, y permitió que se volcase en las calles un torrente de literatura política. Hacia el mes de setiembre, los folletos aparecían en un promedio de aproximadamente diez diarios. Segundo, una minoría organizada del Parlamento, bajo la dirección de Adrien Duport, Huguet de Sémonville y Guy-Jean Target insistía a su vez en un nuevo tipo de Estados Generales, en que el Tercer Estado contaría con un número por lo menos igual a la

suma de los dos restantes, y donde se votaría «por cabeza» o individualmente, de modo que todos los intentos de impedir las decisiones populares quedarían frustradas por el número. Lo que de hecho se proponía era una nueva forma de representación, no a través de organismos corporativos, sino por la ciudadanía. El grupo que deseara aislarse del cuerpo general de ciudadanos y exigir una representación particular o desproporcionada instantáneamente se aislaba como un ente que estaba de un modo u otro «fuera de la nación».

Por lo tanto, paradójicamente el «Tercer Estado» fue una invención de los nobles-ciudadanos. En noviembre, un grupo autodenominado primero la Sociedad de los Treinta y más tarde el Club Constitucional se reunía dos veces a la semana en casa de Duport, a menudo durante cuatro horas o más, para debatir el carácter de la representación futura. No era un grupo exclusivamente radical. D'Eprémèsnil era uno de sus miembros, lo mismo que Sabatier de Cabre, un colega «constitucionalista» del Parlamento. Hicieron todo lo posible para defender la preservación de un orden noble especial, como baluarte frente al poder corruptor de la propiedad adinerada que, según afirmaban, se impondría sin dificultad en el marco de una representación general. Pero la mayoría de los miembros del club de Duport mantuvieron inflexiblemente la posición de que el Tercer Estado debía contar con una representación por lo menos igual a los dos grupos restantes combinados, y que la asamblea debía deliberar y votar en común.

Un número sorprendente de miembros de la sociedad estaba formado por hombres cuya reputación se había cimentado por su carácter de «hombres públicos» y celebridades patrióticas. Esta autoimagen ya suponía una relación de simpatía entre los jefes y los ciudadanos. Por ejemplo, el parlamentario Target, que rompió del modo más decisivo con sus colegas conservadores, ya era el «dios de la *basoche*», y se le saludaba con vivas de las galerías. Su primer gran discurso de prueba había sido una épica sentimental digna de la inspiración más gimiente de Rousseau. Se había referido a los derechos de los aldeanos de Salency, en Picardía, de elegir a su propia «Reina Anual de la Rosa», la *rosière*. El rito había sido adoptado por la nobleza *bien-pensant* como un idilio bucólico, y madame de Genlis, amante de Orléans, había ido a Salency para tocar el arpa en la coronación de la *rosière*. Cuando el *seigneur* local afirmó que el derecho de elegir a la *rosière* le correspondía, y no era de la incumbencia de los ancianos de la aldea, y después continuó litigando el caso hasta el Parlamento de París, Target lo había presentado ante la corte como una clásica prueba de fuerza entre la inocencia y la arbitrariedad. En 1788 Target repitió muchos de los mismos temas, ampliados para adaptarlos a la escala de la política nacional. Lafayette, su pariente de Noailles, el duque de la Rochefoucauld-Liancourt, el duque de Luynes y el duque de Lauzun también eran ciudadanos cuya retórica ejercía más influencia porque la desgranaban desde la cumbre de la nobleza. Más aún, para muchos de ellos esto era nada más que la segunda etapa de una cruzada que había comenzado en América. Eran cortesanos contra la corte, aristócratas contra el

privilegio, funcionarios que deseaban remplazar el patriotismo dinástico por el patriotismo nacional. Aunque se adhería a una asamblea nacional, Lafayette no se mostraba inmune a ciertos sentimientos de ansiedad acerca de las consecuencias de la política popular. Y en un intento de acercarle más a su propia línea, el Parlamento designó consejero honorario al «Héroe de los Dos Mundos». Este paso inquietó a Condorcet, su colega del grupo de los Treinta, que conocía la debilidad de Lafayette por la adulación. Escribió al americano Philip Mazzei:

Si vais a casa de Lafayette, tratad de exorcizar al demonio de la aristocracia que estará allí para tentarle en la forma de un consejero del Parlamento o un noble bretón. Con ese propósito, llevad en vuestro bolsillo un frasquito de agua del Potomac, y un rociador fabricado con la madera de un rifle del Ejército Continental, y rezad vuestras plegarias en el nombre de la Libertad, la Igualdad y la Razón, que no son más que tres personas en un solo dios.

Entre los restantes miembros del grupo de Duport estaba Talleyrand, que ya observaba a Lafayette con suspicacia; Mirabeau, cuyo encendido radicalismo polémico en ese momento se veía comprometido por toda clase de escándalos de carácter sexual, monetario y diplomático que formaban una atmósfera alrededor de su persona; banqueros ginebrinos como Clavière y Panchaud, ambos ex aliados de Calonne y que ahora revertían a sus principios democráticos de 1782; los abates Morellet y Sieyès; el pastor provenzal Rabaut Saint-Etienne y, no por cierto en último lugar, Louis-Sébastien Mercier, profeta del Apocalipsis. La «conspiración de los hombres bien intencionados», como ellos mismos se llamaban, también incluía a varios de los que habían sido los cerebros del programa reformista de Calonne, entre ellos Du Pont de Nemours y el abate Louis.

Si bien discrepaban en muchos detalles, todos los miembros de la mayoría del Club se adherían a los mismos principios fundamentales que representaban una ruptura dramática con la línea argumental parlamentaria. Rechazaban llanamente el axioma de que siempre había existido cierta forma de «constitución fundamental» cuya preservación correspondía a los parlamentos. La única y auténtica «ley fundamental», añadía Rabaut Saint-Etienne, era *salus populi lex est* (el bienestar del pueblo es la ley suprema). El mero hecho, añadía Target, de que los anticuarios tuviesen que dedicarse a rebuscar en la historia de Carlomagno y los carolingios era prueba suficiente de que Francia carecía de Constitución, y de que ahora era necesario crearla a partir de cero.

Fuera de París, había en las provincias centros de tormenta en que los campeones urbanos del Tercer Estado, siguiendo el ejemplo de Meunier en el Delfinado, luchaban con los nobles más conservadores para determinar la estructura de sus Estados provinciales, y por extensión de la representación nacional. El más fiero de estos combates fue en Bretaña, donde una joven generación de abogados en ciudades como Nantes y Rennes (adiestrados en las tácticas de la acción en las calles por las batallas en favor del Parlamento) ahora usaban la oratoria y la presión de la multitud

para reclamar una redefinición radical de la representación. Arthur Young, el autor inglés que escribió sobre temas agrarios y visitó Nantes en setiembre, la halló «tan *enflammé* por la causa de la libertad como puede estarlo otra ciudad cualquiera de Francia», y oyó conversaciones que «demuestran cuán considerable es el cambio promovido en el mundo de los franceses». La polémica originada en los clubes de lectura y los comités políticos que florecieron en las ciudades bretonas en 1788 insistieron en ridiculizar el mandato de la antigüedad, especialmente apreciado por la nobleza de provincias. «¿Qué nos importa», escribió el abogado Volney en su diario *El centinela popular*, «lo que nuestros padres han hecho o cómo y por qué lo hicieron...? Los derechos esenciales del hombre, sus relaciones naturales con sus semejantes en el estado de sociedad, esas son las bases eternas de todas las formas de gobierno». *Las Reflexiones patrióticas* de Jean Lanjuinais, profesor de derecho en Rennes, utilizaban acentos más duros en su parodia de la obstrucción conservadora:

Esclavos negros —os veis reducidos a la condición de brutos— ¡pero nada de innovaciones! Hijos de los reyes asiáticos —la costumbre es que el mayor de vosotros estrangule a sus hermanos— ¡pero nada de innovaciones! Pueblo de Bretaña, sois pobres y la nobleza es una clase acomodada, ¡pero nada de innovaciones!

Lo que se necesita, insistía Lanjuinais, es una constitución para el presente, no la veneración de las reliquias. «¿Acaso el atuendo de 1614 nos cae mejor que lo que las prendas de un niño caen sobre el cuerpo de un hombre en la flor de la vida?» Asimismo, el término privilegio, que había sido sinónimo de *libertades* en la disputa entre la corona y los parlamentos, ahora estaba destinada a ser su antítesis. La probidad política exigía ahora, no que se dispensara protección a los *privilegios*, sino que se los anulase.

En gran parte de Francia (y en algunos casos incluso en la turbulenta Bretaña) la nobleza estaba dispuesta a conceder por lo menos parte de estas reclamaciones formuladas por sus propios extremistas, así como por los portavoces de buena fe del Tercer Estado. Como demostrarían los *cahiers* —enunciados de las quejas y las expectativas locales— una mayoría de la clase privilegiada estaba dispuesta a abandonar el aspecto más conspicuo de su jerarquía: la exención frente a los gravámenes. Una parte tan considerable de esta exención se había visto socavada, que mal podía decirse que fuese un gran sacrificio, especialmente en el caso de los nobles más acomodados, que la exhibían como una concesión. Pero la reclamación de que disolviesen por completo su orden en cierta unión más general de la nación representaba una fórmula mucho más divisionista, tanto entre las provincias como en el seno de estas. La repetida afirmación de que los diferentes órdenes debían mantenerse, sencillamente porque habían durado tanto tiempo, cada vez más caía en oídos sordos.

De modo que a fines de 1788 la sanción procedente del pasado había perdido su capacidad de persuasión. El abogado parlamentario Pierre Lacrosette llegó al extremo

de lamentar que todos los monumentos y los usos antiguos no se hubiesen consumido en un gran incendio (precisamente lo que Revolución realizaría de manera simbólica en 1793). En cambio, Condorcet y otros miembros de opinión parecida del grupo de Duport argumentaban que la razón debía guiar a los creadores de una nueva Constitución. «Los verdaderos principios, determinados racionalmente», decía el conde d'Antraigues, demostrarían que la libertad política y la igualdad civil ante la ley eran las bases propias de ese nuevo orden. Pero d'Antraigues, amigo de Jean-Jacques Rousseau, continuaba desarrollando la argumentación mucho más radical (típica de la nobleza de los ciudadanos) en el sentido de que el Estado y el pueblo eran una misma cosa:

El Tercer Estado es el pueblo, y el pueblo es el fundamento del Estado; de hecho es el Estado mismo; las restantes órdenes no son más que categorías políticas, y en cambio, a causa de las leyes *inmutables de la naturaleza*, el pueblo es todo. Todo debe subordinarse a él [el pueblo]; su seguridad debería ser la ley básica del Estado... En el pueblo reside todo el poder nacional, y todos los estados existen en beneficio del pueblo...

El coqueteo de D'Antraigues con la soberanía popular no duraría mucho. Elegido diputado a los Estados Generales, se arrepintió de su actitud en la polémica, y llegó a ser un contrarrevolucionario tan entusiasta como había sido en el carácter de protodemócrata. De todos modos, su folleto alcanzó catorce ediciones y pudo resumirse en el axioma popular: «El Tercer Estado no es un orden, es la nación misma».

Tan pronto este concepto revolucionario se convirtió en lugar común, la defensa de las diferentes órdenes adoptó el color del interés sectorial, egoísta, antipatriótico, indiferente a las inquietudes del pueblo común. Y puesto que el rey había pedido escuchar esas inquietudes, dichas opiniones incluso podían interpretarse como afirmaciones antimonárquicas. La insistencia de Necker en el carácter rigurosamente provisional de su administración y el hecho de que se abstuviera de adoptar posiciones en las cuestiones fundamentales de la duplicación del número de representantes del Tercer Estado y la votación individual abrió un vacío político que fue ocupado por argumentos más que por soluciones. El 5 de diciembre ese espacio se ensanchó aún más, cuando el Parlamento de París abandonó su anterior intransigencia. Ahora se declaró de acuerdo con Target en el sentido de que en efecto no existía un precedente constitucional que los Estados Generales pudiesen aplicar. En cambio, ¡«la razón, la libertad y el deseo general [*voeu général*]» indicarán la forma de la nueva institución!

La solución provisional de Necker había sido convocar una segunda Asamblea de los Notables que aportara su consejo acerca de la forma de los Estados Generales. Pero si su predecesora había sido más radical de lo previsto, en la segunda asamblea sucedió lo contrario. Sólo una minoría adoptó las posiciones «nacionales». Lo que es peor, los príncipes de la sangre —con las importantes excepciones de Orléans y, lo

que es más sorprendente, de Provenza, hermano del rey— declararon, en un memorándum redactado el 5 de diciembre que «el Estado se encuentra en peligro» y que

está preparándose una revolución en los principios de gobierno, provocada por la agitación de los espíritus. Las instituciones a las que se considera sagradas y gracias a las cuales la monarquía ha prosperado durante siglos ahora han sido convertidas en asuntos cuestionables, o incluso menoscabadas como injusticias.

Continuaban diciendo que rendirse a la opinión mayoritaria acerca de la representación implicaba entregar Francia a extraordinarios peligros. Si prevalecía la «revolución en la constitución del Estado» propuesta por el Tercer Estado, ellos preveían que los reyes irían y vendrían de acuerdo con el capricho de la opinión pública disfrazada de voluntad nacional.

El Memorándum de los príncipes no carecía de sagacidad respecto de los peligros del curso al que se veía arrastrada la monarquía en un estado de optimismo errático. Pero a juicio de los panfletistas del Tercer Estado, esa actitud era la prueba directa de que existía una conspiración contra la «monarquía popular», que comenzaba a crearse. A medida que se intensificó el debate, el gobierno se mostró aún más renuente a aportar cierta orientación. El 27 de diciembre un decreto excepcionalmente sucinto, sin ningún tipo de preámbulo, ahondó esta confusión. Contra el consejo de la Asamblea de los Notables proclamó que en efecto el Tercer Estado tendría doble representación. Pero se abstuvo de ordenar la deliberación en común y la votación individual, y por lo tanto adoptó una decisión que implicaba desmentir su generosidad frente al Tercer Estado. Al parecer, la opinión de Necker era que los Estados Generales se las arreglarían para decidir sin excesivo desorden.

Todas estas iniciativas inseguras, estas ideas de última hora y esas confusiones contrastaban profundamente con los patriotas del Tercer Estado, cuyas opiniones tenían la virtud de la claridad y la decisión. Más allá de las de aquellos que durante tanto tiempo habían afirmado representar al pueblo, pero cuando la representación estaba al alcance de la mano, revelaban que eran no sus campeones, sino sus opresores. Todos los temas del momento podían traducirse a la retórica de los patriotas y los privilegiados. En su petición en nombre de los Ciudadanos domiciliados en París, el doctor Joseph-Ignace Guillotin (ex jesuita y médico) había



Necker toma las medidas de Francia.

[\(Ampliar\)](#)

defendido la duplicación de los miembros del Tercer Estado precisamente basándose en esta distinción. Su folleto había sido adoptado por las seis corporaciones mercantiles de la ciudad, y bajo la égida de esos grupos se habían distribuido seis mil ejemplares. El Parlamento intentó evitar su difusión, y el 8 de diciembre adoptó medidas contra el propio Guillotin. Fue obligado a comparecer ante la corte, pero la demostración multitudinaria en su favor fue tan ruidosa e intimidatoria que la

absolución triunfal de hecho se convirtió en el desenlace esperado.

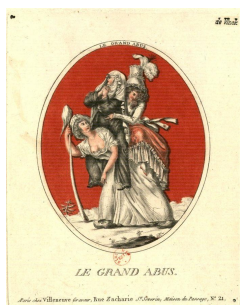
Había otro rasgo del Tercer Estado que en el cruel invierno de 1788-1789 fortalecería su pretensión de ser la expresión auténtica de la nación renacida: su fuerza de trabajo. Muchos de los folletos que habían delineado la identidad del Tercer Estado ya habían realizado una implacable comparación entre el privilegio adquirido con dinero y la productividad del *roturier*, un término que evocaba el emblema de la pala usada en las labores del campo. Un memorándum acerca de los Estados Generales redactado por los funcionarios municipales de Nantes se mostró enfático en este punto:

El Tercer Estado cultiva los campos, construye y tripula los navíos de comercio, sostiene y orienta las manufacturas, alimenta y vivifica el reinado... Es hora de que un gran pueblo reciba la atención que merece...

El *cahier* de una aldea de los Vosgos, Hareville-sous-Montfort, formularía más ásperamente la misma idea. La nobleza que afirmaba apoyar a Su Majestad, explicaba este escrito, «procede así, pero al precio de obtener cuantiosas pensiones del Estado», y en cambio «el Tercer Estado paga siempre, y trabaja día y noche para cultivar la tierra que produce el grano que alimenta a todo el pueblo».

Los muchos grabados que comenzaron a aparecer por esta época, y que muestran al trabajador de la tierra soportando sobre su espalda a las dos órdenes privilegiadas, destacan esencialmente la misma idea.

Correspondió a *¿Qué es el Tercer Estado?* del abate Sieyès, la más incisiva de todas las publicaciones, conferir carácter tajante a la división entre la útil y lo inútil. «¿Qué es necesario para conseguir que una nación prospere?» fue el primero de sus famosos interrogantes retóricos. «Los esfuerzos individuales y las funciones públicas», era la respuesta. Y precisamente el Tercer Estado era el único que aportaba los primeros. Por lo tanto, el Tercer Estado no era una mera orden. Era la nación misma. Los que reclamaban una jerarquía especial fuera de la nación por eso mismo estaban confesando su parasitismo. La desgracia y la



El Gran Abuso

[\(Ampliar\)](#)

injusticia habían determinado que el Tercer Estado, que era todo, políticamente fuese nada. Sólo cuando la irresponsabilidad de los privilegiados había provocado la amenaza de destrucción de la patrie, podría tratar de ser «algo», como decía modestamente el propio Sieyès.

El Tercer Estado era una idea y una argumentación antes de ser una realidad social. Y el folleto de Sieyès era su invención más inspirada: lógico, lúcido —al parecer indiscutible, salvo que se invocase al fantasma poco temible de la historicidad—. No sólo confería estructura y forma al nuevo cuerpo político nacional, sino que señalaba amenazadoramente a quienes se separaban del mismo. «Es imposible decir qué lugar deberían ocupar la nobleza y el clero en el orden social», advertía Sieyès.

«Eso equivale a preguntar qué lugar debe asignarse a una enfermedad maligna que debilita y tortura el cuerpo de un enfermo».

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

III - Hambre y cólera

El 13 de julio de 1788 una tormenta de granizo se desató sobre gran parte de Francia central, desde Ruán en Normandía hasta un lugar tan meridional como Toulouse. El hortelano escocés Thomas Blaikie, que presenció el fenómeno, habló de piedras tan monstruosas que mataban liebres y perdices y quebraban las ramas de los olmos. Para muchos más la lluvia de helados pedruscos blancos fue bastante letal, y por lo tanto no requirió exageración. Destruyó las viñas que estaban madurando en Alsacia, Borgoña y el Loira; arrasó el trigo que crecía en los campos del Orleanesado; carcomió las manzanas nuevas del Calvados; agostó las olivas y las naranjas jóvenes del Midi. En la provincia occidental de Beauce, las cosechas cerealeras ya habían sobrevivido a una tormenta de granizo el 29 de mayo, pero sucumbieron ante el segundo golpe, en julio. En la Isla de Francia, al sur de París, donde los cultivos de frutas y verduras fueron destruidos cuando estaban madurando, algunos agricultores escribieron: «Una campiña antes floreciente se ha visto reducida a un árido desierto».

En gran parte de Francia siguió una sequía. A su vez, llegó después un invierno cuya severidad no había sido vista desde 1709, cuando según se afirmó el Burdeos tinto se congelaba en la copa de Luis XIV. Con el mordiente frío volvieron a relatarse las mismas anécdotas conocidas ochenta años antes. Decíase que los pájaros se congelaban en sus ramas; que los lobos bajaban a merodear desde sus guaridas en las Cevennes hasta las llanuras del Languedoc; que los pobres de lugares agrestes como el Tarn y Ardèche se veían reducidos a hervir la corteza de los árboles para preparar un potaje. La realidad comprobable era bastante grave. Los ríos congelados impidieron que los molinos de agua convirtiesen en harina el grano que aún quedaba, y paralizaron el transporte de los suministros urgentes a las regiones que más los necesitaban. Había una gruesa capa de nieve que cubría el suelo hasta lugares tan meridionales como el alto Garona, al oeste de Toulouse, donde entre el 26 de febrero y el 10 de abril hubo nuevas nevadas casi un día sí y otro no. En enero, Mirabeau afirmó que Provenza había sido visitada por el Ángel Exterminador. «Se han descargado todos los azotes. Por doquier he visto hombres muertos de frío y hambre, y eso en medio del trigo, pues a causa de los molinos helados falta la harina».

El deshielo aportó sus propios sufrimientos. A mediados de enero el Loira congelado se fundió súbitamente, inundando los campos y los pastizales y arrasando los diques rudimentarios para volcarse sobre las calles de Blois y Tours.

Ochenta años antes, el hambre había sido un fenómeno inequívoco: los caminos sembrados de cadáveres, los habitantes muertos de hambre. En 1789 apareció la hermana menor del hambre, la escasez —*la disette*—, pero la cosa fue bastante grave. Las crueldades del tiempo siguieron a una cosecha de 1787 que a lo sumo fue

mediocre. La hogaza de cuatro libras, que era el alimento usual de las tres cuartas partes de todos los hombres y las mujeres franceses y que, en tiempos normales, representaba la mitad de su ingreso, pasó de ocho *sous* en el verano de 1787 a doce en octubre de 1788 y quince hacia la primera semana de febrero de 1789. Alimentar a una familia de cuatro personas exigía dos hogazas diarias, y el salario medio de un trabajador manual oscilaba entre los veinte y los treinta *sous*; un jornalero albañil llegaba casi a los cuarenta. La duplicación de los precios del pan —y de la leña— implicaba la miseria. Durante el invierno de 1788 algunos clérigos calcularon que hasta la quinta parte de la población de París, más de 100.000 almas, recibía algún tipo de auxilio. Con gestos grandilocuentes, algunos magnates como el duque de Orléans vendieron cuadros —según se dijo para auxiliar a los pobres— pero los actos filantrópicos aislados jamás podrían aportar alimentos o leña en cantidad suficiente con el fin de lograr que el invierno fuese más soportable para millares de víctimas. La calamidad afectó a diferentes grupos de la población de distintos modos, arrastrándolos a un nivel de subsistencia del cual creían haber escapado definitivamente. En el caso de los jornaleros sin tierra de la región rural, muchos de ellos trabajadores migratorios, la destrucción de las cosechas los privó de un empleo indispensable. Se habían separado de sus familias para iniciar un camino conocido en busca de las labores estacionales en los viñedos, los trigales o los olivares, con la esperanza de retornar y atender después su propia parcela. Ahora probablemente nunca volverían, y tendrían que luchar para evitar su propia muerte. En el caso de los pequeños campesinos —los *métayers*— que formaban la mayor parte de la población rural, era la última vuelta de tuerca del endeudamiento y la pobreza. Como disponían de muy poca tierra para alimentar a su familia, obtenían un pequeño suplemento del *seigneur*, así como las simientes, las herramientas y los animales de tiro a cambio de una participación en la cosecha. Esta carga excluía cualquier género de excedentes, y los *métayers* a menudo se veían obligados a comprar más alimentos para asegurar su propia subsistencia. Por lo tanto, eran consumidores tanto como productores, y los aumentos punitivos del precio del pan y la leña a fines de la década de 1780 eliminaron la posibilidad que podían haber tenido de aprovechar un aumento gradual del valor de sus cosechas. Con la cosecha de la temporada ennegrecida por la helada o el granizo, y los impuestos que debían al *seigneur* y el Estado, era probable que los acreedores exigieran el pago de la deuda. El desalojo y la degradación en la clase de los sin tierra —y por el momento, los desocupados— era el resultado. En las regiones relativamente prósperas, por ejemplo la campiña alrededor de Versalles, de acuerdo con la opinión de Georges Lefebvre, los jefes de familia separados de sus tierras formaban un tercio de toda la población rural. En la baja Normandía la cifra llegaba casi a los tres cuartos. De modo que también ellos engrosaban la marea cada vez más anchurosa de la humanidad impotente que se arrastraba hacia las iglesias para pedir un pedazo de pan y un poco de leche, o que se encaminaba hacia las grandes ciudades.

Si llegaban a una ciudad, se les ofrecería una acogida igualmente sombría. Los trabajadores migratorios habían colmado las filas de las ocupaciones varias: portadores del mercado, cocheros, limpiadores de chimeneas, vendedores de agua. Pero la crisis del campo se agravó hasta convertirse en un fenómeno que gravitó sobre el resto de la economía. La disminución del poder adquisitivo redujo el mercado de artículos manufacturados, que ya soportaba la competencia de los artículos británicos más baratos, que habían afluído como resultado del tratado comercial de 1786. Los artesanos se quedaron sin trabajo. El trabajo a destajo en los telares domésticos desapareció; los obreros de la construcción se vieron despedidos cuando el auge de la construcción urbana en las grandes ciudades se detuvo bruscamente. Por ejemplo, las ciudades industriales como Lyon y Ruán tenían, respectivamente, veinticinco mil y diez mil desocupados. En Amiens, que estaba todavía más cerca del punto de ingreso de las manufacturas británicas, la cifra se elevaba a cuarenta y seis mil.

Ante la prueba de la ruina general, Necker hizo lo que pudo para suministrar cierto alivio. Prohibió la exportación de granos, concedida bajo los decretos de 1787 promulgados por Brienne, e inició una enérgica política de importación, gastando casi cincuenta millones de libras en la compra de cereales y arroz. Pero no era fácil obtener suministros. La guerra ruso-turca del Mediterráneo había clausurado las fuentes de Oriente que abastecían al sur del país, y otro conflicto en el Báltico había impedido el aprovechamiento de las fuentes más tradicionales, correspondientes a Polonia y Prusia oriental. En el norte, los grandes bloques de hielo que flotaban en el estuario del Sena y se instalaban en puertos como Le Havre impedían que los barcos descargaran. En todo caso, los suministros que en efecto llegaron a Francia eran caros, pues otros países, que afrontaban más o menos la misma situación, competían por el grano disponible. Los ríos y los canales helados determinaron que el transporte en barcazas fuese lento y dificultoso. Y cuando el trigo y el centeno polacos llegaron finalmente al norte y el nordeste, después de atravesar Holanda y los Países Bajos austríacos, el grano se había deteriorado tanto que producía una harina amarillenta con un enfermizo olor agrio.

En general, tal vez no fue el momento más auspicioso para pedir al pueblo de Francia que ventilase sus quejas. Sin embargo, desde las profundidades de la necesidad y el agobio, la figura del rey-padre (mencionado así en muchos de los *cahiers de doléances*) adquirió un aspecto casi santo, que ofrecía a sus súbditos la oportunidad de contar con una especie de audiencia subrogada. De modo que, pese a todos sus horrores, no debe creerse que el invierno de 1788-1789 fue de antemano la sentencia de muerte del gran experimento político en curso. Pero en efecto significó que en la mente popular la actividad relacionada con una nueva constitución de un modo u otro tenía que ver con la satisfacción de los vientres vacíos. Lo cual implicaba descargar sobre el patriotismo y la representación un peso mayor que el que ellos podían soportar. Así como la libertad no era una respuesta mágica ante el

problema de la solvencia fiscal, tampoco podía afirmarse que la igualdad era la solución para la tarea aún más recalcitrante de alimentar a la población, que venía soportando años de escasez. Una vez que el populacho concentrase en ella su atención, la interdependencia del alimento y la libertad no se desdibujaría. La ilusión de que las nuevas instituciones políticas podrían suministrar sustento donde las antiguas no lo habían logrado, descansaba en la creencia de que los agentes parasitarios del antiguo régimen habían utilizado intencionadamente su poder para promover crisis de las que pudiesen beneficiarse. En estos *pactes de famine* la escasez periódica había sido la señal que inducía a los especuladores del grano a retener los suministros destinados a los mercados, elevando los precios hasta el momento en que pudieran aprovecharlos para obtener una utilidad máxima. La política consistente en liberar el comercio de grano de las normas que imponían ventas autorizadas en determinados mercados en todo caso había ofrecido renovadas oportunidades a esta práctica extorsiva. Estos conceptos aceptados generalmente necesitaban culpables: los *agiateurs* (especuladores) y los *accapareurs* (acaparadores), para quienes algunos *cahiers* rurales reclamaban la pena de muerte, pero que con idéntica frecuencia debía corresponder a ministros del gobierno sospechosos de complicidad en la conspiración. Al principio de la Revolución pudo asignarse la responsabilidad de la prolongación de la crisis alimenticia a la aristocracia intransigente, de quien se afirmaba que estaba conspirando para imponer al pueblo el sometimiento por hambre. Pero las sucesivas administraciones revolucionarias fueron víctimas de la acusación de que la escasez de su patriotismo y su celo punitivo habían mantenido en el pueblo la condición de rehén del ciclo del hambre. Sólo cuando las cosechas mejoraron y los soldados se alimentaron con los recursos de los países que ocupaban, el problema se atenuó.

La relación del hambre con la cólera posibilitó la Revolución. Pero también determinó que la Revolución estallara a partir de expectativas excesivamente infladas.

Estas expectativas comenzaron a manifestarse seriamente cuando el rey convocó a sus súbditos, pidiéndoles que se reuniesen en sus parroquias y distritos con el fin de elegir representantes y redactar una lista de todas sus quejas y esperanzas en relación con el futuro. En cierto sentido, este ejercicio simplemente confirmó la creencia tradicional de que el rey siempre acudiría en auxilio de su pueblo en dificultades. Pero nunca la idea se había visto confirmada de un modo tan directo y universal. Los hechos posteriores de la Revolución son tan dramáticos que apartan la atención de la magnitud del experimento que se realizó en el país entero entre febrero y abril de 1789. Nada parecido se había intentado jamás, en Francia o en otros países, y ciertamente no en ese modelo de excelencia constitucional, el reino de Gran Bretaña. Veinticinco mil *cahiers* fueron redactados en un acto simultáneo de consulta y representación que no tenía precedentes por su integralidad.

Por supuesto, no todos resonaron con la voz desnuda del pueblo. El mecanismo

de la elección para los Estados Generales, establecido en la convocatoria_ real del 24 de enero, determinó que mientras la nobleza y el clero elegirían directamente a sus representantes, el proceso de designación de los diputados del Tercer Estado sería al mismo tiempo complicado e indirecto. Las asambleas locales, con el nombre medieval de *bailliages* (alguacilazgos o bailías), debían convocarse de acuerdo con el criterio general de una por cada centenar de votantes, definidos como todos los residentes de veinticinco años o más que pagaban impuestos (Parece que en ciertas asambleas locales se presentaron algunas viudas, arguyendo de manera optimista que el decreto real no había especificado el sexo). El electorado creado de este modo alcanzó la cifra de seis millones de almas. Con todas sus complicaciones y sus dificultades prácticas era hasta ese momento el experimento más numeroso de representación política intentado en un país cualquiera del mundo.

Convocadas sobre todo en la iglesia de la aldea, estas asambleas primarias redactaron su *cahier* y eligieron diputados que debían representar a la comunidad en una asamblea posterior. En ciertas regiones esa «asamblea general» elegía diputados, pero no era desusado que tuviese que pasar por varias etapas antes de llegar a una selección definitiva con vistas a los Estados de Versalles. El procedimiento también garantizaba que el individuo más elocuente, educado y con mayor vocación política fuese siempre el que sobreviviera al proceso de poda. En la práctica eso significaba, por mayoría abrumadora, la preferencia por los abogados y los funcionarios públicos —los baluartes de las academias locales y las *sociétés de pensée*— con algunos médicos, notarios y ex abates cultos (como Sieyès) y algún que otro hombre de negocios.

Por otra parte, las asambleas locales se vieron notablemente a salvo de todo lo que fuese una intimidación oficial. Necker cumplió su compromiso de mantener una rigurosa imparcialidad y de garantizar la suspensión total de la censura durante las elecciones. Por ejemplo, era usual que los funcionarios del gobierno local presidiesen las asambleas donde el Estado y sus servidores, desde los *intendants* hasta los agentes de la recaudación de impuestos, soportaban enérgicas denuncias a causa de sus muchos actos de tiranía, mezquinos e irritantes. Esas denuncias se incorporaban todas a la declaración definitiva. De modo que, a pesar de la depuración de conceptos y el filtro de personalidades, los *cahiers* ofrecen una reseña notablemente integral de lo que, a fines del invierno y principios de la primavera, estaba en la mente del pueblo francés, en el momento en que renacía su nación política.

Los *cahiers* hablan con dos voces. Muchos emiten la voz de la unidad patriótica, formulada en un unísono notable, a menudo del mismo modo en los tres Estados. Los enunciados de estos sectores estaban interesados principalmente en las cuestiones políticas y legales, y su voz era la del mundo urbano educado de la Francia modernizadora. De la campiña y los artesanos de las ciudades provenía un tono más áspero, que repetía obedientemente como cuestión de forma los piadosos clichés de la política del Tercer Estado, pero que en el fondo estaban interesados en las cuestiones

cotidianas referidas a los impuestos, la justicia, los azotes (la palabra *fléau* quizá sea la utilizada con más frecuencia en todos los *cahiers* rurales), la milicia y las leyes de la caza; en otras palabras, la supervivencia.

No es sorprendente que el primer tipo de lenguaje —el del cambio político— apareciese tan estandarizado. Se realizaron esfuerzos conscientes con el fin de reproducir un «programa» publicado que incorporase la mayoría de las cuestiones principales esbozadas en la literatura panfletaria del otoño de 1788. Sieyès redactó un manual básico para las asambleas locales, y este material fue impreso por millares y distribuido, con una nota aprobatoria del duque de Orléans, a través de la Isla de Francia. Se recomendaba especialmente a los curas que utilizaran el folleto instructivo, lo cual no sólo sugería firmemente lo que podía decirse, sino el orden y el modo en que debía registrarse la formulación en el *cahier*. Otros *cahiers* llegaron a ser famosos por derecho propio como modelos de manifiesto del futuro liberal, sobre todo el enorme documento escrito por Du Pont de Nemours para el Tercer Estado de Nemours.

El mensaje era el mismo por doquier. Los Estados Generales eran el cuerpo convocado de la nación, y debían ser convocados de nuevo, periódicamente, siempre que los asuntos de la nación lo exigieran. Algunos documentos proponían sesiones de tres años; los más audaces insistían en que el cuerpo debía permanecer hasta que se sancionara una nueva Constitución. Una serie de *cahiers* identificaban específicamente el poder legislativo con una asamblea nacional e insistían, de acuerdo con el estilo inglés, en la separación de los poderes. Prácticamente todos exigían que el cuerpo consintiera la aplicación de nuevos impuestos. La libertad de la persona, del pensamiento, de la palabra y la publicación debía estar garantizada, lo que significaba la abolición de las *lettres de cachet*, de todas las formas de la justicia arbitraria (como los tribunales de los militares) y prácticamente de toda la censura. En innumerables *cahiers* se afirmaba que la interferencia en la correspondencia constituía un ataque directo a la libertad personal.

En los asuntos financieros había un acuerdo análogo. Debía unificarse el pasivo de la corona con el carácter de una deuda nacional. Anualmente habría presupuestos públicos obligatorios, y se tendría plenamente en cuenta la situación de cada departamento. Se abolirían los cargos venales (sobre todo en el área de las finanzas) y ningún contribuyente se vería exento de sus obligaciones a causa del rango o las pretensiones del privilegio. Si se mantenía la nobleza (decían algunos *cahiers* de la nobleza) había que hacerlo sólo como un asunto honorífico, lo que Rabaut Saint-Etienne había denominado «la parte condecorada de la nación».

Los *cahiers* de la élite liberal, tratárase de las dos primeras órdenes o del Tercer Estado, después aplicaban a los asuntos del Estado la agenda usual de sus academias de debates. Muchos afirmaban que debía existir un plan de educación nacional. Las loterías, las casas de juego y otras frivolidades que apartaban a la gente del trabajo serio que le permitía progresar debían ser desterradas. Un número importante también

se comprometía con los principios económicos liberales: la abolición de las corporaciones y de todas las limitaciones impuestas a la libertad y la movilidad de la fuerza de trabajo; la eliminación de las barreras aduaneras internas y el fin de los organismos dedicados a la recolección de impuestos. Paradójicamente, en la mayoría de estos aspectos los *cahiers* de la nobleza (excepto el de Nemours) eran los que se acercaban más al paradigma «burgués» en su preocupación por acordar la libertad personal con la económica. Dado el compromiso de muchos miembros de esa clase con el comercio, la industria, las finanzas y la tecnología, quizá corresponda afirmar que esto es menos sorprendente de lo que puede parecer a primera vista. Pero una gran mayoría de los *cahiers* de la nobleza se declaraba en favor de ese axioma burgués básico, la igualdad ante la ley.

Era una visión de Francia que prolongaba gran parte de la ética modernizadora de las décadas de 1770 y 1780. El rango se fusionaría con la ciudadanía; la ciencia y la educación, bajo la guía benigna de la elite, eliminaría la ignorancia embrutecedora, la pobreza y las enfermedades del pueblo. El interés propio esclarecido acabaría prevaleciendo en el país, y crearía un campesinado próspero que, gracias a métodos racionales de explotación, podría aportar excedentes suficientes para convertirse él mismo en una masa de compradores de artículos manufacturados. A su vez, esto beneficiaría a una fuerza de trabajo que podía ser inducida a apartarse de una actitud defensiva de protección para orientarse hacia la oportunidad empresarial. En este ámbito transformado, una administración responsable, designada de acuerdo con el mérito y la competencia, gobernaría con austeridad e integridad. El patriotismo y el servicio públicos serían ejemplares, y se originarían en un monarca de invencible popularidad; las artes florecerían como nunca lo habían hecho, y la nueva época pertenecería simultáneamente a Francia y a la humanidad entera.

Sorprende por lo elevado el número de miembros de la nobleza que compartían estas opiniones. Aparecen registradas en los *cahiers* de las ciudades principales: en los que corresponden a los cuatro mil nobles domiciliados en París, en los de importantes ciudades, como Burdeos, y en los de centros provinciales más pequeños, como Aix, Saumur, Grenoble, Blois, Orléans y Ruán. Incluso los miembros de algunas de las asambleas más lejanas, por ejemplo la que corresponde a la nobleza del Mosela en Pont-à-Mousson, insistían en que, en nombre de «la razón iluminada por la filosofía», se abolieran todas las exenciones fiscales para su propia clase, en que se tratara por igual a todos los ciudadanos en cuanto al pago de impuestos, y en que todo tipo de privilegio personal, fuera cual fuese su naturaleza, fuese anulado y mientras la nobleza suponía que habría cierta forma de reembolso por la abolición de los cargos venales, en todo caso pensaba que eso podía hacerse a lo sumo muy gradualmente en beneficio del Estado.

No era un coro de armonía total. El efecto paradójico del mecanismo electoral fue conceder representación al número mucho más elevado de nobles más pobres de lugares apartados, los mismos que antes nunca habían sido parte de la cultura de la

modernidad, y cuyo único derecho al respeto se fundaba precisamente en sus títulos. En Bretaña estaban las *épées de fer*, las espadas de acero, que intervinieron en las grescas callejeras de Rennes a lo largo de 1789, con los muchos que apoyaban las protestas del Tercer Estado de que se votase individualmente y no por órdenes. Superados tanto en las disputas físicas como en las políticas, se negaron absolutamente a elegir diputados a los estados. En otros lugares, algunos grupos de nobles, a quienes seducía menos la idea de disolver el rango heredado en una nación de ciudadanos, adoptaron posiciones votando en bloque las mociones de su orden, y eligieron para los estados diputados dispuestos a sostener su punto de vista. En el Côtentin, por ejemplo en Coutances, los diputados se enorgullecían con los nombres ilustres de Leclerc de Juigne, Achard de Bonvouloir, Beaudrap de Sotteville y Arthur de Villarnois. Aunque apoyaban en general la «concordia entre las órdenes», aclararon que se reunirían, deliberarían y votarían como entidades «distintas, separadas, iguales y libres».

Entre por una parte los nobles de París que protestaban agriamente porque las normas electorales los habían forzado a separarse de sus conciudadanos del Tercer Estado en la antigua «Comuna», y los nobles-ciudadanos del Delfinado, Provenza y Languedoc, y por otra los individuos de sangre azul de Bretaña, Borgoña, el Franco-Condado y la alta Normandía, había un nutrido cuerpo de diferentes opiniones. En una serie de asambleas de los nobles la decisión de votar individualmente o por órdenes arrojó márgenes estrechos: por ejemplo cincuenta y uno a cuarenta y tres en Blois. Muchos nobles cuya personalidad social estaba dividida entre una existencia urbana y moderna y la administración de una propiedad señorial arguyeron que en los temas de interés nacional, por ejemplo los gravámenes y la guerra y la paz, debatirían y votarían colectivamente; pero en los casos de temas relacionados con sus respectivas órdenes mantendrían su propia identidad. Otros aún estaban dispuestos (era el caso de Necker) a dejar la decisión en manos de los propios estados, de modo que si «lo exigían las necesidades de la nación», se mostrarían dispuestos, después de todo, a votar en común. En Blois, donde se depositaron los votos exactamente de este modo, el número de los que estaban decididos a votar por órdenes descendió de manera dramática a veinticinco, y el número de los que deseaban apoyar un compromiso «mixto» se elevó a sesenta y ocho. Si se suman los *cahiers* de las asambleas dispuestas a votar individualmente en tales circunstancias y por los «asuntos de interés nacional» a los que ya estaban comprometidos a votar individualmente como cuestión de principio, de hecho tenemos que una mayoría (aproximadamente el 60 por ciento) de la nobleza francesa en 1789 se pronunció a favor de una asamblea auténticamente nacional.

Por lo tanto, el «Tercer Estado» nació como una iniciativa política conjunta, concebida inicialmente por los miembros de la nobleza liberal y posibilitada por las profundas divisiones existentes en su propia elite. En el seno del clero había un grupo análogo de prelados dispuestos a apoyar las amargas quejas de los curas de aldea

(representados abundantemente en las asambleas de su orden), contra los designios de una aristocracia eclesiástica cargada de privilegios. Pero no cabe duda de que el proceso de las propias elecciones ofreció a hombres nuevos —procedentes sobre todo de la profesión legal y la burocracia pública— la oportunidad de afirmarse como portavoces del Tercer Estado. Y en el clero se observó un proceso incluso más radical, que determinó que los curas rurales se afirmaran como una fuerza opuesta a la jerarquía diocesana. Al proceder así, ambos grupos se emanciparon de sus jefes, incluso hasta el extremo de afirmar enfáticamente que no admitirían que los nobles, por bienintencionados que fuesen, los representaran en los Estados Generales.

La humillante experiencia de Antoine Lavoisier fue típica de esta separación. Por impopular que fuese su figura en la condición de recaudador general —y lo que es peor, como arquitecto del nuevo muro aduanero que rodeaba París—, Lavoisier fue también un precursor de la nueva agricultura. Secretario del Comité Real de Agricultura, creado como consecuencia de sus exhortaciones, había consagrado una considerable suma de su propio dinero a un intento experimental de mejorar lo que era, posiblemente, la región agraria más lamentable de Francia entera: Sologne. Una región pantanosa y húmeda, mal drenada, al sur del valle central del Loira, Sologne soportaba un clima atroz que arruinaba regularmente la cosecha de centeno, y obligaba al campesinado a consumir el grano incluso cuando este había sido atacado por un hongo ergótico. Esta práctica provocaba por lo menos estados alucinatorios asociados con el ergotismo. Era más frecuente que también incluyese una forma de parálisis arterial que concluía con gangrena y una condición conocida por muchos médicos franceses que la examinaron como «formicación»: la sensación de que las hormigas estaban comiendo viva a la víctima.

En un extenso informe presentado por Lavoisier al Comité en 1788 describió los resultados de diez años de esforzado trabajo en su granja modelo de Fréchines, donde pasó tres años tratando de crear prados de alfalfa, antes de pasar con más éxito al trébol y la esparceta, e introducir la patata y la remolacha. Se trajeron de España carneros y ovejas, y los vacunos de Chanteloup fueron cruzados con animales más propios de la zona para producir ejemplares que poseían mayor resistencia. Hacia el fin de la década Lavoisier aún decía, con cierto pesimismo, que si bien todo esto había aportado algunos resultados satisfactorios, era ocioso esperar que el arrendatario individual imitase el ejemplo, pues «al final de un año (agobiado por los impuestos) no queda prácticamente nada para el cultivador, que se considera afortunado si sobrevive, aunque lleve una vida miserable y enfermiza».

Para la pequeña comunidad de terratenientes progresistas del Loira y la Isla de Francia Lavoisier era un héroe. Y es evidente que él deseaba muy vivamente identificarse como un ciudadano-patriota, y lograr ser elegido representante por el Tercer Estado. Llegar a esto técnicamente era posible, pues el decreto real había especificado que sólo dos de los cuatro electores iniciales debían pertenecer necesariamente al Tercer Estado. Pero precisamente esta cláusula provocó mucho

resentimiento en las asambleas, donde los miembros bienintencionados e influyentes de la nobleza liberal intentaron aprovechar la norma. Parece que Lavoisier participó por lo menos en una de estas asambleas, pues firmó las actas de la que se celebró en La-Chapelle-Vendômoise, pero en Villefrancoeur, su parroquia natal, fue rechazado bruscamente por el Tercer Estado, por entender que no estaba calificado socialmente.

Mientras la actitud de arriba hacia abajo era sobre todo de unión y concordia, la de abajo hacia arriba con la misma frecuencia era de queja y discordia. En los enunciados de la elite había documentos que reflejaban el optimismo iluminista, en cambio los del pueblo eran auténticas *doléances* (quejas). Su tono era una mezcla de dolor y cólera, y apelaban menos a las proposiciones evidentes por sí mismas de la razón y la naturaleza que a un monarca-padre que pudiese reparar los agravios. Una musa local de Allainville, cerca de Pithiviers, comparaba el «buen corazón» del rey reformista con una abeja que fecundaba las llores. Pero también le imploraba que salvase a los aldeanos de los recaudadores de la *gabelle*, «esa sanguijuela de la nación que trasiega las lágrimas de los infortunados en sus copas de oro».

Los curas, los notarios o los abogados locales que producían la forma escrita de estos agravios se ocupaban de que incluyeran el catálogo usual de reformas judiciales. Muchos de estos escribas de los pequeños pueblos viajaron de una aldea a otra durante las semanas de marzo, ayudando a la población local a organizar sus encuentros y suministrando un documento tipo, de modo que se descubren enunciados prácticamente idénticos reproducidos en los *cahiers* de los villorrios vecinos. Pero también había sorprendentes variaciones. Con frecuencia el *cahier* comenzaba como si un mensajero personal estuviese acompañando al rey en el curso de una visita con guía a la aldea y su territorio, y explicando de qué modo los males del lugar arraigaban tanto en la topografía local como en las baronías señoriales instaladas allí. Por ejemplo, la aldea de Cabrerets, en el suroeste montañoso, atravesada por el río Lot, hoy recibe la visita de muchos turistas que van a saborear los vinos oscuros de la cercana Cahors. Pero en 1789 los aldeanos que habitaban el lugar no atinaban a apreciar el pintoresquismo. La comunidad, decía el *cahier*, «está situada en el rincón más terrible y abominable del mundo, y no tiene más que elevaciones rocosas y montañosas casi inaccesibles, cubiertas de matorrales y otra vegetación muy pobre, casi sin pasturas... puede afirmarse con razón que la comunidad de Cabrerets ha de ser una de las más pobres y miserables del reino». Los senderos que eran el único medio de comunicación no permitían el paso ni siquiera de los caballos o los burros, de modo que se necesitaban seis horas para llegar caminando a Cahors. Por lo tanto, no era sorprendente que el lugar hubiese sido abandonado mucho tiempo atrás por el cura. De modo que sus necesidades abrumadoras eran sencillas y de ningún modo revolucionarias: un camino decente y una iglesia.

En otros parajes, las brutalidades de la geografía o el clima se habían agravado a causa de las depredaciones humanas, y después de pasar revista a su situación física,

los *cahiers* de aldea continuaban enunciando una extensa lista de matones autorizados que dificultaban especialmente la vida de los campesinos. A la cabeza de la lista estaban invariablemente los recaudadores del Estado y el *seigneur*, los alguaciles de todas las clases, los *porteurs de contrainte* (funcionarios de aplicación), que en Combérouger, en el Tarn, recibían treinta *sous* diarios para aterrorizar a la población local y obligarla a que pagase sus impuestos, o renunciara a sus pocas pertenencias.

La *gabelous* del impuesto sobre la sal era la peor. Se consideraba que este impuesto era especialmente represivo, pues como dijo un *cahier* con perdonable exageración, «la sal a menudo es lo único que el pobre puede poner en su olla». El *cahier* de Kanfen, una aldea de setenta y cinco casas en las afueras de Thionville, en las Ardenas (nordeste de Francia) se mostró sobremanera elocuente en esto. Explicaba que la mayoría de su población se veía forzada a trabajar en la condición de jornaleros de las fincas, en vista de la escasez de pastos, grano y madera. Con sus mezquinos salarios —a veces reducidos a cinco *sous* diarios— no podían pagar la sal a causa de los elevados gravámenes. De modo que estaban obligados a comprar un suministro de sal de contrabando que duraba ocho días y a «regresar temblando» a sus casas, donde probablemente los agentes de la *gabelle* estarían acechando, ocultos tras un seto. Se atacaba y arrestaba al delincuente, se le obligaba a pagar el impuesto, y si no podía hacerlo, era llevado a la cárcel, sin siquiera notificarlo a su familia. «Si están arrestando a una mujer»,

sin la más mínima vergüenza la revisan de la cabeza a los pies y la atacan con insultos... si entran en una casa, aparecen al romper el día... no como hombres honestos, sino como una banda de asaltantes armados con sables, cuchillos de caza y bastones con puntas de acero. Si una mujer está acostada, revisan la cama, sin prestar atención si ella está enferma y, sin avergonzarse nunca de lo que hacen, vuelcan la cama. Dejamos a vuestro criterio juzgar lo que sucede si una pandilla como esta entra en una casa en que hay una mujer embarazada. A menudo, el asunto termina con la muerte del fruto de su vientre.

Había muchos otros indeseables, clasificados como «azote» por los campesinos: molineros que los estafaban apoderándose de porciones indeterminadas del grano como pago, en lugar de una suma fija en dinero; guardabosques que los atacaban con perros si ponían trampas para cazar a los conejos que devoraban sus cultivos; «vagabundos» (generalmente el emigrante sin trabajo que buscaba un establo para dormir y una migaja) de quienes afirmaban que estaban infestando los lugares habitados del campo. En Alsacia, Lorena y el Mosela las quejas antisemitas eran usuales, y se afirmaba que los judíos cobraban con usura las deudas de los campesinos. En Bretaña había quejas acerca de los monopolistas tabacaleros protegidos que mantenían como rehén a una clientela cautiva, y después le suministraban sustancias mohosas, «que más probablemente envenenaban que aliviaban al infortunado». El mismo *cahier* de Boisse afirmaba que los ladrones de ganado eran un tipo especial de delincuente, al que no disuadía el castigo de un mero período en la cárcel, y que merecía la pena de muerte. Al sur y el sureste se criticaba

con dureza a las órdenes monásticas, que consumían lo mejor de la tierra mientras los campesinos pasaban hambre. En Onzain, sobre el Loira medio, el *cahier* llegaba al extremo de reclamar que se aboliesen por completo todas las órdenes religiosas, porque estaban formadas por parásitos inútiles. Los funcionarios y los condestables de los tribunales señoriales eran despreciados especialmente por su ignorancia y la brutalidad armada que exhibían.

Los ataques a estos grupos surgieron espontáneamente, pero contaron con el acicate de las campañas de propaganda dirigidas por miembros de los mismos grupos atacados. Así, la declaración más vehemente contra la riqueza del clero diocesano y las abadías fue la del canónigo agustino Ducastelier. Su trabajo *Oro en el templo* proponía que la Iglesia retornase a su «destino primitivo», para recuperar su «primitiva santidad». «Veinte millones deben subsistir con la mitad de la riqueza de Francia, mientras el clero y las sanguijuelas devoran la otra mitad». Los sacerdotes debían ser, sencillamente, «ciudadanos del Estado». Asimismo, un aristócrata y magistrado en el Châtelet, André-Jean Boucher d'Argis, comparó los tribunales señoriales con «vampiros que chupan hasta la última gota de sangre de los cuerpos a los cuales se han adherido».

El remedio de prácticamente todos estos males no era tanto la libertad como la protección (La sal era la única excepción). Un tema que recorre casi todos los *cahiers* del Tercer Estado era la necesidad de volver atrás las agujas del reloj y subordinar las definiciones modernas de los derechos de propiedad a la contabilidad comunitaria más tradicional. Donde se mencionaban las leyes de la herencia, era casi siempre para insistir en la división igualitaria de la tierra entre los herederos (a pesar de que precisamente esta práctica consuetudinaria estaba originando parcelas improductivas). Debía regularse otra vez el comercio de granos y se permitiría vender sólo a los que tuvieran *brevets* oficiales, e incluso así sólo en los mercados designados oficialmente. La parroquia de Notre-Dame-de-Franqueville, en Normandía, incluso deseaba que los precios del trigo se ajustasen «a un índice soportable por los pobres». Debían protegerse los derechos de recolección. Los cercamientos de la tierra común, donde los campesinos solían pastorear a sus animales, tenían que ser desalentados o suprimidos del todo, lo mismo que el drenaje de los estanques para formar prados con empalizadas, pues esta práctica también despojaba a la aldea de las aguadas que su ganado necesitaba.

Las tierras boscosas también habían sido utilizadas tradicionalmente para el pastoreo y la recolección usual de leña, y se convirtieron en un tema de disputa aún más enconada. Por ejemplo, en Borgoña, tres actividades diferentes —la construcción naval (a pesar de la distancia que la separaba del mar), la industria de la construcción urbana y sobre todo las dinámicas industrias metalúrgicas, en las cuales la nobleza había invertido mucho— determinaron que los precios de la madera se elevasen a gran altura. La administración dinámica de las propiedades, del tipo impulsado desde la década de 1760 en adelante, no podía permitirse actitudes sentimentales —o

siquiera tradicionales— en presencia de una inversión tan valiosa. Se apeló a los servicios de guardias forestales privados con el fin de garantizar que los animales cuyo ramoneo destruía los brotes fueran eliminados y los malhechores perseguidos.

En Le Montat, cerca de Cahors, los aldeanos estaban seguros de que el cambio había agravado las cosas. La cosecha era menos abundante que un siglo antes; los desmontes, los cercados y la tala de los bosques habían dejado a la gente sin pasturas para su ganado, y por lo tanto sin el abono para fertilizar el suelo, que estaba agotado. Los impuestos, las rentas y el precio de los artículos básicos se habían duplicado a medida que empeoraban las condiciones. El resultado fue que los agricultores del Montat, «se encontraron como extranjeros entre sus propias pertenencias, y se habían visto obligados a entregarse a la vida de los pobladores errantes y los vagabundos... La felicidad, que es la base de todas nuestras esperanzas, nuestros suspiros y nuestros trabajos, se nos ha escapado... durante varios años hemos soportado calamidades que nos arrebataron las cosechas; innumerables impuestos que se acumulan sobre nuestra cabeza y sobrepasan ampliamente nuestra fuerza...». Lo único que pedían era

tener nuestra propiedad, que nos permita subsistir con un poco de pan humedecido con nuestras lágrimas y nuestro sudor, pero desde hace un tiempo ni siquiera podemos gozar de esta felicidad... la última corteza de pan nos fue arrebatada, de modo que nos hemos visto despojados incluso de nuestras esperanzas en relación con el futuro; la desesperación y la muerte son nuestro único recurso, pero vuestra [del rey] voz paternal ha escuchado la voz de nuestros corazones y nos ha llevado a saltar de alegría.

Le Montat estaba en el fondo de una de las regiones más áridas del suroeste del Macizo Central. Ocupaba el centro del *pays de petites cultures*, y era una región donde excesivo número de personas competían por el suelo estrecho y escaso, y donde centenares de miles de personas habían renunciado a trabajar como medieros en su parcela de terreno montañoso, y se habían convertido en peones nómadas sin tierra. Pero en el *pays de grandes cultures*, donde las parcelas eran más grandes, los cultivos comerciales destinados a los mercados urbanos más usuales, las comunicaciones mejores, la tierra más fértil y los rendimientos de los cultivos más abundantes, muchas quejas eran las mismas. Y precisamente porque en estas regiones (como la Isla de Francia, el Beauce, el Valle del Loira, la Flandes francesa y el Artois), los campesinos se encontraban en mejor situación, con parcelas mayores y un atisbo de educación, sentían más intensamente las amenazas que representaban para su nueva seguridad los procesos de la segunda mitad del siglo. La resistencia que oponían al cercamiento de la tierra común, al drenaje de los estanques y las tierras boscosas quizá merezca más bien la caracterización de una lucha por los recursos de capital contra los agentes de las propiedades señoriales, y no como conservadurismo ciego. Pero se basaba en principios y actos colectivos, no en el individualismo liso y llano. Mucho antes de 1789, se había organizado la resistencia a las apropiaciones de los terratenientes a través de las asambleas de aldea y los tribunales locales, donde con frecuencia cada vez mayor los representantes legales del gobierno tomaban

partido por los aldeanos *contra* el *seigneur*. De modo que cuando se conoció la convocatoria destinada a promover la presentación de los *cahiers*, un liderazgo de la aldea local, generalmente en manos de los campesinos más acomodados, ya había definido sus quejas y probado su fuerza contra la nobleza local, a partir de la premisa cada vez más firme de que la corona sería un aliado en la campaña por los derechos comunales.

Estos mismos «jefes» de aldea (en la Flandes francesa se les denominaba literalmente *hoofmannen*) a su vez no estaban a salvo de la crítica. Donde, como sucedía en el Beauce y el Brie, se aprovechaban como individuos del cercado y la división de la tierra común, los *cahiers* aportaron una serie de agrias quejas de los campesinos menos acomodados precisamente en relación con ese asunto. En muchos casos, como en Châtenay, Baillet, Marly y Servan-en-Brie, los *fenniers* más adinerados fueron acusados directamente de empobrecer a la mayoría, y se hizo la reclamación de que se limitara la superficie de las fincas a la tierra que podía cultivarse con cuatro arados. «Es hora de frenar las ambiciones de los terratenientes ricos», declaró el *cahier* de Fosses, donde se acusó a los agricultores de prestar dinero a los cultivadores más pobres para imponerles condiciones con la intención explícita de utilizar los cercamientos y arrebatarles la propiedad. En Villeron, cerca de Vincennes, se formuló la petición concreta de que se sancionara una ley que mantendría «la tierra en forma de pequeñas fincas, como eran antes, que darían trabajo a los habitantes del lugar».

Así, el *ancien régime* rural se encontró atrapado en contradicciones que traspasarían a la Revolución. Por una parte, a través de sus sociedades agrícolas, de las fincas experimentales (como el lugar en que Lavoisier desarrolló sus tareas precursoras en la región terriblemente pobre del Sologne) y las medidas que imponían el comercio libre, el gobierno se comprometía con una visión fisiocrática del futuro: mercado con pago en dinero, parcelas unificadas, acumulación del capital, precios más elevados para la producción, cultivo de forrajes, es decir, la agricultura «inglesa» racionalizada. Pero la necesidad de impuestos aquí y ahora (recaudados más fácilmente a través de las instituciones comunales) y la paz social impulsaron el proceso exactamente en dirección contraria, hacia la protección y la intervención.

Y de los *cahiers* se desprendió con absoluta claridad que gran parte de Francia quería más y no menos gobierno en la campiña. Una asamblea tras otra reclamó más vigilancia contra los ladrones de ganado y caballos, los vagabundos saqueadores, los falsificadores; incluso, en Cloyes, del Loiret, contra una epidemia de charlatanes y curanderos ambulantes, que según se dijo infestaban la región, y perjudicaban tanto a los hombres como a las bestias. Las aldeas, tanto en las *grandes* como en las *petites cultures*, deseaban curatos donde no los había; mejor paga para los existentes; escuelas, caminos, puentes, asilos para los pobres y los enfermos. El tema común era el deseo de transferir la autoridad social de las jurisdicciones privadas —tratárase de los recaudadores de impuestos, los tribunales señoriales o la abadía local— a la del

gobierno de la corona, y por extensión a la nación. Así, solamente la justicia real (o nacional) debía determinar quiénes tenían derechos sobre los cursos de aguas o el brezal, si la tierra podía continuar abierta o tener empalizadas. Se concebía una asociación entre un soberano solícito y una comunidad local activa dotada de poder.

También parecía axiomático que un Estado realmente paternalista del tipo definido en los *cahiers* rurales era incompatible con la explotación de lo que restaba a los derechos feudales anacrónicos. Estos habían sido atacados fieramente por escritores como el abate Clerget y Boncerf, colega de Turgot, sobre todo cuando se utilizaban como pretexto para arrancar dinero a los habitantes locales, que a cambio se veían liberados de la obligación de prestar cierto servicio. Clerget creía que una de estas pretensiones —de un *seigneur* del Franco-Condado— en el sentido de que tenía el derecho de llevar a sus vasallos a cazar en invierno, «y después obligarles a vaciar los intestinos para poder calentarse los pies en el excremento» era especialmente absurdo. En Borgoña y el Nivernais, sobrevivían las rarezas de este género, lo mismo que la obligación de entregar la lengua de todos los bueyes sacrificados, para deleite del Château. En los Vosgos, un derecho similar imponía la presentación de los testículos de los toros en la misma ocasión. Más irritante era el residuo de la *mainmorte*, que obligaba a obtener la autorización del señor cuando un campesino deseaba vender su tierra, y que le prohibía legar esta a nadie que no fuese un pariente directo que hubiese compartido su casa. De todos modos, esto no era más que el residuo y los harapos de un feudalismo que había desaparecido en el resto de Francia. Era más típico que los administradores señoriales convirtiesen el privilegio en el pago de presuntos servicios prestados: la molienda, la fabricación de cerveza, el cruce de un río, el traslado de bestias al mercado, así como los censos reclamados anualmente por el mero privilegio de trabajar en lo que era, desde el punto de vista del título, la tierra del señor. Dichos pagos por servicios y derechos habían sido arrancados agresivamente como una nueva forma de práctica comercial, con su correlato de archivos sumamente actualizados (lo que no era poca cosa en la Francia del siglo XVIII) y la aparición de una nueva profesión de investigadores que se ocupaban de convalidar las reclamaciones, si se cuestionaban ante el tribunal (como sucedía en medida cada vez más amplia).

Por lo tanto, desde el principio la Revolución avanzó velozmente en direcciones contrarias. Sus líderes deseaban la libertad, la eliminación de reglamentos y la movilidad de la fuerza de trabajo; la comercialización; la actividad económica racional. Pero la inquietud que de hecho induciría a los hombres a cometer actos de violencia —según suponían autorizados por el rey— se originó exactamente en las necesidades contrarias, y esto era tan válido para los artesanos urbanos como para los campesinos. Un número sorprendente de *cahiers*, tanto en las propias ciudades como sobre todo en las regiones rurales que dependían del hilado y el tejido domésticos, atacó la mecanización y la reunión de procesos industriales en fábricas. Un número todavía mayor se mostró inflexible en su denuncia de las ventas realizadas en ferias y

mercados por individuos desprovistos de especialización y desorganizados. Los buhoneros y los vendedores ambulantes de todo tipo fueron vistos como intrusos, que suministraban mercancías de mala calidad a precios que perjudicaban a los que tenían que pagar su cuota a las corporaciones y afrontar años de aprendizaje para alcanzar la autorización oficial.

Es cierto que estas opiniones eran previsibles, en vista de que las asambleas primarias del Tercer Estado en las ciudades fueron organizadas por las corporaciones, de modo que se podría suponer que predominaron las opiniones de los maestros artesanos más que las de los jornaleros, como en efecto sucedió. Pero sería igualmente ingenuo suponer que los maestros y sus artesanos estaban *necesariamente* divididos por referencia a la fuerza de trabajo reglamentada, simplemente porque otras cuestiones —principalmente el salario corriente— eran un tema habitual de disputa. En la mayoría de las ciudades más importantes, prevalecía una antigua hostilidad entre los artesanos arraigados en oficios como la sastrería y la fuerza de trabajo inmigrante que producía artículos destinados a la venta en puestos improvisados en el mercado. Incluso en París, donde el mercado de fuerza de trabajo era fluido, de ningún modo se percibe claramente que el *cahier* de las floristas y las que se dedicaban a adornar sombreros no representase a las trabajadoras tanto como a las *patronnes* de la corporación. Las preocupaba sobre todo que «en estos tiempos todos creen que pueden hacer un ramillete» y que «las mujeres sin principios» estaban reduciendo a «las floristas honestas a los últimos extremos de pobreza con sus prácticas desordenadas». El mercado libre estaba empujando a la ruina no a las baronesas de la corporación, sino a «madres de familia, que tienen que pagar treinta *sous* diarios por los alimentos», y se mostraban especialmente hostiles con la práctica de las mujeres de los *faubourgs* periféricos, que llegaban al romper el día y ofrecían flores por debajo de los precios convenidos. Reclamaba que no se permitiese a nadie vender antes de las cuatro de la madrugada, entre la Pascua y el Día de San Martín (11 de noviembre) o antes de las seis el resto del año.

En una ciudad más pequeña de provincia, como el puerto de Le Havre sobre el Canal, estas animosidades eran aún más visibles. En el mismo *cahier* que se quejaba de la insuficiencia de la paga, la corporación de carpinteros navales se oponía enérgicamente a la práctica de los dueños de los astilleros de contratar fuerza de trabajo ocasional sobre una base diaria. Asimismo, los vendedores de café-limonada-y-vinagre se irritaban ante la competencia no autorizada que robaba suministros de los barcos descargados e instalaba puestos a precios muy inferiores. Y los sombrereros insistían en que el mercado abierto de Le Havre, con sus dos días semanales, en realidad estaba destruyendo a la comunidad, pues «se estafaba al público por la acción de personas que sin el más mínimo conocimiento se infiltraban en el oficio». El aumento de los robos, la embriaguez y las riñas violentas en la ciudad, respondía, creían los redactores del memorial, a este elemento flotante e indisciplinado.

En las variables fronteras entre la ciudad y el campo, estos conflictos eran especialmente agudos. El escenario acostumbrado era la dificultad que afrontaban los hombres de la ciudad para aplicar los reglamentos acerca de la comercialización de los productos traídos del hinterland suburbano. Pero a veces los agricultores de las aldeas que estaban «fuera de los muros» se sentían perjudicados por la explotación comercial. El *affaire des boues* (cuya mejor traducción es el «problema de los lodos») era la principal preocupación de muchas pequeñas comunidades que se extendían al sur y al oeste de París —ahora otras tantas terminales del Metro— por ejemplo Vanves, Ivry, Pantin y La Villette. Durante mucho tiempo estas aldehyelas activas habían sido dominadas por la corporación de carniceros de París, que gozaba del derecho de pastorear su ganado en esos campos. Al amparo de este monopolio, de hecho se había requisado la zona radial alrededor de París para alimentar el gran vientre de la ciudad. Los campesinos locales no podían criar animales ni venderlos por propia cuenta en la ciudad. Pero se les permitía cultivar repollos y cebollas, zanahorias y habas. Y como compensación por haber entregado sus prados a los carniceros de París, las aldeas habían recibido el derecho de recolectar los excrementos de la calle, sin pagar nada a la ciudad: un lodo que valía su peso en oro como fertilizante de los huertos. Los *cahiers* se quejaban porque desde fines de la década de 1770 se habían levantado barreras para cobrar derechos a los carros cargados de estiércol que sacaban de la ciudad el precioso material, con lo cual se violaba el *quid pro quo*. Mientras esta nueva práctica comercial los exprimía, a su vez no se había permitido a los campesinos que cobrasen nada por las pasturas a los comerciantes que vendían carne. A juicio de los quejosos, la reparación residía no en la solución liberal de permitir que cada parte cobrase la tasa correspondiente al servicio, sino más bien en restablecer los términos tradicionales del acuerdo. Si no se hacía nada, los firmantes amenazaban eliminar a su propio modo directo el ganado de los carniceros.

Muchos otros procesos de modernización económica desencadenaron respuestas coléricas. Un sindicato formado por un empresario, Defer de La Nouerre, para desviar el Yvette, afluente del Sena, y encauzarlo hacia el nuevo canal, provocó la oposición violenta de todas las parroquias ribereñas que se extendían a lo largo del curso. El plan habría despojado de una importante fuente de agua al *faubourg* Saint-Marcel, arruinado las tapicerías Gobelín, y lo que es peor, privado a dieciséis molinos de agua de su capacidad de producción de harina. En febrero de 1788 el Parlamento de París prohibió la iniciativa y ordenó a Defer que reparase los daños que había provocado con las primeras obras, y que además restableciese el curso original del río. Pero tanto el gobierno de Brienne como el de Necker apoyaban el proyecto, y en esta condición de incertidumbre los *cahiers* de las comunidades afectadas hervían de indignación ante la posibilidad de que la operación continuase.

Precisamente estos tipos de quejas locales, sumamente específicas, eran el factor que podía suscitar profundas pasiones durante el invierno y la primavera de 1789. En

su carácter de casos presentados a los parlamentos, habían sido ejemplos aislados del conflicto entre el naciente capitalismo y los derechos comunitarios. Entrelazados en los textos de los *cahiers* y en el procedimiento de elección de diputados de los Estados Generales, contribuyeron mucho a la politización del Tercer Estado. Por lo menos en este sentido, la política de la nación estaba compuesta tanto por una miríada de quejas materiales de carácter local como por los resonantes epítetos del debate constitucional. Como sucedería durante la Revolución, los intereses del centro y las localidades, de la elite y las bases, no siempre avanzaron en la misma dirección.

Mientras los *cahiers* de la nobleza liberal proponían el panorama seductor de una Francia que se modernizaba dinámicamente y que realizaría los grandes cambios de las décadas de 1770 y 1780 eliminando las restricciones del mismo modo que una mariposa se desprende de una crisálida, los del Tercer Estado reclamaban con mucha frecuencia el retorno al capullo. Por implicación, proponían una Francia mítica, gobernada por un monarca omnisapiente, justo y benigno, y cuidada por un clero humilde y responsable. En esa comunidad ideal, el gobierno se las arreglaría para estar en todas partes y en ninguna, presente en la comunidad local cuando se le necesitara (como en la reforzada policía rural de la *maré-chaussée* que muchos *cahiers* requerían), pero evitando pisotear los derechos locales. Así, un gobierno de este carácter conseguiría afirmar relaciones justas y recíprocas entre los ciudadanos y entre estos y el gobierno.

Sobre todo, sería una Francia liberada de las corrupciones de la vida moderna. Muchos *cahiers* del Tercer Estado reclamaban la abolición de las casas de juego, las loterías —en algunos casos incluso los cafés— como lugares de mala reputación que hundían a los jóvenes en la pobreza y la disipación. Para la resaca del mundo dorado —los quebrados, los usureros, los especuladores con el grano— reservaban sus más fieros castigos, por ejemplo la marcación. Muchos reclamaban la abolición de los *petits spectacles* —los teatros de los bulevares— con un fervor que habría reconfortado el corazón de Jean-Jacques Rousseau. Como si estuvieran imitando la retórica apocalíptica de Mercier, deseaban sajar el carbunco envenenado de la vida urbana y limpiar esta de suciedad. Por supuesto, eso era pedir lo imposible. Pero pedir lo imposible es una buena definición de una revolución.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

IV - Conejos muertos, empapelado roto.

Marzo-abril de 1789

Las primeras bajas graves provocadas por la Revolución Francesa fueron los conejos. Los días 10 y 11 de marzo de 1789, los aldeanos de Neuville se organizaron en patrullas, armados con barrotes y hoces, y buscaron a sus prolíficos y pequeños enemigos en los prados y los bosques. Les acompañaban algunos perros, y al grito de «Hou, hou», informaban al resto del grupo cazador que se había realizado una matanza satisfactoria. Cuando no los encontraban, se tendían trampas desafiando las draconianas leyes de la caza que durante mucho tiempo habían aterrorizado al campesinado imponiéndole hosca obediencia.

En toda la Isla de Francia y en otros lugares del norte del país, desde las propiedades del conde d'Oisy en Artois a los del príncipe de Conti en Pontoise, hubo invasiones semejantes. Faltando a las leyes de la caza que habían protegido a las aves y los animales, y desafiando las brutales «capitanías» que las aplicaban, las botas claveteadas hollaron los bosques prohibidos o saltaron las empalizadas y los muros de piedra. Se segó la hierba de los campos sembrados para descubrir los nidos de perdiz y faisán, la agachadiza y la chocha; se aplastaban los huevos y se dejaban las crías a los perros. Se destruían las conejeras, y se expulsaba a las liebres de sus escondrijos detrás de las piedras. En las aldeas de espíritu más atrevido se construían trampas incluso para atrapar la presa más valiosa, la consumidora más voraz de los brotes verdes: el corzo. Los ataques más espectaculares fueron los que se lanzaron sobre esos castillos en miniatura: los palomares, de donde partían, a la vista de los campesinos, las incursiones aéreas que caían sobre sus semillas, para regresar sanas y salvas al dominio señorial. Como decía un *cahiers*, eran «ladrones alados». En un distrito de Lorena por lo menos diecinueve *cahiers* reclamaron su destrucción lisa y llana, y quince más insistieron en que por lo menos era necesario encerrar a las palomas y los pichones durante los quince días siguientes a la siembra.

Mal podía afirmarse que todo esto fue un episodio de caza furtiva, pues la matanza nada tuvo de furtivo. En ciertos casos, las presas sacrificadas colgaban de pértigas como trofeos, y eran paseadas por la aldea. Inicialmente los grupos de campesinos tropezaron con patrullas montadas que estaban al servicio de las capitanías. Pero era sencillamente excesivo el número de campesinos decididos que, con sus cultivos invernales destruidos por el clima, no estaban dispuestos a permitir que la cosecha de la primavera se convirtiese en alimento de los conejos. En ciertos lugares, por ejemplo las propiedades del príncipe de Conde, cerca de Chantilly, los aldeanos sencillamente se desentendieron de las leyes de la caza y cazaron a voluntad. Cuando tropezaban con los guardias, por ejemplo el 28 de marzo, los

mataban en el acto.

Ante este tipo de desobediencia masiva, los intentos sistemáticos de represión fracasaron, y antes de que pasara mucho tiempo las autoridades cerraron los ojos ante gran parte de lo que estaba sucediendo. En Oisy, una confederación unida de aldeanos limpió de animales las tierras del conde local. En Herblay, donde la masacre había sido particularmente intensa, el jefe de los campesinos, llamado Toussaint Boucher, fue detenido por breve tiempo, pero después fue liberado. Al desafiar a las capitánías de la caza y exponerse a sufrir sentencias de flagelación, marcación y destierro, los destructores de conejos y pájaros sin duda creían que el Derecho —la forma de la voluntad real— estaba de su lado. Uno de los *cahiers* de la Isla de Francia había insistido en que era «la voluntad general de la nación que la caza sea destruida, pues consume un tercio de la subsistencia de los ciudadanos, y es la intención de nuestro buen rey, que cuida el bien común de su pueblo y que le ama».

Los desesperados experimentaban una satisfacción especial cuando destruían un palomar. Pero cuando el contenido mutilado del palomar se desparramaba sobre el prado de una propiedad rural, estaba enviándose a los *seigneurs* de Francia un mensaje poco sutil pero elocuente. Los disturbios relacionados con la caza indicaron un movimiento de traslación de las quejas verbales a la acción violenta. Era como si la consulta real ante el pueblo hubiese originado el supuesto de que ahora el rey autorizaba lo que había sido ilegal; que su ley, y por extensión la voluntad de la nación, desplazaba las apropiaciones egoístas del privilegio. Matar la caza no era sólo un acto de desesperación, sino, tal como se entendían las cosas en 1789, era una actitud patriótica.

Después de todo, matar la caza de los *seigneurs* era mejor que volcar la cólera sobre los correspondientes individuos. Y es sorprendente que durante las insurrecciones rurales de 1789 se eligiera una sucesión de blancos animales o inanimados para permitir una descarga visceral de odio. El derramamiento de sangre mediante sacrificios subrogados, tratárase de los maniqués quemados en el Pont Neuf, de las palomas blancas de raza estranguladas en sus palomares, o de blancos inanimados, por ejemplo la destrucción violenta de los escudos de armas de los carruajes o los escaños de las iglesias, cumplieron todos la misma función simbólica: una ofrenda a la libertad.

Los ataques a los transportes de grano, que estallaron más o menos simultáneamente, se ajustaron al mismo esquema. Como en las «guerras de las harinas» de 1775, los participantes en los disturbios creyeron que estaban cumpliendo la voluntad del rey más fielmente que las autoridades que habían usurpado el nombre del monarca. Se rumoreaba que él había decretado que el precio de un *setier* de trigo debía descender de cuarenta y dos a veinticuatro libras, como si se tratase de una justicia primitiva obtenida mediante la transposición de los números. El pan debía venderse al justo precio de dos *sous* la libra, en lugar del precio de mercado, que se elevaba casi a cuatro. Los enemigos del rey eran los enemigos del pueblo:

especuladores, acaparadores, molineros fraudulentos, panaderos que se aprovechaban. El vacío de poder anunciado por las elecciones para los Estados Generales reforzó esta impresión, e infundió más audacia a los dirigentes de los ataques contra las barcazas, los carromatos y los depósitos de harina. En ese liderazgo las mujeres representaron un papel destacado. En Viroflay fueron mujeres las personas que organizaron un puesto de control en el camino entre Versalles y París; ese puesto detenía los convoyes y controlaba el camino de Versalles a París, deteniendo las filas de carros y revisándolos en busca del grano o la harina, antes de permitirles que continuaran viaje. En Joüy, otro *atroupement* de mujeres exigió que el grano se vendiese a un precio bastante inferior a la tasa del mercado; y el agricultor más acaudalado del vecindario, un hombre llamado Bure, les permitió sensatamente comprar el producto al precio que desearan. En un amplio radio de la campiña alrededor de París, de Bourg-la-Reine a Rambouillet, la situación era la misma.

A principios de la primavera de 1789 la geografía de la intervención popular era mucho más amplia que lo que se había visto catorce años antes. De mediados de marzo a mediados de abril hubo ataques contra las panaderías y los graneros de trigo en el Norte, de Cambrai y Valenciennes a Dunquerque y Lille. En Bretaña la violencia en realidad nunca se había calmado desde las luchas de calles de enero en Rennes, y en cambio se extendió a localidades más pequeñas, como Morlaix y Vannes. Entre el 20 de marzo y el 3 de abril un disturbio en Besançon, bajo la dirección de mujeres, impuso precios máximos al grano, y pasó a demoler las casas de parlamentarios recalcitrantes.

La amplitud y la intensidad de los desórdenes en la campiña requirieron la presencia de tropas para contener el movimiento antes de que se convirtiese en una insurrección general. Pero la epidemia de disturbios en las ciudades de provincia obligó a dispersar demasiado las fuerzas disponibles. Cada vez más quedó en manos de las comunidades locales la tarea de organizar su propia defensa. Ya en abril de 1788 Troyes había dado un ejemplo, al formar una milicia urbana responsable ante las autoridades locales más que ante los funcionarios de la corona. Un año después, las asambleas convocadas con fines electorales imprimieron mayor impulso a esta restitución bajo presión, y se formaron guardias voluntarias en Marsella, Etampes, Orleans y Beaugency. Fue un momento decisivo en el derrumbe de la autoridad real. Primero, se afirmó la conciencia de que el *père nourricier* —el «rey como padre proveedor de sustento»— no podía alimentar a sus súbditos. Después, se tuvieron amplias pruebas de que tampoco estaba en condiciones de protegerlos.

Por supuesto, París fue el lugar en que la cólera y el hambre confluyeron del modo más peligroso. Colectivamente, la ciudad ya estaba indignada porque se le había impedido organizar sus asambleas de acuerdo con el modelo del Delfinado, es decir, como una «comuna» unificada (su título medieval). Las veinte asambleas electorales de la nobleza de París (así como muchas de las que correspondían al clero) prologaron todas sus *cahiers* con una queja formal porque de este modo se las

había privado de las bendiciones de la fraternidad patriótica. Y mientras en el resto de Francia alrededor de un sexto de los ciudadanos se había visto privado del derecho de voto por los requerimientos impositivos, en París una cláusula impositiva más alta, que alcanzó el monto de seis libras, garantizó que la proporción se elevase a un cuarto. Un folleto típico que protestó ante esta exclusión comentó irritado que «nuestros diputados no serán nuestros diputados. Se han organizado las cosas de modo que no participemos en la elección, y la ciudad de París, dividida en sesenta distritos, será en todos los aspectos como sesenta rebaños de ovejas».

Por consiguiente, el trabajador parisiense fue el primero que vivió la experiencia, en corto tiempo, de la euforia de la representación nacional seguida por el alfilerazo de la alienación. Al margen de la crisis industrial, el Sena helado había arrebatado sus medios de vida a las *gens de rivière* —estibadores, tripulantes de las barcas, gancheros— y las duras condiciones que se prolongaron en la primavera engrosaron este contingente con los albañiles desocupados, los pintores de casas y los carpinteros. Cuando en abril el tiempo mejoró un poco, doce mil de los más necesitados fueron enviados a cavar en las *buttes* de Montmartre; otros repararon los muelles o dragaron ríos y canales. Pero la magnitud de la necesidad desbordaba estos modestos proyectos de trabajo.

En las panaderías, el precio de la importantísima hogaza de cuatro libras fluctuaba entre doce y quince *sous*. En febrero, veintisiete panaderos fueron multados cada uno con la suma de cincuenta libras por superar el tope permitido de catorce *sous* y medio. La corporación de los panaderos protestó inmediatamente y afirmó que, en vista de la escasez y de los elevados precios mayoristas, para ellos era imposible vender en ese nivel sin adulterar el trigo o contaminar peligrosamente la hogaza con sustitutos que completasen el peso. Los diarios informaron que los hombres estaban canjeando sus camisas por pan, y en un caso una mujer se quitó el corsé y lo entregó al panadero a cambio de una hogaza. En tales circunstancias, un *Cuaderno de los pobres* reclamó un salario mínimo legal y la subsistencia garantizada de todos los trabajadores aptos de ambos sexos. Un trabajo análogo, el *Cuaderno del Cuarto orden*, escrito por Dufourny de Villiers, reclamó un gravamen importante aplicado a los ricos para sostener a los pobres, pues la codicia había creado una sociedad en que «se trata a los hombres como si fueran elementos desechables».

A fines de abril, una semana después de que el Tercer Estado de París celebrara sus asambleas primarias muy postergadas, la miseria y la suspicacia comenzaron a exhibir matices violentos. La ocasión fue un rumor, difundido en el *faubourg* Saint-Antoine (inmediatamente al este de la Bastilla), en el sentido de que el fabricante de empapelados Réveillon había dicho que reduciría a quince *sous* diarios los salarios de sus trabajadores. Réveillon y otra víctima, el fabricante de salitre Henriot, negaron indignados la versión. En realidad, Réveillon era uno de los empresarios más conscientes de París, y como promedio pagaba de treinta y cinco a cincuenta *sous* diarios, y había mantenido en la nómina a gran parte de su fuerza de trabajo durante

el período más crudo del invierno, cuando el tiempo impedía cumplir la jornada. Pero era precisamente el tipo de empresario capitalista que debía provocar la cólera tanto de los artesanos independientes como de los jornaleros que formaban la mayoría de la población del *faubourg* Saint-Antoine.

La carrera de Réveillon era la historia ejemplar del empresario que se había elevado por sus propios esfuerzos, un tema que no fue desusado hacia fines del antiguo régimen. Había comenzado como simple aprendiz de empapelador, pero había abandonado la industria controlada por la corporación para dedicarse a una actividad más moderna y libre, la fabricación de empapelados. Contrajo un matrimonio conveniente y utilizó la dote de su esposa para comprar su propia fábrica. En 1789 ocupaba la planta baja de una espaciosa casa que compró a un *financier* arruinado, cuyos muebles pasaron a poder de Réveillon, que los utilizó en sus aposentos de los pisos altos. En lugar de limitarse a imprimir, engomar y dar acabado, Réveillon había comprado su propia fábrica de papel, y por lo tanto controlaba todos los procesos de la producción. Como demostraba la historia de los Montgolfier, había estrechas relaciones entre los fabricantes del papel y el mundo de la ciencia, y Pilâtre de Rozier realizó sus primeros experimentos con globos precisamente en el taller de Réveillon. El propio Réveillon se entretenía con los experimentos químicos, y así llegó a descubrir un nuevo proceso para fabricar papel vitela, y comenzó a elaborarlo en sus talleres del Brie. Hacia 1784 empleaba a cuatrocientos trabajadores, encargaba diseños a los mejores artistas de los Gobelinos y había recibido una medalla especial de oro por su excelencia en la manufactura. Incluso consiguió exportar sus productos a Inglaterra.

Era precisamente el tipo de empresa moderna que los artesanos del *faubourg* veían como amenaza. La concentración de la fuerza de trabajo, el empleo de niños al margen del sistema de aprendizaje, la integración de los procesos industriales eran todos elementos suficientes para considerar enemigo a Réveillon. Peor aún, su residencia, Titonville, se elevaba en la esquina de la rue de Montreuil y la rue del *faubourg* Saint-Antoine, y era famosa por sus muebles espectaculares, la inmensa biblioteca y, aún más importante, su abundante y apreciada bodega de dos mil botellas.

Réveillon fue la víctima de sus propias reflexiones mal digeridas acerca de la economía moderna. Pues lo que él había dicho realmente en una asamblea electoral del distrito de Sainte-Marguerite fue que «como el pan era la base de nuestra economía nacional», debían eliminarse las regulaciones que pesaban sobre su distribución, lo que permitiría bajar los precios. A su vez esto abriría paso a costos salariales más bajos, precios menores del proceso de manufactura y un consumo más intenso.

Era buena propaganda del estilo que utiliza la Cámara de Comercio. Pero considerada juntamente con comentarios análogos de Henriot, no es difícil entender por qué parecía una amenaza de reducir los salarios. En todo caso, parece que las

primeras manifestaciones no fueron en el *faubourg* Saint-Antoine, donde vivían los trabajadores de Réveillon (muy pocos de ellos participaron en los disturbios) sino en un *faubourg* más pobre, el de Saint-Marcel, río de por medio. Era un distrito dominado por los trabajadores de las fábricas de cerveza y las curtiembres, industrias que habían debido interrumpir su trabajo al congelarse el río Bièvre, del cual dependían los procesos de elaboración. Una multitud de varios centenares de personas, armadas con palos, avanzó hacia Saint-Antoine gritando: «Muerte a los ricos, muerte a los aristócratas». Todos marcharon en una ruidosa manifestación hacia la fábrica de Réveillon. El librero Siméon Hardy, el más útil entrometido de París, vio un grupo de manifestantes, que ahora formaban una columna de alrededor de quinientas personas, y transportaban la imitación de una horca, de la cual colgaba la efigie de Réveillon y un cartel que decía: «Decreto del Tercer Estado que juzga y condena a los mencionados Réveillon y Henriot a ser ahorcados y quemados en una plaza pública». Cuando llegaron a la place de Grève, el número había aumentado hasta unas tres mil personas, y allí la manifestación intentó detener el tránsito y reagruparse antes de continuar hacia la casa de Réveillon, en la rue de Montreuil.

La asamblea de electores de los sesenta distritos electorales de París se había constituido de hecho en una administración informal, que hacía sus sesiones en el Arzobispado. Despachó a tres voluntarios valerosos, dos de ellos fabricantes textiles, con la misión de hablar a la multitud. «¿Quiénes sois vosotros y por qué queréis impedir que ahorquemos a Réveillon?» preguntó un miembro de la manifestación. Con un gesto de grandiosa magnanimidad, extraída directamente del teatro, el fabricante textil Charton replicó: «Soy el padre y proveedor [*père nourricier*] de varios de vosotros [es decir, el patrón] y el hermano de todos». «Bien, en ese caso, puesto que sois nuestro hermano, abrazadnos» (una prueba de fraternidad que muchos de los más entusiastas jacobinos en su momento culminante no podían ofrecer). «De buena gana», replicó Charton, «si dejáis vuestros garrotes». La explicación de que Réveillon y Henriot eran buenos patriotas y amigos del pueblo pareció obtener el deseado efecto tranquilizador, y los manifestantes se disolvieron.

Pero las dificultades no habían desaparecido. Impedidos de llegar a la casa de Réveillon por una compañía de cincuenta *gardes françaises*, los manifestantes en efecto lograron acercarse a la residencia de Henriot, y la destruyeron de la base a la cima, destrozando los muebles y quemando los restos en la calle.

Al día siguiente, el 28, las cosas empeoraron. Una multitud casi tan numerosa como la del día precedente fue arengada por una mujer de cuarenta años, Marie-Jeanne Trumeau, la esposa embarazada de un jornalero del *faubourg* Saint-Antoine. Unida con Pierre-Jean Mary, de veinticuatro años, mencionado en las constancias del juicio como «escritor», ella incitó a la multitud a continuar lo que había comenzado la víspera. Mientras atravesaban el Sena, los refuerzos de Saint-Marcel habían aumentado con la gente de la ribera: estibadores desocupados y los *flotteurs* que impulsaban las balsas de madera. Unidos a los obreros cerveceros, los curtidores y los

trabajadores de Saint-Antoine formaron una multitud formidable de cinco a diez mil personas, que enfrentaron una barrera de *gardes françaises* ante la casa de Réveillon.

El disturbio amenazó producirle efectos mucho más graves que la destrucción de la propiedad o el desborde del sistema de vigilancia de París; amenazó interrumpir las carreras de caballos en Vincennes. Pues ya viviesen en *hôtels* del Marais o que residieran en Saint-Germain, los elegantes propietarios de los veloces capones y potrancas, y los muchos más que apostaban, tenían que atravesar Saint-Antoine para llegar hasta la pista de carreras. Los disturbios eran disturbios, pero los embotellamientos del tráfico eran realmente graves, sin hablar de los insultos y los gestos amenazadores dirigidos contra los que ocupaban carruajes elegantes y no mostraban entusiasmo por el Tercer Estado. El duque de Orléans, héroe de la multitud (y magnate propietario de caballos) fue la excepción. Saludado como (también él) «padre del pueblo», el duque descendió de su carruaje, realizó amistosos gestos y emitió unos pocos ruidos en el sentido de que todos sus amigos debían calmarse. Cuando la gente replicó que todo estaba muy bien pero los patrones bastardos se preparaban para reducir el salario a quince *sous* diarios, Orléans reaccionó del único modo que conocía: distribuyendo bolsitas de dinero entre la gente, y alejándose en medio de apreciativos aplausos.

Como era natural, la tensión se atenuó. Pero la multitud continuó en el lugar, y lo mismo hicieron los guardias que estaban frente a Titonville. Permanecieron así varias horas, hasta que los corredores regresaron. En una actitud comprensible, la mayor parte del tráfico había sido desviada en la *barrière* del Trône, es decir, todo el tráfico excepto el carruaje que llevaba a la esposa de Orléans, que insistió en la ruta directa para llegar al Palais-Royal. Era inevitable que los guardias se apartasen para dejarle paso, y de pronto millares de personas siguieron al carruaje, y se volcaron sobre la fábrica de Réveillon. El fabricante y su familia apenas consiguieron escapar por los jardines, y de allí corrieron hacia la Bastilla en busca de seguridad. En dos horas no quedó nada de la casa y la fábrica, excepto la gran colección de botellas de la bodega, que ni siquiera una multitud de varios millares pudo consumir de una sola vez. Las inmensas hogueras encendidas en el jardín consumieron el papel, la goma —muy inflamable— la pintura, los muebles y los cuadros.

Una fuerza militar de varios centenares de hombres —con destacamentos de los *gardes françaises*, la vigilancia urbana (el *Guêt*) y tropas de línea armadas con cañones, acompañadas por el redoble de los tambores— avanzó hacia la casa. Atacadas con piedras y tejas, primero dispararon al aire, y como no obtuvieron ningún resultado, atacaron directamente al pueblo. Incluso un hombre normalmente sereno, el marqués de Ferrières, que llegó a presenciar la escena, describió que el episodio había sido una masacre, pese a que el recuento del número exacto de muertos osciló entre veinticinco y novecientos. Ciertamente, por lo menos hubo trescientos civiles heridos, y parece probable que se llegara al mismo número de muertos.

En un intento de demostrar firmeza, dos hombres a quienes se sorprendió saqueando —un porteador y un obrero de una fábrica de mantas— fueron condenados y ahorcados el día 30. Tres semanas después fue juzgado otro grupo de siete personas, y una de ellas, el redactor de cartas públicas Mary, fue ejecutado después de ser paseado por las calles con un cartel que le declaraba «sedicioso». Cinco de sus compañeros, incluso un aprendiz de cerrajero de quince años, fueron obligados a presenciar la muerte de Mary antes de ser a su vez marcados con las letras «GAL» en cada hombro, y ser enviados a las galeras aludidas con esa marca. Marie-Jeanne Trumeau se salvó gracias a la intervención personal del propio Réveillon. En todos los aspectos, salvo uno, los disturbios de Réveillon fueron un signo inequívoco de lo que vendría. La excepción fue que la milicia de los *gardes françaises*, muchos de cuyos miembros pertenecían a las mismas clases que los participantes en los disturbios, había obedecido órdenes y no se había separado (como haría tres meses después) de las tropas de línea. Pero hay signos visibles de que también ellos se sentían maltratados por la autoridad, sobre todo cuando se degradó al sargento que había ordenado que se permitiese pasar a la duquesa de Orléans. Los soldados organizaron colectas para pagar el sueldo perdido por este hombre, y al mismo tiempo repudiaron al oficial que les había ordenado disparar sobre la gente.

En el disturbio de Réveillon se derramó más sangre que en otra *journée* cualquiera de la Revolución hasta la gran insurrección de 1792, que provocaría la caída de la monarquía. Por lo tanto, no es sorprendente que el hecho impresionara intensamente al gobierno de la ciudad. El saber heredado en el sentido de que París podía ser vigilado por su fuerza normal de alrededor de seis mil hombres de distintos cuerpos ya no era plausible. Se necesitaba apelar al Ejército, a pesar de que esa perspectiva originaba tanta aprensión como confortamiento en muchos miembros de la elite. El disturbio también dividió aún más a los comentaristas en nobles-ciudadanos que se sentían abrumados por el derramamiento de sangre, y otros, por ejemplo un capitán de la guarnición de la Caballería Real en Estrasburgo, cuya cena en el Marais se vio interrumpida por el estrépito, y que fue a ver personalmente el espectáculo. Lo que vio no le pareció una tragedia, sino «mil quinientos o mil seiscientos del excremento de la nación, degradados por vicios vergonzosos... vomitando brandy, y ofreciendo el espectáculo más repugnante y nauseabundo».

Los oficiales que observaban el desorden se vieron obligados a retroceder de prisa cuando la gente advirtió que dos de ellos tenían la condecoración militar de San Luis en sus uniformes, lo que provocó la cólera de la multitud. Pero lo que en realidad ofendió al capitán fue la «insolencia» del pueblo, que se apropiaba el respetable lema del Tercer Estado —«Vive Necker y el Tercer Estado»— como grito de batalla. Y el verdadero significado del disturbio de Réveillon fue que indicó hasta qué punto era vulnerable el liderazgo autodesignado del pueblo si dependía del aporte de la fuerza popular. Como se había educado a los artesanos de los *faubourg* Saint-Antoine y Saint-Marcel en la creencia de que su difícil situación era atribuible a los

«aristócratas» y a otras personas antipatrióticas, la continuación del problema suponía que los traidores seguían ejerciendo el poder. En otras palabras, el hambre era una conspiración. Su lógica determinaba que el desenmascaramiento de la conspiración y la eliminación de los responsables equivalían a llevar pan a la boca de los hambrientos. Por su parte, los conmovidos representantes del Tercer Estado de París sospecharon que los perturbadores habían sido pagados por espías realistas para fomentar desórdenes y así incomodar a la nueva autoridad. Después de todo, el propio Réveillon era un elector, un miembro de su propia clase, un hombre moderno, liberal en política, capitalista modelo en su oficio. Pero la violencia revolucionaria abrió la guerra precisamente a este tipo de autosatisfacción. Aunque los jefes de la multitud en abril de 1789 eran figuras impotentes e inorgánicas, había otros incluidos entre los que gozaban de derechos, que estaban dispuestos a usar esa retórica de la acusación social. En las calles de París ya circulaban folletos que enfocaban la política desde el punto de vista del suministro de pan. Uno de los títulos era *Lo que nadie ha dicho todavía*, y se trataba del trabajo, no de miembros del «Cuarto Estado», sino la obra de un abogado del Parlamento, de La Haie. Lo que él decía era que el pan debía ser el primer tema de los Estados Generales, y que el deber principalísimo de todos los ciudadanos auténticos era «arrancar de las fauces de la muerte a los conciudadanos que gimen en el umbral mismo de vuestras asambleas». El mismo escritor explicaba que había salido de una asamblea electoral la semana precedente, y había tropezado con varios ciudadanos a quienes se les había negado la entrada a causa de su pobreza:

Podían decir una sola cosa:

«Monsieur, ¿se inquietan por nuestra suerte? ¿Piensan en reducir el precio del pan? Desde hace dos días no probamos bocado».

En el París de 1789 había dos clases de actitud revolucionaria. La primera era la del hombre moderno: Sylvain Bailly, astrónomo, académico, residente de la suburbana Chaillot, para quien la asamblea electoral era una especie de renacimiento político.

Cuando me encontré en el seno de la asamblea de distrito, pensé que podía respirar aire puro. Era ciertamente fenomenal ser algo en el orden político, y eso exclusivamente en virtud de la capacidad de uno mismo como ciudadano... Esa asamblea, una fracción infinitamente pequeña de la nación, de todos modos se sentía parte del poder y los derechos del conjunto, y no ocultaba que esos derechos y ese poder le conferían una forma de autoridad.

Precisamente esa autoridad era la que cuestionaban los *Cuatro gritos de un patriota de la Nación*. Si se quería que el desafío fuese real, afirmaba el escritor, los ciudadanos debían armarse, e inmediatamente. Si se quería que fuese real, era necesario excluir a los aristócratas, de modo que la nación se liberase de sus «maquinaciones infernales». ¿Qué sentido tenía «predicar paz y libertad a hombres

que mueren de hambre? ¿De qué podía servirle una constitución sabia a un pueblo de esqueletos?»

Ésta era la segunda voz de la revolución. Durante el primer año de revolución, las dos voces armonizarían en el coro del Tercer Estado, Ciudadanos y Hermanos. Pero antes de que pasara mucho tiempo, los aristócratas desaparecerían o perecerían, y el hambre persistiría. En ese punto debía comenzar una estridente y más grave competencia de gritos.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

9

Improvisando una nación

I - Dos clases de patriotas

El marqués de Ferrières a madame de Ferrières, 20 de abril de 1789.

Ma bonne amie, he llegado a Orléans, de modo que dedico unos minutos a charlar contigo. El viaje no me fatigó en absoluto; el tiempo fue soberbio; dormimos en Orléans, y cruzamos el río a pesar de que eran casi las ocho; la caída del puente ha provocado mucha incomodidad a los viajeros. Cené con buen apetito y dormí muy bien. Mis compañeros de viaje son todos buenas personas. M. de Châtre es mucho más agradable que lo que me habían dicho; razona bien, aunque quizás es un tanto *outré* en sus ideas. Hubo una revuelta en Sainte-Maure, y fue necesario llamar a un centenar de hombres del regimiento de Anjou. En Tours el pan cuesta 5 *sous* la libra. En Blois, cinco y medio; el pueblo está muy preocupado y teme perecer de hambre... Compramos un barrilito de vino Beaugency, y lo enviaremos a Versalles. Nos costó 195 libras sin contar los derechos y el transporte, pero por lo menos podemos tener la certeza de un vino decente, que no ha sido adulterado.

Conviene que vendas algo de trigo en el mercado. Uno nunca sabe lo que puede suceder. No olvides a los pobres y aporta a la beneficencia en proporción con las necesidades...

Llegaremos mañana por la noche a París, y nos alojaremos en la rue Jacob; no sé muy bien cuál será el hotel.

Adieu, *ma bonne amie*, disipa toda ansiedad. Conozco demasiado bien tu devoción y por eso temo que te alarmes fácilmente. Me siento bien: y eso es lo esencial; por lo demás, todo será como Dios lo quiera, pero yo cumpliré mis obligaciones sin incidentes, favorables o contrarios, de acuerdo con lo que me parezca apropiado.

Besa a mi Séraphine y a mi Charlotte; diles que las quiero mucho. Transmite mis recuerdos a M. de La Messelière. Te escribiré el jueves.

Así, Charles-Elie de Ferrières Marsay, caballero-agricultor y *amateur des lettres*, hombre de edad madura y temperamento ecuánime, inició una correspondencia de más de un centenar de cartas con su esposa Henriette. Desde la primavera hasta fines del otoño ella permaneció en el castillo de Poitou para supervisar la cosecha, y después se reunió con su marido en París para pasar el invierno. Durante dos años, Ferrières participó en la vida política de su país. Por la época en que finalizó su período en la Asamblea Constituyente, Francia se había transformado por completo. El rey y la reina habían regresado a París cubiertos de ignominia después de una abortada fuga en dirección a la frontera; la guerra con el emperador de Austria, hermano de la reina, parecía segura. Los manifestantes que reclamaban una república habían recibido disparos en el Campo de Marte. Con gran desaliento de Ferrières, su propio hermano se había unido a la emigración, y durante el Terror, Ferrières envió prudentemente a la Comuna local seis sacos repletos de títulos señoriales, rentas y otros documentos cuya eliminación había sido ordenada por la Convención Nacional, «con el fin de que puedan ser quemados a los pies del Árbol de la Libertad, según estipula la ley».

Esa pequeña expiación se realizaría en un desalentador otoño del futuro revolucionario. Pero en 1789, cuando se dirigía a los Estados Generales como representante de la nobleza de Poitou, Ferrières estaba impregnado de juvenil

optimismo. La humeante escenografía de desastre a través de la cual avanzaba su carruaje nada hizo para frustrar su añorado entusiasmo. Otros, más adaptados a la elegante cultura de la melancolía, tal vez vieron en el derrumbe del puente sobre el Loira algo más que una incomodidad para los viajeros. En el momento culminante de ese deshielo de enero, y precisamente cuando el carruaje público que venía de Saumur había comenzado a pasar, el primer arco se derrumbó. Sólo la acción espontánea del cochero, que cortó las riendas del primer caballo, y lo envió volando a las aguas del río, salvó la vida de sus pasajeros, mientras los arcos restantes se derrumbaban uno tras otro.

El Pont de Tours había sido una construcción típica del modernismo del *ancien régime*: era el fruto de una ingeniería cuidadosa, destinada a transformar las comunicaciones comerciales y humanas. Se había inaugurado apenas diez años antes del desastre. Y gran parte del vivaz optimismo de esa época estaba derrumbándose a lo largo del camino que Ferrières seguía. Después de llegar a París, escribió entusiasmado a su esposa acerca de las cenas, el teatro y sus propios botones dorados *à la mode*. Como a muchos provincianos, le emocionó el Palais-Royal, y visitó el circo, los puestos de libros y los cafés atestados de personas que escuchaban a los oradores políticos. Pero advirtió rápidamente que si el momento estaba saturado de cosas interesantes, también estaba cargado de peligros. Una noche fue a la Opéra para ver *Ifigenia en Aulide*, de Gluck, pero como relató a Henriette, «mientras me entregaba a las dulces emociones que agitaban mi alma, la sangre corría en el *faubourg Saint-Antoine*». Supo horrorizado que a un amigo de la familia, el abate Roy, se le acusaba de ser uno de los instigadores de los disturbios de Réveillon. Cuatro días después de salir de Orléans se desencadenó un ataque sobre un almacén de granos, y la multitud saqueó un convento cartujo, dirigida por boteros, masones y otros artesanos con sus esposas, todos armados con hachuelas. Como en París y en muchas otras ciudades del país, hubo muertes, intervinieron los soldados, y se formaron milicias defensivas de ciudadanos. «Todo esto provoca el temblor de nuestro pobre reino, un tejido de horrores y abominaciones», escribió el conmovido marqués.

En Versalles recuperó el ánimo, pues se aproximaba el gran día que era el sostén de tantas expectativas imposibles. Ferrières se veía él mismo como un hombre del Iluminismo: razonable, benévolo, animado por el espíritu cívico, y sobre todo cultivado en el estilo propio de un caballero. Descendiente del poeta du Bellay, combinaba la indagación filosófica y científica con la expresión literaria. En 1785 apareció una primera obra, titulada *Teísmo* (erróneamente, pues estaba saturada de deísmo, y en ella un cura rural hacía el inverosímil comentario de que «la teología no es más que una ciencia de las palabras»), y un año más tarde escribió otra obra, *La mujer en el orden social y natural*. Varios de sus colegas que participaron de la asamblea de los nobles en Saumur tenían opiniones parecidas en su carácter de miembros del club de la razón, de modo que no sorprende comprobar que el *cahier*

que ellos redactaron fue uno de los más liberales de todos los que emanaron de esta orden. En su preámbulo ya se insistía en la igualdad ante la ley para todos los ciudadanos, se expresaba cierta inquietud acerca de la representación excesiva no de los plebeyos, sino del clero, y con la misma insistencia que otro *cahier* cualquiera del Tercer Estado se declaraba que no era posible recaudar impuestos mientras no se hubiesen afirmado ciertas libertades civiles y políticas fundamentales.

En armonía con este individualismo patricio, la asamblea decidió que no impondría a sus diputados mandatos imperativos acerca de la deliberación y la votación individuales o por órdenes. La «declaración de la Constitución» sería el factor que, de un modo u otro, mágicamente, los conduciría a adoptar la actitud apropiada. Por consiguiente, parece que la nobleza de Poitou pertenecía a ese grupo «mixto» en que se dejaba librada a las contingencias políticas la determinación de la conducta.



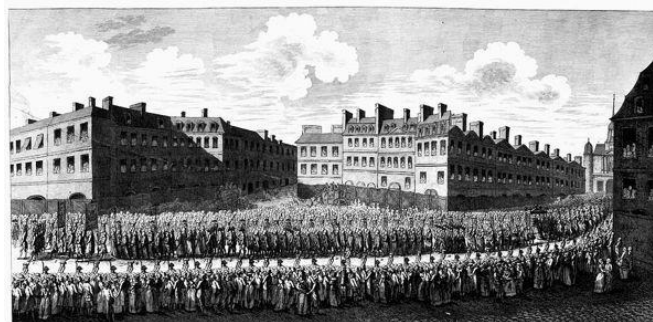
Atuendos de los tres órdenes

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Sea como fuere, el asunto no agobió excesivamente la mente de Ferrières mientras se acicalaba para asistir a la inauguración ceremonial de los estados. Había descubierto en la nobleza la virulenta hostilidad contra Necker, considerado el instigador de las dificultades de esa clase, y el hecho le había deprimido. Y veía aprensivamente con cuánta facilidad algunos de sus colegas, por ejemplo el conde de Gallissonnière, se dejaban arrastrar por el movimiento de la reacción de la corte y se comportaban de modo muy distinto que en Saumur. Pero durante los días que precedieron a la inauguración ceremonial concentró totalmente su atención en «la faz grata y casi ridícula» de los procedimientos: es decir, lo que tenían de espectáculo.

Ferrières se burlaba amablemente de sí mismo mientras hacía gala de sus lujos en una carta dirigida a Henriette: «chaqueta de seda negra... chaleco de lienzo dorado o plateado; corbata en encaje, sombrero emplumado»; y para los que estaban de «gran duelo» (entre los cuales decidió incluirse) el sombrero sería, como el que usaba el rey, *à la Henri IV*, con el borde levantado delante. El marqués rezongaba que el sombrero le costaría por lo menos 180 libras (es decir, un tercio del estipendio medio

de los curas rurales, que eran la mayoría del orden de los clérigos). Pero comprendía instintivamente que el tema del atuendo, así como otros aspectos del protocolo, no era en absoluto trivial. Era una parte integral de un espectáculo destinado a suspender la incredulidad. En el lugar del escepticismo debía haber sobrecogido respeto y alegría tanto en los participantes como en los observadores. A través de la actuación tenían que sentirse incorporados a un rito de Francia Renovada: el pasado, el presente y el futuro desplegados y armonizados como una metamorfosis de Ovidio. Debía ser una segunda salida del sol que había trabajado tan duramente para elevarse sobre el horizonte el día de la coronación, catorce años antes.



Procesión a los Estados Generales

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

En el caso de Ferrières, esa táctica ciertamente fue eficaz. A lo largo de las ceremonias inaugurales se le vio fuera de sí a causa del ardor patriótico. El 6 de mayo escribió a Henriette en un tono de devoción casi mística a la Idea de Francia: «Francia, donde nací; donde pasé los días más felices de mi juventud; donde inicialmente se formó mi sensibilidad moral...». Es evidente que no le importó la recepción agobiantemente prolongada de los diputados por el rey el 2 de mayo. En cambio, su corazón se había elevado como una alondra al oír la fanfarria de las trompetas de plata, tocadas por heraldos, que montaban corceles blancos y vestían prendas de terciopelo púrpura recamados con la flor de lis. El lunes 4 de mayo había visto a Luis XVI, saludado por flautas y tambores en la Iglesia de Notre Dame, entronizado con su familia y la corte mientras los coros entonaban el *Veni Creator*. Después, marchó con la procesión hasta la Iglesia de San Luis, detrás de los Cent Suisses con sus chaquetas renacentistas, divididas en losanges escarlatas y dorados; detrás de los halconeros reales, que cabalgaban con las aves encapuchadas y unidas a sus muñecas, siguió su propio orden, un río de seda, encajes y plumas que fluía entre márgenes de tapices gobelinos extendidos entre las casas a los costados de las calles.

Incluso mientras avanzaba lentamente, oyendo de vez en cuando el grito de «*Vive le Roi*», el lado racional de Ferrières comenzó a reafirmarse, y sus reflexiones de pronto cobraron tintes más sombríos. «Aquí, Francia se ha manifestado en toda su gloria. Pero yo me dije: ¿es posible que los saboteadores, los hombres ambiciosos y perversos, atentos únicamente a sus intereses egoístas, consigan desunir todo lo que

es grande y honorable, de manera que esta gloria se disipe como el humo dispersado por el viento?»». Pero en la plaza Saint-Louis se entregó de nuevo a la magia ceremonial.

Las hermosas ventanas adornadas con las mujeres más bonitas, la diversidad de sombreros, plumas y vestidos; la amable simpatía que se manifestaba en la cara de todos, la alegría embriagadora que irradiaba en todas las miradas; el batir de palmas; los gestos que manifestaban las más tiernas inquietudes; y las miradas que nos saludaban y nos seguían incluso cuando ya nos habíamos alejado mucho. Oh, mi amada Francia, pueblo bueno y cordial, he concertado contigo una alianza eterna. Antes de este día yo no tenía patrie; ahora tengo una, y siempre estará cerca de mi corazón.

Como advirtió inquieto el propio Ferrière, los mismos medios usados para crear un movimiento de éxtasis patriótico tendían a evitar que el Tercer Estado lo compartiese. Históricamente, el ritual público que sostenía el mito de una sola comunidad intencionadamente destacaba mucho, tanto en el atuendo como en los estandartes, el papel de precisamente los grupos que en la práctica estaban excluidos del poder. Así, en la Venecia renacentista o en el Amsterdam del siglo XVII, los días en que había desfile, las confraternidades y los miembros de las milicias compartían plenamente el color y el espectáculo de la festividad. Gracias a esta ceremonia de incorporación el mito era mucho más que un pretexto para revestir atavíos lujosos: originaba y sellaba la fidelidad.

Exactamente lo contrario sucedió durante la primera semana de mayo en Versalles. Se asignó a los Estados Generales el carácter, no de una ocasión pública en que el rango se disolvía en el deber patriótico, sino de una prolongación de la ceremonia de la corte. En lugar de mostrar un carácter global, fue exclusivo; en lugar de abrir el espacio, lo clausuró; en lugar de reflejar la realidad social de la Francia de fines del siglo XVIII, en que la jerarquía en efecto estaba debilitada por la propiedad de cultura, afirmó una jerarquía anacrónica. Quizá Necker temió precisamente esto. Como Turgot en 1775, quiso que las ceremonias fuesen meramente formales y que la ocasión se celebrase en París. Cuando el rey rechazó la idea, quedó a merced del conocimiento experto de los maestros de ceremonias y de los que sentaban la ley acerca del precedente histórico. Gran parte de todo esto era espurio. El *chapeau à la mode de Henri IV* en realidad debió más a las modas del tipo Henri IV de la década de 1780 que a la investigación seria de los anticuarios en los atuendos de 1614. Se recreó la tradición en vista de la ocasión, del mismo modo que las ceremonias de coronación de los siglos XIX y XX en Gran Bretaña fabricarían una tradición para conferir una aureola imperial a la monarquía.

La consecuencia de todo esto es que garantizó que la forma de los Estados Generales chocase con su contenido. Cuanto mayor el brillo exhibido por los dos primeros órdenes, más irritaron al Tercer Estado y le indujeron a rechazar por completo la institución. Desde el principio se sintieron afectados por desaires gratuitos. Mientras el rey recibía en el *cabinet du roi* a los representantes de los

órdenes privilegiados, los del Tercer Estado fueron llevados a otro salón, y allí desfilaron frente al monarca como una hilera de escolares malhumorados. El atuendo de estos diputados era tan modesto como reluciente el vestido del clero y la nobleza. Vestidos de negro de la cabeza a los pies, parecían cuervos entre pavos reales o caricaturas teatrales del burgués: una convención de farmacéuticos. Pero algunos de ellos, que se inspiraron en el atuendo del *honnête homme* de Franklin, hallaron el modo de utilizar en beneficio propio ciertos aspectos de esta humillación. Un anciano de Rennes, Michel Gérard, se negó a vestir el traje negro y blanco y ocupó su asiento en la Salle des Menus Plaisirs vestido con un traje de pana parda. Identificado inmediatamente como el «Père Gérard», parecía la imagen misma de la virtud rústica, como si hubiese posado para los grabados de las obras de Rousseau creados por Moreau.

Pero en el grupo de diputados del Tercer Estado había otra presencia inmensamente dominante, que no podía ser absorbida en un grupo indistinto. Su propia corpulencia destacaba la figura de Mirabeau: una montaña de carne y músculos encerrada con dificultad en la chaqueta y las medias negras. Su estatura, que ya era notable, se prolongaba en los celebrados mechones de cabellos peinados hacia atrás y reunidos en una torre gótica de formas vaporosas y fantásticas. Por detrás, los mechones de cabellos caían en una bolsa de tafetán negro que se balanceaba sobre los hombros. Algunos comparaban a este bruto hirsuto con Sansón, que derivaba su fuerza de los rizos. Otros, como el diputado Adrien Duquesnoy, creían que se parecía a un tigre, cuya expresión se desfiguraba en un rugido al hablar. Muy consciente de esta reputación de salvaje, Mirabeau la aprovechaba exhaustivamente, y al caminar echaba hacia atrás la cabeza, en un gesto exagerado de desdén incommovible. Para todos los que le veían —y la gente estiraba el cuello para mirarlo— era una fuerza natural: pagano, peligroso e incontenible tanto en el vestido como en la costumbre. Parecía que su cara enorme era el resultado de una erupción volcánica que se había enfriado, quizá provisionalmente, para formar una costra de piedra pómez: tenía la cara marcada por orificios oscuros, cicatrices y cráteres (Esa notable superficie era el resultado de la insensata fe de su madre en un médico herboristero que había untado las pústulas de viruela con un brebaje cuyos estragos nunca pudieron ser reparados). Germaine de Staël, que no tenía motivos para apreciar a un hombre que públicamente calumniaba a su padre, Necker, por su vanidad y pusilanimidad, confesaba que era imposible desviar la mirada de su figura una vez que se había comenzado a contemplarle.

Honoré-Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau, pero diputado por el Tercer Estado, había aprendido mucho tiempo antes a aprovechar su apariencia, y lo que era tan importante, su historia. Su padre, Victor, ya manipulaba las paradojas de la nobleza, y afirmaba ser el *Ami des Hommes*; antes de convertirse bruscamente en fisiócrata, había traspuesto su estilo de paternalismo feudal de la Provenza a una teoría de las relaciones sociales. Como observó ácidamente su hijo, «El Amigo del Hombre no era

amigo de su esposa ni de sus hijos». Mirabeau creció manteniendo una actitud de combativo desafío a su inquietante padre, odiándole, pero en muchos aspectos condenado a asemejarse a la persona odiada. Mirabeau *père* se enamoró de la doncella de su esposa, la instaló en la casa y más tarde expulsó a su atormentada esposa, como ella misma señaló en el juicio al que le llevó, sin permitirle que se llevase siquiera una prenda de vestir. Mirabeau *fils*, que criticaba a su padre, pero no era muy amado por su madre —en cierta ocasión ella le disparó con una pistola, y erró— inició una larga y espectacular carrera de devaneos amorosos. Se convirtió en otro Casanova, pero no en el sentido en que suele interpretarse erróneamente a Casanova, es decir, como el hombre que siempre estaba satisfaciendo su libido, sino más bien como el auténtico Casanova, que se enamoraba absurdamente de casi todas las mujeres bonitas a quienes veía. La enorme fealdad de Gabriel, como la cojera de Talleyrand, era un impedimento en estas conquistas. Mirabeau la utilizó como instrumento del deseo y la acompañaba con una resonante voz de barítono que podía haber correspondido a los ardientes *crescendi* exigidos por el romanticismo. En resumen, era como su padre: sublime y terrible.

En el ejército, Mirabeau prestó servicios en la invasión francesa de Córcega en 1769, y ayudó a destruir la libertad de la isla el año del nacimiento de Napoleón Bonaparte. Victor le prohibió seguir la carrera militar, y pasó el resto de su juventud haciendo vida de gitano: escribía folletos incendiarios; jugaba con herederas, seducía esposas, contraía deudas que sorprendían incluso a la nobleza provenzal; es decir, hacía todo lo que podía para garantizar la cólera de su padre. Pero en la Francia del antiguo régimen la furia paterna podía adoptar la forma de la cárcel, y Victor consiguió que se castigara con la prisión las faltas de Gabriel. Primero le encerraron en el Château d'If, en el Midi; después, cuando huyó con Sophie Monnier y fue descubierto en Amsterdam, con la consiguiente separación de los amantes, en el Château de Vincennes. Aunque esta última detención duró tres años completos, de 1777 a 1781, no provocó un sufrimiento tan intenso como Mirabeau quiso dar a entender, pues tenía habitaciones privadas, compañeros cordiales e incluso un jardín privado donde (naturalmente) pudo intentar la seducción de la esposa de su carcelero.

Una joven holandesa fue quien finalmente logró, por un tiempo, llevar cierta serenidad a Mirabeau. También ella tenía relaciones complicadas con su padre, pues era hija ilegítima de Otto Zwier van Haren, un famoso escritor holandés. En un gesto de astucia que revelaba más de lo que ocultaba, él le había dado el apellido de «Nehra», anagrama del suyo propio. En el curso de los vagabundeos de los dos a través de Holanda, Londres, París y Berlín, Henriette-Amélie («Yet-Lie», la llamaba Mirabeau, sin mucha gracia), hija del país del agua, apagó el fuego de Mirabeau y consiguió que por primera vez mostrase una actitud reflexiva: es decir, la de alguien que podía conocerse a sí mismo. Más de lo que suele advertirse la política de Mirabeau fue el producto de un vagabundeo inteligente: una especie de cosmopolitismo heterogéneo. De los holandeses tomó la retórica de la polémica

patriótica y la historia del republicanismo heroico; de los ingleses, un modelo institucional de representación; de los suizos ginebrinos, la práctica periodística. Pero su inclinación hacia la temeridad y las dotes naturales para manifestarla eran Riqueti puro.

En 1789 rompió con «Yet-Lie», pero finalmente exorcizó al demonio de la cólera paternal convirtiéndose, a los ojos del pueblo provenzal, en el padre colectivo: *le père de la patrie*, como se le llamaba en público. Regresó a su región natal ese mes de enero excepcionalmente frío para intentar ser elegido diputado noble a los Estados Generales. Provenza era un *pays d'état*, y por lo tanto se le permitía elegir a través de sus Estados provinciales. La resistencia espontánea a esta forma ya se había manifestado en una «Asamblea General» de los pueblos, convocados por sus alcaldes en Lambesc, el mes de mayo precedente. Y esa resistencia había cobrado mayor impulso gracias a la inspiración del Delfinado y la campaña de folletos en otoño. En diciembre, una petición firmada por más de doscientas personas negó el derecho de los Estados a monopolizar la representación de la provincia.

El movimiento de la reforma era posible porque tenía aliados en la nobleza y el clero. Los estados habían mantenido absurdamente la tradición de excluir de su orden a todos los nobles que carecían de feudos (propiedades señoriales). En el clero los empobrecidos curas de aldea experimentaban un profundo resentimiento ante la enorme riqueza de los obispos, que todos ellos, como podía presumirse, provenían de las principales familias aristocráticas, y en esta hostilidad contaban con el apoyo de una importante población de protestantes de la región. En las ciudades, los alcaldes y los «cónsules» —funcionarios del tipo de los regidores— provenían también casi todos del sector más acomodado de los privilegiados, y atraían sobre ellos el antagonismo de los jornaleros y los maestros de las corporaciones.

Finalmente, aunque no por cierto lo menos importante, Provenza soportaba una grave crisis alimentaria, y la cólera popular se concentraba en la lista de villanos identificables. Se creía que una nueva representación de los ciudadanos —la misma idea difundida en Francia entera— aportaría la respuesta. Mirabeau advirtió rápidamente el significado de todo esto, y se presentó como el noble defensor del pueblo. Anunció este papel incluso en el desfile de los estados en Aix, donde tomó cuidadosa distancia, separado y detrás de la fila de nobles, y por lo tanto a cierta distancia delante del Tercer Estado.

En la asamblea, Mirabeau atacó la legalidad de su constitución. ¿A quién pretendía representar? La nobleza no representaba a los muchos que carecían de feudos; el clero no representaba a los humildes pastores de la Iglesia, y con respecto al Tercer Estado, no era más que un montón de alcaldes, muchos de ellos a su vez aristócratas, cuyo cargo dependía de la sumisión servil a los privilegiados. «Ay de los órdenes privilegiados, pues los privilegios cesarán, pero el pueblo es eterno» fue la amenazadora profecía de su discurso. Desconcertado por esta explosión, y alarmado por la desordenada aclamación que le saludó desde las galerías del público, el

presidente de la asamblea suspendió la sesión en un esfuerzo por amordazar a Mirabeau. Fue inútil. En un lapso de veinticuatro horas Mirabeau elaboró un manifiesto de cincuenta y seis páginas, *A la nación provenzal*, que fue distribuido en las calles de Aix.

Con el pretexto de que las credenciales del feudo o la propiedad que le autorizaban no estaban en orden, Mirabeau fue excluido de los Estados, pero por supuesto esa medida sólo consiguió acrecentar su popularidad. Dondequiera que se presentaba, se veía rodeado por multitudes jubilosas que cantaban su nombre, describían círculos alrededor de su silla bailando danzas provenzales, le ofrecían serenatas con pífanos agudos y sonoras panderetas. En Marsella, en un acto blasfemo, se cubrió con palmas el camino que él debía seguir y se le coronó de laureles. Las madres ofrecían sus hijos al más famoso disipado de Francia, para que los abrazara y besara. En Lambesc las campanas de la iglesia repicaron en su honor, y su peso considerable fue llevado en andas sobre fuertes hombros. «Amigos míos», respondió con una frase siempre apropiada, «los hombres no fueron hechos para llevar a un hombre, y vosotros ya soportáis demasiado».

Complacido por esta adulación espontánea, Mirabeau conservó suficiente calma para ver el modo de aprovecharla. Colaborando con el abogado Brémont-Julien, que desempeñó la función de organizador de su campaña electoral, reunió los rasgos de una personalidad pública hecha a medida: el tribuno del pueblo. En Aix (donde los recuerdos de Roma se mantenían vivos) se comparó con Mario, uno de los Gracos, perseguido por los patricios. En Marsella escribió su propio folleto promocional, presuntamente originado en «Un ciudadano de Marsella a uno de sus amigos, acerca de los señores Mirabeau y Raynal». Después de unos pocos comentarios obligatorios referidos a Raynal, autor de una acusación inmensamente popular a la colonización europea, Mirabeau pasaba a una tímida descripción:

Este buen ciudadano [es] el hombre más elocuente de su tiempo; su voz domina las asambleas públicas, y el trueno se impone al rugido del mar; su valor suscita aún más asombro que su talento, y no hay poder humano que pueda inducirle a renunciar a un principio.

Pero el elogio ampuloso no habría bastado por sí mismo para conferir credibilidad a Mirabeau. Quizá le hervía la sangre, pero tenía la cabeza bastante fría para mantener el equilibrio en una crisis. Lo que era más fundamental en un contexto de circunstancias revolucionarias, sabía utilizar su inmenso prestigio ante las multitudes de las ciudades y las aldeas de Provenza para impedir los disturbios. Pues hacia fines de marzo, gran parte de la provincia había llegado a ser ingobernable. El primer objetivo fue el episcopado. El 14, el obispo de Sisteron escapó por poco de la pedrea en Manosque. En Riez, el obispo tuvo que pagar cincuenta mil libras para salvarse y rescatar su palacio, pero su colega de Tolón no tuvo la misma posibilidad. Incendiaron su palacio, y las compañías de marineros y soldados rehusaron salvarle. Los ataques a los castillos de la campiña llegaron a ser usuales. «Aquí se libra una

guerra franca contra los terratenientes y la propiedad», escribió el *intendant* de La Tour. ¡Y todo esto se hacía en nombre de la voluntad y la inclinación del rey!

El 23, el municipio de Marsella y las oficinas del *intendant* fueron destruidos y saqueados. Mirabeau regresó aprisa de Aix, asumió el mando que ejercía Caraman, el desconcertado gobernador militar, y se convirtió de hecho en el dictador provisional autodesignado. Prohibió la partida de un barco cargado de grano que estaba en puerto, organizó una milicia de ciudadanos (la primera de su tipo en Francia), y distribuyó escarapelas rojas como insignia de la autoridad revolucionaria. La ciudad se llenó de alocuciones, órdenes y exhortaciones, todas redactadas por él, impresas y exhibidas en los lugares del mercado en que antes se fijaban los decretos reales.

Más aún, el tono de estas *notices*, anunciaba un nuevo lenguaje político: el del coloquio fraternal. Su héroe ya no era «el conde», sino sólo «Mirabeau», que hablaba directamente al «pueblo». Su discurso relatava una pieza escrita como hablada, más o menos como uno podía explicar algo a un grupo de amigos con quienes bebía. Era la alocución de la transparencia: del *honnête homme* del ideal rousseauiano. Con un dominio magistral de esta forma de expresión, Mirabeau demostró audacia suficiente no sólo en un intento de serenar los sentimientos inflamados de los marseleses, sino incluso de justificar los impuestos:

Mis buenos amigos, he venido a deciros lo que pienso acerca de los hechos de los últimos tres días en esta ciudad orgullosa. Escuchadme, solamente deseo ser útil y no engañar a nadie. Cada uno de vosotros desea únicamente lo que es bueno porque todos sois hombres honestos; pero ni uno solo sabe lo que es necesario. A menudo uno comete errores incluso cuando quiere promover su propio interés. Veamos primero el problema del pan... En este momento, queridos amigos, como el trigo es caro por doquier, ¿cómo podría venderse barato en Marsella?... La ciudad de Marsella, como todas las restantes localidades, paga algo para solventar los gastos del reino y ayudar a nuestro buen rey. Se extrae dinero de esta fuente y un poco de eso...

Dos días después, el disturbio estalló en Aix, y las tropas dispararon sobre la multitud. El arzobispo, que era bretón, estaba aterrorizado. «En su odio, el pueblo común amenaza con la muerte y habla únicamente de destrozarnos nuestros corazones y comérselos». De nuevo se llamó a Mirabeau para que pacificara los ánimos, y formase una milicia cívica que creara un orden que mereciese la confianza del pueblo y distribuyese pan con precios reglamentados. Como tenía que suceder, todos estos esfuerzos rindieron abultados dividendos. Fue elegido por gran ventaja representante del Tercer Estado tanto de Aix como de Marsella. Después de pronunciar lisonjeros discursos a los ciudadanos de Marsella para evitar que se ofendiesen, Mirabeau finalmente decidió que iría a Versalles como representante de Aix.

De acuerdo con su propia versión, no sólo apreciaban a Mirabeau. Le amaban. La oveja negra de su familia se había convertido en el caballero blanco del pueblo, el hombre cuyo propio hermano, un reaccionario, le odiaba y despreciaba, tenía una provincia entera de hermanos. El hijo que nunca podía complacer a su implacable padre se había convertido en padre de un país de hijos adoptivos. «Se me obedeció

como a un padre adorado», escribió refiriéndose a este período. «Las mujeres y los niños bañaban con sus lágrimas mis manos, mis ropas, mis pasos».

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

II - Novus rerum nascitur ordo

Mayo-junio de 1789

En esta coyuntura crítica, se esperaba mucho de una tercera clase de patriota: el rey. En los *cahiers* aldeanos se le había denominado «el nuevo Augusto», que «reiniciará la Edad de Oro». Pero a diferencia del antiguo Augusto, la confianza de Luis en sí mismo se pareció cada vez menos ala de un dios. A medida que se acercó el momento de la reunión de los Estados Generales sus aprensiones se agravaron. Criticado ásperamente por su esposa y por Artois por haber aceptado al detestable Necker, él mismo estaba lejos de creer en la capacidad del ministro para desactivar la crisis. Sólo la caza, los banquetes y los trabajos de cerrajería calmaban sus nervios turbados. En una ocasión perdió literalmente su punto de apoyo. A causa de las reparaciones que estaban realizándose en las tejas del techo de la Corte de Mármol, por donde Luis caminaba, se vio obligado a usar una escala para llegar al observatorio. Cuando estaba en el quinto peldaño la escalera comenzó a deslizarse. Había una distancia de doce metros hasta el patio, y sólo la acrobática reacción refleja de uno de los trabajadores, que aferró los brazos del rey y le puso en lugar seguro, le evitó un accidente repentino y terrible.

Como correspondía, el agradecido monarca concedió una hermosa pensión de mil doscientas libras al hombre que le había salvado la vida. Los gestos de munificencia real en favor de un súbdito heroico eran cosa sencilla comparados con el agudo problema de mantener o modificar los rigores del protocolo. Su maestro de ceremonias, el marqués Dreux-Brézé, un hombre de veintitrés años, no sirvió de mucha ayuda, y el consenso de la corte era que debían mantenerse todas las observancias tradicionales para evitar la impresión de que los Estados Generales en efecto podían modificar las cosas sobre la marcha. Así, por ejemplo, el rey aceptó conservar la costumbre, en el mejor de los casos impolítica, de exigir a todos los miembros del Tercer Estado que se dirigiesen al trono con la rodilla doblada.

Pero en el calor del momento incluso la escenografía planeada más puntiliosamente podía descalabrarse. Al fin de su discurso, el día de la inauguración en la Salle des Menus Plaisirs, Luis se quitó el sombrero —un artefacto de estilo «Enrique IV», de castor con plumas blancas y un luminoso diamante en el centro— en el acostumbrado saludo a la asamblea. Después del gesto apropiado, regiamente al desgaire, volvió a ponérselo, imitado por la nobleza, que así manifestó su superioridad sobre el Tercer Estado desprovisto de privilegios. Quizá vacilando acerca de lo que debía hacer, o impulsado por provocadores que lo sabían muy bien, el Tercer Estado incurrió en una terrible infracción al protocolo, y sus miembros volvieron a cubrirse. Muy confundidos, algunos continuaron así; más fueron los que

volvieron a quitárselo, y al ver esto, Luis consideró entonces que debía descubrirse también él. Para Gouverneur Morris, el agente norteamericano que observaba la escena con creciente regocijo, fue un momento delicioso. Pero para la reina, pálida de cólera, el tropiezo ceremonial era un mal augurio de lo que vendría.

El Gran Fiasco del Sombrero no había importado si la asamblea hubiese escuchado absorta lo que el rey tenía que decir. Pero esa no fue exactamente su reacción. La alocución real había sido breve casi hasta el mero formalismo, con una mezcla peculiar de entusiasmo e irritación. Al mismo tiempo que aludió al «gran día, deseado tan ardientemente», el rey también hizo referencias ásperas al «deseo muy exagerado de innovaciones». Si por todo esto pareció que hablaba con dos voces, era porque aún no había encontrado la suya propia. Sin duda, había un conflicto de sentimientos en su personalidad, tentada por la aclamación del pueblo pero atemorizada por su sentido. Pero ese conflicto no era nada comparado con la batalla que se libraba en su propio Ministerio, principalmente entre el optimismo amplio de Necker y Barentin, el intransigente guardián de los Sellos, que se negaba a considerar nada que no fuera la forma tradicional de los estados separados.

De hecho, el discurso de Barentin fue oído después del que pronunció el rey. Mantuvo el tono de renuente concesión al proponer el debate acerca del tema de la prensa libre, pero formulando advertencias ordenancistas contra las «innovaciones peligrosas». El perjuicio que pudo infligir su discurso a las perspectivas de conciliación se vio invalidado por la imposibilidad absoluta de escucharlo. Como de costumbre, Necker estaba mejor preparado para afrontar la imposible acústica de la Salle des Menus Plaisirs, un recinto de unos 40 metros de longitud. Como su propio discurso acerca de las finanzas, duró tres horas, convino que así fuera. Leyó la primera media hora, y después entregó el texto a Broussonnet, secretario del Comité Real de Agricultura, a quien había elegido meramente por la estridencia de su aparato vocal. El efecto fue un catastrófico error de cálculo. Hora tras hora los lúgubres datos financieros del déficit de 280 millones de libras fueron vociferados ante una asamblea que esperaba en cambio una manifestación grandiosa de retórica. Todos deseaban escuchar al mesías fiscal Necker, no al contador Necker. Incluso más grave fue la impresión cada vez más acentuada de que el ministro veía en la asamblea más un auxiliar administrativo que un recreador de la soberanía.

Mientras la alocución de Necker se prolongaba interminable, como de costumbre el rey libraba una batalla perdida contra el sueño. Los diputados se movían, tosían, estornudaban, resoplaban y roncaban. Madame de La Tour du Pin, sentada en los bancos reservados a los espectadores de la nobleza, padecía las torturas de la incomodidad, pues no tenía más que las rodillas de los que estaban detrás para apoyar la espalda. Germain de Staël, para quien la ocasión debía ser la apoteosis de papá, estaba cada vez más deprimida, y de acuerdo con la versión de otro testigo próximo, tenía los ojos perlados de lágrimas.

A pesar de este principio escasamente prometedor, la popularidad personal del rey

continuó siendo un factor muy valioso para el gobierno. Donde había una mínima posibilidad (y en verdad no se disponía de mucho espacio de maniobra) las salvas de aplausos de los fieles interrumpían su discurso —y estos aplausos no procedían únicamente de los órdenes privilegiados—. Por la paradójica razón de que los actos de violencia popular estaban siendo cometidos en su nombre, a él le tocaba dirigir la Revolución.

Ésta era precisamente la esperanza de Mirabeau, pues si ya no era un aristócrata, en todo caso jamás sería un demócrata. Incluso en Provenza, y encaramado en su tribuna, no hacía secreto de su realismo. Insistía constantemente en que deseaba una nueva monarquía, apoyada no por la jerarquía y el privilegio, sino por el respaldo popular. Los historiadores tienden a desechar este concepto como un pretexto adoptado hipócritamente para promover su propio ascenso. Y sería ocioso afirmar que en 1789 Mirabeau no estaba devorado por la ambición; que no se veía como el primer ministro de esa monarquía. Pero sería igualmente falso creer que el concepto de una monarquía popular era *intrínsecamente* absurdo. Después de todo, era exactamente lo que D'Argenson pensaba casi medio siglo antes: un rey enérgico que definía su soberanía *contra* más que en favor del privilegio y la aristocracia. Y después de todo, algo parecido a este realismo-patriota plebiscitario fue lo que apareció en ambos imperios bonapartistas. Aunque parece justo afirmar que Mirabeau habría detestado el despotismo de los Bonaparte. Alentado por la imagen Shelburne-Whig de la monarquía, creía que la mejor garantía estaba en los gobiernos que emanaban de la legislatura y eran responsables ante ella. Y fue precisamente el sabor británico de este concepto constitucional lo que le descalificó a los ojos de sus conciudadanos.

Pues si Mirabeau fue con mucho el *personnage* entre los diputados, no fue el único talento político. La mayoría de los miembros de la Sociedad de los Treinta que se habían reunido en la casa de Adrien Duport ganaron sus respectivas elecciones, y entre ellos estaba Target, los dos hermanos de Lameth y el abate Sieyès. Lafayette asistió en representación de la nobleza de Auvernia, y otros aristócratas-ciudadanos, por ejemplo Lally-Tollendal y Clermont-Tonnerre, se le unieron en el segundo orden. En representación del clero estaban Taylllerand, que había sido elevado al arzobispado de Autun, y había celebrado su primera y última misa en la catedral donde recibiera su ordenamiento, y un hombre de liberalismo más agresivo, el arzobispo de Burdeos, Champion de Cicé. Otras figuras que habían realizado aportes importantes a la transformación de los Estados Generales en una asamblea nacional estaban incluidos también entre los diputados del Tercer Estado: Mounier y Barnave, por el Delfinado, y Rabaut Saint-Etienne por Nimes.

Este grupo básico poseía elocuencia e intelecto abundantes, pero también llegó a Versalles después de pasar por un aprendizaje político intensivo, primero en las revueltas del verano de 1788, y después en las intensas campañas electorales y panfletarias del otoño y el invierno siguientes. Algunos de sus miembros, como

Mounier y Mirabeau, habían vivido la experiencia directa de las multitudes coléricas en las calles. Incluso un hombre al parecer poco mundano, el astrónomo y académico Bailly (cuya especialidad eran las lunas de Júpiter) podía demostrar una formidable educación política, pues había presidido las elecciones parisienses para elegir delegados al Tercer Estado. En franco desafío a la distribución real, los sesenta distritos parisienses habían elegido un colegio de 407 electores —mucho más nutrido que el cuerpo designado— y en otra manifestación de autonomía esta asamblea se había convertido en una forma oficiosa de la Comuna, prohibida explícitamente por el gobierno real. En el Hôtel de Ville, Bailly presidió un comité que ya se había arrogado el poder oficial como gobierno de París.

Nada de esto significaba que en el Tercer Estado existía consenso acerca del tema estratégico de una posible constitución de la Francia renacida. Sobre todo en Mirabeau fue una fuerza desorganizadora, pues gratuitamente reiteró su insistencia en un veto real mucho antes de que el tema requiriese discusión. Pero en el asunto táctico del modo de tratar su relación con los dos órdenes restantes, hubo mucho más acuerdo. Aquí, Mirabeau se mostró mucho más útil, pues apreció exactamente el poder obstructivo de la inercia. Durante los días que siguieron a la inauguración, los diputados aceptaron que no pasarían a verificar sus credenciales o iniciarían ningún tipo de deliberación salvo como cuerpo común, unidos con los dos órdenes restantes. Esta actitud garantizó la paralización, pues pronto fue evidente que a pesar de la presencia de una famosa y orgánica minoría de nobles (incluso del duque de Orléans, que había provocado la cólera del rey al ocupar un asiento como diputado), esta se veía muy superada por una mayoría considerablemente más amplia, que rehusó apartarse de la convocatoria por separado.

En realidad, parece que, comparada con la línea más fluida y moderada que había adoptado en muchas de sus asambleas, la posición de la nobleza se endureció. Mientras todos estaban dispuestos a renunciar a sus exenciones impositivas, en vista de la creciente violencia en el campo muchos de ellos ahora estaban menos seguros de la conveniencia de prescindir de los gravámenes señoriales locales que lo que había sido evidente en los *cahiers*, no fuese que ese paso deviniese un modo de permitir un ataque general a la propiedad. Y era todavía menor el número de los que estaban dispuestos a fundir su identidad colectiva en una asamblea general. Por ejemplo, el conde D'Antraigues, que había sido la primera y más audaz de las voces que identificaron al Tercer Estado como sinónimo de la nación, ahora se convirtió en defensor acérrimo de la forma. Insistió en que hasta que se convocara una asamblea constituyente —que podía hacer lo que deseara— los diputados inevitablemente estaban sujetos a las convenciones precedentes de los estados de 1614. Que variase de este modo el ánimo colectivo de la nobleza fue quizás un efecto de los poderes de seducción del propio Versalles. En medio de la euforia patriótica de las asambleas electorales, donde cada orador superaba al otro en la magnanimidad de sus opiniones, un número más elevado de nobles se había considerado capaz de apoyar una visión

de Francia liberalizada. Reunidos en las circunstancias sumamente ritualizadas yseudocaballerescas de la ciudad-palacio, cayeron bajo la influencia de su propia historia reinventada. Esto sucedió sobre todo con los grandes de más antiguo linaje, a menudo elegidos diputados por mera deferencia a su impresionante colección de títulos y escudos. La reacción de estas figuras frente a los elegantes «coroneles jóvenes» del ambiente de los Orleans, que los exhortaban a proceder como «buenos patriotas y ciudadanos» fue afirmarse más en sus posturas frente a la elegancia metropolitana. Ellos, y no algunos petimetres superelegantes del Palais-Royal, representaban la sangre y el suelo de Francia.

Estos sentimientos de fraternidad entre los caballeros —una versión gótica del ciudadano— afectaron incluso a los defensores de la modernización, como Ferrières. Aunque indiferente al tema de la votación individual o por orden, de todos modos confesó a su esposa que no se sentía animado a abandonar a los nobles que eran sus colegas. Incluso Lafayette se sintió frenado por los ruiditos de desaprobación que procedían de Mount Vernon, donde papá Washington contemplaba con rechazo las piruetas de los impetuosos e inconstantes franceses.

Pero las cosas cobraron un sesgo completamente distinto con el clero. Y esto fue lo que en definitiva quebró el impase. Donde los pequeños electorados a menudo aportaban resultados desproporcionadamente arcaicos en el segundo orden, lo contrario sucedía en el primero. Pues en la Iglesia, más que en otro grupo cualquiera de Francia, la separación entre ricos y pobres se estructuró con mayor acritud. Estaba en juego, no un principio abstractamente definido de justicia social o referido a los derechos sociales, sino el destino de la propia visión. El cliché del Iluminismo respecto de una Francia que se secularizaba paulatinamente no atina a tener en cuenta cuán profundo era el dominio de la convicción cristiana en regiones muy amplias del país (De todos los fallos de la Revolución Francesa, ninguno sería tan inevitable y desalentador como la campaña de la «descristianización»). No se trataba sólo de que la Iglesia en Francia se limitara a hacer tiempo. Era más bien que estaba pasando por una de sus conmociones periódicas, en que las reclamaciones del clero pastoral, que intentaba expresar el auténtico espíritu del evangelio primitivo —humilde, despojado de propiedad, y enseñando el Evangelio a través de la caridad y la educación— se enfrentaba con la realidad mundana de los grandes negocios episcopales.

En su forma más extrema, la división era sorprendente. Los obispos más acaudalados, como el de Estrasburgo, tenían un ingreso de cincuenta mil libras anuales. Los muy pobres —vicarios de ingresos fijos, sin propiedades o rentas complementarias—, como Bréauté de Ruán, apenas subsistían con trescientas libras, y el estipendio usual de los *curés congrués* era de sólo setecientas. De acuerdo con el cura de Saint-Sulpice, en Nevers, después de pagar los gastos pastorales y la comida y el vestuario de su único criado, le quedaban cinco *sous* diarios, es decir, un cuarto del salario cotidiano de un trabajador no especializado en París. «Cuando un sacerdote tiene bastante suerte», escribió el mismo abate Cassier, «después de veinte

años de trabajo y tantos sufrimientos para obtener un pequeño ingreso de cuatrocientas o quinientas libras, puede considerar que ha hecho su fortuna, y una vez que se ha posesionado de su iglesia, puede señalar en el cementerio de la iglesia, en su condición de primer pobre de solemnidad de la parroquia, el lugar de su tumba».

No todos los curas rurales se encontraban en una situación tan desesperada. Por lo menos la mitad —los *curés bénéficiés*— complementaban su ingreso con diezmos o con una pequeña parcela que les aportaba rentas, y que cultivaban directamente o arrendaban. Pero precisamente por esto los curas rurales de los Estados Generales eran de lejos los representantes más auténticos de la mayoría de los franceses. Ciertamente, estaban mucho más cerca del pueblo, tan ampliamente invocado por el Tercer Estado, que los abogados, los funcionarios y los profesionales que formaban ese grupo. En otro aspecto importante también podían afirmar que hablaban por sus electores, pues la gran mayoría (quizá el 70 por ciento) de los cuarenta mil curas rurales había nacido en el distrito o la región de su parroquia. Así, era notable el contraste con los clanes aristocráticos, que se dividían entre ellos los grandes obispados y despachaban a sus parientes jóvenes a esta o a aquella diócesis, sin que en todo el asunto existiera más que una relación groseramente propietaria.

Por ejemplo, desde 1786 Talleyrand había estado esperando impaciente que uno de los muchos ataques de apoplejía del arzobispo de Bourges le acabase de una vez, porque entonces él podría movilizar a sus amigos y parientes en la campaña por la sucesión. Pero el anciano mostraba una irritante resistencia, y cuando en efecto sucumbió Calonne, el protector de Talleyrand, fue sustituido por Brienne, que no profesaba simpatía al candidato. Se vio obligado a esperar hasta que otro cambio oportuno —en Lyon— determinó la deseada vacante. El obispo titular de Autun pasó a Lyon, y Talleyrand al fin se encontró arrodillado, el 16 de enero de 1789, con toda la solemnidad de la que era capaz, prometiendo obedecer la sucesión apostólica de San Pedro y preservar, defender, acrecentar y promover la autoridad, los honores, los privilegios y los derechos de la Santa Iglesia. Al día siguiente apoyó las manos sobre el palio de Autun, que según se afirmaba estaba confeccionado con lana de ovejas benditas que habían ramoneado en las pasturas de los primeros cristianos de la Antigüedad, y lo que era más importante, sobre las veintidós mil libras de su renta episcopal. Unidas a su antiguo beneficio de Saint-Remy y a uno nuevo de Poitiers, formaban un ingreso decente de más de 50.000 libras anuales. Esa noche, el defensor de San Pedro cenó como de costumbre con su amante, Adelaide de Flahaut, en el Louvre.

Esta inmensa transferencia de propiedad y de poder se había realizado sin que Talleyrand se acercase siquiera a Autun. Llegó el 12 de marzo, antes de que él se dignase realizar su entrada oficial en la catedral, donde prometió (otra vez) ser fiel a su «esposa de Autun». Faltaba poco para Semana Santa, pero lo que determinó la aparición de Talleyrand fue el calendario político, no el religioso, pues ansiaba que el clero de Autun le eligiese diputado a los Estados Generales, y con este propósito

había preparado minuciosamente el *cahier* del capítulo y la diócesis. Era un documento típico de la imagen que tenía Talleyrand de Francia: racional, liberal y constitucionalista, apenas interesada en el cuidado de las almas. Para garantizar la elección el 2 de abril trató de mostrar la actitud de un «buen» obispo, exhortó a la oración a los seminaristas, intentó (sin éxito) celebrar la misa sin embrollar los pasos, y con el mayor descaro predicó una homilía —«La influencia de la moral sobre los líderes de los pueblos»— al colegio oratoriense. Diez días después de ser elegido para los Estados Generales, el 10 de abril, y menos de un mes después de su llegada a Autun, desapareció definitivamente. Era el Domingo de Pascua, y Talleyrand necesitaba a toda costa abstenerse de decir misa.

Es difícil imaginar una distancia mayor entre el concepto de Talleyrand acerca de la Iglesia y el de los curas rurales que formaban casi dos tercios del orden del clero en Versalles. Sería erróneo creer que el obispo de Autun era totalmente amoral. Como ya había demostrado en su condición de agente general del clero, su concepción de la Iglesia, era, como él mismo creía, «moderna». Su clero estaba formado por funcionarios espirituales del Estado, que asumían funciones educativas y sociales, y suministraban el tipo de dirección moral que podía calmar el ansia popular de fe, sin pretensiones de dictar la ley o participar del gobierno. Si todo esto era bastante menos de lo que se enunciaba en el juramento episcopal, de todos modos era una concepción que se institucionalizaría bajo el Directorio, el Estado bonapartista, y durante gran parte del siglo siguiente.

De todos modos, estaba lejos del tipo de evangelio social del *Vicario Saboyardo* de Rousseau, en que las almas sencillas debían renunciar a las corrupciones de la propiedad y la elegancia, para orientar mejor a los hijos de la naturaleza, que eran sus semejantes hacia una existencia moralmente pura. Muchas vertientes de la historia religiosa francesa se orientaban hacia esta piedad definida austeramente: el jansenismo, el «richerismo» y una forma de presbiterianismo que a veces era explícita y otras sólo implícitamente protestante. También esta concepción arraigaba en gran parte de lo que los *cahiers* más irritados de los curas —tanto de la ciudad como del campo— tenían que decir. Sus enemigos eran la riqueza, monástica o episcopal, y la aristocracia, lega o clerical. Tocaban a rebato por los pobres y los hambrientos, los endeudados y los vagabundos, a quienes ellos alimentaban y cobijaban en las peores circunstancias. La fuerza de su número en las asambleas electorales y el ensamblaje de su evangelio con la retórica del Tercer Estado infundió valor a los curas para enfrentar directamente a los Lotes de la Iglesia. «¿Quiénes sois, Messieurs les Grands Vicaires?», preguntó el cura de Charly, para desinflar las pretensiones de la aristocracia clerical. «Nada. Yo, soy cura, y mi título jamás será anulado». En Béziers, el obispo de Agde se sintió intimidado por la multitud de 260 curas en una asamblea de 310. Era frecuente que los obispos o sus candidatos no fuesen elegidos. Otros que obtenían la designación no ocultaban su desaliento al verse obligados a integrar una diputación con una chusma sagrada. «Acepto este

cargo no sin repugnancia», fue el amable comentario del obispo de Luçon al ser elegido junto a cinco curas.

Contrastando con las túnicas púrpuras y escarlatas de los obispos y los arzobispos, los curas vestían sus prendas negras con el mismo desafío intencionado que se manifestaba en los diputados del Tercer Estado. No es sorprendente que muchos de estos representantes compartiesen la posición del Tercer Estado, lo que los llevó a dividir su orden por la mitad en el tema básico de la verificación de las credenciales.

A lo largo de un mes entero, después de la sesión inaugural del 5 de mayo, las actuaciones de los estados se vieron paralizadas (como Mirabeau y sus colegas deseaban que sucediese) en relación con el problema de la verificación. Una vez que las ceremonias concluyeron, los diputados del Tercer Estado pudieron haberse sentado donde se les antojase en la amplia Salle des Menus Plaisirs. Pero pusieron mucho cuidado en dejar vacíos los asientos de los dos órdenes restantes, en espera del momento en que estos pudiesen retornar para iniciar las deliberaciones en común. El 18 emitieron una convocatoria formal a la verificación común, con el argumento de que los tres órdenes no eran más que divisiones arbitrarias de un organismo, y debían proceder en concordancia.

Ferrières estaba hastiado y exasperado. «Nuestros Estados nada hacen», escribió a Henriette el día quince. «Todos los días nos reunimos a las nueve de la mañana y nos retiramos a las cuatro de la tarde, y pasamos el tiempo en inútiles murmuraciones». Aunque había llegado con credenciales liberales, cuanto más tiempo pasaba más se impacientaba con las «intrigas» del Tercer Estado, a quien achacaba la culpa del impase. Incluso cenó con Artois, los Polignac y Vaudreuil, que le impresionaron profundamente con su refinado encanto. «El conde [Vaudreuil] y yo nos hicimos amigos», escribió entusiasmado a Henriette. Diane de Polignac le hizo un cumplido, y él se sometió a la dama. Al comentar la libertad que se manifestaba en las conversaciones, Ferrières escribió que la residencia de esta gente era *l'Hôtel de la Liberté*.

Mirabeau tenía un concepto muy distinto de la *Liberté*. Cuando Ferrières se alejaba de la opinión pública, Mirabeau se atareaba confiriéndole forma. El siete de mayo comenzó a publicar su *Diario de los Estados Generales*, con el fin de difundir el contenido de las sesiones —y hacer comentarios editoriales sobre su importancia—. Su meta era la leyenda *Novus Renun Nascitur Ordo* (Nace un nuevo orden de las cosas). El gobierno lo clausuró inmediatamente, y esa medida garantizó un amplio público lector a su sucesor, *Las cartas de M. de Mirabeau a sus electores*. La campaña consistente en desafiar al gobierno mediante la autopromoción no fue adoptada por casualidad. Parece que su estrategia se centró en la posibilidad eventual de remplazar a Necker al frente de un ministerio que pudiese concitar simultáneamente la confianza del rey y de la asamblea. Durante algunas semanas todos sus comentarios, públicos y privados, acerca de Necker, fueron mordaces. Pero

durante la última semana de mayo su amigo Malouet —el ex *intendant* de Saint-Domingue, y el único alto funcionario del Tercer Estado— descubrió que pese a todo el choque de personalidades la posición de los dos hombres en la asamblea no era muy distinta. Ambos deseaban la verificación en común; ambos anhelaban crear una monarquía popular. Pero apenas se remontó esta cometa, cayó bruscamente al suelo. Mirabeau fue a ver a Necker en el despacho de este. «Bien, monsieur», dijo el ministro sin apartar la vista de sus papeles, «M. Malouet me dice que tenéis que formularme ciertas propuestas. ¿Cuáles son?». «Mi propuesta es desearos los buenos días», replicó Mirabeau, que se volvió sobre los talones y salió echando chispas.

Aunque los órdenes despacharon «comisionados» para abrir alguna forma de negociaciones, solamente consiguieron confirmar la polarización de los órdenes segundo y tercero. El 3 de junio los diputados de París al fin ocuparon sus asientos, con la figura de Sieyès al pie de la lista, y reforzaron considerablemente las posiciones radicales de la asamblea, que ahora solían autodenominarse los «plebeyos». Sobre todo, esta radicalización implicaba sabotear un compromiso trabajosamente concertado por Necker, en virtud del cual las disputas electorales en el seno de cada orden se remitían a una comisión general de reconciliación formada por representantes de los tres sectores. El 10 de junio Mirabeau interrumpió una lectura de acuerdo para permitir a Sieyès la presentación de una moción. Este enunciado desechaba el compromiso con el argumento de la intransigencia de los nobles, y proponía en cambio que se enviase un ultimátum definitivo a los restantes órdenes, antes de proceder al pase de lista. De este modo se obligaba a reconocer que se había llegado a un punto muerto, o se imponía una capitulación. En todo caso, era un acto de autoconfirmación revolucionaria, aunque mal podía decirse que fuese el primero, pues existían cambios semejantes que habían comenzado en Grenoble un año antes.

En un meditado estudio reciente del papel de Necker en los episodios de 1789, R. D. Harris ha destacado que fue esta reclamación esencialmente irrazonable en favor del predominio del Tercer Estado sobre los dos órdenes restantes lo que condenó cualquier intento de compromiso, e impulsó a Francia hacia la revolución más que hacia el cambio pacífico. El autor entiende este episodio como un ejercicio ominoso del dominio mayoritario sobre las minorías desprotegidas. La alternativa era una forma dispersa de gobierno, con cierto parecido con el modelo británico, la aristocracia conservada en la cámara alta y los «comunes» formando un cuerpo representativo inferior.

Pero esto implica suspirar por una opción que ya era anticuada. Sin duda, esa alternativa era teóricamente concebible para Necker (cuya versión ginebrina de una legislatura bicameral había fracasado repetidas veces), o para moderados como Malouet. Pero omite por completo la historia entera de las elecciones, la retórica de las asambleas y las expectativas materiales que dependían de una transformación política más ambiciosa. Ya no se trataba simplemente de perfeccionar a la monarquía

modernizadora, sino de una suerte de renacimiento colectivo. Para muchos diputados del Tercer Estado, como Barnave de Grenoble y Robespierre de Arras, la ciudadanía era indivisible, precisamente como Rousseau había manifestado. Era la expresión de una reciprocidad sublime entre el individuo y la voluntad general: ciertamente, el único modo en que era posible reconciliarlos e integrarlos. A decir verdad, era exactamente la clase de «apelación extraña e inexplicable... a los derechos naturales ideales y visionarios» que había parecido tan objetable a Arthur Young, pero que era la voz auténtica de la Revolución.

Tampoco —para bien o para mal— se había alcanzado este momento a través de sensatas deliberaciones sobre el gobierno viable, en el estilo de la Convención Constitucional norteamericana. Desear tal cosa es equivocar el proceso en que se desenvolvía la política en Francia, un proceso que siempre era intensamente teatral e histriónico. Esto podía haber sido deplorable, como las cataratas de aplausos del público espectador que asistía a la asamblea, un fenómeno al que Arthur Young nunca pudo acostumbrarse, y que le pareció «groseramente indecente». Pero sólo a través de esta actividad escénica, y de la realidad ampliada del romanticismo, con su movimiento emocional de la euforia al terror, los defensores del cambio podían movilizar a su público. El debate razonado estaba completamente fuera de la cuestión. «El pueblo de París», observó Etienne Dumont, «estaba repleto de gas inflamable, como un globo».

Paradójicamente, como él era el archimanipulador de este proceso carismático, Mirabeau a veces se sintió embarazado por esta turbulenta espontaneidad, «el espectáculo de jóvenes escolares que han evitado la vara y están locos de alegría porque se les prometió un día más de vacación». En un esfuerzo por imponer cierta semblanza de orden en las sesiones, indujo a su amigo ginebrino Dumont a traducir una reseña de las normas parlamentarias británicas elaborada por Romilly, una iniciativa que le llevó a afrontar una tormenta de indignación, porque se mostraba esclavo de costumbres antiguas y extranjeras.

Todas estas consideraciones fueron desechadas el 13 de junio. Ese día tres curas respondieron al pase de lista promovido por Sieyès. Como el primer orden había votado una verificación por separado sólo por el estrecho margen de 133 a 114 votos, el momento fue decisivo. Los tres procedían de Poitou —la provincia de Ferrières— y su jefe Jallet, cura de Cherigny, había llegado a ser bien conocido por su piedad y su patriotismo. Hijo del jardinero de un dominio señorial (¡otro toque de botánica virtuosa!), durante treinta años había sido modelo de santa humildad, atendiendo a los enfermos y los necesitados, mientras vivía en la mayor pobreza. Era tan pobre que al principio no pudo pagar el viaje a Versalles, y obtuvo mediante una suscripción el dinero para afrontar este gasto, así como el sostén de su persona. Cuando entró en la Salle des Menus Plaisirs y anunció su presencia, fue saludado con grandes aclamaciones, abrazado por sus colegas y llevado triunfalmente en hombros hasta un asiento.

El catorce, cuando se practicó inexorablemente el pase de lista, aparecieron más sacerdotes procedentes de Bretaña y Lorena, entre ellos Grégoire, el cura de Emberménil, y el defensor de los derechos de los judíos. Hacia el diecinueve, más de cien se habían incorporado a la asamblea, y a estas alturas de las cosas el cuerpo reclamó un nuevo nombre para sí mismo. El debate acerca de la denominación, iniciado dos días antes, rápidamente reveló la existencia de diferentes personalidades políticas. Sieyès, que aún era la voz más radical, había insistido en que, puesto que la asamblea representaba el «96 por ciento» de la nación, no debía retrasarse más «la tarea común de la restauración nacional». Pero su título para este organismo no se acomodaba a los manifiestos inspirados: «Los representantes conocidos y verificables». Mounier se había mostrado incluso más prudente, y propuso «la parte principal de la representación, convocada en ausencia de la parte menor». En una actitud típica, Mirabeau intentó sobrepasar estas denominaciones terriblemente engorrosas y sugirió «representantes del pueblo», ¡y la propuesta fue criticada por sus connotaciones excesivamente plebeyas! Antes del fin de la sesión, a las diez de la noche, se había decidido por gran mayoría la denominación de «Asamblea Nacional», y —de nuevo por moción de Mirabeau— se declararon nulos y sin efecto todos los impuestos vigentes, a menos que ese cuerpo los autorizara.



Caricatura de los tres órdenes del Estado: El Clero, la Nobleza y el Pueblo Llano.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Fue un momento de autodefinición. Noventa diputados habían votado contra la mayoría de cuatrocientos noventa. Pero los sentimientos de ansiedad que experimentaban ante este acto de autoconfirmación se vieron desbordados por la avalancha de intensa pasión patriótica. Arthur Young, normalmente un hombre muy sobrio, no se mostró más impermeable que los participantes a esta inyección de adrenalina política.

El espectáculo de los representantes de veinticinco millones de personas que acababan de dejar atrás los males de doscientos años de poder arbitrario y se elevaban hacia las bendiciones de una

Constitución más libre, reunidos con las puertas abiertas bajo la mirada del público, debía convertir en sentimientos intensos todas las chispas latentes, todos los sentimientos de un pecho liberal; desterrar las ideas que uno pudiera concebir acerca de su condición de pueblo con demasiada frecuencia hostil al mío propio, para detenerse uno mismo complacido en la gloriosa idea de la felicidad que recaía sobre una gran nación, y de la que esperaba a los millones que aún no habían nacido.

III - Tableaux vivants

Junio de 1789

El delfín falleció el 4 de junio. Tenía siete años y era el segundo de los hijos reales que moría en la niñez. Cuando nació, en 1781, se habían encendido fuegos artificiales que cubrieron el cielo de París; el Hôtel de Ville había presenciado un espectacular banquete tanto para los privilegiados como para los plebeyos. A su muerte, Francia apenas prestó atención, y el Hôtel de Ville era la sede de un organismo que, salvo en el nombre, era un gobierno municipal revolucionario. En momentos en que la hogaza de ocho libras alcanzaba el precio más alto jamás conocido, de acuerdo con los informes se asignaron 600.000 libras a la ceremonia fúnebre. «Ya lo ves, *ma bonne amie*», informó secamente a su esposa mientras se preparaba para ir a salpicar agua bendita sobre el cuerpo en Meudon, «en el nacimiento y la muerte de los príncipes no se hacen economías».

De acuerdo con lo que se sabe, había sido un niño inteligente y afectuoso, ciertamente el preferido de los padres. Pero no había gozado de buena salud. Últimamente era evidente que la tuberculosis, la «consunción», había destruido el pulmón derecho. Soportó una enfermedad prolongada y desgastadora durante la cual adelgazó tanto que las costillas y la pelvis sobresalían del tronco formando ángulos irregulares. Cuando al fin murió, los padres se sintieron agobiados, tanto más porque la crisis política apenas dejaba lugar al dolor personal. En todo caso, el ánimo de Luis estaba deprimido a causa del fracaso del comité de conciliación, en el cual había depositado muchas esperanzas y al que incluso había dirigido una carta personal de recomendación. La pérdida de su hijo y heredero pareció un asunto mucho más grave. Se retiró de los asuntos públicos, y después del velatorio formal de una semana se retiró por completo de Versalles a la casa rural de Marly-le-Roi, aplastado por el dolor. Una diputación del Tercer Estado llegó para ofrecer las debidas condolencias, pero el *père de la patrie* deseaba sencillamente ser el dolido *père de famille*. Cuando se le dijo que la delegación insistía en ser recibida, replicó: «¿No hay un padre entre ellos?»

Cuando reaccionó, buscó el apoyo de su familia inmediata. No era una actitud desinteresada. A Marly llegó la noticia de la autoconfirmación del Tercer Estado como Asamblea Nacional, y de su declaración de que los impuestos vigentes eran ilegales. Ambos eran desafíos directos al soberano, y Artois y la reina creían —no sin realismo— que si la monarquía quería recobrar el control de su destino tenía que hacerlo ahora. En el supuesto de que fuera posible adoptar una actitud, se abrían dos cursos de acción: la intervención militar directa, para lo cual la corona aún no disponía de fuerzas suficientes; o una reafirmación de la autoridad legal del rey, unida

con la promesa de ejecutar reformas convenidas. Incluso en este último caso, Necker, que recordaba demasiado bien la suerte corrida por las reformas de Brienne, no anticipaba otra cosa que desastres. Pero fue apartado bruscamente por Artois, que le imputó la culpa del aprieto en que se encontraba la corona, y que no hizo secreto de su decisión de desembarazarse del ministro. Cuando se aproximaba a la cámara del consejo, antes de la reunión decisiva del 19 de junio, gritó que como extranjero y advenedizo Necker nada tenía que hacer allí.

Apoyado por tres de sus colegas, Montmorin, Saint-Priest y La Luzerne, Necker presentó una lista de propuestas de reforma que se atenían fielmente al consenso de gran número de los *cahiers*. Debían destacarse los gestos de «deber patriótico», por ejemplo la abolición de las exenciones impositivas de los privilegiados. En lo que había llegado a ser el tema más controvertido, el plan de Necker se aproximaba a la solución del voto «mixto»; cabe presumir que con la esperanza de separar a la nobleza moderada de la minoría reaccionaria. Se permitiría que los diputados votasen en común en las cuestiones «nacionales», por ejemplo la periodicidad de los estados, pero no en los asuntos relacionados con los diferentes órdenes. Cuando elaboró este programa, a fines de mayo, Necker había formulado el deseo de que el rey revelase su sustancia en una grandiosa «declaración» que se hubiese anticipado al extremismo de los jefes del Tercer Estado. Pero la oportunidad había pasado, y ahora el compromiso no iba a agrandar a nadie. La preservación de una sociedad de órdenes implícita en sus cláusulas era completamente irreconciliable con la Asamblea Nacional de ciudadanos comunes creada el día 17. Por lo tanto, el plan debía ser inaceptable para ese cuerpo, que día tras día se veía reforzado por un número cada vez más elevado de clérigos.

Pero era excesivamente radical para los reaccionarios de la corte. Sin tratar de disimular el odio que sentían por el hombre a quien imputaban las dificultades de la corona, Artois y la reina hicieron todo lo posible para convencer al rey de que era necesario despedirle. Cuando Luis pareció dispuesto a aceptar el programa de Necker, la reina interrumpió la sesión del consejo para mantener una conversación con su esposo. Cuando este regresó, Necker advirtió consternado que el rey retiraba su apoyo al plan, e insistía en que debía ser sometido a un examen más detenido por parte del consejo ampliado. Se aceptaron únicamente los elementos conminatorios del plan, lo cual recordó muy intensamente a Necker el destino de las reformas de Brienne. El rey se enfrentaría a los Estados en una grandiosa *séance royale* plenaria, y demostraría simultáneamente su benevolencia paternal en la reforma y su augusta majestad al anular las usurpaciones del 17 de junio.

En vista de un episodio tan trascendente, era necesario accionar de nuevo el mecanismo ceremonial de Versalles. Fue necesario levantar un estrado, y redistribuir los asientos utilizados por el Tercer Estado y que ahora debían albergar a toda la asamblea. Pero a causa de lo que había sucedido el 17 de junio, la Salle des Menus Plaisirs ya no era sencillamente un fragmento de propiedad real que el rey podía amueblar a su gusto. De hecho, se había convertido en el primer territorio ocupado

por la nación.

De modo que cuando la nación se encontró apartada de su hogar sin previo aviso, porque los operarios preparaban la sala para la *séance royale*, supuso que eso había sido intencionado más que un descuido. Después de todo, los guardias armados impedían la entrada, y en esta se habían fijado anuncios que aludían sumariamente a la *séance royale*. La carta del maestro de ceremonias a Bailly había llegado en el último momento, y no indicaba otro lugar de reunión. Se parecía sospechosamente al primer paso en el proceso de disolución de la asamblea. La molestia se convirtió en furia mientras los diputados caminaban de aquí para allá bajo la intensa lluvia. El buen doctor Guillotin —héroe de la campaña de peticiones de diciembre en París— recordó la existencia de una pista de tenis, propiedad de un amigo, en la rue du Vieux Versailles. Y hacia allí fueron los seiscientos representantes, mojados pero animosos, seguidos por una multitud cada vez más nutrida. Aunque allí se jugaba al Tenis Real, la pista desnuda y llena de ecos era exactamente lo contrario del palacio profusamente adornado de donde venían. Allí estaban en el dominio de la monarquía, en el lugar que se les concedía. Aquí se encontraban, como quería Rousseau, reducidos a la ciudadanía y la fraternidad elementales. Tenían sólo sus propios cuerpos, sus voces que rebotaban en los techos y las paredes, contra los cuales solían golpear las pelotas de tenis. Se pidió una sencilla mesa de pino a un sastre que vivía en la casa inmediata, y eso fue el escritorio del presidente Bailly. Los espectadores se apiñaron en las galerías bajas y asomaron la cabeza por las ventanas. Sin duda, asistirían a una representación. Pero, ¿de qué clase?

Sieyès sostuvo que los diputados debían retirarse colectivamente a París, y acabar definitivamente con el embrollo de Versalles. Pero Mounier, que no necesitaba lecciones sobre la improvisación de la autoridad (pero estaba interesado en anular las propuestas más radicales), presentó una alternativa. «Heridos en sus derechos y su dignidad», proclamó, se había advertido a los miembros de la asamblea que se intentaba empujar al rey a un desastroso curso de acción. Contra la amenaza de disolución, ellos en cambio prestarían el juramento «ante Dios y la *Patrie* de no separarnos jamás hasta que hayamos formado una Constitución sólida y equitativa, de acuerdo con lo que nuestros electores nos pidieron». Era un gesto realmente genial, pues separaba a la asamblea de las ataduras que la unían a determinado espacio. Hasta ese momento, el ordenamiento de las instituciones soberanas francesas se había definido de acuerdo con el espacio que se les asignaba: palacios de justicia, salas del consejo, tribunales. Pero la iniciativa de Mounier lanzó la nave del Estado a un mar de abstracciones. Dondequiera que los diputados se reuniesen, allí estaba la Asamblea Nacional.

¿Qué clase de lenguaje corporal podía convenir a la grandilocuencia del momento? Con la idea de que por fin estaban inmersos en una historia digna de los romanos, todos coincidieron en adoptar el gesto asignado a los Horacios por Jacques-Louis David, y que según creían era la profesión de los mártires-patriotas. Para

adquirir él mismo cierta prominencia presidencial, Bailly se subió a la mesa del sastre, apoyó la mano sobre el corazón —el gesto por excelencia de la sinceridad rousseauiana— y levantó la otra en un gesto de mando. Con los brazos derechos extendidos, los dedos tensos, seiscientos diputados se convirtieron en nuevos romanos, repitiendo el juramento en una versión perfeccionada por Barnave. Sólo uno, Martin d’Auch de Castelnaudary —en el cuadro de David aparece frunciendo el ceño, sentado, con los brazos cruzados sobre el pecho— se negó. Arthur Young advirtió inmediatamente el carácter revolucionario del episodio. Implicaba «asumir toda la autoridad del reino. De golpe se han convertido en el Parlamento Largo de Carlos I».

Al día siguiente, el consejo ampliado se reunió en Versalles y postergó un día — hasta el veintitrés— la *séance royale* —para conceder más tiempo a la discusión (y según temían algunos, al refuerzo militar)—. El efecto del Juramento de la Pista de Tennis había sido acentuar todavía más la hostilidad de los hermanos del rey hacia Necker. Sobre todo Artois le insultaba a gritos y no hacía secreto de su decisión de eliminarle. Al día siguiente fue peor. A pesar del apoyo de los ministros-colegas de Necker, los príncipes estaban decididos a rechazar cualquier modificación de la jurisdicción separada de los órdenes —absolutamente sin excepción. De acuerdo con ese criterio, continuaba que no existían asuntos que mereciesen la calificación de «nacionales», y que por lo tanto fuesen considerados por la asamblea como un todo. Las concesiones de los órdenes privilegiados en relación con sus exenciones impositivas y otros asuntos semejantes debían ser un acto meramente voluntario de los interesados, no motivo de legislación general. Todo esto debía afirmarse en nombre de la inviolabilidad de la Constitución francesa.

Esta actitud de repudio de los propósitos comunes de la nación era una impresionante reacción que retrocedía más allá de los programas reformistas de la década de 1780, más allá de Turgot, para instalarse en una especie de Francia fantástica basada en el orden clásico y la obediencia jerárquica. Era una Francia que nunca había existido realmente, salvo en el idilio absolutista del Salón de los Espejos, donde la iluminaban los candelabros de plata de un metro y medio del Rey Sol.

¿Luis XVI trataría de convertirse en Luis XIV? Antes de la última reunión, el 22 de junio, el monarca pidió sus opiniones a Montmorin y Saint-Priest, los dos ministros que acompañaban a Necker. Ninguno de ellos creía que esa posición de enfrentamiento sería aceptada. Había que imponerla. Pero no había dinero en el Tesoro para pagar a quienes la impondrían y, dijo Montmorin, una política reaccionaria garantizaba que los Estados Generales jamás votarían nuevos aportes financieros. ¿Cuál era la alternativa? Saint-Priest trató de que el rey comprendiese que, por lamentables que fuesen los cambios no autorizados, su decisión debía estar regida por «el peso de las circunstancias actuales». «El naufragio amenaza el barco del Estado», escribió, y no exageraba. Y muy acertadamente destacó que, desde el punto de vista histórico, de todos modos la Constitución francesa nunca había tenido

nada de inmutable. Era necesario aceptar el cambio cuando las circunstancias lo exigían, pues «nada permanece siempre igual bajo el sol» (eligió un cliché poco feliz, pues después de todo el reinado de Luis había comenzado con el emblema de un sol naciente que se elevaba sobre Francia).

Todo esto fue inútil. Tres consejeros —Barentin, de La Galazière y Videaud de la Tour, que escribieron un discurso diferente para el rey— apoyaron la línea dura de Artois y Provence. Entonces, el rey reemplazó el plan de Necker por el de estos hombres, y se preparó para el choque inevitable de voluntades, al día siguiente.

Aunque era una *séance royale*, no un *lit de justice*, la ocasión tenía toda la atmósfera de una afirmación tradicional de la voluntad real. Los soldados rodeaban la sala de la asamblea. Por última vez el Tercer Estado fue humillado gratuitamente, pues se le obligó a entrar por una puerta lateral cuando los dos órdenes restantes ya estaban sentados. También se le obligó a separarse de los diputados del clero, que ahora incluían a los arzobispos liberales de Burdeos y Vienne, incorporados a la asamblea. Necker no estuvo presente para escuchar la derrota formal de todos sus intentos de conciliación. Cuando el rey habló, lo hizo con un nerviosismo perceptible que no había sido evidente en la sesión inaugural del 5 de mayo. Afirmó que era «el padre común de todos mis súbditos», y que estaba obligado a acabar con las lamentables divisiones que habían impedido el trabajo de los Estados Generales. Después, se leyeron en su nombre quince artículos, uno tras otro, y se vio claramente que su intención era preservar los tres órdenes y anular los procedimientos «ilegales» del 17 y los límites «anticonstitucionales» impuestos a los diputados por los mandatos de sus electores. Siguió otro conjunto de observaciones personales del rey, incluso el comentario autoelogioso: «Puedo afirmar sin hacerme ilusiones que jamás un rey hizo tanto por una nación».

Había que tragar esta amarga píldora. Las treinta y cinco propuestas de reforma que siguieron estaban destinadas a endulzarla, pero la capa de azúcar era sumamente delgada. El primer punto afirmaba axiomáticamente que no se aplicarían impuestos que no tuvieran la aprobación de los representantes del pueblo (en el mismo acto en que se vaciaba de contenido esa representación). A lo largo del texto había salvedades análogas. Se concedía la libertad de prensa siempre que no dañase la religión, la moral o el «honor de los ciudadanos»: de hecho, el *statu quo*. Se abolían las *lettres de cachet*, excepto en los casos de sedición o de delitos en el seno de la familia (Mirabeau seguramente tuvo buenos motivos para sonreír sardónicamente en este punto). Podían anularse las exenciones impositivas, pero sólo si los beneficiarios lo acordaban, y debían preservarse y protegerse todos los gravámenes y los derechos señoriales como forma inviolable de la propiedad.

Hacia el final, el rey formuló una admonición. Si la asamblea le «abandonaba» en sus esfuerzos, se vería obligado a «continuar solo por el bien de mi pueblo, y consideraré que sólo yo soy su auténtico representante». Por lo tanto, si era necesario, y con la máxima renuencia, se convertiría en un déspota ilustrado. Por el momento,

«os ordeno, messieurs, levantar directamente la sesión para reuniros mañana en vuestras cámaras separadas donde continuaréis sesionando».

No sucedió nada parecido. El veintidós, mientras en el consejo real se saboteaba el plan de Necker, la Asamblea Nacional había continuado reuniéndose, reforzada ahora por más de 150 miembros del clero y un grupo de 47 nobles, que habían manifestado su clara intención de unirse a sus conciudadanos. En una manifestación de petulancia infantil, Artois había alquilado la pista de tenis para impedir que se reunieran allí. Pero de acuerdo con el espíritu de la moción de Mounier, la Iglesia de Saint-Louis era igualmente apropiada. Decidieron reunirse allí inmediatamente después de la *séance royale*.

Después de la salida, en mortal silencio, del rey y la corte, entraron los carpinteros para desarmar el estrado y las plataformas usadas en la ceremonia. El Tercer Estado permaneció sentado en actitud desafiante, en medio del desorden y los martillazos, y se metamorfoseó de nuevo en la Asamblea Nacional. Bajo la presidencia de Bailly reafirmaron obstinadamente todas las decisiones anteriores. Mirabeau, cuyo conocimiento de lo que era el arresto sumario no tenía rival en otros miembros de la asamblea, exhortó sobre todo a sus colegas a declarar la inviolabilidad personal de los diputados. Señaló que era posible que las reformas incluyeran aspectos positivos, pero en todo caso habían sido impuestas del modo más ofensivo. No correspondía a «vuestro mandatario» imponer leyes, sino al «mandatario» recibir las leyes del «sacerdocio inviolable de la nación». Todo lo que significase un ataque a esa inviolabilidad era, de acuerdo con un neologismo que él mismo acuñó, «un acto de *lèse-nation*».

Aquí, el joven marqués de Dreux-Brézé, maestro de ceremonias, a quien el rey había ordenado específicamente que preparase el salón para el Tercer Estado, reunió bastante valor para reiterar la orden real de desalojar el lugar. Sus observaciones fueron dirigidas a Bailly, pero la reacción procedió de Mirabeau, cuya cabeza imponente se volvió hacia el joven vestido rebuscadamente, que sin descubrirse condescendía a impartir órdenes a los que «no eran privilegiados». Mirabeau estaba enfermo y debilitado por la hepatitis, y es posible que su voz no tuviese la acostumbrada sonoridad. Las versiones difieren, y no se sabe de cierto que las palabras que siguieron fueran realmente las que después afirmó el propio Mirabeau: «Id a decir a quienes os enviaron que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no nos dispersaremos, excepto a punta de bayoneta».

La cuestión principal no es la exactitud del relato. La Revolución Francesa se desarrollaría a través de estos *tableaux vivants*, que cristalizaban en forma teatral la intensidad de los sentimientos experimentados por los participantes. Sólo con este sesgo dramático podía comunicarse su mensaje a los muchos millones que así participarían de su euforia, se comprometerían con el resultado y en definitiva manifestarían su adhesión. Ya era un nuevo tipo de religión.

En realidad, la intervención de Mirabeau fue mal vista por Bailly, que la

consideró una innecesaria llamada a las armas, pero de todos modos el propio Bailly repitió las decisiones de la asamblea en el sentido de continuar sus trabajos. Dreux-Brézé se retiró, caminando lentamente hacia atrás, sin descubrirse, exactamente como prescribía la etiqueta oficial: un apropiado saludo de despedida al rito del Versalles absolutista. Su actitud no fue nada más que una retirada. Pero la reacción de Luis XVI fue la rendición, no menos completa porque la formulase tan de pasada. Informado de la resolución de la asamblea, se encogió de hombros y comentó: «Oh, bueno, dejadlos estar».

Como durante el verano y el otoño de 1787, el rey adoptó la peor actitud posible, pues realizó un despliegue de autoridad real y luego retrocedió ante la posibilidad de imponerla. Se mostró cada vez menos capaz de decidir si en efecto podía convertirse en una especie de rey del pueblo, como había deseado Mirabeau, o si era el ungido de Reims, armado con la *oriflamme*. El problema de pronto cobró carácter urgente, pues pareció que se incubaba un disturbio popular en el centro de Versalles a causa de la elocuente ausencia de Necker, que no había asistido a la *séance royale*. Hacia el final de la tarde se vio a varios centenares de diputados que marchaban hacia el Control General en un gesto de solidaridad, y a este grupo se unió rápidamente una multitud de unas cinco mil personas, que gritaban «*Vive Necker*». María Antonieta, que había sido la más audaz en su actitud de desafío al pueblo, ahora era la primera que se asustaba ante la presencia de la gente que afluía al patio del castillo y luego entraba en el lugar, sin verse impedida por la milicia de los *gardes français*. Después de solicitar una entrevista con Necker, la reina le imploró que no renunciara, y en otra reunión el rey hizo lo mismo.

Ahora que la línea dura había fracasado de un modo tan evidente, Necker aceptó continuar en su puesto con la condición de que el rey aplicase el programa original que él había propuesto, y que apuntaba a la reunificación de los tres órdenes. Se separó del rey, y se paseó entre los diputados y los exultantes ciudadanos, y en una actitud característica intentó moderar el júbilo. «Ahora sois muy fuertes», dijo a los diputados, «pero no abuséis de vuestro poder». En contraste con este triunfo popular, el rey partió en dirección a Marly, y sus cocheros guiaron el carruaje a través de una multitud hosca y ominosa.

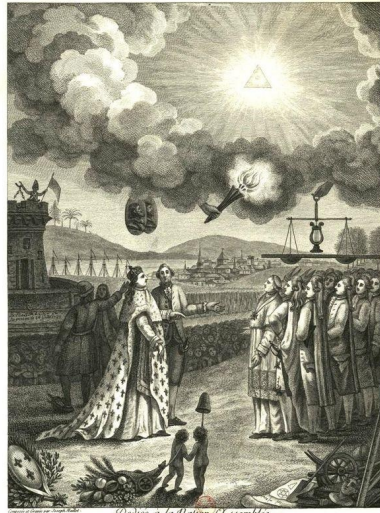
Aún hubo intentos esporádicos de imponer la autoridad real. Al día siguiente de la *séance royale*, Bailly llegó a la sala y la encontró guarnecida por soldados que, como la víspera, tenían órdenes de impedir que entrasen en el lugar los diputados nobles y clericales, o miembros del público. Pero la indignación de Bailly se disipó cuando fue evidente que el oficial a quien se había encomendado esta misión en efecto había acudido a la Asamblea Nacional, y que sus hombres confraternizaban entusiastamente con los diputados, e insistían en que «también nosotros somos ciudadanos». Aquí, el «clero patriótico» fue introducido por una puerta del fondo en la Salle des Menus Plaisirs, y encabezado por el arzobispo de Vienne de nuevo se convirtió en parte de la Asamblea Nacional. Más avanzado el día, el arzobispo de

París, que por error había sido identificado como uno de los principales enemigos del pueblo, evitó por poco que le lapidasen en su carruaje.

El día siguiente, 25 de julio, incorporó otro *tableau vivant* a los anales de la Asamblea Nacional, pues cuarenta y siete miembros de la nobleza liberal finalmente se unieron a la asamblea. Los habían precedido dos nobles de los ocho diputados del Delfinado, y los restantes se les unieron en *bonne compagnie*, como dijeron al día siguiente. Llegaron encabezados por Stanislas Clermont-Tonnerre, e incluían a muchos de los miembros que concurrían al club de Duport durante el otoño precedente: Lally-Tollendal (el vindicador de su padre), el duque d'Aiguillon, el duque de Luynes, La-Rochefoucauld-Liancourt, Alexandre de Lameth, Montmorency de Luxembourg y, no menos importante que los anteriores, el propio Felipe, duque de Orléans y primo del rey. No eran advenedizos, sino la crema misma de la aristocracia: hombres cuyos antepasados habían caído en los campos de la Guerra de los Cien Años; que habían acompañado al joven Rey Sol en su *promenade* militar a través del Franco-Condado y Flandes; que habían sido mariscales, condestables y grandes limosneros de Francia. Ahora, eran ciudadanos.

Faltaba Lafayette. Su ausencia fue aún más notable porque había sido miembro del partido de nobles liberales que con sus personas cortaron el paso a un destacamento de soldados enviados para intimidar al Tercer Estado después de la *séance royale*. Lafayette pertenecía a un grupo de alrededor de setenta diputados nobles que antes habían votado por la reunión general, pero se sentían obligados por los deseos de sus electores a mantenerse separados a menos que el rey ordenase lo contrario. Existía la posibilidad de incorporar un número decisivo si la Asamblea Nacional estaba dispuesta a respetar la perspectiva de que ellos conservasen cierto tipo de identidad particular en los asuntos relacionados con la nobleza. Pero pedir esto, de hecho equivalía a pedir a la asamblea que renunciara a la premisa de su identidad recién creada: la indivisibilidad de la ciudadanía. Una «diputación» de los nobles no fue atendida, con el argumento que recibirla implicaría reconocer esas pretensiones especiales.

El 26 de junio los Estados Generales finalmente murieron, y recibieron el golpe de gracia del propio rey, que había promovido su nacimiento. Escribió a los diputados de los dos órdenes privilegiados, «comprometiéndolos» a unirse «para alcanzar mis paternas metas». Con esta actitud no sugería necesariamente una capitulación incondicional frente a las decisiones del 17 y el 20 de junio (la anulación de los órdenes en el marco de una soberanía indivisible conferida a la Asamblea Nacional). Incluso después de la última reunión, a las dos de la tarde, celebrada en una atmósfera de desagradable gravedad más que de alegre reconciliación, algunos nobles y clérigos continuaron interpretando la carta real en el sentido de que debían tratar en común los asuntos de interés conjunto.



Necker conduce a Luis XVI hasta los tres órdenes unidos bajo los medallones de Enrique IV y su ministro Sully

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Todas estas reservas fueron barridas en una gran oleada de celebración popular al aire libre. Se iluminaron las calles de Versalles; los petardos explotaban en el aire vespertino. La multitud que cantaba y bailaba llenó los patios y las calles que llevaban al palacio, gritando «*Vive Necker*» y por lo menos con la misma frecuencia «*Vive le Roi*». Persuadidos de la buena disposición de la gente, Luis y María Antonieta realizaron una repentina aparición. Permanecieron de pie en el balcón del dormitorio de Luis XIV, contemplando la *Cour de Marbre*, donde Molière había representado y Lully dirigido para el Rey Sol. Trataron de mostrarse complacidos, Luis incluso intentó un gesto de saludo. Pero la reina era el blanco de todos los ojos, no por la magnificencia de su aspecto, sino por su modestia. Decíase que el dolor provocado por la muerte de su hijo le había encanecido visiblemente los cabellos, que ahora llevaba peinados sobre los hombros como una ciudadana. No se había puesto joyas. Se volvió hacia la habitación y conteniendo las lágrimas presentó a sus dos hijos para que los viese la sorprendida multitud. Unidos, *papa, maman, les enfants* con los rizos rubios que les llegaban a los hombros permanecieron en silencio frente a la gente que los aclamaba hasta desgañitarse. Fue el primero de muchos encuentros futuros, pocos tan afables como este. Pero por el momento la visión de los reyes y sus hijos infundió renovado sentido al comentario de Bailly formulado antes esa misma tarde: «Ahora, la familia está completa».

El marqués de Ferrières a madame de Medel, domingo 28 de junio:

Querida hermana, te diré una sola palabra, pues quizás estabas preocupada por d'Iversay y por mí. Estuvimos cerca de la catástrofe más sangrienta, una repetición de los horrores de la masacre de la Víspera de San Bartolomé. La debilidad del gobierno parece autorizarlo todo... La *séance royale* sirvió únicamente para promover el triunfo del Tercer Estado. La misma tarde se obligó al rey a cambiar su declaración, pese a que había sido aceptada por nosotros... El viernes, cincuenta miembros de la nobleza, encabezados por el duque de Orléans, se unieron al Tercer Estado, a pesar de que la mayoría de sus electores les había prohibido expresamente votar de manera individual. Yo

ciertamente habría hecho lo mismo con mayor justificación, pues mi *cahier* no imponía nada riguroso acerca de la votación por orden o individual, y por mi parte juzgo con total indiferencia el modo de deliberación... pero me pareció que no podía abandonar a mi orden en las circunstancias críticas en que se encontraba. En el Palais-Royal la gente habla francamente de masacrarnos, nuestras casas están señaladas con vistas a este crimen, y mi puerta fue marcada con una «P» negra [por *proscript*, proscrito]. Esta carnicería al parecer debía ejecutarse la noche del viernes o el sábado. En verdad, en Versalles todos eran cómplices.

La corte esperaba verse atacada de un momento a otro por cuarenta mil bandidos armados que, según se decía, venían de París. Los *gardes françaises* rehusaban obedecer órdenes; compañías enteras desertaron y fueron al Palais-Royal, donde les servían bebidas heladas y eran exhibidas en triunfo. Felizmente, la persona en cuyo nombre se concibió esta conspiración infernal [Orléans] es demasiado cobarde para comportarse como un villano. De manera que las noches del viernes y el sábado pasaron tranquilamente y el sábado 27 el rey nos escribió por intermedio de nuestro presidente, M. de Luxembourg, para decirnos que nos incorporásemos al Tercer Estado...

Ahora todo parece tranquilo; pero los *gardes françaises* ya no reconocen a sus oficiales; la defección de las tropas es general y todo anuncia una gran revolución... Se celebrarán los Estados Generales de 1789, pero con un estandarte sangriento que será llevado a todos los rincones de Europa... Adieu, querida mía, buena hermana; el estado de cosas no es muy reconfortante. Si por lo menos hubiese un hombre [fidedigno] no creería que la situación es desesperada, pero los ministros son tan incapaces... Abraza en mi nombre a Médel.

Tu
Charles-Elie

10

LA BASTILLA

Julio de 1789

I - Dos clases de palacio

Versalles había sido construido oponiéndolo a París.

La primera fuente visible en el parque del castillo, al descender de la terraza, narra la historia. En un estanque circular, se alza Latona sosteniendo a su pequeño hijo Apolo. Ha huido de la celosa cólera de Juno, cuyo esposo Júpiter se ha insinuado a Latona. Al detenerse en su fuga para beber un poco de agua, Latona soporta el ataque de los campesinos, movilizados por la vengativa diosa. Al ver el aprieto en que se encuentra, Júpiter interviene y transforma a los campesinos en ranas. Éste es el momento fijado por el escultor, con los anfibios del tamaño de gatos acechando o saltando hacia la ninfa, y croando en su metamorfosis. Algunos todavía conservan el tronco humano, pero las cabezas se han transformado y muestran los ojos saltones y las bocas grandes muy abiertas.

Para el Rey Sol esta historia tenía un significado personal directo. Su madre, Ana de Austria, había sido expulsada de París por la rebelión de la Fronde, y en la huida había llevado a su pequeño Apolo. En su edad adulta, Luis XIV decidió que jamás volvería a caer cautivo del pueblo y los pares de París. Aunque el castillo de Versalles había comenzado como un pabellón de caza y un lugar de bailes y jolgorios, el rey muy pronto lo convirtió en el lugar en que podía redefinir su absolutismo. Su ministro Colbert gastó enormes sumas en el Louvre, con la esperanza de que Luis lo convirtiese en la principal sede de su gobierno; pero fue inútil. Ser el Rey Sol significaba construir un ámbito simbólico de piedra y agua, de mármol y espejos, donde el monarca y el planeta recorrerían su periplo cotidiano serenamente al margen del desorden de la vida urbana. La música cortesana prevalecería sobre el croar de las ranas.

Durante un siglo esa táctica fue eficaz. París y Versalles fueron mundos separados. Si la paz del rey se veía turbada en Versalles, era por obra de los habitantes y los campesinos locales, pues la caminata de seis horas desde París era un disuasorio que se oponía a las manifestaciones populares. Este viaje no sólo llevaba tiempo y esfuerzo, sino que era peligroso. El Bois de Boulogne, por donde debían pasar los viajeros para llegar a los caminos occidentales, como todos sabían estaba habitado por *bandes* de ladrones y prostitutas.

Pero en carruaje el tiempo del viaje se reducía a dos horas, a lo sumo tres. Y durante el reinado de Luis XVI el centro de gravedad de los *grands* de la corte pasó del castillo a la ciudad. Sus *hôtels* estaban en el *faubourg* Saint-Germain, o habían sido reacondicionados con elevado costo en el Marais; los lugares de recreo estaban en la Opera, los teatros urbanos y los *concerts spirituels*, y comparado con todo esto el entretenimiento de la corte parecía una actividad descolorida y secundaria. El

mejor arte estaba en el Salón Bional, las conversaciones más ingeniosas en las cenas privadas y las «reuniones» del tipo que podía encontrarse en casa de Duport o de Necker. Lo que es más importante, la iniciativa política había pasado de los corredores y los aposentos de Versalles al Palais de Justice y el Palais-Royal. De modo que los cortesanos, cuya jerarquía y cuya identidad se definían antaño por el orden jerárquico del palacio, poco a poco comenzaron a practicar el absentismo. «Incluso en las cadenas del despotismo», comentó Mirabeau, «París siempre preservó su independencia intelectual, y los tiranos se vieron obligados a respetarla. A través del reinado de las artes y las letras París preparó el de la filosofía, y a través de la filosofía el de la moral pública».

Incluso antes de que París acudiese para apartar al rey de Versalles; el Palais-Royal se había impuesto al Château de Versalles. En todos los aspectos era su contrario; más aún, su Némesis. En el centro del château había un bloque de pabellones donde el control del rey sobre las actividades se veía formalizado por los apartamentos dispuestos en fila uno tras otro, de modo que el acceso a cada nivel podía impedirse o facilitarse según lo requiriese el rito y el decoro. Al norte y al sur se extendían inmensas salas de una longitud aproximada de ochocientos metros, desde todo punto de vista subordinadas, que alojaban los servicios gubernamentales y palaciegos del monarca teóricamente omnipotente. El Palais-Royal era un espacio abierto, con un perímetro de columnas: el equivalente parisiense de espacios republicanos como la Piazza San Marco de Venecia. Su arquitectura no impartía instrucciones. Más bien invitaba a pasear, observar, hojear, leer, comprar, charlar, coquetear, comer. Todo al azar, en un orden espontáneamente improvisado, o sin ningún orden en absoluto. Mientras Versalles era el lugar más cuidadosamente patrullado de Francia, en el Palais-Royal, como propiedad del duque de Orléans, estaba prohibida la presencia de la policía, salvo que la llamase su propietario. Si el Versalles institucional atribuía gran importancia a la jerarquía del rango, la actividad frenética del Palais-Royal la trastornaba subversivamente. Versalles proclamaba la disciplina corporativa; el Palais-Royal celebraba la anarquía pública de los apetitos.

En la corte, e incluso hasta cierto punto en las asambleas del consejo, las manifestaciones eran siempre y en todos los sentidos cautelosas. En el Palais-Royal podía decirse todo, y cuanto más extravagante la expresión, tanto mejor. En los cafés del tipo del Café Foy, Arthur Young encontró

multitudes expectantes que escuchaban *à gorge déployée* a ciertos oradores que encaramados en sillas o mesas arengaban a su público. El interés con que se los escucha y las salvas de aplausos que reciben por los sentimientos de audacia o violencia, más que usuales, que formulan contra el gobierno actual no pueden ser imaginados fácilmente.

Young se sintió igualmente impresionado por la democratización de la pirotecnia. En Versalles los espectáculos de fuegos artificiales desde los tiempos de Luis XIV habían sido organizados cuidadosamente con el fin de rendir tributo a la majestad. En

el Palais-Royal, por cortesía de Orleans, doce *sous* permitían comprar tantos buscapíes, cohetes y serpientes como podían obtenerse con cinco libras en las fuentes normales de abastecimiento. La noche del 27 de junio, para celebrar la reunión de los órdenes, el cielo de París presenció explosiones de ruido y de color, mientras que el cielo sobre Versalles permanecía sombríamente silencioso.

Y ya nadie dudó de que el Palais-Royal era el imperio de la libertad, cuando las compañías amotinadas de *gardes françaises* fueron allí el 28 de junio para anunciar que de ningún modo dispararían sobre el pueblo. El día 30, dos miembros de ese cuerpo fueron a la Asamblea Nacional, vestidos con ropas civiles, para denunciar a su comandante, el duque de Châtelet, y fueron arrestados por los húsares y enviados, con una docena de sus camaradas, a la prisión de Abbaye. Cuando se difundió la noticia de la detención, fueron liberados por una multitud de cuatrocientas personas, que después ofreció a los soldados una cena festiva y pública. El duque de Orléans abrió las instalaciones para permitir un festejo que duraría la noche entera, y protegidos por sus «hermanos ciudadanos» los granaderos rebeldes durmieron en el suelo del salón de música de las Variétés Amusantes. Al día siguiente, se colgaron canastos del nuevo alojamiento de estos hombres en el Hôtel de Genève, perteneciente al Palais-Royal, de modo que los simpatizantes pudieron realizar contribuciones patrióticas en favor de sus héroes. Como no deseaban apoyar un desafío total a la autoridad, los electores del Hôtel de Ville y la Asamblea Nacional concibieron un compromiso destinado a salvar las formas; así, los guardias aceptaron regresar por una noche a la prisión, y después fueron perdonados y dados de baja.

En el clima de desafío locuaz y chispeante que prevalecía en el Palais-Royal, no fue sorprendente que la revolución parisiense comenzara allí. Pero nació no tanto de la rebelión festiva como de la desesperación. Hacia el mes de julio los precios del pan estaban alcanzando niveles que sugerían no sólo la escasez, sino el hambre. Las condiciones de la Francia urbana estaban acercándose rápidamente al nivel de una guerra por los alimentos. Hacia fines de junio, en Lyon, la segunda ciudad de Francia, los participantes en los disturbios ya habían dispuesto ventas de granos exentas de gravámenes, en la errónea creencia de que estaban satisfaciendo los deseos del rey. En París, los ataques esporádicos a las *barrières* aduaneras dispuestas alrededor de la ciudad habían llegado a ser tan frecuentes que fue necesario apostar soldados allí y en los mercados, y acompañar a todos los convoyes para proteger el grano y la harina. Los miércoles y los sábados, cuando los panaderos ambulantes vendían su mercancía en Les Halles y en otros mercados específicos, eran ocasiones particularmente peligrosas. Se prohibió a los panaderos retirar de sus puestos las hogazas no vendidas, que quedaban al fin de la jornada, y de ahí que a esa hora las multitudes hambrientas se congregasen con la esperanza de obtener precios más bajos. Precisamente entonces se agudizaba el peligro de actos de violencia y de que los hambrientos se apoderasen del pan.

Los primeros días de julio también fueron críticos para los pobres en otro aspecto

fundamental. Pues al final de la primera semana estaba el temido *terme*: la fecha de pago de todas las cuentas, incluida la renta. Como ha descrito vívidamente Richard Cobb, el *terme* de julio era el peor, pues al llegar el *terme* de octubre se había recogido la cosecha y el pan era más barato, y en enero a menudo se obtenía un trato más clemente y cierto crédito con vistas a los crueles meses de invierno. En julio, antes de la cosecha, los precios del pan siempre eran más altos y el ingreso disponible más reducido. En vísperas del día del pago, es decir, el siete, familias enteras y colonias de familias desalojaban, a veces llevando consigo las sábanas que usaban para descender de las altas ventanas. Era un período de miedo, desconcierto y éxodo.

De manera que cuando la noticia de que Necker había sido despedido sumariamente y exiliado por el rey llegó al Palais-Royal, el domingo doce de julio, provocó un estallido instantáneo de pánico y furia. Pues Necker había sido no sólo un símbolo de la victoria del Tercer Estado, sino el más reciente *père nourricier*. En muchos de los innumerables grabados que exaltaron su fama, se le mostraba como el agente de las cornucopias: el hombre que podía crear solvencia a partir de la bancarrota, ofrecer trabajo donde antes había desocupación, y suministrar pan donde había hambre. Su reputación de integridad le acompañaba como una aureola, en contraste directo con los aristócratas, que no se detenían ante nada, ni siquiera ante la posibilidad de provocar el hambre, para desalojarle del poder (No todas estas lisonjas eran inmerecidas. Necker había ofrecido su fortuna personal como garantía de un embarque de granos despachado por la casa bancaria Hope, de Amsterdam).

La idea de que el hambre era consecuencia, no del clima, sino de la conspiración, tenía una antigua tradición en Francia. Pero nunca estuvo más ampliamente difundida ni se expresó con tanta cólera como en 1789. Si los panaderos y los molineros que acaparaban sus existencias con el fin de obtener precios más elevados eran los villanos inmediatos, detrás de ellos se alzaba una conspiración aristocrática aún más siniestra. Su propósito inmediato era desacreditar a Necker y obtener que fuera despedido. Una vez que él desapareciera, decían los folletos, podía tenerse sujeto al pueblo hasta que a su vez se disolviera sin riesgo la Asamblea Nacional. «Los siglos anteriores», decía el autor de un folleto, «no ofrecen ningún precedente de una conspiración tan repugnante como la que esta aristocracia moribunda ha concebido contra la humanidad».

A veces, las teorías de la conspiración acertaban. Por supuesto, no hubo conspiración para imponer al pueblo la sumisión por hambre, pero ciertamente existió el propósito de acabar con Necker y disolver la Asamblea Nacional. Por ejemplo, el 9 de julio las opiniones acerca de Necker eran muy distintas en Versalles y en el Palais-Royal. Cuando se disponía a entrar en el consejo real, Necker fue saludado por Artois, que le mostró amenazadoramente el puño, y le insultó diciéndole que era un «traidor extranjero» y un «miserable burgués» que no tenía «lugar» en el consejo y debía regresar a la «mezquina ciudad» a la que pertenecía. Durante la reunión misma, el príncipe llegó al extremo de decir al ministro que creía que era necesario ahorcarle.

El mismo día, en el Palais-Royal, una «mujer de calidad» recibió una azotaina pública en el trasero porque según se afirmaba había escupido sobre un retrato del ministro-héroe.



Mujer castigada por escupir sobre el retrato de Necker

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Todos estos temores y sospechas parecían corroborados por el creciente número de soldados que estaban en París y sus alrededores. Los cálculos acerca de su número exageraban la amenaza, pero no había modo de ignorar la presencia conspicua de soldados alemanes y suizos en esa tropa (Incluso algunos de los regimientos franceses nativos eran hombres de habla alemana procedentes de Lorena). Las tropas extranjeras, coaligadas con grupos de «bandidos armados», según pensaban todos estaban recorriendo la campiña y se preparaban para invadir las ciudades en su condición de brazo vengador del despotismo.

La concentración sistemática de fuerzas militares no era un invento de la paranoia popular. Luis XVI había impartido la primera de una serie de órdenes de marcha a los regimientos de la frontera el 22 de junio, cuando aún esperaba que la *séance royale* frustrase la Asamblea Nacional. Esa política fracasó, y el monarca convocó más tropas el día 26. Hacia el 16 de julio, una serie de refuerzos debía elevar a más de veintiún mil hombres la masa de tropas en París y la región de Versalles. Un considerable número de regimientos —más de un tercio— eran extranjeros, muchos de habla alemana. El rey afirmó que se movilizaban las tropas para impedir los posibles desórdenes en París y sus alrededores. Pero a los ojos de la reina, Artois y el grupo de ministros encabezados por Breteuil, que ansiaban presenciar la salida de Necker, la exhibición de fuerzas militares debía ser el instrumento que permitiría a la corona recuperar su libertad de acción.

Ese plan se vio frustrado por la ansiedad de los que debían ejecutarlo, que temían que la cadena de mando estuviese al borde de la desintegración. Esos temores tenían cierto fundamento. Hacia la década de 1780 la cifra de desertores en el Ejército francés se había elevado a tres mil anuales. Eso a pesar del brutal castigo dispensado a los primeros infractores: diez pasadas por una baqueta de cincuenta hombres

armados con estacas. El 2 de julio el embajador británico informó que se había infligido la misma tortura a dos soldados del regimiento suizo del Salis-Samade, que habían actuado en complicidad con los *gardes françaises* amotinados. Otros dos fueron ahorcados.

El problema más grave era que el descontento de ningún modo se limitaba a los soldados de fila, y en cambio se había infiltrado, en los rangos de los oficiales de menor jerarquía. Si existía un lugar en el antiguo régimen en que la realidad social coincidía con la polémica acerca de los monopolios aristocráticos y el ascenso frustrado, era precisamente el Ejército. Las reformas de Guibert quizás originaron cierta mejora de la paga, pero también aportaron la disciplina prusiana y la aplicación inflexible de la norma que reservaba los rangos a la «vieja» nobleza. Aunque la ley Ségur tenía la intención de proteger a la nobleza más antigua y más pobre, persistió la queja más difundida: los hijos pobres y malcriados de las dinastías ricas recibían rango en los regimientos cuando apenas habían salido del colegio. Esta situación irritaba a los oficiales de carrera y a los suboficiales, que veían bloqueada por la nueva ley toda esperanza de ascender en la casta de oficiales. Por consiguiente, la retórica anti aristocrática tuvo buenos motivos para abrirse paso en los rangos inferiores.

Es posible que los soldados rasos del ejército regular se mostraran incluso más receptivos a la idea de identificarse con la ciudadanía del Tercer Estado. De acuerdo con Samuel Scott, más del ochenta por ciento había ejercido otro oficio antes o después, y una proporción sorprendentemente elevada procedía del ámbito de los artesanos urbanos. Por lo tanto, el Ejército real de línea no era en absoluto una fuerza campesina, y en cambio estaba más cerca de los trabajadores de los *faubourgs* que habían saqueado la fábrica de Réveillon, y formarían la mayoría de los «conquistadores» de la Bastilla. Esta improvisada solidaridad entre las tropas y el pueblo sería fundamental el catorce de julio, cuando más de cincuenta soldados regulares se unieron al pueblo que tomó por asalto la fortaleza. Pero incluso antes de esa fecha, los informes sobre la renuencia de las tropas a usar la fuerza contra los asaltos a los depósitos de grano o las ventas forzosas estaban convirtiéndose en un fenómeno usual.

Esta fraternidad instintiva era incluso más evidente en los *gardes françaises*. Antes de la investigación monumental de Jean Chagniot, se creía generalmente que los guardias eran el estrato de más edad y más estable de la población parisiense, individuos que a menudo ejercían sus oficios para redondear la escasa paga. Ahora tenemos un perfil muy distinto, pero que destaca todavía más su vulnerabilidad frente a la propaganda revolucionaria. Muchos guardias eran jóvenes, y llegaban de las provincias, sobre todo de ciudades del norte, como Amiens, Caen y Lille, y estaban lejos de ser un estrato asentado. Una serie de reformas durante las décadas de 1760 y 1770 habían eliminado la posibilidad —aprovechada por sus predecesores de un período anterior del siglo— de abrir tiendas o atender puestos en los mercados. La

mitad de los hombres estaban casados y tenían familia, y a veces las esposas los mantenían. Pero los soldados de fila del organismo militar, de los cuales más dependía el antiguo régimen para complementar los aproximadamente mil quinientos policías, de hecho eran individuos desarraigados, pobres y con frecuencia insubordinados. En el ambiente de los oficiales de menor jerarquía, sobre todo los sargentos, según se quejaba un oficial veterano, existía un «sentimiento de igualdad que por desgracia en el siglo actual reúne y mezcla todas las posiciones y todos los rangos». Jean-Joseph Cathol, hijo de un notario de Auvergnat y sargento de la guardia, más tarde señaló que en 1788 él comenzó a leer los artículos que «denunciaban la villanía de los curas y los nobles», y que llevó a las filas su nueva combatividad política. Otros que se enredaban menos activamente en la discusión política simplemente se vieron arrastrados por la atmósfera opositora que hallaban en las tabernas donde bebían y en el Palais-Royal, donde paseaban. Por ejemplo, el 12 de julio un cadete del regimiento Reinach de Versalles se encontró con dos guardias, que estaban acompañados por mujeres y se hallaban visiblemente muy borrachos, que le dijeron: «Ven con nosotros, en París te espera dinero y progreso».

Sea cual fuere la combinación de razones, los disturbios de Réveillon fueron, para los *gardes françaises*, una especie de traumático momento de cambio, después del cual tendieron a demostrar una actitud de combativa desobediencia frente a las órdenes. Asimismo, tendieron cada vez más a responder a su condición de nativos patriotas. El 6 de julio en Versalles casi llegaron a las manos con los húsares de habla alemana que habían sido movilizados para intimidar a los habitantes del pueblo. Y el ocho, Jean-Claude Monnet, un vendedor ambulante de lotería, fue arrestado por distribuir entre los soldados folletos sediciosos, uno de los cuales era una llamada a los granaderos procedentes de «un viejo camarada de los Gardes Français». El mensaje decía: «Somos ciudadanos antes que soldados, franceses antes que esclavos».

Las impresiones se polarizaron muy rápidamente. Al parecer, un bando estaba formado por la reina austriaca y sus secuaces de la corte, apoyados ahora por los húsares húngaros y los dragones alemanes. Acampados en el Campo de Marte, en los Inválidos, según se decía estaban preparándose para volar el Palais-Royal. Otro campamento, en Saint-Denis, estaba organizado para bombardear la ciudad desde las Buttes de Montmartre. Decíase que Breteuil, el principal antagonista de Necker, había afirmado en el consejo: «Si tenemos que quemar París, París arderá», y al parecer ahora esa gente disponía de los hombres y los medios necesarios. Frente a esta siniestra conspiración se levantaban los soldados nativos dirigidos por los *gardes françaises*, pero con la presencia de otras tropas dispuestas a seguirles si se amenazaba seriamente al pueblo. En Nangis, «bastante cerca de París, de manera que la gente esté al tanto de la política», el 30 de junio el *perruquier* que atendía a Arthur Young le señaló que debía estar «tan cierto como nosotros de que los soldados franceses nunca dispararán contra el pueblo», y añadió: «pero si lo hacen, es mejor

recibir un balazo que morir de hambre».

Mirabeau compartía esta opinión. «Los soldados franceses no son meros autómatas... verán en nosotros a sus parientes, sus amigos y sus familias... nunca creerán que es su deber atacar sin preguntar quiénes son las víctimas...». Pero dijo esto el 8 de julio, en un discurso ante la Asamblea Nacional, en un tono cargado de aprensión. En una oración de carácter profético, pintó el cuadro de la inminente guerra civil. Aunque también exageró —en la cifra de treinta y cinco mil— el número de soldados distribuidos entre Versalles y París, nadie podía quedar indiferente al retumbar de la artillería que avanzaba por los caminos y cruzaba los puentes, y al espectáculo de las baterías emplazadas; es decir, todo lo que él describía. Peor aún era el evidente engaño que estaba urdiéndose: el vicio incorregible del antiguo régimen cuando se enfrentaba con los Hombres Nuevos. ¿Acaso, preguntó retóricamente Mirabeau, los que se han embarcado en estas locuras «han previsto las consecuencias que acarrearán para la seguridad del trono? ¿Han estudiado en la historia de todos los pueblos cómo comienzan las revoluciones...?»

Había tocado un nervio sensible de la Asamblea. Los diputados habían visto, impotentes y aprensivos, cómo se levantaban las tiendas, primero en la Cour de Marbre, después en la gran Orangery de columnatas construidas por Mansart según el modelo de un circo romano. Había pirámides de mosquetes apoyados sobre las columnas dóricas. La elocuencia de Mirabeau expresó la aprensión cada vez más intensa, y su discurso fue saludado con salvas de aplausos que resonaron sobre la cabeza sudorosa. Cuando el clamor de aprobación se calmó, se redactó un mensaje al rey, y en él se mencionó, con certera presciencia, el «peligro... más allá de todos los cálculos de la prudencia humana... La presencia de tropas [en París] producirá nerviosismo y desórdenes y... el primer acto de violencia so pretexto de mantener el orden público puede desencadenar una horrible secuencia de males». Se pedía a Luis que retirase las tropas y desactivase esta explosiva situación.

El rey contestó dos días después, el 10 de julio. Trató de calmar los sentimientos de ansiedad de la asamblea con la afirmación de que se había convocado a las tropas para contener en París los desórdenes violentos de la magnitud de los disturbios de Réveillon, y que los soldados habían llegado para «proteger», y no para intimidar a la asamblea. Todo esto era el clásico lenguaje preparatorio del golpe de estado militar. ¡El rey incluso añadió la gratuita sugerencia de trasladar la asamblea a los Noyons o los Soissons si las «condiciones» impedían que trabajase en Versalles!

Sólo el monárquico más candoroso pudo haberle creído. Por supuesto, la verdad era que el mismo día de la alocución de Mirabeau —y quizá provocado por ella— Luis XVI había decidido realizar una prueba de fuerza: su fuerza contra la que afirmaba tener la Asamblea Nacional. Era un gesto decisivo y más rápido que lo que se habían atrevido a esperar los que le exhortaban a aceptar este enfrentamiento, sobre todo la reina y los príncipes. Parece que ya estaba harto de que le dijeran lo que le convenía y convenía a la monarquía. Su exasperación ante la actitud de virtuosa

rectitud de Necker se había convertido en algo cercano al desagrado total cuando el 23 de junio se vio desplazado del primer plano por el ministro. En cierto momento de su persecución al jabalí, las aves y el venado, que continuó sin desmayo, Luis XVI había decidido afirmar el honor de los Borbones.

En primer lugar, necesitaba la aprobación de Breteuil, que sería designado sucesor de Necker en el ministerio destinado a presentarse ante la Asamblea Nacional. Cuando lo obtuvo, el día 10, el rey informó a los príncipes. Aunque el plan militar de estos hombres exigía que todas las tropas disponibles estuviesen en los lugares fijados el 16, nadie se mostró dispuesto a frenar el nuevo ardor y la necesidad de autoafirmación del rey. Más aún, ese fin de semana era ideal para el golpe. La Asamblea Nacional no se reuniría hasta el domingo, y podía expulsarse del país a Necker antes de que tuviese tiempo de reaccionar.

El sábado 11, el ministro se disponía a degustar una agradable comida a las 3 de la tarde, cuando La Luzerne, ministro de Marina, llegó con una carta del rey. El texto era breve y definido. Ordenaba a Necker que se retirase *sans bruit* —en secreto— de Versalles, e incluso de todo el territorio de Francia, y regresase a Suiza. Necker guardó la nota en el bolsillo, habló brevemente a su esposa y pidió el carruaje donde solía dar su paseo vespertino. Alrededor de las cinco depositaron una maleta en su interior; madame Necker, todavía en su *tenue de soirée*, ascendió al carruaje, seguida por su esposo. El vehículo hubiera debido enfilarse hacia el sur, en dirección al Mâconnais, Lyon y la frontera suiza. En cambio, viajó hacia el nordeste, hacia Bruselas, donde los Necker descendieron al día siguiente. Desde allí, Necker escribió una carta a los banqueros holandeses Hope, para ratificarles que, pese a su exoneración, los dos millones de libras que ellos habían prestado como garantía de los inminentes embarques de grano a Francia continuaban firmes.

Era el gesto de un *honnête homme*, que contrastaba dramáticamente con la petulante inseguridad del monarca que le había despedido.

Ver Fuentes y Bibliografía

II - Espectáculos: la batalla por París

12-13 de julio de 1789

Nunca se habían concebido verdaderas dudas sobre la atracción que realmente movilizaba a los clientes del museo de cera de M. Curtius. *Le Grand Couvert* mostraba a la familia real reunida con el hermano de la reina, José II, gozando de su cena. Era la culminación de una muestra que también incluía a celebridades y héroes como Voltaire y el vicealmirante d'Estaing. Cada figura había sido plasmada y pintada por Peter Creutz (ese era el nombre alemán con que había nacido), cuya carrera fue otra historia de gran éxito de un organizador de espectáculos y empresario en la Francia del siglo XVIII. Mayeur de Saint-Paul, cuyo libro sobre el boulevard du Temple se especializó en hacer burla de la baja vida y los especialistas de lo burlesco que podían descubrirse allí, consideraba a Curtius un paradigma del hombre que había triunfado por sus propios esfuerzos: con talento, sagacidad, y sobre todo laborioso. Ciertamente, el hombre conocía su mercado. A dos *sous* por cabeza Curtius sabía atraer filas interminables de asombrados visitantes que procedían de todos los sectores de la vida. Cuando habían terminado de maravillarse ante la habilidad de Curtius, y creían estar riendo con Voltaire, sollozando con Rousseau o espiando a María Antonieta, que se preparaba para ir a dormir, podían comprar una de sus figurillas de cera que representaban a los «galantes» y las «libertinas», y que provocarían picantes risitas en casa.

Envalentonado por el éxito y la prosperidad, Curtius no vaciló cuando el Palais-Royal comenzó a alquilar locales de comercio en 1784. Ocupó el Salón Número 7 y lo llenó de la misma y eficaz mezcla de héroes militares y culturales y escenas cortesanas que tan buen resultado le había dado en el boulevard y las ferias de Saint-Germain y Saint-Laurent. Para satisfacer a una clientela algo más exigente, añadió una balaustrada divisoria y estableció dos precios de admisión: doce *sous* delante, dos detrás. Allí tuvo que competir con algunas importantes atracciones rivales, como Paul Butterbrodt, un hombre de casi doscientos kilos, y peor aún, con la sinvergüenza que pretendía ser un modelo de cera con el nombre de «la bella Zulima», muerta hacía doscientos años, pero conservada milagrosamente y asequible a una inspección completa por unos pocos *sous*. Pero Curtius sabía adelantarse a la competencia. Instaló un ventrilocuo que ofrecía representaciones diarias del mediodía a las dos, y de cinco a nueve de la noche. E incorporó asuntos del momento, con sus correspondientes héroes: Lafayette, Mirabeau, Target, y por supuesto el duque de Orléans y M. Necker.

De modo que cuando vio a una multitud de un millar de personas que enfilaban hacia el Salón Número 7 en estado de conmoción patriótica, alrededor de las cuatro

del domingo 12 de julio, seguramente imaginó a qué venían. Después de entregar los bustos de Orleans y Necker, Curtius pudo pronunciar un discursito digno de los mejores actores del Théâtre-Français: «Amigos míos», afirmó, «él [Necker] está siempre en mi corazón, y por eso estaría dispuesto a abrirme el pecho para dároslo. Aquí tengo sólo su imagen. Es vuestra». Una tremenda actuación. Los bustos fueron llevados en triunfo por la multitud que aclamaba.

A lo largo del día el Palais-Royal había sido un caldero hirviente. El rey y sus consejeros habían pensado que era mejor que el público se enterase del exilio de Necker (como sabían que sucedería, pese a todo el secreto) en domingo, porque de ese modo se impedía una reacción inmediata a la Asamblea Nacional. Pero para el centro opositor oficioso —el Palais-Royal— el domingo era el día perfecto para una estridente contramaniobra organizada. Estaba atestado de visitantes, *flâneurs*, oradores, campesinos de las aldeas *hors des murs*, artesanos de los *faubourgs*. Alrededor de las tres una multitud cercana a las seis mil personas se había reunido en torno a un joven, de cutis pálido y ojos oscuros, con los cabellos cayéndole desordenados sobre los hombros, hablando excitado desde una de las mesas que estaban frente a un café.

Camille Desmoulins tenía entonces veintiséis años, y era el hijo más favorecido de una numerosa familia de Guise, en Picardía. Su padre, teniente coronel del *bailliage* local, se había esforzado y ahorrado para asegurar la educación en París de su precoz hijo. Los hermanos habían debido contentarse con seguir la carrera militar, concertando matrimonios modestos, y en el caso de una hermana, con el convento inevitable. Desmoulins había asistido al Lycée Louis-le-Grand, donde conoció a Maximilien Robespierre, de Arras, y a un grupo heterogéneo de varones —algunos aristócratas, muchos burgueses, algunos incluso de origen artesano— que formaban la población estudiantil de esa institución extraordinaria. Como ellos, había absorbido muchas cosas de Cicerón, Tácito y Tito Livio, y había sentido la agitación romana en su propia sangre.

Aunque su padre esperaba que se dedicara al derecho, Desmoulins trató de mantenerse con escritos ocasionales, y así compuso una «Oda a los Estados Generales». En junio de 1789 *La France Libérée* (Francia Liberada) fue aceptada por el editor Momoro, a quien agradaba autodenominarse «El Primer Impresor de la Libertad». Aunque fue publicada pocos días después de la caída de la Bastilla, el folleto de Desmoulins es un excelente ejemplo del tono declamatorio y sentimental que entonces prevalecía en el Palais-Royal. Desde las primeras líneas el estilo presupone una audiencia más que un público lector:

Escuchad, escuchad a París y Lyon, Ruán y Burdeos, Calais y Marsella. De un extremo al otro del país se escucha el mismo clamor universal... todos quieren ser libres.

Los apóstoles de la libertad reunirían sus tropas mediante la voz más que apelando a la visión. Pues mientras el ojo seducía, la voz disciplinaba. En su carácter

de joven *habitué* del Palais-Royal, Desmoulins estaba especialmente preocupado por la tentación sexual como arma poderosa de la corrupción real y aristocrática. La monarquía, escribió, hace todo lo posible para corrompernos con el fin de «debilitar el carácter nacional y bastardearnos rodeando a nuestra juventud de lugares de seducción y disipación, y asediándonos con prostitutas».

Este designio maquiavélico se vería frustrado, pues solamente en la capital había más de treinta mil hombres dispuestos a abandonar sus *délices* para unirse, «a la primera señal, con las sagradas cohortes de la *patrie*». Ya se habían posesionado del teatro de la elocuencia. «Ahora, sólo los patriotas elevan sus voces. Los enemigos del bien público se han visto silenciados o, si se atreven a hablar... inmediatamente se identifican para sufrir el castigo de su felonía y su traición».

Aprovechando sus ejercicios escolares en el área de los clásicos, Desmoulins utilizó en su discurso el mismo tono de virtud militante, pero para acentuar el efecto añadió el martillo patriótico ejemplificado en los cuadros históricos neoclásicos del Salón y en la escena. La sangre era importante en estas analogías. Desmoulins se comparó él mismo con el guerrero caído Otírades, que escribió «Esparta ha triunfado» con su propia sangre en un estandarte capturado. «Yo, que he sido tímido, ahora me siento un hombre nuevo [de modo que] podría morir alegremente por una causa tan gloriosa y, atravesado por los golpes, también escribiré con mi propia sangre: “¡Francia es libre!”»

De modo que Desmoulins ya había redactado el texto de la actuación que ofrecería con efectos tan intensos ante la multitud reunida frente al Café Foy el 12 de junio. Escribió a su padre que, al llegar al Palais-Royal, alrededor de las tres, se vio con varios amigos, y todos exhortaron a los ciudadanos a empuñar las armas contra la traición que había acabado con Necker, «a cuya persona la nación había pedido se preservara». Criatura movida por el impulso (por lo tanto obediente a la naturaleza y no a la cultura), se subió a una mesa, con la cabeza «sofocada por una multitud de ideas», que expresó sin el más mínimo respeto por el orden. De Necker dijo que debía levantársele un monumento, en lugar de decretar su exilio. «A las armas, a las armas y [arrancando hojas de un castaño] mostremos todos una escarapela verde, el color de la esperanza». En ese momento Desmoulins creyó ver que se acercaba la policía, o por lo menos eso afirmó. La sospecha le llevó a adoptar la actitud de una inminente víctima de la tiranía. Advirtió que se aproximaba una nueva masacre de la Víspera de San Bartolomé: una referencia que ya estaba convirtiéndose en un cliché importante de la retórica patriótica, y que se vería reforzada por la pieza más popular de 1789: *Charles IX* de Marie-Joseph Chénier. Señalando su pecho con una mano y agitando en la otra una pistola (otra forma teatral que llegaría a ser corriente en la Convención), Desmoulins desafió a los secuaces de la tiranía: «Sí, sí, yo convoco a mis hermanos a la libertad; prefiero morir antes de someterme a la servidumbre».



MOTION FAITE AU PALAIS ROYAL, PAR CAMILLE DESMOULINS
Le 12 Juillet 1789

Berthaut, discurso de Desmoulin en el jardín del Palais-Royale

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

La reacción del público fue muy grata. Desmoulin se convirtió instantáneamente en héroe, y se vio rodeado por brazos que le sostenían, gritos de «bravo», besos, fieros juramentos que prometían no abandonarle jamás. Fue llevado en medio de grandes gritos y vivas por la multitud que se apoderaba de todas las cosas verdes al alcance de la mano —cintas, hojas, ramas enteras—: un pequeño ejército en busca de héroes y armas.

Los héroes no estaban presentes: Necker se encontraba en Bruselas, y Orléans representaba en su propio teatro de aficionados de Saint-Leu (Al enterarse de la revuelta de París, un miembro de su compañía, un pintor llamado Giroux, cabalgó con premura todavía ataviado como el cíclope Polifemo, y casi sufrió malos tratos a manos de una multitud en la *barrière*, porque la gente supuso que su único ojo era la marca siniestra de un espía policial). Pero Curtius podía suministrar *personnages* sustitutos de cera. Lo que les faltaba en elocuencia lo compensaban porque eran más portátiles y tolerantes que los originales.

El teatro se había trasladado del espacio acostumbrado a la calle. Allí se representó con letal seriedad, y pasó inmediatamente a imponer su drama serio al mundo del mero *divertissement*. Ahora el público debía prestar toda su atención a la Revolución. Una multitud de alrededor de tres mil personas invadió la Opéra, donde ya comenzaba la representación de *Aspasie* de Grétry, y la gente declaró que era día de duelo a causa de la pérdida de Necker. Otros teatros, especialmente los del Palais-Royal y el boulevard du Temple, cerraron sus puertas sin necesidad de otra indicación. Los *agents* de la Bolsa cercana anunciaron que el recinto permanecería cerrado el lunes, que era el día siguiente, y así sumaron otro elemento de alarma financiera al sentimiento cada vez más intenso de crisis. Como Desmoulin, muchos de los actores de este drama de pronto se sintieron encuadrados en un momento histórico sobre el cual se proyectaba una luz brillante. Todo lo que hacían o decían adquiriría peso, como si estuviesen incorporándose a la crónica de un nuevo Tácito en

el momento mismo en que actuaban. Esta gravedad consciente llegó a acentuarse todavía más cuando la procesión, que ahora contaba con unas seis mil personas, desplegó estandartes negros y vistió chaquetas y sombreros negros, para indicar la fúnebre gravedad de la ocasión.

Todo esto no habría importado mucho a las autoridades si los discursos, los clamores y las campanas no se hubiesen visto acompañados por la reclamación de armas. Ahora el barón de Besenval, responsable del comando militar de París y la región, percibía claramente que los seis mil agentes de policía —el millar de guardias, los condestables del Guêt; los arqueros y los arcabuceros con sus atuendos ceremoniales, y el puñado de *maréchaussées* (acantonados fuera de los límites urbanos)— no podían afrontar el tumulto cada vez más intenso. Había tropas regulares en Saint-Denis, Sèvres, Saint-Cloud y dentro de la ciudad en los Inválidos, La École Militaire, la plaza Luis XV y en los Campos Elíseos. En el Campo de Marte, esa misma mañana, antes de que las noticias sobre Necker llegasen a París, las mujeres habían bailado con los húsares húngaros del regimiento Berzcheny. Horas después, los hombres formaban en orden de combate. Se habían trasladado cuatro cañones al Pont Luis XVI, pero cómo y cuándo usar esta fuerza militar era tan problemático en el París de fines de 1789 como había sido en Grenoble un año antes, y en muchas ciudades de Francia a lo largo de la primavera.

La situación culminó en la plaza Vendôme. El príncipe de Lambesc, que mandaba una compañía del regimiento Royal-Allemand destacada en la plaza Luis XV (que poco más tarde sería rebautizada plaza de la Revolución, y ahora es el espacio consensualmente neutro de la place de la Concorde), recibió la orden de despejar el lugar. El procedimiento usual era que la caballería usara de plano los sables, pero la consecuencia igualmente usual era que se rodeaba a los caballos hasta que eran inmovilizados. Superados en número, los dragones se retiraron hacia la plaza Luis XV. Desde la plaza Vendôme la multitud corrió hacia los jardines de las Tullerías. Allí chocaron con otras tropas, y el hombre que portaba el busto del duque de Orléans cedido por Curtius fue arrastrado detrás de un caballo hasta la plaza Luis XV. Cuando otros soldados de caballería trataron de entrar en los jardines, la multitud, que gritaba «*Au meurtre*», pasó a la terraza con balaustrada, y desde allí arrojó contra los soldados todo lo que tuvo a mano. Sillas, piedras obtenidas de una construcción, incluso pedazos de estatuas que pudieron romper y mover, llovieron sobre los hombres, asustando a los caballos e hiriendo a los soldados.

La escaramuza duró el tiempo suficiente para permitir que circulase por la ciudad la noticia de que «los alemanes y los suizos están masacrando al pueblo», y así varias unidades de los *gardes français* llegaron a la escena en orden de combate para enfrentarse a los soldados de Lambesc. Era la primera vez que una fuerza armada organizada se oponía a los soldados del rey, decidida al contraataque. Lo que fue aún más sorprendente, los *gardes* llegaron con fuerza suficiente para expulsar completamente de las Tullerías a los soldados de caballería. A partir de este

momento, comenzó la batalla por la soberanía sobre París.

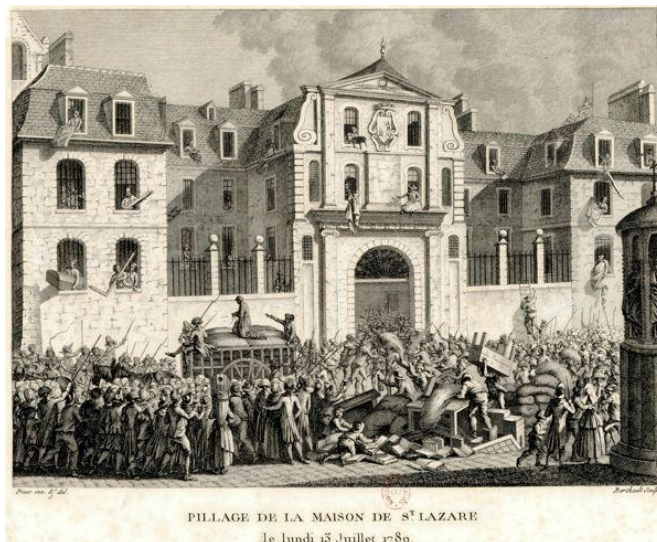
Pese a todas las semanas de planeamiento y preparación militar, primero a cargo del mariscal De Broglie, y después Besenval, no fue una batalla muy encarnizada. Era evidente que la compañía asediada en la plaza Luis XV necesitaba ayuda, pero el regimiento suizo Salis-Samade la suministró del modo más trabajoso posible. Mientras se ponía el sol, los soldados cruzaron el Sena en sólo dos embarcaciones, con los cañones puestos en la proa para rechazar el fuego de la orilla derecha, donde los *gardes françaises* habían consolidado sus posiciones. Después de dos horas de este avance miserable, los soldados intentaron reorganizarse en orden de combate bajo un cielo nocturno de cerrada oscuridad. Había luz cuando disparaban sobre ellos las posiciones de los *gardes françaises* en los bulevares. Hacia la una, el comandante del Salis-Samade había decidido que la posición era insostenible. Cuando Besenval retornó a la escena, adoptó la decisión todavía más dramática de evacuar todo el sector, retirándose hacia el oeste, en dirección al Pont de Sèvres.

La retirada de las tropas reales del centro de la ciudad entregó este a la violencia desordenada. Los armeros se vieron forzados a entregar sus mosquetes, sables, pistolas y tahalíes. Un maestro armero informó después a la Asamblea Nacional que habían asaltado treinta veces su tienda, y que él había perdido ciento cincuenta espadas, cuatro cuchillas grandes, cincuenta y ocho cuchillos de caza, diez pares de pistolas y ocho mosquetes.

Provistas de este surtido de armas —así como de cuchillos de cocina, dagas y barrotes— las multitudes del extremo norte de la ciudad se dedicaron a destruir el odiado símbolo de su confinamiento: el muro de los recaudadores generales y sus cincuenta y cuatro *barrières*. Esa *enceinte* había sido la última obra maestra de Lavoisier en el campo de la técnica, con sus tres metros de altura, los casi treinta kilómetros de circunferencia, y a intervalos los extraordinarios pasos aduaneros de Claude Ledoux. La multitud no estaba interesada en la tecnología o la arquitectura. El muro representaba los precios elevados y la policía brutal; la humillación y el hambre. Fue destruido en varios lugares, y después demolido desordenadamente; las piedras fueron un arma más para usar contra los soldados. Cuarenta puestos aduaneros fueron saqueados, y las puertas y los muebles quemados al mismo tiempo que los documentos y los registros impositivos. Entre los atacantes había quince que afirmaron (1790) que eran contrabandistas, que, en la euforia del momento, como observó Jacques Godechot, no atinaron a advertir que estaban quedándose sin trabajo. Las multitudes procedían sobre todo de los *faubourgs* norteños, e incluían a varios albañiles, de modo que es razonable suponer que algunos de los que habían ayudado a construir la *enceinte*, ahora se dedicaban a demolerla.

El tercer objetivo fue, por supuesto, el pan, o por lo menos el grano y la harina. El monasterio de Saint-Lazare (el escenario de la humillación de Beaumarchais) era no sólo una prisión, sino un depósito comercial. Fue inevitable que gozara de la reputación de ser una residencia llena de monjes corpulentos instalados sobre

inmensas pilas de grano. Las multitudes, formadas por algunos de los parisienses más pobres y más hambrientos, saqueó el lugar y retiró todos los alimentos que pudo hallar. La gente incautó grandes cantidades de grano, así como vino, vinagre, aceite, veinticinco quesos Gruyere y, por inverosímil que parezca, una cabeza desecada de carnero.



El saqueo del monasterio de Saint-Lazare

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Durante esa noche de disturbios y demoliciones que en general no hallaron oposición, París se perdió para la monarquía. La única esperanza de recapturarla era que Besenval estuviese dispuesto a usar sus tropas el día siguiente para ocupar la ciudad y sofocar brutalmente el desorden. Pero la operación nocturna confusa y caótica, en todo caso había debilitado todavía más su capacidad de mando. Cuando sus propios oficiales le dijeron que no podía contarse con la tropa, ni siquiera con los suizos y los alemanes, se mostró poco dispuesto a tomar la ofensiva.

El lunes afrontó una amenaza más grave que el tipo de desastre espontáneo de la víspera. A las once de la noche del domingo algunos electores habían celebrado una reunión en el Hôtel de Ville. Decidieron convocar a sesiones urgentes de cada uno de los sesenta centros de distrito, al alba del día siguiente. El único modo de hacer esto era emitir la señal reconocida en momentos de peligro —el toque a rebato— y reforzar el mensaje con disparos de cañón y redoble de los tambores. De modo que con esta tremenda cacofonía —el repicar de las campanas de las iglesias y el disparo de los cañones— se convocó a los ciudadanos con el fin de que cumpliesen con su deber patriótico.

En el Hôtel de Ville la preocupación principal era asumir el control de una situación que amenazaba desintegrarse para convertirse en anarquía. El medio, como en muchísimas otras ciudades de Francia, era formar una milicia limitada a los elementos electorales de la población: en otras palabras, los que tenían algo que perder. Debían mobilizarse unidades de ochocientos individuos en cada distrito, para

formar un ejército de ciudadanos de cuarenta y ocho mil hombres. Incluso descontando la inevitable inexperiencia y la necesidad de que fuesen guiados y entrenados por los *gardes françaises*, era una fuerza imponente, suficiente para afrontar las dos obligaciones paralelas, que eran rechazar cualquier intento posterior de represión militar y contener, y si era necesario, castigar la violencia ilegal. Para la transferencia de autoridad representada por este acto era fundamental el suministro de insignias identificables. Como mal podían proveerse uniformes en tan breve lapso, se usarían escarapelas aplicadas a las chaquetas y los sombreros. Se excluyó el verde al descubrirse que era el color no sólo de la esperanza sino de la librea del conde de Artois. Como una alternativa que manifestó más enfáticamente el traspaso de la legitimidad, los colores de París, rojo y azul, se convirtieron en los colores de sus ciudadanos-soldados. Pero el carácter oficial de esta decisión no excluyó otras interpretaciones más románticas. En su condición de poeta y patriota, Desmoulins descubrió los colores del uniforme como el rojo, que representaba la sangre que se derramaría por la libertad, y el azul, que representaba la constitución celestial que sería más tarde su bendición. Y uno de los primeros que usó la tricolor fue el ciudadano Curtius, que ofreció voluntariamente sus servicios a la milicia el primer día de actividad de este cuerpo.

Las primeras municiones no aportaron mucho a la dignidad de la nueva milicia, aunque en efecto le confirieron un aspecto más dramático. Al saquear el *garde-meuble* real, cerca de las Tullerías, consiguieron alabardas y picas antiguas, una espada que según decían había pertenecido al héroe popular Enrique IV, y un cañón revestido de plata que había sido un regalo del rey de Siam a Luis XIV. Las dificultades aumentaron cuando se intentó echar mano de equipos más serios. La pólvora había sido trasladada del arsenal a la Bastilla, por orden de Besenval, pocos días antes. Cuando se dijo De Flesselles, el real *prévôt des marchands*, que entregase otras armas depositadas en el Hôtel de Ville, pudo presentar únicamente tres mosquetes. Algunas sugerencias emanadas del mismo funcionario —el monasterio cartujo junto al Luxemburgo, y la fábrica de armas de Charleville— no aportaron resultados, de modo que hacia el fin de la jornada la credibilidad del propio De Flesselles se veía gravemente cuestionada. Aceptó pedir a De Sombreuil, comandante de la guarnición de los Inválidos, que entregase los treinta mil mosquetes que allí tenía, pero también este dio largas, y contestó que primero debía solicitar la autorización de Versalles.

Finalmente, aparecieron treinta y cinco barrilitos de pólvora cargados en una barcaza que estaba en el Port Saint-Nicolas, y se distribuyeron armas y pólvora suficiente para equipar a las patrullas que debían actuar esa noche, la del día 13. En contraste con la noche de la víspera, los burgueses que simpatizaban con la Revolución se sintieron bastante seguros para salir a la calle, pues vieron que la milicia desarmaba a los grupos de trabajadores. Incluso hubo ahorcamientos ejemplares de saqueadores, y las velas y las lámparas de aceite de nuevo iluminaron

las casas y las calles.

La batalla fue ganada temprano en la mañana siguiente, con cielo nublado sobre París. Insatisfecha con la respuesta que había recibido la noche de la víspera, una inmensa multitud calculada por algunos en unas ochenta mil personas confluyó sobre los Inválidos. Unos días antes, ochenta de sus camaradas en los Inválidos ya habían cambiado de bando, y el resto respondió con una actitud de paralizante lentitud ante la orden de De Sombreuil de sabotear los treinta mil mosquetes que estaban en los depósitos. Es posible que los veinte *invalides* veteranos asignados a esta tarea no se encontrasen en la flor de la edad, pero probablemente podían haber hecho algo más que desarmar veinte mosquetes en seis horas; en realidad el entusiasmo patriótico también los había infectado. Después de una negociación estéril, el peso del número forzó la entrada, y De Sombreuil apenas consiguió salvar la vida. La guarnición facilitó más que estorbó la invasión, y lo que fue más grave, no se intentó movilizar a las tropas que estaban cerca, en el Campo de Marte. Se distribuyeron más de treinta mil mosquetes, un tanto al azar, así como cañones (que habían sido mal clavados).

No fue en absoluto una victoria concluyente. Pues pese a la prueba de que hubo defecciones en algunas tropas e inercia en sus comandantes, aún circulaban rumores en el sentido de que, antes de que pasara mucho tiempo, los regimientos comenzarían a marchar y el cañón resonaría disparado desde Montmartre. ¿De qué servían los mosquetes y los cañones sin pólvora? A estas alturas de las cosas muchos sabían dónde estaba la pólvora que lograría que el ejército de ciudadanos fuese invencible en París: en la Bastilla. Sólo restaba ir a buscarla.

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

III - ¿Enterrados vivos?

Mitos y realidades de la Bastilla

La Bastilla tenía dirección. Era el N° 232 de la rue Saint-Antoine, como si se hubiera tratado de una pensión hipertrofiada, con muchas *chambres garnies* y huéspedes de diferente jerarquía en habitaciones que variaban de acuerdo con los medios y el nivel de cada uno. El patio exterior (excepto durante el alzamiento de julio) estaba abierto al público, que llegaba y charlaba con el portero (sentado en su pequeña cabina), se paseaba entre las tiendas que cercaban la entrada, o inspeccionaba los progresos del huerto del director.

Pero también era una fortaleza. Ocho torres redondas, cada una con paredes de un metro y medio de espesor, se elevaban sobre el arsenal y el *faubourg*. Los cuadros que celebran la caída y demolición de la Bastilla invariablemente la muestran más alta de lo que era en realidad. La más alta de las torres irregulares no tenía más de veinticinco metros, pero Hubert Robert, especialista en ruinas grandiosas, le confirió un perfil babilónico. En sus cuadros, esos muros se convirtieron en monstruosos contrafuertes cortados a pico, que podían haber sido conquistados sólo por la voluntad y el coraje sobrehumanos del pueblo.

Como tantos de los entusiastas iniciales, Hubert Robert acabaría a su vez como prisionero de la Revolución. Pero en 1789 ya era un devoto de la estética romántica: las abrumadoras emociones del Sublime y lo Terrible esbozados en la primera gran publicación de Edmund Burke. Su gran mentor visual fue Giambattista Piranesi, cuyos pasos siguió en la presentación de visiones de las construcciones antiguas convertidas en ruinas pintorescas. Quizás en ese momento también compartió la pesadilla de Piranesi, las *carceri d'invenzione*: prisiones de la mente en que el genio mecánico de la edad moderna se aplicaba a la ciencia del confinamiento y el dolor. Ciertamente, la altura de la Bastilla en su cuadro, con minúsculas figuras que se agitan jubilosas sobre las almenas, sugieren un inmenso castillo gótico de sombras y secreto, un lugar donde los hombres desaparecían sin advertencia previa y nunca volvían a ver la luz del día, hasta que los excavadores revolucionarios desenterraban sus huesos.

Ésta era la leyenda de la Bastilla. Su realidad era mucho más prosaica. Construida a fines del siglo XIV como defensa contra los ingleses, Carlos VI la había convertido en prisión oficial. Pero el cardenal Richelieu fue el que le confirió su siniestra reputación como el lugar en que sepultaba a los prisioneros de Estado. Durante el reinado de los Borbones, la mayoría, aunque no la totalidad de sus prisioneros, estaban detenidos a causa de las *lettres de cachet*, es decir, un mandato expreso del

rey, y sin ningún tipo de proceso judicial. Desde el principio, muchos de ellos fueron individuos de alta cuna: conspiradores contra la corona y sus ministros; otros eran prisioneros religiosos, protestantes y, a principios del siglo XVIII, «convulsionarios» católicos acusados de fomentar la herejía. Había otras dos importantes categorías de detenidos. La primera estaba formada por escritores cuyas obras habían sido declaradas sediciosas, y un peligro para la decencia pública o el orden, o para ambas cosas; el segundo, delincuentes, generalmente jóvenes, cuyas familias habían solicitado al rey que los encarcelase.



Hubert Robert, demolición de la Bastilla

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Las condiciones variaban mucho. Los espantosos *cachots*, subterráneos, resbaladizos por la humedad y llenos de alimañas, ya no se utilizaban hacia el reinado de Luis XVI, pero las *calottes*, inmediatamente debajo del techo, eran casi tan terribles, pues dejaban pasar la nieve y la lluvia en el invierno y casi asfixiaban a los prisioneros con el calor del verano. Pero para la mayoría de los prisioneros las condiciones de ningún modo eran tan malas como en otras cárceles, y sobre todo como los horrores que prevalecían en Bicêtre (Comparada con lo que conocemos de las tiranías del siglo XX, la Bastilla era el paraíso). El director recibía ciertas sumas para atender la subsistencia de los diferentes rangos: quince libras diarias en el caso de los *conseillers* del Parlamento, nueve para los *bourgeois* y tres para los plebeyos. Paradójicamente, para los «hombres de letras», que crearon el mito de una fortaleza llena de atrocidades, se asignaba la suma más elevada, diecinueve libras diarias. Incluso admitiendo que el director y su *service* sin duda extraían ganancias de estas asignaciones, las mismas superaban considerablemente el nivel con que la mayor parte de la población francesa intentaba subsistir.

La mayoría de los prisioneros ocupaba habitaciones octogonales, de unos cinco metros de diámetro, en niveles intermedios de las torres de cinco a siete pisos. Durante el reinado de Luis XVI en cada una había una cama con cortinas de sarga verde, una o dos mesas y varias sillas. Todas tenían una cocina o chimenea, y en muchas habitaciones los prisioneros podían subir a una ventana cerrada por tres

barrotes utilizando una escalera de tres peldaños puesta contra la pared. A muchos se les permitía llevar allí sus posesiones, y tener perros o gatos para combatir a las alimañas. El marqués de Sade, que estuvo allí hasta la semana que precedió a la caída de la Bastilla, aprovechó cabalmente estos privilegios. Trajo (entre otras cosas) un escritorio, un guardarropa, un *nécessaire* para sus objetos de tocador; un juego completo de camisas, calzones de seda, chaquetas de *frac* de color marrón camello, batas, varios pares de botas y zapatos; sus morillos y tenazas favoritos; cuatro retratos de familia, tapices para colgar de las paredes de yeso blanco; almohadones y almohadas de terciopelo, colchones para tener una cama más cómoda; una colección de sombreros; tres fragancias —agua de rosas, agua de azahar y agua de colonia— para refrescarse, y muchas velas y lámparas de aceite. Todo esto era necesario, pues al ingresar en 1784 también llevó una biblioteca de 133 volúmenes, incluso las historias de Hume, las obras completas de Fénelon, novelas de Fielding y Smollett, la *Ilíada*, las piezas de Marmontel, la literatura de viajes de Cook y Bougainville en los Mares del Sur, y acerca de ellos, así como una *Histoire de Filles Célèbres* y el *Danger d’Aimer Etranger*.

Si jamás hubo una justificación para la Bastilla, fue el marqués de Sade. Pero si los crímenes que le llevaron allí fueron peculiarmente repugnantes (juzgados por las normas de cualquier siglo), sus condiciones de vida no lo fueron. Recibía visitas casi semanales de su doliente esposa, y cuando sus ojos sufrieron las consecuencias del exceso de lectura y escritura, los oculistas iban a verle regularmente. Como otros que estaban en la Torre de la «Libertad», podía pasear por el patio y el jardín amurallado, y entre las torres. Sólo cuando abusó de ese derecho gritando obscenidades alegres o indignantes a los transeúntes (lo que hizo con frecuencia cada vez mayor en 1789) se limitó ese privilegio.

El alimento —ese aspecto fundamental de la vida de los prisioneros— también variaba de acuerdo con la condición social. Es probable que los plebeyos detenidos en relación con los disturbios de la «guerra de las harinas» de 1775 recibiesen potajes y sopas, a veces con un trozo minúsculo de tocino o jamón grasiento. Pero incluso ellos recibían una provisión decente de pan, vino y queso. Sin embargo, no era necesario ser noble para gozar de una cocina mucho mejor. El escritor Marmontel recordaba con añoranza «una sopa excelente, un succulento trozo de carne, el muslo de pollo hervido rezumando grasa [un cumplido en el siglo XVIII]; un platito de alcachofas o espinacas marinadas y fritas; peras Cressane realmente buenas; uvas frescas, una botella de Borgoña añejo y el mejor café Moka».

Nadie quería estar en la Bastilla. Pero una vez allí, la vida de los más privilegiados podía ser soportable. Se permitía el consumo de alcohol y tabaco, y durante el reinado de Luis XVI aparecieron las partidas de naipes para los que compartían una celda, así como una mesa de billar para los caballeros bretones que la solicitaban. Algunos de los detenidos del ambiente literario incluso creían que un tiempo en la Bastilla afirmaba las credenciales que podían exhibir como auténticos

enemigos del despotismo. Por ejemplo, el abate Morellet escribió: «Vi la gloria literaria iluminar los muros de mi prisión. Perseguido, mi nombre sería más conocido... y esos seis meses en la Bastilla serían una recomendación excelente y forjarían infaliblemente mi fortuna».

El reconocimiento de Morellet sugiere que a medida que la realidad de la Bastilla se convirtió más y más en anacronismo, su demonología llegó a ser más importante para definir la oposición al poder oficial. Si debía describirse a la monarquía (no sin razón) como arbitraria, obsesionada por el secreto y dotada de atribuciones caprichosas sobre la vida y la muerte de sus ciudadanos, la Bastilla era el símbolo perfecto de esos vicios. Puede afirmarse sin error que de no haber existido habría sido necesario inventarla.

Y en cierto sentido fue reinventada por una sucesión de escritos de los prisioneros que en efecto habían sufrido entre sus muros, pero cuya versión del lugar trascendió todo lo que podían haber experimentado. Sus versiones fueron tan vivaces y acerbas que lograron crear una sombría contraposición, alrededor de la cual se reunieron los críticos del régimen. La contraposición maniquea de la cárcel y la libertad; el secreto y la franqueza; la tortura y la humanidad; la despersonalización y la individualidad; el aire libre y la oscuridad del encierro fueron todos elementos básicos del lenguaje romántico en que se manifestó la literatura contraria a la Bastilla. La crítica fue tan enérgica que cuando la fortaleza fue capturada, el anticlímax de la liberación de sólo siete prisioneros (dos lunáticos, cuatro falsificadores y un aristócrata delincuente que había sido recluido con Sade) no pudo destruir las expectativas míticas. Como veremos, la propaganda revolucionaria rehízo la historia de la Bastilla, tanto en el texto como en la imagen y el propósito, para adaptarla mejor al mito que la inspiraba.

La década de 1780 fue el gran período de la literatura sobre las Cárceles. Casi no pasaba un año sin que se conociera otro aporte al género, generalmente con el título *La Bastilla revelada* (*La Bastille Dévoilée*) o alguna variación del mismo. Utilizaba los recursos góticos usuales consistentes en provocar estremecimientos de disgusto y miedo, así como momentos de esperanza que aceleraban el pulso. Sobre todo, como ha destacado Monique Cottret, utilizaba el terror de ser enterrado vivo, que estaba de moda. Esta era una inquietud tan intensa a fines del siglo XVIII (y no sólo en Francia), que uno podía afiliarse a sociedades que garantizaban el envío de uno de los miembros al entierro del interesado, para señalar los posibles signos y sonidos de vitalidad, y asegurar que la persona en cuestión no fuese enterrada viva.

En lo que fue con mucho el más grande y mercedamente el más popular de todos los libros contrarios a la Bastilla, *Memorias de la Bastilla*, de Linguet, se describía esta prisión precisamente como una tumba en vida. En algunos de sus pasajes más intensos Linguet representaba la cautividad como una muerte, aun más terrible porque la persona eliminada oficialmente tenía cabal conciencia de su propia destrucción.

Las memorias de Linguet despedían el calor de la traición personal. El autor

señalaba que en 1780 le habían inducido a regresar a Francia desde Inglaterra, donde estaba publicando sus *Annales Politiques*, en el acuerdo expreso de que de hecho estaría a salvo de la persecución. Apenas regresó fue enviado a la Bastilla a causa de su ataque al mariscal Duras. Su relato de las condiciones físicas que soportó es mucho más agobiante que todo lo que experimentaron Morellet, Marmontel o Sade, y ciertamente no aparece en los archivos de la Bastilla. Pero no hay motivo para suponer que falseara la realidad cuando hablaba de «dos colchones comidos por los gusanos; una silla de caña en la cual el asiento tenía apenas unas pocas tiras que sostenían el armazón, una mesa plegable... dos recipientes de porcelana, uno para beber, y dos adoquines para hacer fuego» (Un tiempo después los carceleros le trajeron algunos hierros y tenazas para el fuego, pero no *brass dogs*, según la queja del propio Linguet). El peor momento era cuando los huevos de los gorgojos y las polillas se abrían y toda su ropa de cama y las prendas de uso personal se transformaban en «nubes de mariposas».

Por sórdidas que fuesen estas condiciones, la tortura mental más que la física era lo que provocaba peores sufrimientos en Linguet, y lo que él expresa con sorprendente originalidad en su librito. De hecho, esta memoria es la primera reseña de la psicología carcelaria en la cultura occidental, y desde el punto de vista del lector moderno, posee una suerte de poder profético que todavía la convierte en una lectura inquietante. Michel Foucault se equivocó al suponer que la categorización de los prisioneros era una de las técnicas más represivas. Pues Linguet se oponía con especial energía precisamente a la falta de dicha categorización. «La Bastilla, como la propia muerte», denunciaba, «igual a todos los individuos a quienes se traga: a los sacrílegos que han reflexionado sobre la ruina de su *patrie*, así como al hombre valeroso culpable únicamente de haber defendido con excesivo ardor sus derechos [es decir, el propio Linguet]». Pero lo peor era la obligación de compartir el mismo espacio con los que estaban confinados allí como consecuencia de sus abominaciones morales.

En el régimen de la cárcel todo, incluso cuando en la superficie, parecía suavizar el gesto brutal, era parte de un plan siniestro destinado a despojar de su identidad al detenido: el «yo» que para los románticos era sinónimo de la vida misma. Por ejemplo, al ingresar, los objetos que podían ser peligrosos —una categoría que incluía tanto las tijeras como el dinero— eran confiscados e inventariados, para devolverlos al salir, exactamente como en el procedimiento moderno. Se leían en voz alta al prisionero los motivos de estas confiscaciones, una actitud que parecía a Linguet intencionadamente humillante: era la reducción sistemática de un adulto racional a la dependencia de un niño. Esa condición se veía acentuada por toda suerte de mezquinas tiranías, por ejemplo la obligación de tener una escolta mientras se paseaba por el patiecito rodeado de altos muros. Incluso peor era la imposibilidad de comunicarse, sobremanera irritante para un escritor y terrible en una cautividad de duración indefinida. Apresado sin advertencia —y generalmente de noche— y

arrancado del mundo de los vivos, la víctima de este secuestro oficial se veía privada de todo medio de comunicar su existencia a los amigos o la familia que estaban allende los muros. Para la mayoría de los prisioneros esto no era en realidad un problema, pero durante un tiempo Linguet se vio privado de útiles de escritura, y esta impotencia fue el factor que más le deprimió. El enorme espesor de los muros, que impedía hablar o escuchar a otros detenidos, o incluso llamar a un médico en caso de enfermedad súbita, a lo sumo acentuaba la sensación de que uno estaba enterrado en vida. Así, los muros de la Bastilla se convirtieron en la frontera entre el ser y la inexistencia. Cuando le presentaron al barbero de la prisión, Linguet formuló la sombría pregunta que le hizo famoso: «Y bien, monsieur, ¿tiene una navaja? ¿Por qué no la usa para terminar con la Bastilla?»

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

IV - El hombre que amaba a las ratas

Si Linguet fue el escritor que permitió que los miles de personas que leyeron su libro tuvieran indirectamente la experiencia de las sombras, otro libro, distinto pero igualmente popular, permitió que sus lectores conocieran el entusiasmo de la fuga. En este sentido, la autobiografía del «Chevalier» Latude fue el complemento perfecto de la memoria de Linguet.

«Latude» era en realidad un soldado llamado Danry, que se encontró sin medios ni perspectivas en París después del fin de la Guerra de Sucesión de Austria. Como muchísimos aventureros de poca monta, intentó utilizar el mecanismo del favoritismo de la corte para progresar personalmente, pero lo hizo apelando a una estratagema que encerraba un riesgo peculiar. En 1750 escribió una carta personal a madame Pompadour —blanco de innumerables conspiraciones personales— previniéndola que poco más tarde le enviarían una bomba contenida en una carta. Danry/Latude podía estar seguro de ello, porque él mismo era el autor de dicha carta. El torpe plan fue aclarado rápidamente, y en lugar de recibir una pensión como gratitud por haber salvado la vida de la amante del rey, Latude fue a parar a la Bastilla. Trasladado después de unos meses a Vincennes, protagonizó la primera de lo que sería una serie de fugas.

El relato de Latude sobre sus primeros momentos de libertad, corriendo a través de los campos y los viñedos, en busca del camino, ocultándose en una *chambre garnie* de París, tiene una intensa verosimilitud. Pero aún más asombrosa fue su decisión de resolver el problema de su condición de perseguido escribiendo de nuevo a madame Pompadour, para explicar su locura, y entregarse a su compasión. Como había llegado a relacionarse nada menos que con el doctor Quesnay, Latude puso en sus manos este memorándum en que expresaba su arrepentimiento.

Fue un error grave. Latude había confiado tan ingenuamente en la clemencia que incluso indicaba su dirección en la carta. Aproximadamente un día después estaba de regreso en la Bastilla; era un tropiezo, pero no una derrota. El inocente estaba acostumbrándose rápidamente a la astucia del mundo. Pocos meses más tarde había ideado un buzón de correos secreto, pues con ese fin había aflojado un ladrillo de la capilla de la cárcel, y con un compañero de celda llamado d'Alègre había dedicado seis meses a construir la escala de cuerdas que debía devolverle la libertad. Esta labor extraordinaria exigió un sacrificio considerable, pues debían fabricar los peldaños con la madera suministrada a los prisioneros durante el invierno. Las camisas y la ropa de cama, desgarradas, anudadas y cosidas de nuevo con doloroso esfuerzo, formaron los lados de la escala. Se fabricó un tosco cuchillo con el barrote de hierro de la mesa de caballetes. Con su pasión por asignar nombres sagrados a los instrumentos de libertad

(lo cual también era una precaución ante la posibilidad del descubrimiento) Latude denominó «Jacob» a la escala, y la cuerda blanca fue su «paloma». En sus memorias, Latude se presenta como el artesano perfecto, frugal, laborioso, ingenioso y puro de corazón, es decir Jean-Jacques como convicto.

La noche del veinticinco de febrero los dos prisioneros subieron por la chimenea de su celda, «casi sofocándose por el hollín y a un paso de quemarse vivos», y después apartaron la grilla de hierro para pasar al techo de una de las torres. Desde allí usaron la escala de cien metros para descender a uno de los fosos. En ese momento, dijo Latude, sintió una punzada de añoranza ante la necesidad de abandonar sus herramientas y la escala que tan bien les habían servido: «Extraños y preciosos monumentos de la industria humana y las virtudes que fueron el fruto del amor a la libertad». Los dos hombres aún no estaban libres. La lluvia con la cual contaban para alejar a los centinelas había cesado, y los carceleros realizaban sus rondas acostumbradas, provistos de grandes linternas. El único modo de fugarse era desde abajo, retirando los ladrillos del muro, uno por uno, con el menor ruido posible, para permitir finalmente la salida. Y cuando lograron abrir un orificio que les permitió pasar, en la oscuridad los dos hombres cayeron de cabeza en un acueducto y casi se ahogaron.

Después de pasar esta prueba, un sastre los ocultó algún tiempo en la abadía Saint-Germain, y después los dos hombres se dirigieron por separado a los Países Bajos. En Amberes, Latude conoció a un saboyardo que sin vacilar le relató la historia de los dos hombres que se habían fugado de la Bastilla. Según dijo, uno de ellos ya había sido recapturado, y los «exentos» —la policía que iba y venía libremente a través de las fronteras— estaban buscando al otro. En Amsterdam descubrieron a Latude, y este, sujeto por un horrible arnés de cuero, «más humillante que el de un esclavo», fue llevado de nuevo a la Bastilla. Su libertad había durado sólo tres meses.

Esta vez se decidió cortarle las alas al pájaro. Latude fue arrojado a uno de los horribles *cachots* subterráneos para impedir completamente la fuga. Y en este confinamiento que era una auténtica pesadilla, Latude descubrió nuevos compañeros: las ratas. Comparadas con la inhumanidad que Latude había soportado, las ratas parecían afectuosas. Utilizando pedazos de pan las entrenó de modo que comiesen de su plato, y ellas le permitían que las rascase alrededor del cuello y el mentón. También fueron bautizadas, y algunas, por ejemplo la hembra «Rapino-golondrina», pedía como un perro, o hacía cabriolas para solicitar pan. La escena de este idilio en el infierno se completó cuando Latude consiguió fabricar una flauta primitiva con pedazos de su reja de hierro, y así, de vez en cuando, podía ofrecer serenatas a sus amigos roedores, y ejecutar un aire o una gavota mientras las ratas masticaban satisfechas los restos de la comida. Según escribió el propio Latude, eran su «pequeña familia»; formaban un grupo de veintiséis, y Latude observó atentamente el ciclo vital de estos animales —los apareamientos y las crías, las peleas y los juegos— con

el tierno interés de un guardián y tutor rousseauiano.

Pasaron los años. Latude se dedicó a preparar un proyecto de reforma de la organización de los alabarderos y los piqueros del Ejército francés. Estaba seguro de que el ministro de Guerra desearía leerlo. Privado de papel, usó tabletas de pan, humedecidas y achatadas con su saliva, y después secadas, y como tinta apeló a su propia sangre diluida con agua. Cuando le sacaron del *cachot*, lamentó perder a sus ratas, pero formó una nueva familia con las palomas, aunque en un acceso de cólera vengativa el gobernador ordenó que las matasen. Hubo otra fuga en 1765, abortada nuevamente a causa de la incurable inocencia de Latude, que se presentó en la oficina en Versalles de un ministro del gobierno que tenía reputación de benevolente. Fue llevado al Château de Vincennes, y cuando comenzó el nuevo reinado Malesherbes se enteró de la situación de Latude y ordenó que le trasladasen a Charenton, donde estaba el asilo de perturbados mentales. Allí volvió a reunirse con d'Alègre, su antiguo compañero de fuga, que había perdido por completo el equilibrio mental a causa de los años de cárcel. Al ver a Latude, d'Alègre pensó que era Dios, y le cubrió de lágrimas y bendiciones.

En 1777 Latude por fin salió en libertad, pero inmediatamente publicó sus *Memorias de la venganza*, que aseguraron su nuevo arresto, primero en el Petit Châtelet y después en Bicêtre. Desde allí continuó escribiendo relatos de las muchas pruebas que había sufrido, y una de ellas llegó a manos de una pobre vendedora de folletos y revistas llamada madame Legros. En su campaña por Latude a las puertas de *les Grands* ella encontró un público bien dispuesto en madame Necker e incluso en la reina. En marzo de 1784 Latude fue liberado, y aunque formalmente se le «exilió» de París, no sólo se le permitió vivir allí sino que se le concedió una pensión real de cuatrocientas libras anuales. A diferencia de d'Alègre, Latude se las había arreglado para pasar veintiocho años en la cárcel manteniendo intacta su inteligencia; e inmediatamente se convirtió en celebridad. Festejado por la Academia Francesa, festejado por Jefferson, se convirtió en beneficiario de un fondo público.

La historia de Latude, publicada en muchas formas y ediciones antes de la Revolución, pareció el triunfo del *honnête homme* sobre los peores sufrimientos que el despotismo podía infligir. Unida a la reseña de Linguet y a otros escritos, como *La Bastilla revelada*, contribuyó a una campaña cada vez más intensa, orientada primero a conseguir que se limitasen las *lettres de cachet* y la detención sumaria a los que realmente amenazaban la paz pública, y después a la demolición total de la Bastilla. Tales planes concordaban con los proyectos de mejoramiento urbano que eliminaron los muros y las ciudadelas medievales para dar lugar a los jardines, las plazas y los paseos públicos. En 1784, como complemento del memorándum de Breteuil, que limitaba el uso de las *lettres de cachet*, el arquitecto Brogniard propuso un espacio abierto, circular y con columnatas, y en junio de 1789 la Academia Real de Arquitectura retomó el proyecto.

Por lo tanto, unas pocas semanas antes de que cayera en manos del ejército

cívico, la Bastilla ya había sido demolida en el papel. En el ancho espacio abierto que se obtendría mediante su destrucción se levantaría una columna, tal vez de bronce, más alta que la vieja prisión. Su base estaría revestida de rocas dotadas de fuentes, en armonía con la nueva estética romántica. Una sencilla inscripción bastaría para explicar a la posteridad la victoria de la benevolencia sobre la tiranía: «Luis XVI, Restaurador de la Libertad Pública».

No se llegaría a esta victoria pacífica. El intento de la monarquía de imponer su voluntad mediante la fuerza militar había destruido cualquier posibilidad de reconstituir su legitimidad como benefactor de la libertad. En cambio, las torres de la Bastilla, con sus cañones apuntando desde las troneras, se alzaba como el símbolo de la intransigencia. De modo que, como los historiadores no se cansan de destacar, si bien la multitud de millares de personas que se reunió frente al patio delantero iba a buscar pólvora más que a promover la demolición, no cabe duda de que también se movilizó a causa de la gran fuerza de la mística perversa de la Bastilla.

Por su parte, el marqués de Sade sabía muy bien cómo aprovechar esta situación. Informado por su esposa durante las visitas semanales de todas las noticias de Versalles, decidió unirse a la nómina de mártires honorables de la Bastilla. Sus alocuciones voceadas periódicamente desde los andariveles de la torre a los transeúntes de pronto cobraron carácter político a principios de julio. Privado de esos paseos, continuó la tradición de ingenio artesanal de la Bastilla convirtiendo en improvisado megáfono el embudo de metal utilizado para enviar al foso su orina y sus heces. Desde la ventana del marqués, en intervalos regulares, como boletines noticiosos emitidos a la hora en punto, llegaban los anuncios en el sentido de que el gobernador Launay proyectaba masacrar a todos los detenidos, que en ese mismo momento estaban masacrándolos, y que el pueblo debía liberarlos antes de que fuese demasiado tarde. De Launay, que ya estaba sobre ascuas, ordenó que el agitador fuese llevado a Charenton alrededor del 5 de julio, y allí el marqués de Sade soportó la indignidad de verse encerrado con epilépticos y locos.

De Sade se había pasado a la Revolución.

V - El 14 de julio de 1789

Bernard-René De Launay había nacido en la Bastilla, donde su padre era el director, y moriría la noche del 14 de julio a la sombra de sus torres. El aristócrata revolucionario Sade se burlaba del «*soi-disant* marqués cuyo abuelo fue *valet de chambre*». En verdad, el director de la cárcel era un típico funcionario de menor cuantía del antiguo régimen, más o menos concienzudo aunque un tanto agrio; en todo caso, un progreso comparado con ordenancistas brutales como el gobernador de Berryer, que había acarreado la desgracia de Latude.

El 14 de julio se sentía aprensivo, y por buenas razones. Parecía que, por defecto, toda la autoridad real de París se depositaba en él. El barón de Besenval de hecho había evacuado el centro de la ciudad. El comandante de los Inválidos le había enviado la enorme carga de 250 barriles de pólvora (alrededor de 15.000 kg), pero De Launay disponía apenas de una fuerza modesta para defenderla. Respondiendo a una petición urgente de refuerzos, el 7 de julio llegaron treinta y dos hombres del regimiento suizo Salis-Samade, y esta tropa se sumó a los ochenta y dos *invalides* pensionados que estaban allí. Bien conocidos en el *faubourg* como un grupo de vagos simpáticos, era improbable que los *invalides* defendiesen la fortaleza hasta el último hombre. Peor aún, en caso de un asedio, la Bastilla tenía únicamente una provisión de alimentos para dos días, y no había un suministro interno de agua. En definitiva, eso fue probablemente lo que decidió la capitulación.

Frente al patio externo se reunieron alrededor de novecientos parisienses. Entre ellos había unos pocos hombres que eran propietarios y poseían cierta jerarquía, como Santerre, un amigo de Réveillon, dueño de la famosa cervecería Hortensia, especializada en las cervezas fuertes y de estilo inglés que gozaban de mucha demanda en la capital. Había también un número considerable de soldados desertores y *gardes françaises*. Pero el contingente con mucho más numeroso estaba formado por los artesanos locales que vivían en el *faubourg* Saint-Antoine (ebanistas, fabricantes de gabinetes, sombrereros, cerrajeros, zapateros, sastres, etc.). Había también un número considerable —veintiuno, de acuerdo con la lista oficial de las *vainqueurs de la Bastille*— de comerciantes de vinos, es decir, propietarios de los cabarets (tabernas) que servían y vendían vino, y que eran los centros vecinales del comentario y la política. Uno de ellos, Claude Cholat, cuya taberna estaba en la rue Noyer, produjo un gráfico «primitivo» justamente famoso, que representaba los episodios de la jornada. De los seiscientos acerca de quienes poseemos información, por lo menos cuatrocientos habían emigrado a París desde las provincias, y como el 14 de julio el precio de la hogaza de cuatro libras alcanzó un nivel nunca visto antes, la mayoría de las familias de estos hombres sin duda estaban pasando hambre.

Además, eran presa de un temor considerable. Durante la noche habían circulado rumores en el sentido de que las tropas se disponían a marchar, o ya estaban en camino desde Sèvres y Saint-Denis para aplastar el alzamiento de París. Y la Bastilla parecía una fortaleza bien provista de armas, con quince cañones de cuatro kilogramos en las torres, y tres más en el patio interior, apuntando hacia las puertas. Doce cañones más en las murallas podían disparar proyectiles de unos tres kilogramos, y en su nerviosismo De Launay incluso había recolectado un extraño conjunto de misiles de asedio, por ejemplo adoquines y hierros oxidados para arrojarlos a los atacantes si era necesario.

El propósito inicial de la multitud fue sencillamente neutralizar los cañones y apoderarse de la pólvora. Con ese fin, dos delegados del Hôtel de Ville pidieron ver al gobernador, y como eran alrededor de las diez de la mañana fueron invitados al *déjeuner*. Incluso juzgado de acuerdo con las normas del último día del *ancien régime*, pareció que este agasajo era excesivamente prolongado. Desde el principio la multitud se había mostrado suspicaz cuando De Launay rehusó admitir a más de los dos delegados, y así había reclamado a cambio tres soldados que servirían como «rehenes». El almuerzo prolongado unido a ciertas actividades poco claras alrededor de los cañones instalados en las murallas (en realidad, se intentaba retirarlos de las troneras) acentuó las sospechas. Otro representante, Thuriot de La Rozière, fue enviado desde el cuartel general del distrito de Saint-Louis-la-Culture, y también él fue llevado ante la presencia de De Launay, esta vez con instrucciones concretas. Los cañones, así como la pólvora, debían ser retirados y entregados a la milicia que representaba a la ciudad de París, y debía entrar en la Bastilla una unidad de la milicia. De Launay replicó que eso era imposible hasta que hubiese recibido instrucciones de Versalles, pero llevó a Thuriot hasta las murallas con el fin de inspeccionar la retirada de los cañones.

Eran alrededor de las doce y media. Ninguno de los dos bandos había conseguido gran cosa. No se había aceptado ninguna de las demandas principales de Thuriot, y aunque él había realizado esfuerzos con el fin de persuadir a los *invalides* de que concertaran un acuerdo con el pueblo, los oficiales de De Launay habían insistido en que era deshonroso entregar la fortaleza sin orden explícita de los superiores. Thuriot decidió informar a los electores del Hôtel de Ville y obtener nuevas instrucciones para negociar. A su vez estos se resistían a agravar la situación, y a la una y media Thuriot se disponía a regresar a la Bastilla con otro elector, Ethis de Corny, provisto de un clarín y un altavoz que permitiría anunciar al pueblo la retirada de los cañones, cuando el Hôtel de Ville se estremeció a causa de una explosión seguida por el crepitar del fuego de mosquetes que venía del fuerte.

Durante su ausencia, la impaciencia de la multitud había sobrepasado el límite. Se oyeron gritos de «¡Dadnos la Bastilla!», y los novecientos se habían lanzado sobre el patio exterior que no estaba defendido, y la irritación había subido de tono por momentos. Un grupo, que incluía a un antiguo soldado que ahora era fabricante de

carros, había subido al techo de una perfumería contigua a la entrada del patio interior, y como no pudo encontrar las llaves que daban al patio, había cortado las cadenas del puente levadizo. El puente había caído sin previo aviso, matando a uno de la multitud que estaba debajo, y después centenares de sitiadores pasaron sobre el puente y el cuerpo de la víctima. Aquí, los soldados que defendían la Bastilla gritaron a la gente que se retirase porque de lo contrario dispararían, y también esto se interpretó erróneamente como gritos de aliento para continuar avanzando. Se dispararon los primeros tiros. Después, cada bando afirmaría que el otro había disparado primero, pero como ninguno de los atacantes sabía que su propia gente había roto las cadenas del puente levadizo, se supuso que se les había permitido entrar al patio interior con el fin de masacrarlos con el cañón en ese espacio confinado.

Todo concordaba con las restantes sospechas de traición y conspiración: el recibimiento cordial que disimulaba el plan de muerte y destrucción. Artois y los responsables de la exoneración de Necker; De Flesselles, que había desorientado a los buscadores de armas proponiendo averiguaciones inútiles; la reina, que parecía demostrar un corazón tierno, pero planeaba la venganza —estos eran algunos miembros del conjunto de villanos, por lo que se refería al pueblo—. Y ahora De Launay, el director de la cárcel, que bajaba el puente levadizo para apuntar mejor, se incorporaba a este grupo. La furia desencadenada por este «engaño» impidió que las siguientes delegaciones de electores (hubo muchas) franquearan la barrera de fuego y organizaran alguna forma de tregua.



La captura de la Bastilla vista por uno de los combatientes, el tabernero Claude Cholat. Según el estilo típico de un grabado popular, todos los hechos de la jornada están condensados en una sola imagen.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

El combate alcanzó gravedad. Alrededor de las tres y media de la tarde la multitud fue reforzada por compañías de *gardes françaises* y por soldados desertores, incluso varios que eran veteranos de la campaña americana. Sobre todo dos, el teniente segundo Jacob Elie, portaestandarte de la infantería de la reina, y Pierre-Augustin Hulin, director del lavadero de la reina, representaron un papel

fundamental, porque convirtieron el ataque incoherente en un sitio organizado. Como varios participantes decisivos de los hechos de 1789, Hulin había sido un revolucionario ginebrino en 1782, y en un encuentro con Madame de Staël, la víspera, había jurado «vengar a nuestro padre en esos bastardos que tratan de asesinarlos», una promesa que nadie sabe si ella consideró satisfactoria.

Hulin y Elie también trajeron un abundante suministro de armas retiradas esa mañana de los Invalides. Incluían dos cañones, uno de bronce y el otro la pieza siamesa revestida de plata que había sido retirada del depósito real la misma víspera. De modo que el juguete de Luis XIV acabaría con el antiguo régimen en París.

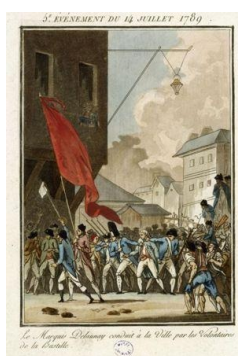
Se decidió apuntar los cañones directamente sobre la entrada (pues las balas parecían rebotar sin efecto sobre las paredes de dos metros y medio de espesor). Antes de que pudiera hacerse esto, fue necesario retirar de las vías de acceso a la puerta los carros repletos de estiércol y paja ardientes, encendidos por Santerre con el fin de que el humo cubriese los movimientos de los sitiadores. Con cierto riesgo personal Elie ejecutó la maniobra con la ayuda de un mercero conocido generalmente como «Vive l'Amour». Los cañones pesados fueron arrastrados sobre sus cureñas, cargados y apuntados.

Ahora, un portón de madera dividía el cañón de los sitiadores de los que estaban en poder de los defensores —quizás había entre ellos una distancia de unos treinta metros—. Si hubiesen disparado, el resultado habría sido una terrible carnicería. Pero si los atacantes no podían ver los cañones de los defensores, las tropas que guarnecían la Bastilla tenían cabal conciencia del peligro que corrían. En vista de la creciente renuencia de los invalides a prolongar la lucha, el propio De Launay estaba desmoralizado. En todo caso, no tenía alimentos para soportar un sitio prolongado, de modo que ahora su interés principal era una rendición que preservase el honor y la vida de la guarnición. Podía jugar una carta, la pólvora. En sus momentos más sombríos, pensó sencillamente en la posibilidad de volar la Bastilla —y destruir gran parte del *faubourg* Saint-Antoine— en lugar de capitular. Disuadido de este acto desesperado, decidió usar la amenaza para obtener por lo menos una evacuación honrosa.

Como no disponía de una bandera blanca, se agitó un pañuelo desde una de las torres, y las armas de la Bastilla cesaron el fuego. Alrededor de las cinco, una nota que solicitaba esa capitulación, escrita por el director —y amenazando con la explosión si no se concedía— pasó por una grieta de la pared del puente levadizo del patio interior. Se tendió una plancha sobre el foso, y varios hombres se afirmaron en un extremo para asegurarla. La primera persona que pisó la tabla cayó al foso, pero la segunda —cuya identidad fue después motivo de acalorada disputa— consiguió afirmarla. De todos modos, se rechazó la petición, y como respuesta a la permanente cólera de la multitud Hulin al parecer se preparaba para disparar el cañón siamés, cuando de pronto descendió el puente levadizo.

Los *vainqueurs* corrieron hacia la prisión, liberaron a los siete encarcelados, se

apoderaron de la pólvora y desarmaron a las tropas defensoras. Los guardias suizos, que por prudencia se habían despojado de las chaquetas de sus uniformes, al principio fueron confundidos con los prisioneros y no sufrieron daño. Pero algunos *invalides* fueron tratados brutalmente. A un soldado llamado Béquard, uno de los que disuadieron a De Launay de la idea de detonar la pólvora, le cortaron la mano casi inmediatamente después de abrir una de las puertas del fuerte. Creyendo que era uno de los carceleros de la prisión, la multitud paseó la mano por las calle aferrando todavía la llave. Más avanzada la tarde fue confundido de nuevo, y esta vez creyeron que era uno de los astilleros que había disparado sobre el pueblo, y le ahorcaron en la plaza de Grève, junto a uno de sus camaradas, frente a los treinta guardias suizos alineados para formar un público obligatorio.



El arresto de De Launay

[\(Ampliar\)](#)

La lucha misma había provocado la muerte de ochenta y tres hombres del ejército cívico. Otros quince habrían de morir a causa de las heridas. Sólo uno de los *invalides* había perecido en el combate, y había tres heridos. El desequilibrio en las cifras de las bajas fue suficiente para inducir a la multitud a exigir una especie de sacrificio punitivo, y De Launay pagó el precio correspondiente. Todo el odio que en medida considerable dejó indemne a la guarnición se descargó sobre él. Sus atributos de mando —la espada y el bastón— le fueron arrebatados, y le llevaron hacia el Hôtel de Ville rodeado por una enorme multitud, cuyos miembros estaban convencidos de que él había tramado una conspiración diabólica para masacrar al pueblo. Hulin y Elie consiguieron

impedir que la multitud le matase en la calle, aunque más de una vez fue derribado y golpeado seriamente. Durante la caminata le cubrieron de insultos y escupitajos. Frente al Hôtel de Ville hubo diferentes sugerencias sobre el modo de ejecutarle, y algunos propusieron atarle a la cola de un caballo y arrastrarle sobre los adoquines. Un pastelero llamado Desnot dijo que era mejor introducirlo en el Hôtel de Ville, pero en ese punto De Launay, que ya no soportaba la situación, gritó: «Quiero morir», y descargó puntapiés con las botas, y alcanzó con un golpe directo la ingle de Desnot. Fue alcanzado instantáneamente por cuchillos, espadas y bayonetas, empujado hacia la calle y rematado con una serie de tiros de pistola.

La Revolución en París había comenzado con algunos bustos elevados sobre la multitud. Habían sido las cabezas de los héroes, confeccionadas con cera, y transportadas como una especie de sustitutos de los jefes. Ahora se necesitaba un final simétrico: más cabezas, esta vez con el carácter de trofeos de la batalla. Entregaron una espada a Desnot, pero este la rechazó y utilizó un cuchillo para cortar el cuello de De Launay. Poco más tarde, De Flesselles, el *prévôt de marchands*, que también había sido acusado de engañar intencionadamente al pueblo respecto del lugar en que estaban los depósitos de armas, fue muerto a tiros al salir del Hôtel de Ville. Las cabezas fueron clavadas en las picas oscilantes, y sangraban sobre las

multitudes que avanzaban por las calles aclamando, riendo y cantando.

Nueve días más tarde fue posible exhibir dos cabezas más: las de Bertier de Sauvigny , *intendant* de París, y la de Foulon, uno de los ministros del gobierno que debía remplazar al de Necker. El segundo fue acusado de tramar la conspiración para provocar el hambre, y por eso se llenó la boca de la cabeza cortada con hierba, paja y basura, para dar a entender cuál era el delito cometido. El joven pintor Girodet consideró pintoresco este simbolismo popular, y produjo un boceto detallado de las cabezas que pasaban frente a él.

Más que las bajas efectivas originadas en los combates (que, como hemos visto, fueron muy reducidas), esta demostración de sacrificio punitivo fue lo que constituyó una especie de sacramento revolucionario. Algunos, que habían exaltado la Revolución mientras se expresaba en abstracciones como la *liberté*, sintieron náuseas ante el espectáculo de la sangre frente a sus propios ojos. Otros, que tenían nervios más sólidos y estómago más fuerte, se adhirieron al concepto moderno de que podía asegurarse el poder mediante la violencia. Los beneficiarios de este convenio se engañaron al creer que podían aplicarlo y suspenderlo como quien abre y cierra un grifo, y dirigir su fuerza con un criterio de rigurosa selectividad. Se le preguntó a Barnave, el político de Grenoble que en 1789 fue uno de los partidarios absolutos de la Asamblea Nacional, si las muertes de Foulon y Bertier realmente eran necesarias para garantizar la libertad. Dio la respuesta que, convertida en instrumento del Estado revolucionario, sería la justificación para matarle a él mismo en la guillotina:

«¿Y qué, acaso su sangre es tan pura?»

VI - La vida posterior de la Bastilla: El patriota Palloy y el nuevo Evangelio

El primer número de las *Révolutions de Paris*, publicado el 17 de julio, fue consagrado a una descripción extensa —y un tanto confusa— de la insurrección. Su culminación alrededor de la Bastilla fue representada como un gozoso festival de familia, con los *gamins* jugando alrededor de la escena de la lucha:

Las mujeres hicieron todo lo posible para apoyarnos, y después de cada andanada disparada desde la fortaleza, incluso los niños corrían aquí y allá recogiendo las balas y la metralla, y después regresando alegremente en busca de refugio, para entregar esos proyectiles a nuestros soldados.

Después de los niños llegaron los abuelos. La liberación de los hombres sepultados en la cárcel llevó a la luz del día a varios patriarcas, hombres que habían envejecido, emparedados por la tiranía que había olvidado que estaban encarcelados. «Los calabozos fueron abiertos para liberar a víctimas inocentes y ancianos venerables, que contemplaron sorprendidos la luz del día». La realidad era menos dramática. De los siete prisioneros, cuatro eran falsificadores que habían sido juzgados de acuerdo con el debido proceso de ley. El conde de Solages, como el marqués de Sade, había sido encarcelado por petición de su familia, acusado de libertinaje, y se sentía feliz al verse liberado. Se le suministró alojamiento gratuito en el Hôtel de Rouen, del distrito Oratoire, antes de que desapareciera en la ciudad, con gran pesar de sus parientes. Los dos detenidos restantes eran lunáticos, y ambos regresaron en poco más tiempo a Charenton. Pero uno de ellos, «el mayor Whyte» (descrito como inglés en las fuentes francesas y como irlandés en las fuentes inglesas) era perfecto para la propaganda revolucionaria, pues tenía una barba que le llegaba a la cintura. Con sus largos bigotes plateados y el cuerpo encogido y huesudo, parecía, a los ojos de la gente que esperaba ver a muchos Latude saliendo de las mazmorras, la encarnación del sufrimiento y la privación. Así, se declaró que Whyte era el *major de l'immensité*, y se le paseó en triunfo por las calles de París, mientras él saludaba con gestos amistosos aunque débiles, pues en su propio desconcierto aún creía que era Julio César.

Tan intenso era el poder simbólico de la Bastilla y su capacidad de concentrar en sí misma todos los males que ahora se imputaban al «despotismo», que las fantasías góticas vinieron a realzar la realidad cuando se procedió a saquear el edificio. Se dijo que unas piezas antiguas de armadura eran perversos «corsés de hierro» aplicados para comprimir a la víctima, y una máquina con dientes que era parte de una prensa de imprimir fue declarada rueda de tortura. Innumerables grabados producidos en los

talleres de la rue Saint-Jacques, que habían activado su producción para atender la intensa demanda de noticias, aportó una imaginería apropiadamente terrible, y mostró esqueletos erguidos, instrumentos de tortura y hombres con máscaras de hierro.

El 16 hubo un auténtico encuentro entre la leyenda y la realidad, pues Latude acudió a examinar el lugar en que había permanecido cautivo. Vio asombrado que le mostraban la cuerda de una escala, así como las herramientas utilizadas para fugarse, todo ello conservado concienzudamente por los guardias que las habían descubierto treinta y tres años antes. Fueron ofrecidas ceremoniosamente al famoso fugado como una «propiedad adquirida con justo derecho». En el Salón organizado ese otoño se exhibió todo este material junto a un espléndido retrato de Latude por Antoine Vestier; en esa obra, el héroe señala la ruta que siguió en su fuga, y muestra la escala como el atributo de su santidad revolucionaria.

Por lo tanto, la Bastilla fue mucho más importante en su «otra vida» que lo que jamás había sido como institución real del Estado. Confirió forma e imagen a todos los vicios contra los cuales la Revolución se había declarado. Convirtió un anacronismo casi vacío, dotado con escaso personal, en la sede del Despotismo Bestial, e incorporó a los que se regocijaban con su caída, y que así se convirtieron en miembros de la nueva comunidad de la nación. Los participantes, los testigos, los celebrantes, eran todos amigos de la humanidad, portadores de la luz que había llegado a la ciudadela de las sombras.

Nadie percibió mejor que Pierre-François Palloy las oportunidades creadoras ofrecidas por la fortaleza capturada. Él debía ser simultáneamente el promotor y el empresario del mayor trabajo de demolición de la historia moderna. Aunque utilizó los servicios de escritores de memorias y poetas y artistas gráficos, el factor que convirtió a la Bastilla en un símbolo nacional e internacional de la humanidad liberada fue la concepción de Palloy acerca de la utilidad política de este culto. Al destruir el edificio, reconstruyó un mito que, empaquetado, comercializado y distribuido, estuvo al alcance del público y los clientes a lo largo y lo ancho del país.



«La primera hora de libertad» - los prisioneros de la Bastilla desfilan por las calles. Obsérvese la barba impresionante y la apariencia patriarcal del prisionero más destacado.

Palloy también entendió (y en esto no fue el único) que la Revolución había creado la demanda de un nuevo tipo de historia: la épica del hombre común. Debía narrarse de un modo distinto, no con el ritmo descansado y la sardónica objetividad de un Gibbon o un Voltaire, sino a través de cortes practicados con pasión —las *actualités*— de modo que la historia se convirtiese en un fenómeno directamente contemporáneo de la vida del lector. En ese presente de desarrollo continuo, el lector y participante podía insertar su propia experiencia, aunque esta fuese de segunda mano. Esto también exigía un nuevo tipo de exposición, saturado de sobrecogedoras hipérbolas y exclamaciones patrióticas. En lugar de contemplar los siglos al estilo de un erudito instalado en su estudio, correspondía dividir la nueva historia en las unidades correspondientes a la memoria de un trabajador (un solo día o una semana). Finalmente, para conferir inmediatez a los que geográficamente estaban lejos del hecho, sus recuerdos —los *souvenirs*— debían cobrar forma concreta, si era necesario mediante la producción masiva, con el fin de que al contemplarlos o tocarlos el ciudadano pudiese participar de la intensidad del Gran Día Revolucionario. Los *Gravures Historiques*, de Jean-François Janinet, que aparecieron todos los martes de noviembre de 1789 hasta marzo de 1791, aportaron esta presentación de estilo cinematográfico, y ofrecían por sólo ocho *sous* el grabado de un hecho famoso y ocho páginas de texto explicativo. Tanta fue la importancia del 14 de julio que se dedicaron ocho números distintos sólo a ese día.

¿Quién era el «patriota Palloy»? Tenemos aquí otro ejemplo de un burgués que había progresado por su propio esfuerzo, prosperado gracias al auge de la economía urbana del antiguo régimen, y que ciertamente no necesitaba una revolución para amasar su fortuna. La madre y el padre provenían de familias propietarias de tabernas, pero de todos modos habían conseguido enviarle al College d'Harcourt, donde asistían muchos hijos de aristócratas liberales. Como estos, recibió un rango en el ejército, y a los veinte años, en lo que seguramente pareció un paso atrás, aunque de hecho era una maniobra astuta, se convirtió en aprendiz de albañil. Un año después contrajo matrimonio con la hija de su maestro, y se dedicó a la industria de la construcción, que durante la década de 1770 y principios de la de 1780 era la actividad empresarial más rentable de París. Palloy trabajó en residencias privadas de Saint-Germain, en el muro de los recaudadores generales (más tarde ayudó a demolerlo), en el nuevo mercado de carne de Sceaux, y pronto pasó de albañil a capataz y a empresario. Hacia 1789 había acumulado una sorprendente fortuna de medio millón de libras, era dueño de tres casas, incluso una heredada de su suegro, y de una serie de tiendas y parcelas todavía sin construir. Tenía todos los adornos del éxito mundano —un carruaje, hermosos muebles, una biblioteca nutrida y bien seleccionada— y, lo mismo que a muchos habitantes de París, le agradaba citar historias romanas como ejemplos destinados a inspirar a la generación

contemporánea. Tenía treinta y cuatro años.

Como muchos otros revolucionarios, Palloy no era un fracasado, sino un hombre que había alcanzado un éxito ejemplar en el capitalismo del antiguo régimen. Pero ello no impidió que se identificase inmediatamente con la causa de la *patrie*. El 14 de julio era el comandante de la milicia local de su distrito en la Île Saint-Louis. Desde allí podía escucharse el estrépito del combate que se libraba en la Bastilla, y Palloy afirmaba que había corrido al lugar de los hechos, y al llegar, cuando estaba junto al teniente Elie, una bala le había atravesado el tricornio. Aunque su nombre fue escrito erróneamente como «Pallet» en la lista oficial, no cabe duda de que en efecto obtuvo su *brevet de vainqueur*, la prueba de que había sido uno de los sagrados novecientos.



Hardener (según Klooger), la liberación de un prisionero convertida en una fantasía gótica. Obsérvense los esqueletos desintegrados de los prisioneros encadenados, todos producto de la imaginación del grabador.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Palloy necesitó un día para comprender que en su condición de *vainqueur*, de ingeniero de la construcción y experimentado patrón de las cuadrillas de trabajo estaba en condiciones de adquirir la propiedad inmobiliaria más importante conocida hasta el momento. El día 15 llevó ochocientos hombres a la Bastilla, y se preparó para iniciar el trabajo de demolición si los electores lo aceptaban. Esta prisa le ganó enemigos inmediatos. Los arquitectos tenían planes encaminados a preservar la Bastilla como monumento de la tiranía derrocada; ciertos oficiales de la milicia voluntaria (que pronto se convertiría en la Guardia Nacional) creían que debían tener la custodia exclusiva del edificio. Pero los planes de demolición de Palloy se vieron facilitados por el temor de los electores de que las tropas reales retomaran la ciudadela mediante el empleo de pasajes subterráneos, que según los rumores se extendían desde el Château de Vincennes. Así, los mitos de la Bastilla influyeron incluso en ex prisioneros de carácter decidido, como Mirabeau. Pues respondiendo a los informes de residentes locales en el sentido de que habían escuchado gemidos y

conversaciones que procedían de las profundidades del lugar, Mirabeau realizó una visita a los *cachots* y a las bóvedas subterráneas, y golpeó los muros y las puertas acompañado por el hijo de uno de los ex carceleros, para comprobar si en efecto existía un túnel que comunicase el lugar con Vincennes, hacia el este.

Después de tranquilizarse, Mirabeau subió a las torres para realizar una ceremonia menos siniestra. Saludó a las multitudes que estaban abajo, descargó un pico sobre la almena y la primera piedra cayó en medio de grandes aplausos. Le siguieron otros notables, como Beaumarchais y el marqués de Lusignan, y después hubo una avalancha general. Los días siguientes se procedió a dispersar, quemar o guardar como recuerdos los papeles. Se encendieron hogueras durante el día y hubo fuegos artificiales por las noches. Los carceleros, ahora aceptados como buenos patriotas, guiaron las visitas a los calabozos, desgranando sus anécdotas en concordancia con la mitología corriente de la tortura y las cadenas. Algunas mujeres se encerraban allí para pasar la noche, lo que por la mañana les permitía decir que habían dormido con las ratas, las arañas y los sapos que fueron los acompañantes de Latude.

Mientras se desarrollaban todos estos festejos, Palloy planeaba su trabajo. El Comité Permanente del Hôtel de Ville, ahora convertido en ejecutivo municipal, era el organismo que debía autorizar el trabajo. Palloy no era más que uno de los cinco especialistas designados para atender la demolición; otros estaban a cargo de la carpintería, la ebanistería, los herrajes y otros aspectos semejantes. Pero Palloy rápidamente conquistó una categoría más elevada que sus colegas. Comparado con la labor de demolición de la mampostería, el resto era secundario, y la cuadrilla de Palloy era la más numerosa, pues llegó a sumar un máximo de mil trabajadores. Se pagaban 150 libras mensuales, y a su vez él pagaba bien a sus hombres: 45 *sous* diarios a los capataces, 40 a los subcapataces y 36 a los peones. A fines del verano de 1789, cuando el trabajo escaseaba mucho y los precios eran altos, esa demolición fue una verdadera bendición, sobre todo para la población local de Saint-Antoine y las áreas que estaban inmediatamente al norte y el sur del Sena, de donde provenía gran parte de la fuerza de trabajo manual reclutada.



Pierre-Antoine Demachy, la demolición de la Bastilla.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)

Palloy no sólo dio trabajo y sueldo, sino que confirió estructura a todo el asunto. Los hombres que trabajaban en la obra debían llevar tarjetas de identidad, diseñadas especialmente por el propio Palloy, con los tres colores patriotas: blanco para los capataces, azul para los inspectores en el lugar de la obra, y rojo para los operarios. En cada uno aparecía un globo coronado por una flor de lis, los emblemas de los tres órdenes y el optimista lema *Ex Unitate Libertas*. Las tarjetas mismas pronto se convirtieron en artículos sumamente apreciados por los coleccionistas, que ofrecían hasta doce libras por cada una. Palloy estaba constantemente en el lugar de trabajo, y representaba el papel de patrón y padre, organizaba fiestas para los obreros, jugaba con los muchos niños que participaban en el asunto, y los ponía a salvo de los restos que caían. Con un bastón y una campanilla para llamar la atención de la gente, también representaba los papeles de policía, juez y jurado, y multaba a los delincuentes que se enredaban en peleas de borrachos o se veían sorprendidos en actos de saqueo. Dos de estos malhechores incluso fueron ahorcados, y al finalizar el trabajo Palloy resumió las bajas del siguiente modo: «Cuatro insurrecciones; quince accidentes; ocho asesinatos y dos heridos», y evidentemente él consideró que se trataba de una estadística bastante normal.

A pesar de todas estas interrupciones, el trabajo se desarrolló con sorprendente rapidez. Hacia fines de julio las bóvedas y las vigas de sostén quedaron al descubierto, y durante todo ese mes, trabajando de arriba hacia abajo, se procedió a la prolongada demolición de los pisos. Una torre con un reloj, que mostraba a los prisioneros encadenados dando las horas, fue enviada a una fundición, y en agosto el escultor Dumont recibió cuatrocientas libras por la destrucción de cuatro figuras de piedra: San Antonio, Carlos V, Carlos VI y Juana de Borbón, que habían adornado la Porte Saint-Antoine.



Demolición de la Bastilla

[\(Ampliar\)](#)

Hacia fines de noviembre la mayor parte de la Bastilla estaba demolida. En los trabajadores se manifestó cierta ansiedad, porque su celo ahora amenazaba dejarlos sin trabajo. El propio Palloy estaba interesado en que el encargo no acabase en las ruinas de la fortaleza. Así, mientras se terminaba la labor física, en realidad su propia e inspirada versión del asunto de la Bastilla apenas comenzaba.

Parte de esto implicaba nuevos proyectos. La municipalidad le encomendó la construcción de una plataforma sobre el Pont Neuf, frente a la estatua de Enrique IV, donde podría montarse el cañón de la Bastilla. Durante los meses de invierno parte de la cuadrilla original eliminó los fosos y las zanjas del fuerte. Pero Palloy consagró lo principal de sus energías a promover el culto a la Bastilla como una atracción orientada hacia el turista político, con su secuela de giras con guía, conferencias históricas y narraciones de los *vainqueurs* durante los hechos del 14 de julio. A principios de 1790 Millingen, hijo de un médico británico, fue llevado por su padre a visitar la famosa atracción.

Millares de personas se reunían para contemplar las ruinas de la Bastilla, y mi padre me llevó a ver esta fortaleza caída del poder tiránico. En las mazmorras en ruinas que se encontraban cerca de las zanjas, y estaban infestadas por ratas de agua, sapos y otros reptiles, aún podían verse las piedras sobre las cuales habían descansado los infortunados prisioneros, condenados a expirar en las *oubliettes*, olvidados por todo el mundo, forzados a una sepultura en vida, y los anillos de hierro a los cuales estaban aseguradas sus cadenas aún estaban fijos en la dura pared que exhibía las impresiones de los miembros doloridos.

Lo que importaba era presentar —en el sentido teatral de la expresión— hechos que recapitularan tanto los horrores de la Bastilla como la euforia provocada por su caída, con el fin de reclutar sucesivas oleadas de patriotas visitantes para el entusiasmo revolucionario. El primero de estos episodios de Palloy fue una ceremonia que él organizó para los propios trabajadores, que así se convirtieron en *vainqueurs* de la mampostería del fuerte. El 23 de febrero se levantó entre las ruinas un «altar» (en el primero de todos los festivales revolucionarios que seguirían), construido totalmente con esferas de hierro, cadenas y esposas. Al día siguiente, después de una ceremonia religiosa en la iglesia de Saint-Louis, los setecientos trabajadores juraron lealtad a la Constitución, y gracias a un artefacto mecánico muy ingenioso, la ferretería punitiva se autodestruyó y reveló un enorme adorno floral (¿flores artificiales, en vista de la estación?). Después de ese milagro teatral, los setecientos fueron en procesión al Hôtel de Ville, transportando un modelo de la Bastilla que ellos mismos habían creado con las piedras de la fortaleza.

La idea de fabricar un modelo de la Bastilla no procedió de Palloy, sino de uno de sus albañiles, un hombre llamado Dax. Pero fue típico que Palloy recogiera una ingeniosa idea artesanal y la convirtiera en una gran iniciativa (y al proceder así reclamase el mérito del plan). Otros hechos sucedidos en la primavera de 1790 ayudaron a Palloy a mantener el interés por la Bastilla. A fines de abril se descubrieron fragmentos de esqueletos humanos en la subestructura, e inmediatamente se afirmó que eran los restos de prisioneros que habían muerto en cautividad, sujetos a los muros, olvidados incluso por sus carceleros. Probablemente eran huesos de guardias y se remontaban al Renacimiento, pero la oportunidad para provocar sensación fue irresistible. Fueron exhumados solemnemente y el 1º de junio fueron llevados en cuatro ataúdes distintos (aunque nadie sabía muy bien qué huesos pertenecían a quién) al cementerio de Saint-Paul, donde fueron inhumados otra vez. En su sermón, el obispo radical de Caen, Claude Fauchet, utilizó esos huesos para asumir el papel del revolucionario Ezequiel, que saluda a un nuevo «Día de las Revelaciones, pues los huesos se han alzado al escuchar la voz de la libertad francesa; a través de siglos de opresión y muerte han venido a profetizar la regeneración de la naturaleza y la vida de las Naciones».

Durante un tiempo las iniciativas de Palloy pasaron a segundo plano, desplazadas por los monumentales preparativos en vista de la Fête de la Fédération en el Campo de Marte, pero su fecha —el 14 de julio— contribuyó a mantener el interés por la Bastilla. Antes del primer aniversario, las piezas teatrales que volvieron a evocar la

gran jornada, y una cantidad de grabados e impresos, de poemas y canciones, fueron todos material que redundó en beneficio de Palloy. No menos importancia tuvieron los centenares de miles de guardias nacionales de las provincias que habían llegado a París para asistir al gran festival de la unidad patriótica, y para quienes una visita a la Bastilla era una peregrinación obligatoria. Palloy organizó para los guardias, un gran baile en las ruinas de la Bastilla, con brillantes luces y fuegos artificiales, grandes tiendas adornadas con la tricolor y un enorme cartel que decía: *Ici l'on danse*.

De todos modos, aún había muchos millones de franceses para quienes la caída de la Bastilla era un episodio remoto. Y con el propósito de incorporarles al ámbito patriótico Palloy organizó su muestra ambulante de la Revolución. Debía estar a cargo de «apóstoles de la Libertad», especialmente designados y ataviados con prendas características, que los llevarían a los ochenta y tres departamentos en que se había dividido Francia. Entre ellos estaban el hijo de diez años de Palloy; Fauchet; Dusaulx, autor de la popular *Obra de siete días* (la re-creación del mundo en julio de 1789) y otro de los amigos de Palloy, Titon Bergeras, que más tarde habría de ensordecer a la Asamblea Legislativa con su oratoria de barítono. Siempre que fuera posible, el propio Latude acompañaría a los apóstoles con su escala de cuerdas, para ofrecer un relato personal de sus padecimientos.

Con el fin de abastecer a sus apóstoles, Palloy preparó 246 cofres de *souvenirs*. Aguijoneado por la idea de Dax, ya había comenzado la producción, y fabricado toda clase de artículos con los restos de la Bastilla que conservaba. Se fabricaron tinteros con los grillos y otros objetos de hierro; abanicos con imágenes de la batalla, utilizando diferentes tipos de papel; pisapapeles con las piedras, en forma de pequeñas Bastillas; cajas de rapé; dagas ceremoniales. El delfín incluso recibió un juego de dominó de mármol, y las fichas tenían la forma de Bastillas. Estos elementos podían ser vendidos o entregados gratuitamente a los patriotas de las provincias, pero eran artículos especiales en los cofres, cuya estructura fue estipulada rigurosamente por Palloy.

Cada equipo estaba formado por tres cofres. En el primero se hallaba la *pièce de résistance*, un modelo a escala de la Bastilla, prácticamente con todos los detalles, con las puertas, las rejas y los puentes levadizos, y todos estos elementos con carácter funcional. Una miniatura de la escala de Latude se enganchaba de la torrecilla correspondiente, y un pequeño patíbulo con la cuerda colgante se añadía al patio para conseguir el efecto apropiado (pese a que en la Bastilla nunca se realizaron ejecuciones). Para las escenas de los combates había cañones y balas en miniatura, y una bandera blanca. El reloj pintado marcaba las 5.30: el momento sagrado de la rendición. El segundo cofre contenía la plataforma de madera para el modelo, y un modelo grabado del rey; el tercero, imágenes de los «esqueletos» y su nueva inhumación, retratos de los notables de la Revolución, como Lafayette y Bailly, una bala y una coraza de la Bastilla, la biografía de Latude, un plano de la fortaleza y poemas sobre los diferentes episodios escritos especialmente por el propio Palloy. Un

último elemento para el tercer cofre —también al alcance del público parisiense— era un «fragmento de una corteza, de cinco a siete centímetros de espesor, formada sobre las bóvedas de las celdas por el sudor, la respiración y la sangre de los infortunados prisioneros».

Una idea de la visión que debían cumplir en relación con el nuevo evangelio se desprende de la experiencia de uno de los apóstoles: el actor François-Antoine Legros. Dadas las condiciones del viaje y la carga de los treinta y tres cofres que transportaba, la magnitud del recorrido de Legros fue poco menos que épica. Partió en noviembre de 1790 hacia Borgoña, atravesó Melun, Auxerre y Dijon, y después enfiló hacia el sur, en dirección a Provenza. En Lyon ayudó a arrestar a algunos conspiradores enemigos de la patrie, pero cerca de Salons su arreo de mulas fue atacado por bandidos. Legros consiguió matar a uno, pero el disparo de la pistola asustó a su caballo, que se encabritó, y le desmontó, de modo que se rompió una pierna. Cuando llegó a Tolón se le había acabado el dinero (la asignación de nueve libras diarias otorgada por Palloy llegaba con intermitencias, y en todo caso era insuficiente), de modo que Legros tuvo que incorporarse a una compañía en la que antaño había sido actor. Aunque su actuación en *Zaïre* de Voltaire no logró, como él mismo dijo, «alcanzar el éxito que yo había esperado», parece que ganó lo suficiente para recomenzar su misión, pues embarcó para viajar a Bastia, en Córcega, es decir, la última etapa de su extraordinario viaje. Cuando concluyó, había viajado durante diez meses, y recorrido casi dos mil cuatrocientos kilómetros.

Si los apóstoles estaban agotados por sus esfuerzos, el propio Palloy podía decir más o menos lo mismo. La Revolución no le permitió amasar una fortuna, y en realidad parece que la perdió en su infatigable esfuerzo por difundir el nuevo evangelio. Había una demanda permanente de sus *souvenirs*, y llegó uno de un lugar tan lejano como «la Sociedad de St. Tammany, en Nueva York», en 1792, y Palloy fundó lo que él esperaba sería un «Museo de la Libertad», una institución permanente en las cercanías del Pont Neuf.

Pero desde el punto de vista político estaba perdiendo terreno. El mito de la unidad patriótica entronizado en el culto de la Bastilla se vio sometido a una severa prueba en 1792, y muchos de los héroes preferidos por Palloy estaban desacreditándose deprisa. Mirabeau, cuyo busto Palloy creó a partir de una piedra de la Bastilla y presentó en su funeral, en abril de 1791, fue desenmascarado como un intrigante realista un año más tarde; Lafayette, para quien había forjado una espada con el material de cuatro pernos de la Bastilla, huyó para reunirse con los austríacos el mismo año. Peor todavía, el rey, con cuya imagen había adornado todos sus cofres, fue sorprendido cuando intentaba huir del país. Incluso en julio de 1792, un mes antes de la caída definitiva de la monarquía, Palloy todavía confiaba en que el rey se presentaría en la ceremonia de inauguración del proyecto real de una columna levantada en el asiento de la Bastilla.

En diciembre de 1793 fue a ver a su viejo amigo el ciudadano Curtius, que estaba

atareado preparando una cabeza de madame Du Barry, la amante de Luis XV, para ofrecerla a la vindicta de los buenos patriotas. Palloy sabía reconocer a otro genio cuando lo tenía delante. Se maravilló del parecido, y Curtius le dijo en tono seco que sí, que también él creía que el trabajo era especialmente bueno, pues había podido ir al cementerio de los girondinos para inspeccionar el modelo real recién cortado. A pesar del frío, se había instalado allí mismo para obtener la mejor imagen de cera posible, la que reflejaba la expresión de la mujer al recibir el golpe de gracia.

Tres semanas más tarde Palloy estaba en la cárcel de La Force, pese a que decía ser el republicano Diógenes Palloy, víctima de una descaminada y traicionera conspiración. El ocho de febrero de 1794, el hombre que había inducido a Francia a creer que con la demolición de la Bastilla las cárceles nunca volverían a mancillar la faz de la libertad en Francia escribió desde lo que él denominaba su *cachot*, protestando su inocencia, su *patriotisme*, y todavía impartiendo debidamente las instrucciones necesarias para el despacho de modelos de la Bastilla a los departamentos «liberados» poco antes. El diecisiete de marzo fue dejado en libertad, pero aunque colaboró en la realización de las festividades republicanas, en julio observó con desaliento mal disimulado que «si bien hasta ahora he utilizado únicamente las ruinas de la Bastilla, sede sagrada de los comienzos de la libertad, para organizar fiestas alegóricas... los ciudadanos ahora desean ver otro género de espectáculo, y han instalado allí la “ventanilla” de Guillotin».

[Ver Fuentes y Bibliografía](#)

VII - París, rey de los franceses

El 14 de julio de 1789 el diario de Luis XVI mostró una entrada formada por una sola palabra: «Rien» (Nada). Los historiadores invariablemente ven en esta anotación un síntoma cómico del impotente distanciamiento del rey frente a la realidad política. Pero no era así. El diario era no tanto un diario como una de las listas numeradas implacablemente de las piezas cobradas en la cacería. Como su pasatiempo favorito se había visto interrumpido de manera más o menos permanente, no podía existir una manifestación negativa más elocuente de las dificultades en que se veía que la palabra «Rien».

A decir verdad, él mismo era el principal responsable del aprieto en que se hallaba. Su popularidad personal, sobre todo fuera de París, aún era inmensa. E incluso después del Juramento de la Pista de Tennis, había tenido muchas oportunidades de aprovecharla, como deseaban Mirabeau y Necker, para crear una auténtica monarquía constitucional. Las había desaprovechado todas. Lo que era peor, Luis se había mostrado débilmente sumiso —como en la secuela inmediata de la *séance royale*— o arteramente reaccionario, como en la acumulación de fuerzas militares promovida alrededor de la exoneración de Necker.

La noche del 14, el vizconde de Noailles, cuñado de Lafayette y partícipe de su entusiasmo revolucionario, informó a la Asamblea Nacional de los episodios de la jornada. A su vez, la asamblea decidió transmitir esta información al rey, que se adelantó con el anuncio de que ya había determinado que retiraría las tropas del centro de París para enviarlas a Sèvres y Saint-Cloud. Manifestó su tristeza y su incredulidad ante la posibilidad de que se hubiese derramado sangre como resultado de las órdenes impartidas a los soldados, pero no propuso, como deseaba la asamblea, reinstalar a Necker. Más avanzada la noche, llegaron dos de los electores de París y confirmaron los informes de Noailles, pero parece que la verdadera gravedad de la situación aún no era evidente para el rey.

Aún más entrada esa noche, alrededor de las once, el duque de La Rochefoucauld-Liancourt, otro miembro del círculo de Lafayette, pidió ver al rey en sus habitaciones privadas. Una famosa versión anecdótica del episodio dice que el noble-ciudadano informó a Luis por primera vez de la caída de la Bastilla. El rey reacciona con la pregunta: «¿Es una revuelta?» y Liancourt replica: «No, Sire, es una revolución». Aunque Luis ya estaba al tanto del alzamiento por Noailles y los electores, es muy posible que este diálogo existiera, y probable que la narración al parecer gráfica que hizo Liancourt de la muerte de De Launay y De Flesselles finalmente persuadiera al rey de la tremenda gravedad del episodio. Su poder militar en la capital se había derrumbado, y por lo tanto ya no era posible coartar mediante la

fuerza la autoridad de la Asamblea Nacional.

La mañana siguiente, en la asamblea, se decidió enviar dos representantes que debían ver al rey y reclamar la renuncia del ministerio de Breteuil. Cuando se disponían a salir, Mirabeau realizó otra de sus famosas intervenciones, y destacó que los perversos lacayos de las potencias extranjeras se disponían a pisotear los derechos innatos de Francia liberada.

Decid al rey que las hordas extranjeras que nos rodean fueron visitadas por príncipes y princesas, favoritos de ambos sexos que les demostraron mucho aprecio... la noche entera estos satélites extranjeros atiborrados de oro y vino pronosticaron en sus impías canciones la esclavitud de Francia y la destrucción de la asamblea; decidle que... los cortesanos bailaron al son de la música bárbara y que una escena parecida precedió la masacre de San Bartolomé.

Apenas había concluido su discurso cuando se anunció la llegada de Luis. Mirabeau de nuevo impuso silencio al aplauso espontáneo, y reclamó una recepción más fría, por lo menos hasta que se conocieran las intenciones del rey. «El silencio del pueblo», observó, «es una lección para los reyes». No necesitaba molestarse, pues el estilo de la llegada del rey fue tan asombroso, tan desconcertante en su desnudez, que equivalía a una abdicación. Llegó a pie, sin aparato ni séquito, sin siquiera un solo guardia de calzón y peluca. Venía acompañado por sus hermanos, Provence y Artois, física tanto como ideológicamente a su izquierda y su derecha, respectivamente. Confirmó a la asamblea la retirada de las tropas restantes que estaban en el Campo de Marte, y explícitamente negó que hubiese ningún designio contra la seguridad de los miembros del cuerpo.

Aunque el rey no llegó a anunciar el retorno de Necker, la confirmación oficial del fin de la amenaza militar fue suficiente para provocar grandes vivas en la asamblea. Se deslizó hacia la multitud reunida afuera, y provocó otra de esas manifestaciones, mitad éxtasis, mitad amenaza, que exigían la presencia de la familia real en el balcón del palacio. A las dos, un enorme cortejo de ochenta y ocho diputados en cuarenta carruajes salió a difundir la buena noticia en la ciudad de París. A la cabeza iba Lafayette, en su carácter de vicepresidente de la asamblea. La última parte del viaje, desde la plaza Luis XV hasta el Hôtel de Ville, fue salvada a pie, y se convirtió en una suerte de marcha triunfal a través de la ciudad. En el edificio donde, cuarenta y un años más tarde, aparecería en una epifanía análoga, Lafayette dirigió la palabra a la enorme multitud, que estaba adornada con escarapelas patrióticas. Anunció que el rey había sido mal aconsejado, pero que ahora había recuperado toda la benevolencia de su corazón. A su vez, los electores prometían fidelidad. Y en lo que parece que fue una propuesta imprevista (formulada por Brissot de Warville, amigo de Lafayette) y recogida por la multitud, el marqués aceptó el mando de la nueva milicia parisiense. Por su parte, Bailly se convirtió en alcalde de la ciudad. Siguió un Te Deum en Notre Dame, y allí Lafayette juró defender con su vida la libertad.

Con la marcha penitente del rey hasta la asamblea, había perecido la augusta corte de los Borbones. La mañana del 16 de julio el consejo real se reunió por última vez en su forma tradicional. Tenía que examinar problemas graves. El mariscal De Broglie aclaró bien que, dada la desintegración del ejército, los intentos de contraatacar París eran inconcebibles. Entonces, ¿qué podía rescatarse? La reina y Artois deseaban que el rey se trasladase a una capital de provincia, cuanto más cerca de la frontera austríaca o prusiana mejor —por ejemplo, Metz— y que desde allí reagrupase a las tropas fieles. Con sentido realista, De Broglie advirtió al rey que como la cadena de mando se estaba desintegrando con tanta prisa, no podía garantizar la seguridad del rey si emprendía un viaje largo.

No quedaba más remedio que rendirse, con la mayor elegancia posible.

Para el hermano menor del rey y su grupo, la humillación de la monarquía era insoportable. La misma noche del 16 de julio Artois, con los príncipes de Conti y Condé, sus amigos los Polignac y el abate Vermond, consejero personal de la reina desde que ella había sido princesa en Viena, partieron de Versalles en dirección a la frontera. La emigración confirmaba todo lo que los folletos revolucionarios habían dicho de la corte: que era un enclave extranjero que vivía a expensas de la nación. Ahora se sumaría al motivo anterior de hostilidad la reputación de ser cliente de ejércitos extranjeros, de los cuales dependía para reafirmar su autoridad en Francia. Ciertamente, Artois no disimulaba el hecho de que esperaba concertar cierto tipo de alianza entre los regimientos franceses fieles y fuerzas todavía indefinidas (pero muy probablemente austríacas) para invertir el curso de la Revolución. Pero mal podía haber esperado que necesitaría quince años más para ejecutar su plan.

Al día siguiente, 17, Luis XVI comenzó a recorrer su propio camino a Canossa. La Rochefoucauld-Liancourt ya le había exhortado a demostrar su buena voluntad personal presentándose en París, pero el monarca aceptó lo inevitable sólo después de las amargas conclusiones a las que llegó en el consejo del día 16. En todo caso, le habían forzado la mano en el tema del gobierno. El retorno de Necker y el alejamiento del ministerio Breteuil fueron anunciados con general regocijo, y las tropas ya habían comenzado a levantar sus tiendas del Campo de Marte y a retirarse a Sèvres, donde otros setenta y cinco hombres desertaron inmediatamente.

No por última vez, Luis demostró en la impotencia una dignidad que nunca tuvo en los inquietos momentos de alta afirmación. Sin demostrar signos de pánico, adoptó medidas relacionadas con el mantenimiento del gobierno real en el caso de que él no volviese. Redactó su testamento y depositó en Provence, el único de los príncipes reales que había decidido permanecer en Francia, la autoridad de teniente general del reino. El rey rezó en la Capilla Real con su familia, y después partió, vestido con una sencilla chaqueta de tipo frac, sin ninguno de los aditamentos acostumbrados de la majestad. Aunque su coche tenía ocho caballos negros, tampoco estaba adornado. Al frente marchaba un pequeño destacamento de su guardia personal, superados en número por una escolta mucho más nutrida de la milicia de Versalles, con sus

uniformes improvisados y adornados profusamente con escarapelas. Detrás marchaba un centenar de diputados de la asamblea, y un séquito numeroso y desordenado de habitantes de Versalles, que cantaban, gritaban «*Vive le roi*» y «*Vive la nation*», y esgrimían picas, fusiles de chispa y podaderas.

El tiempo, descrito siempre por los contemporáneos como si hubiera sido un protagonista revolucionario, fue cómplice del pesar real. Pues el sol que brilló esplendoroso sobre la procesión que se dirigía a París anunciaba el eclipse de la fantasía del Rey Sol. Luis XIV había construido Versalles para contar con un refugio que le protegiese de las presiones de la capital, un lugar que pudiera satisfacer su voluntad apolínea utilizando la piedra y el agua, el rito y los iconos. En 1775, en el momento de su coronación en Reims, se supuso que Luis XVI había comenzado una nueva era de luminosidad solar. En cambio, el sol había sido descendido a la tierra.

¿Qué clase de monarca era ahora? Por doquier la respuesta era la misma: no Luis XIV, sino Enrique IV. El culto del primer Borbón, que había terminado con las guerras de religión, y que fuera asesinado por un fanático católico, ahora había alcanzado proporciones de epidemia. En su persona al parecer se combinaban todas las formas de la benevolencia, la humanidad y el saber; el prototipo del rey-ciudadano que el pueblo de Francia, todavía abrumadoramente realista, deseaba ver reencarnado en Luis. Sobre todo, se describía a Enrique en los cantos y los versos populares, como un padre-rey ideal, que no hubiera podido dañar al pueblo de Francia, del mismo modo que no podría haber asesinado a sus propios hijos. El mismo concepto se expresaba en el grandioso diseño de un nuevo monumento a Enrique IV, destinado expresamente a asociar al mártir patriótico con su nueva encarnación, es decir, Luis. Una amplia rotonda rodeada por una doble hilera de columnas. En el centro, una estatua del rey caído «en la actitud del buen padre rodeado por sus hijos... vestido con el sencillo atuendo que él prefería». Sobre el pedestal, la inscripción: «A Enrique IV, de la humanidad entera», y en un gran día festivo Luis XVI debía depositar una corona sobre su cabeza y pronunciar las palabras (como una admonición dirigida a él mismo): «*Voilà le modèle des Souverains*» (Aquí está el modelo de soberano).

Por lo tanto, no puede sorprender que al recibir a Luis XVI en la Porte de Chaillot, Bailly aludiera a este antecesor recomendado incansablemente, y sobre todo a su entrada en París en 1604. Al ofrecer al rey las llaves de la ciudad —una costumbre relacionada con las entradas triunfales— el alcalde incluso perfeccionó la escena original. «Éstas son las mismas llaves», dijo «presentadas a Enrique IV; él había conquistado a su pueblo; ahora su pueblo ha conquistado al rey». Es posible que Luis no apreciara la inversión de la forma.

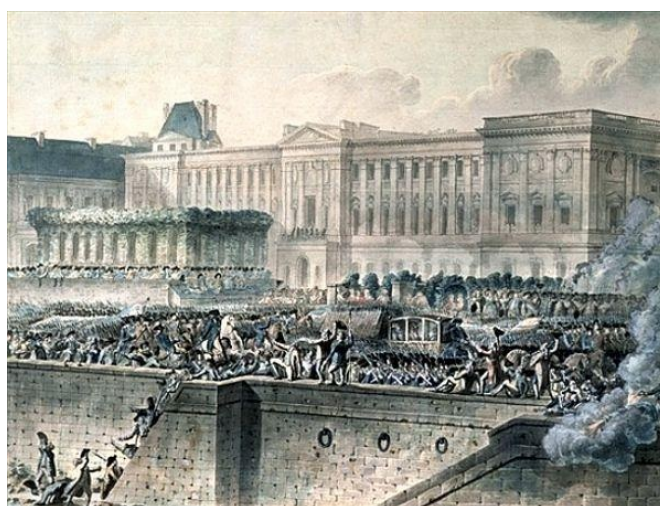
Siguieron otras modificaciones graves de las ceremonias de entrada triunfal de la realeza. Los reyes Valois del Renacimiento francés —Francisco I, Enrique II y Carlos IX— habían sido saludados todos por arcos que proclamaban su identidad con el Hércules galo, el dueño (a veces incluso el emperador al estilo de Carlomagno) de

Gallia et Germania. En cambio, Luis XVI fue recibido por Lafayette con atuendo civil, adornado con la escarapela azul y roja de la ciudad (y, un hecho ominoso, los colores de la casa de Orléans), y llevado a través de las calles rodeadas de guardias cívicas armadas hasta la plaza Luis XV. El resto de la procesión se vio engrosada por las mujeres del mercado, vestidas con el atuendo blanco que usaban en las ceremonias, adornadas con cintas rojas y azules y flores. En el Hôtel de Ville, sobre el arco de espadas desenvainadas para él —como si se combinaran el homenaje y el reto— el rey pudo leer la designación oficial de su nueva identidad:

Luis XVI, Padre de los franceses, rey de un pueblo libre

En un gesto que implicaba admitir esta recreación de la realeza, Luis aceptó la escarapela que Bailly le ofreció sobre los peldaños del Hôtel de Ville, y la fijó en su sombrero, mientras las trompetas y los cañonazos acompañaban las salvas de vivas. Después de un discurso breve, en general inaudible, en la Grand Salle, donde el rey intentó manifestar su satisfacción con las designaciones de Lafayette y Bailly —otra legitimación de actos sobre los cuales carecía de control— se mostró de nuevo en el balcón, con la escarapela.

Alrededor de las diez de la noche, Luis llegó a Versalles, exhausto y desorientado, aunque muy aliviado porque el día había concluido sin derramamiento de sangre. Saludó afectuosamente a su esposa y sus hijos, que se sentían aún más aliviados. La seguridad física de su familia era su preocupación cada vez más importante. Ahora que la corte estaba prácticamente abolida y que se le había despojado del ceremonial regio, Luis XVI se había convertido, al fin, simplemente en otro *père de famille*. Y precisamente para protegerlos él había aceptado convertirse simultáneamente en el «*bon père de la France*». Los idealistas de una monarquía revolucionaria afirmarían que el segundo título era nada más que una prolongación del primero. Los pesimistas (la minoría en 1789) anticipaban disputas de familia. Y si sobrevenía ese conflicto, todavía no estaba claro, sobre todo a los ojos de Luis XVI, a cuál de las familias debía consagrar el resto de su vida.



Jean-Pierre Houël, vista del Louvre en el momento de la llegada del rey a París, 17 de julio de 1789.

[\(Ver a mayor tamaño\)](#)



SIMON SCHAMA, Londres, 13 de febrero de 1945, es profesor de Historia del arte e Historia en la Universidad de Columbia de Nueva York. Desde 1995 es crítico de arte y cultura de *The New Yorker* y columnista de *The Guardian*. Entre sus libros destacan *Ciudadanos: crónica de la Revolución Francesa* (Javier Vergara editor, 1990), *The Embarrassment of Riches: An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age* (1997), *Los ojos de Rembrandt* (2002), *Confesiones y encargos: ensayos de arte* (2002), *Auge y caída del imperio británico* (Crítica, 2004) y *Rough Crossings* (2005).

Nota

[*]

(TRADUCCIÓN DEL PIE DEL GRABADO)

Dedicado a la Nación reunida

Luis XVI, conducido por el señor Necker bajo los medallones de Enrique IV y Sully, en el camino de la Gloria, hacia los tres Órdenes, reunidos y de acuerdo bajo la Regla de la Justicia. Detrás del Rey, Diógenes rompe su linterna ya que encuentra que hay tantos hombres como ciudadanos, mostrando a J. J. Rousseau la Llama de la verdad que todos quieren seguir. Detrás de ellos está el Pueblo, aclamándoles. Más lejos, está la Bastilla, asaltada por un Guardia francés el 14 de julio de 1789, que está en la Torre agitando la bandera de la victoria con una mano y con la otra las cadenas rotas. Al fondo, un campo de trigo, una ciudad de comercio y barcos en el puerto. Delante, dos querubines, el uno llevando en el extremo de un palo un Gorro Frigio, símbolo de la Libertad, y el otro trayendo la Abundancia. En una esquina están las armas de Francia con sus Dignidades, y en la otra los atributos de las Ciencias y las Artes.

[\(Volver\)](#)

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

6

La política del cuerpo

I - Furias uterinas y obstrucciones dinásticas

El chiste obsceno acerca del *rivière* de diamantes aparece en [Pierre Jean-Baptiste Nougaret], *Spectacle et Tableau Mouvant de Paris* (vol. 3, 1787, 7). Esta publicación es una fuente maravillosa de miscelánea, chismes y escándalos de París hacia el fin del antiguo régimen. Mi versión del Asunto del Collar de Diamantes es una reconstrucción a partir de las fuentes básicas impresas, sobre todo las memorias de justificación reunidas bajo el título *Recueil des Mémoires sur l’Affaire du Collier* (París, 1787). La investigación seria de los libelos pornográficos contra la reina apenas ha comenzado, aunque véase Héctor Fleischmann, *Les Pamphlets Libertins Contre Marie-Antoinette* (París, 1908). El trabajo de Robert Darnton titulado «The High Enlightenment and the Low Life of Literature», en *Literary Underground*, analiza la importancia política de los *libelles*. El importante ensayo de Chantai Thomas, «L’Héroïne du Crime: Marie-Antoinette dans les Pamphlets», en J.-C. Bonnet *et al* (comps.), *La Carmagnole des Muses* (París, 1988), apareció lamentablemente demasiado tarde, de modo que no pude tener en cuenta su examen de gran parte de los mismos datos. Los rubros principales considerados aquí son las muchas ediciones del *Essai Historique sur la Vie de Marie-Antoinette; Reine de France. La Vie d’Antoinette; Les Amusements d’Antoinette; Les Passe-temps d’Antoinette* fueron todas leves variaciones sobre El *Essai*. *The Memoirs of Antonina Queen d’Abo* (Londres, 1791) fue una versión inglesa de otra variación que apareció poco antes de la Revolución. Otros rubros de este canon fueron la historia espuria *Les Amours d’Anne d’Autriche* («A Cologne», 1783); *Anandria* (posiblemente de Pidanzat de Mairobert, 1788); *Les Amours de Chariot et Toinette* (1789); *Le Bordel Royal, Suivi d’Entretien Secret entre la Reine et le Cardinal de Rohan* (1789); *Le Cadran des Plaisirs de la Cour ou les Aventures du Petit Page Chérubin* (1789). La información sobre las nuevas ediciones del libro de Bienville, *La Nymphomanie ou*

Traité sur la Fureur Uterine (Amsterdam, 1778), procede del catálogo impreso del librero Théophile Barrois le Jeune, que tenía una tienda en el quai des Augustins, y que evidentemente se especializaba en obras sexuales y obstétricas, pues también anunciaba el folleto de Tissot contra la masturbación, titulado *Onanie*; el trabajo de Angélique Rebours acerca del amamantamiento natural; el tratado de Vacher respecto de los tumores del seno; e innumerables libros acerca de las enfermedades venéreas. El acta del proceso de la reina ante el Tribunal Revolucionario fue publicado como *Acte d'Accusation et Interrogatoire Complet et Jugement de Marie-Antoinette* (París, 1793).

Las *Mémoires* de Elisabeth Vigée-Lebrun, aunque no carecen de interés, por desgracia son un modelo de tacto y discreción. La mejor fuente sobre la carrera de la artista es un notable catálogo de exposición de Joseph Baillio, *Elisabeth Vigée-Lebrun* (Kimball Museum, Fort Worth, 1982), de donde extraigo el comentario acerca de sus personas en las *Mémoires Secretes*. Véase también Anne Passez, *Adelaide Labille-Guiard* (París, 1971). Pero todavía hay mucho que investigar sobre las artistas de las décadas de 1780 y 1790. La correspondencia de María Antonieta con su madre y su hermano ha sido traducida al inglés y publicada por Olivier Bernier con el título *The Secrets of Marie-Antoinette* (Nueva York, 1985).



II - Retrato de Calonne

Acerca del trabajo de Talleyrand como agente general del clero, véase Louis S. Greenbaum, *Talleyrand, Statesman-Priest: The Agent-General of the Clergy and the Church at the End of the Old Regime* (Washington, D. C.; 1970). La mejor biografía moderna de Calonne pertenece a Robert Lacour-Gayet, *Calonne* (París, 1963), pero hay un trabajo mucho más antiguo de G. Susane, *La Politique Financière de Calonne* (París, 1901), que es todavía un estudio importante de su gobierno. El trabajo de Wilma J. Pugh, «Calonne's New Deal», *Journal of Modern History* (1939, 289-312), ofrece una imagen generosa de sus reformas. La opinión contraria sobre la responsabilidad de Calonne en la crisis financiera aparece en R. D. Harris, «French Finances and the American War 1777-1783», en *Journal of Modern History* (junio de 1976). El importante artículo de James Riley, «Life Annuity Based Loans on the Amsterdam Capital Market Toward the End of the Eighteenth-Century», en *Economisch-en-Sociaal Historich Jaarboek* (vol. 36, 102-30), es la mejor reseña de los esfuerzos franceses encaminados a recaudar fondos de anualidades en el mercado monetario holandés, y el modo en que Calonne ignoró esta iniciativa en 1786-87. Mis propias conclusiones derivan en parte de una notable serie de *tableaux* manuscritos de las rentas y las erogaciones ordinarias del reino, de 1786 a 1789, el primero de los cuales parece provenir de la oficina del Control de Calonne, y bien puede que fuera preparado para la Asamblea de Notables. Esos documentos se conservan ahora en la Biblioteca Kress de la Harvard Business School.



III - Excepciones notables

El estudio más importante acerca de la Asamblea de los Notables es de Vivian Gruder, «Class and Politics in the Pre-Revolution: The Assembly of Notables of 1787», en Ernst Hinrichs *et al.*, *Vom Ancien Régime*. Véase también A. Goodwin, «Calonne, the Assembly of French Notables of 1787 and the Origins of the *Révolution Nobiliaire*», en *English Historical Review* (1946). Véase también Jean Egret, *The French Pre-Revolution* (traducción inglesa de W. D. Camp, Chicago, 1977, capítulos 1 y 2). P. Chevallier (comp.) ha publicado el *Journal de l'Assemblée des Notables* (París, 1960) redactado por los Brienne.



I. La revolución en la casa vecina

Sobre la Revolución Patriótica Holandesa de 1783-87, véase Simon Schama, *Patriots and Liberators: Révolution in the Netherlands 1780-1813* (Londres y Nueva York, 1977, capítulo 4). Véase también idem, «The Past and the Future in Patriot Rhetoric»; Jeremy Popkin, «Print Culture in the Netherlands on the Eve of Révolution»; y Nicolaas C. F. van Sas, «The Patriot Révolution: New Perspectives», todo en Margaret Jacob (comp.), *Enlightenment and Decline: The Dutch Republic in the Eighteenth-Century* (de próxima aparición).



II - El último gobierno del Antiguo Régimen

La versión más integral y equilibrada del gobierno Brienne está en Egret, *Pre-Revolution*. Es probable que el mejor estudio de Guibert sea el examen de su propio *Essai sur la Tactique* (París, 1774). Véase también Guibert, *Ecrits Militaires 1772-1790* (comp. L. Menard, París, 1777), y hay un análisis de sus implicaciones en Geoffrey Best, *War and Revolutionary Europe 1770-1870* (Londres, 1982; 56-58). Respecto de Malesherbes y la emancipación de los protestantes, véase Grosclaude, *Malesherbes* (559-602).



III. El canto del cisne de los parlamentos

Con respecto al conflicto político véase Egret, *Pre-Revolution*. Sobre la literatura panfletaria, véase Boyd C. Shafer, «Bourgeois Nationalism in Pamphlets on the Eve of the French Révolution», en *Journal of Modern History* (1938,31-50). Las citas de Pasquier y d'Éprémesnil provienen de Stone, *Parlement of Paris* (158 y 171). La alocución de La Galaizière y las observaciones de Bertier de Sauvigny y Cordier de Launay aparecen todas en Ardas-cheff, *Intendants* (vol. 3,187 y sigts.). Sobre el discurso de Lamoignon, véase Egret, *Pre-Revolution* (168). El folleto anti-Brienne está en *Dialogue entre M. l'Archevêque de Sens et M. le Garde des Sceaux* (1788). Acerca de otro ataque violento a las reformas de Lamoignon, véase H. M. N. Duveyner, *La CourPlénière* (1788), un folleto que fue destrozado y quemado por el verdugo público. La historia de la estatua sangrante procede de Oscar Browning (comp.), *Despatches from Paris 1784-1790* (Londres, 1909-10, vol. 2, 72).



IV - El día de las tejas

El relato de Stendhal aparece en *The Life of Henry Brulard* (traducción inglesa de B. C. J. G. Knight, Londres, 1958; 76). Véase también Charles Dufayard, «La Journée des Tuiles», en *Revue Historique* (vol. 38,305-45). Respecto de Grenoble durante este período, véase Vital Chomel (comp.), *Histoire de Grenoble* (Grenoble, 1976); Paul Dreyfus, *Grenoble de César à l'Olympe* (Grenoble, 1967). La obra de Kathryn Norberg *Rich and Poor in Grenoble 1600-1814* (Berkeley, 1985) es una importante historia social de la ciudad. El aspecto político ha sido tratado en Egret, *Pre-Revolution*, y el papel de Mounier en Egret, *La Révolution des Notables: Mounier et les Monarchiens* (París, 1950). Véase también F. Vermale, «Les Années de Jeunesse de Mounier 1758-1787», en *Annales Historiques de la Révolution Française* (enero-febrero de 1939). Sobre la asamblea en Vizille, véase Charles Bellet, *Les Evénements de 1788 en Dauphiné*; Champollion-Figéac, *Chroniques Dauphinoises*.



II - La gran división - Agosto-diciembre de 1788

La velada con Malesherbes ha sido descrita en Samuel Romilly, *Memoirs* (Londres, 1841, vol. I, 71-72); acerca del memorándum de Malesherbes, véase Grosclaude, *Malesherbes* (655-663). Respecto de la literatura panfletaria radical en el otoño de 1788, véase especialmente Carcassonne, *Montesquieu et le Débat*; el excelente y poco aprovechado estudio de Mitchell B. Garrett, *The Estates-General of 1789* (Nueva York y Londres, 1935); Shafer, «Bourgeois Nationalism»; y una serie de estudios importantes en Baker (comp.), *Political Culture*, sobre todo los de Keith Baker, François Furet, Ran Helevi y Lynn Hunt, todos los cuales se refieren al tema fundamental de la representación. En cuanto a d'Antraigues, véase Carcassonne, *Montesquieu et le Débat* (614-15), y su importante *Mémoire sur les Etats-Généraux* (1788). Con respecto a los antecedentes de la doble representación, véase George Gordon Andrews, «Double Représentation and Vote by Head Before the French Révolution», en *South Atlantic Quarterly* (vol. 26, octubre de 1927, 374-91). El memorándum de Mirabeau père acerca de la duplicación de las asambleas provinciales fue publicado como *Précis de l'Organization ou Mémoire sur les Etats Provinciaux* (1758). El comentario de Condorcet sobre Lafayette está en Louis Gottschalk, *Lafayette Between the American and the French Révolution* (Chicago, 1950; 416). Acerca de la oposición noble, véase Daniel Wick, «The Court Nobility and the French Révolution: The Example of the Society of Thirty», en *Eighteenth-Century Studies* (1980, 263-84); también Elizabeth Eisenstein, «Who Intervened in 1788?» en *American Historical Review* (1965, 77-103). La descripción que ofrece Arthur Young de la atmósfera en Nantes a fines de 1788 está en su libro *Travels in France in the Years 1788 and 1789* (comp. Constantia Maxwell, Cambridge, Inglaterra, 1929; 117). El comentario de Volney está citado en Garrett, *Estates-General* (127); Lanjuinais en *ibid.* (139). El texto del *arrêt* del Parlamento de París sobre el 5 de diciembre está en J. M. Roberts (comp.), *French Révolution Documents* (Oxford, 1966; vol. I, 39-42), y el Memorándum de los Príncipes de la Sangre en *ibid.* (46-49). Con respecto a Sieyès, *Qu'est-ce que le Tiers Etat?* véase Paul Bastid, *Sièyès et sa Pensée* (París, 1970; 344-49), y más recientemente el análisis de Roberto Zapperi en su edición (Ginebra, 1970). Véase también Lynn Hunt, «The National Assembly», y Pierre Rosenvallon, «L'Utilitarisme Français et les Ambiguités de la Culture Politique Prerévolutionnaire», que sostiene la tesis de que Sieyès está en

deuda con Helvecio en cuanto a una teoría de la representación basada en la utilidad social; ambos ensayos están en Baker (comp.), *Political Culture*. Con respecto a la política de Necker frente a las elecciones, véase la biografía de R. D. Harris. En relación con una polémica que está desarrollándose rápidamente y que alude a la «inutilidad» de la nobleza, véase, por ejemplo, la pieza *Triomphe du Tiers Etat ou les Ridicules de la Noblesse* (sin fecha, pero probablemente de principios de 1789), en que las opiniones del noble que había descrito al «*Peuple*» como «insectos que pululan a nuestros pies» se ven refutadas por el maestro de escuela de la aldea, que insiste en que «todos somos iguales porque todos somos hermanos... » y que concluye su discurso declarando (21) que «nacé libre y racional [*raisonnable*], ésas son mis prerrogativas». La petición de Guillotin ha sido analizada en C.-L. Chassin, *Les Elections et les Cahiers de Paris en 1789* (Paris, 1888; vol. 1, 37).



III - Hambre y cólera

Acercas del viaje de Mirabeau a Provenza en el invierno de 1789 y su carrera durante este período, véase la excelente biografía de Guy Chaussinand-Nogaret, *Mirabeau* (París, 1982). Los *Travels* de Arthur Young incluyen vividas crónicas de la penuria soportada como resultado de la mediocre cosecha y el terrible invierno de 1788-89. La introducción estándar a los veinticinco mil *cahiers de doléances* es la obra de Beatrice Hyslop, *Guide to the General Cahiers of 1789* (Nueva York, 1936), aunque tanto las categorías de su clasificación como la pátina con que las recubre confieren una tendencia específica a su análisis. Puede estudiarse una muestra pequeña, útil y más o menos representativa, en Roberts, *Documents* (55-95). Durante el año centenario de 1888-89, diferentes comisiones en los departamentos de Francia abordaron la enorme empresa de publicar todos los *cahiers* de los tres estados. Me he basado en esos registros para realizar mis propias interpretaciones, y sobre todo en los editados por Camille Bloch para Orléans, el Loiret y el Beauce; D. F. Lesueur y A. Cauchie para Blois y el Loir-et-Cher (Blois, 1907); Emile Bridrey para la Mancha y Côtentin; E. Le Parquier para Le Havre (Le Havre, 1929); V. Malrieu para Montauban; E. Martin para el *bailliage* de Mirecourt en Lorena (Epinal, 1928); D. Ligou para Riviére-Verdun en el Tarn-et-Garonne (Gap, 1961); V. Fourastié en el Quercy (Cahors, 1908); la disertación inédita de Brian Dooley para el doctorado en la Universidad de Harvard, sobre De la Côte d'Or; y sobre todo la espectacular tarea de archivo de C.-L. Chassin acerca de París y la campaña *hors des murs*. Las citas de Ducastelier aparecen publicadas en Chassin (vol. 4, 31); con respecto al panfleto de d'Argis, véase *Cahier d'un Magistrat sur les Justices Seigneuriales* (1789).



IV - Conejos muertos, empapelado roto

Acerca de los disturbios de la primavera de 1789, véase Jean Egret, «The Pre-Révolution in Provence», en J. Kaplow (comp.), *New Perspectives on the French Révolution* (Nueva York, 1965); también «Les Origines de la Révolution en Bretagne» (1788-89), en *Renie Historique* (1955, 213). Con respecto a los disturbios por la caza, véase Georges Lefebvre, *The Great Fear of 1789: Rural Panic in Revolutionary France* (traducción inglesa de Joan White, Princeton, 1973; capítulo 4, y especialmente 44 y sigts.); véase también, del mismo autor, *Paysans du Nord Pendant la Révolution Française* (Paris y Lille, 1924). El mejor modo de conocer los disturbios de Réveillon es examinar los documentos publicados por Chassin (vol. 4, especialmente las páginas 579-86). Acerca de la política orleanista en la primavera de 1789, véase G. A. Kelly, «The Machine of the Duc d'Orléans and the New Politics», en *Journal of Modern History* (1979, 667-84).



I - Dos clases de patriotas

Los fragmentos pertenecientes a Ferrières fueron extraídos de Henri Carré (comp.), *Correspondance Inédite, 1789, 1790, 1791* (París, 1932). Se hallarán detalles del papel de Mirabeau en los Estados Generales en Chaussinand-Nogaret, *Mirabeau*, y acerca de los disturbios de Provenza en 1789, en Egret, «Pre-Revolution in Provence», en Kaplow (comp.), *New Perspectives*. La biografía popular de Antonia Vallentin (traducción inglesa de E. W. Dickes), *Mirabeau* (Londres, 1948), todavía es una reseña válida y entretenida de su vida y su política. Sobre la nobleza en los Estados Generales véase J. Murphy y P. Higonnet, «Les Députés de la Noblesse au Etats-Généraux de 1789», en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* (1973). Acerca del clero, véase R. F. Necheles, «The Curés in the Estâtes General of 1789», en *Journal of Modern History* (1974); M. G. Hutt, «The Curés and the Third Estate: The Ideas of Reform in the Period 1787-89», en *Journal of Ecclesiastical History* (1955 y 1957); Pierre Pierrard, *Histoire des Curés de Campagne de 1789 à Nos Jours* (París, 1986; especialmente págs. 15-30); y sobre todo la destacada obra de Timothy Tackett, *Priest and Parish in Eighteenth-Century France: A Social and Political Study of the Curés in a Diocese of Dauphiné 1750-91* (Princeton, 1977). Véase también C. Langlois y T. Tackett, «Ecclesiastical Structures and Clerical Geography on the Eve of the French Révolution», en *French Historical Studies* (1980; 352-70).

Con respecto a la atmósfera en París durante mayo y junio, véase Young, *Travels in France*; Robert D. Harris, *Necker and the Révolution of 1789* (Lanham, Md., Nueva York y Londres, 1986), examina atentamente el papel de Necker durante todos estos meses y corrige las afirmaciones convencionales acerca de su presunta pasividad. El estudio soberbiamente detallado de Harris también esgrime argumentos poderosos contra la inevitabilidad (y la conveniencia) de la soberanía del Tercer Estado. El libro constituye una lectura indispensable para formular un juicio equilibrado de la política de 1789. Quien desee conocer el texto completo del discurso real del 23 de junio, deberá consultar Roberts, *Documents* (vol. 1, 115-23).



I - Dos clases de palacio

Acerca de la historia del Palais-Royal, véase Isherwood, *Farce and Fantasy* (capítulo 8); también W. Chabrol, *Histoire et Description du Palais-Royal et du Théâtre Français* (Paris, 1883).

El libro de Jacques Godechot, *The Taking of the Bastille* (traducción inglesa de Jean Stewart, Londres, 1970) es una notable narración del episodio, con el agregado de una serie contemporánea de testigos oculares. Sobre la seguridad militar de la capital, hay dos obras esenciales: Samuel F. Scott, *The Response of the Royal Army to the French Révolution: The Role and Development of the Line Army* (Oxford, 1978, especialmente págs. 46-70); y la monografía definitiva de Jean Chagniot, *París et l'Armée au XVIIIe Siècle* (París, 1985), que entre otras cosas revisa por completo muchos de los clichés convencionales sobre los *gardes françaises*. Acerca de otros problemas del orden, véase Alan Williams, *The Police of París 1718-1789* (Baton Rouge, Luisiana, y Londres, 1979). Respecto de la multitud revolucionaria, véase George Rudé, *The Crowd in the French Révolution 1789-1794* (Oxford, 1959); véase también la obra muy interesante de R. B. Rose, *The Making of the Sans-culottes: Democratic Ideas and Institutions in París 1789-92* (Manchester, 1983). Véase también Jeffrey Kaplow, *The Names of Kings: The Parisian Laboring Poor in the Eighteenth-Century* (Nueva York, 1972, especialmente capítulo 7). La mejor obra acerca de la anatomía social del *faubourg* más revolucionario pertenece a Raymonde Monnier, *Le Faubourg Saint-Antoine 1789-1815* (París, 1981), que también es importante para comprender los disturbios de Réveillon.



II - Espectáculos: la batalla por París

Con respecto a Curtius, véase Mayeur de Saint-Paul, *Le Désœuvré au L’Espion du Boulevard du Temple* (Londres, 1781); también *Tableau du Nouveau Palais-Royal* (1788). Acerca de Desmoulins, véase R. Farge, «Camille Desmoulins au Jardin du Palais-Royal», en *Annales Révolutionnaires* (1914,446-74).



III - ¿Enterrados vivos? Mitos y realidades de la Bastilla

He extraído mis versiones de las historias de Linguet y Latude de los textos de las respectivas memorias, reproducidas por J.-F. Barrière, *Mémoires de Linguet et de Latude* (Paris, 1886); las memorias de Latude fueron publicadas inicialmente con el título *Le Despotisme Dévoilé ou Mémoires de Henri Masers de Latude*. Aunque naturalmente los historiadores se han mostrado escépticos frente a las afirmaciones demasiado optimistas de F. Funck-Brentano respecto de las condiciones de la Bastilla, la investigación meticulosa de Monique Cottret, *La Bastille à Prendre* (París, 1986), confirma la opinión de que la prisión estaba cayendo rápidamente en desuso bajo Luis XVI, y que las condiciones de la mayoría de los detenidos eran mucho mejores que en otros lugares de encarcelamiento. Cottret también presenta un importante examen de los distintos elementos de la mitología de la Bastilla. Véase también H.-J. Lüsebrink, «La Bastille dans l’imaginaire Social de la France à la Fin du XVIIIe Siècle (1774-1799)», en *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine* (1983). Acerca de la importancia de las *Mémoires* de Linguet, véase Levy, *Ideas and Career*.

Con respecto a los episodios del 14, he seguido sobre todo a Godechot, *The Taking of the Bastille*; véase también Jean Dussaulx, *De l’Insurrection Parisienne et de la Prise de la Bastille* (Paris, 1790).



VI - La vida posterior de la Bastilla: el patriota Palloy y el nuevo evangelio

Acerca de Palloy, véase H. Lemoine, *Le Démolisseur de la Bastille* (París, 1929); V. Fournel, *Le Patriote Palloy et l'Exploitation de la Bastille* (Paris, 1892); y Romi, *Le Livre de Raison du Patriote Palloy* (Paris, 1956), que es un documento fascinante y poco utilizado.

Las canciones populares que celebran la caída de la Bastilla fueron recopiladas y analizadas en el trabajo inmensamente valioso de Cornwell P. Rogers *The Spirit of Révolution in 1789* (Princeton, 1949).





Ma Constitution.

12.

"*Ma Constitution*". Un ejemplo gráfico posterior de la política del cuerpo, que probablemente data de 1790. Lafayette apoya la mano sobre la "*Res Publica*" de la reina.

Grabado al aguafuerte. De la colección Carl de Vinck (1859-1931)



**Elisabeth Vigée-Lebrun,
retrato del conde de Vaudreuil**





Elisabeth Vigée-Lebrun, *Bacchante*





Elisabeth Vigée-Lebrun, *Madame Grand*





Elisabeth Vigée- Lebrun. *María Antonieta y sus hijos*

En este cuadro, pintado en en 1787, están representados la reina María Antonieta y sus hijos: María teresa, llamada Madame Royale (1788-1881), Luis José — señalando la cuna — (1781-1789) y, en el regazo de su madre, Luis Carlos (1785-1795), el Delfín tras la muerte de su hermano mayor y que fue proclamado como Luis XVII.

La imagen en la cuna de María Sofía (1786-1787) fue retirada del cuadro por haber fallecido poco después de ser retratada. El velo negro sobre la cuna vacía es el homenaje que hizo la pintora al duelo y el dolor de la reina.

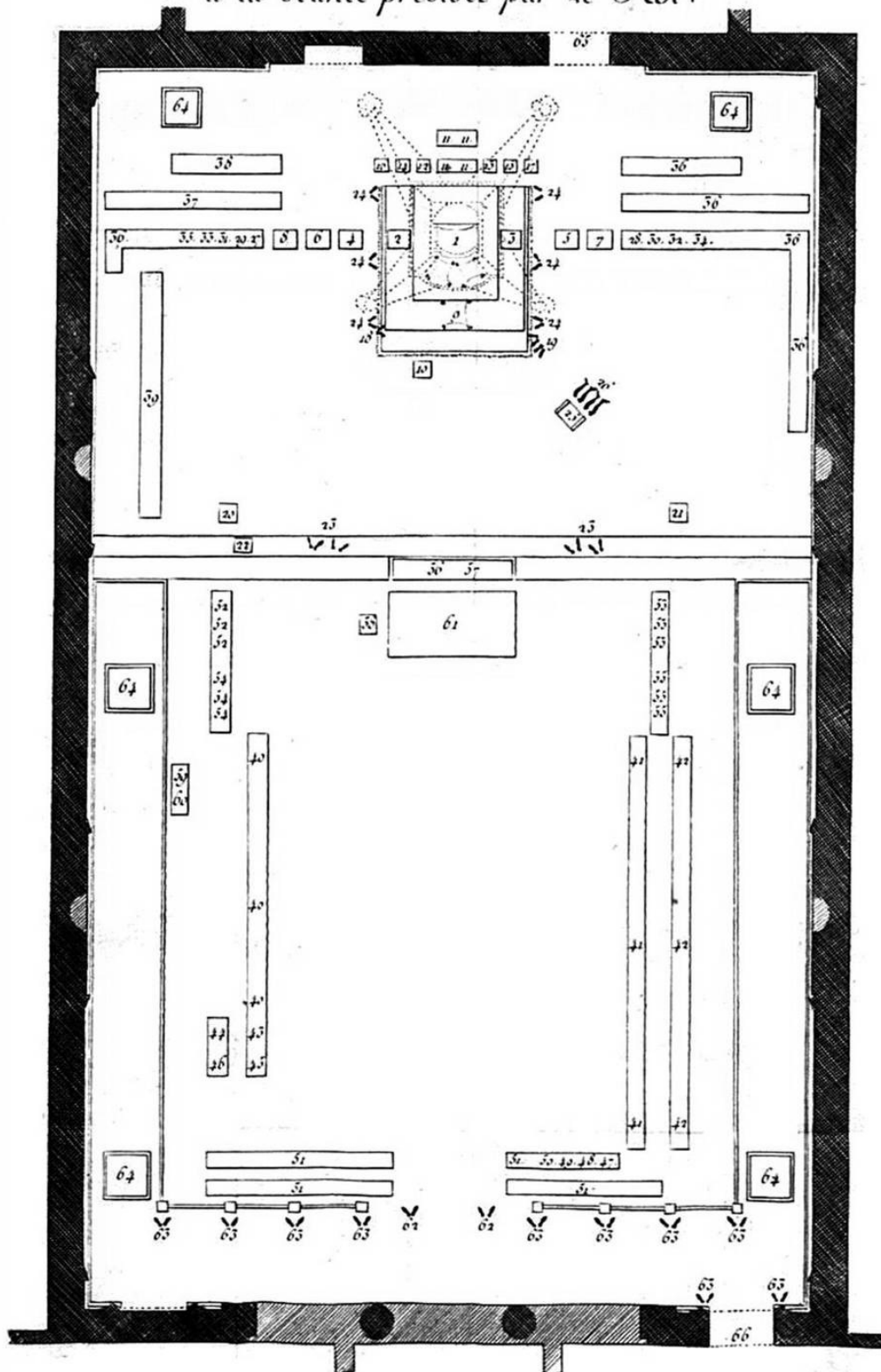




Elisabeth Vigée-Lebrun, retrato de *Calonne*



PLAN
 De la Salle d'Assemblée des Notables
 à la séance présidée par Le Roi.



La Asamblea de Notables, diagrama extraído del *Procès Verbal*. Los dibujos de los pies indican las posiciones ceremoniales adecuadas, sedentes o de pie.





L'ASSEMBLÉE DES NOTABLES DU 22 FÉVRIER 1787, CARICATURE ANONYME
(Musée Carnavalet.)

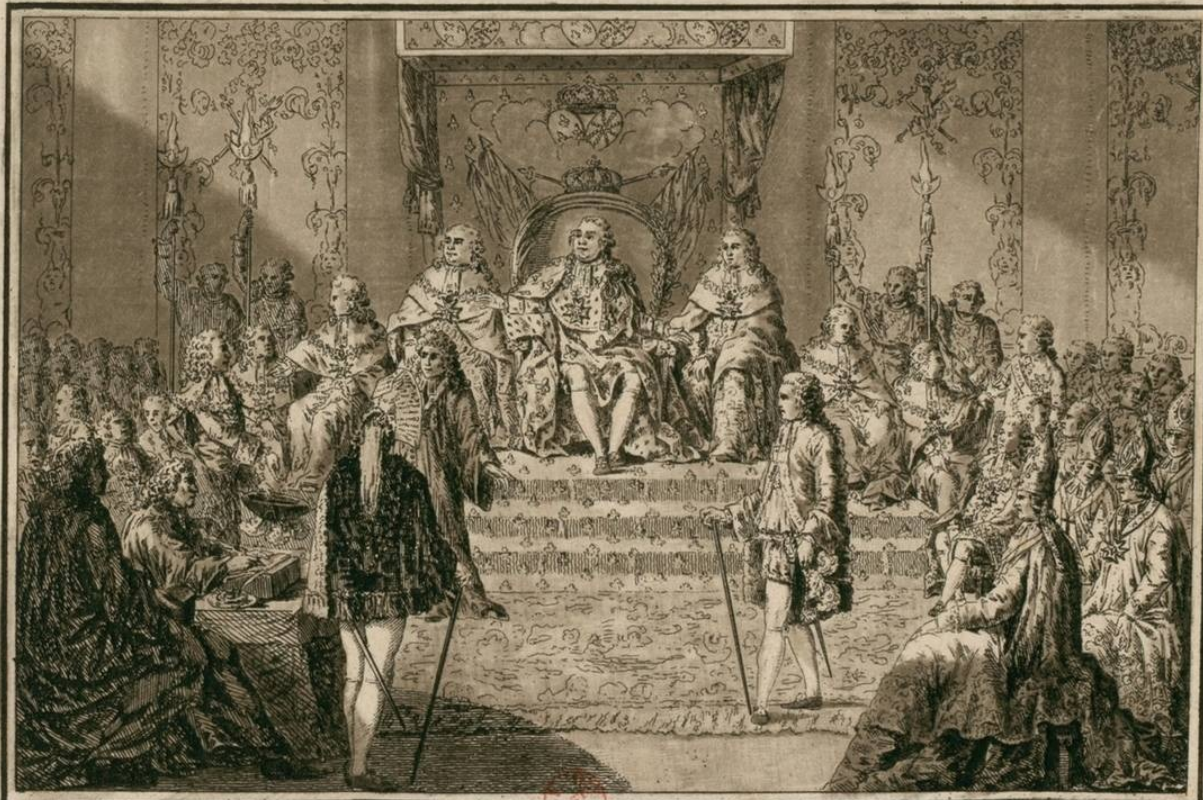
- Mis queridos administrados, os he reunido aquí para saber en qué salsa queréis ser comidos.
- ¡¡ Pero es que no queremos ser comidos!!
- Os estáis saliendo de la cuestión.

(Traducción de JMB)

Caricatura anónima coloreada (siglo XVIII) representando al Controlador General de Finanzas, Charles Alexandre de Calonne, dirigiéndose a los Notables.
(Museo Carnavalet, París)



L'ASSEMBLÉE DES NOTABLES.



*Citoyens assemblés par un Roy Citoyen,
Conseil de la Patrie, et son noble soutien,*

*Vous ne trahirez point l'attente généreuse,
D'un Roi qui veut par vous rendre la France heureuse.*

*Ciudadanos reunidos por un Rey ciudadano,
Consejo de la Patria y su noble sostén:
No podéis defraudar a este buen soberano
que por vosotros quiere a Francia hacer el bien.*

Traducción rimada (perfectamente) de JMB

Estampa de 1787. Grabado de Laurent Guyot (1756-1808).
De la colección de Vinck: «Un siglo de la historia de Francia en grabados».





*Incendie du Corps de garde sur le Pont-neuf, à Paris
le 29 aout 1788.*

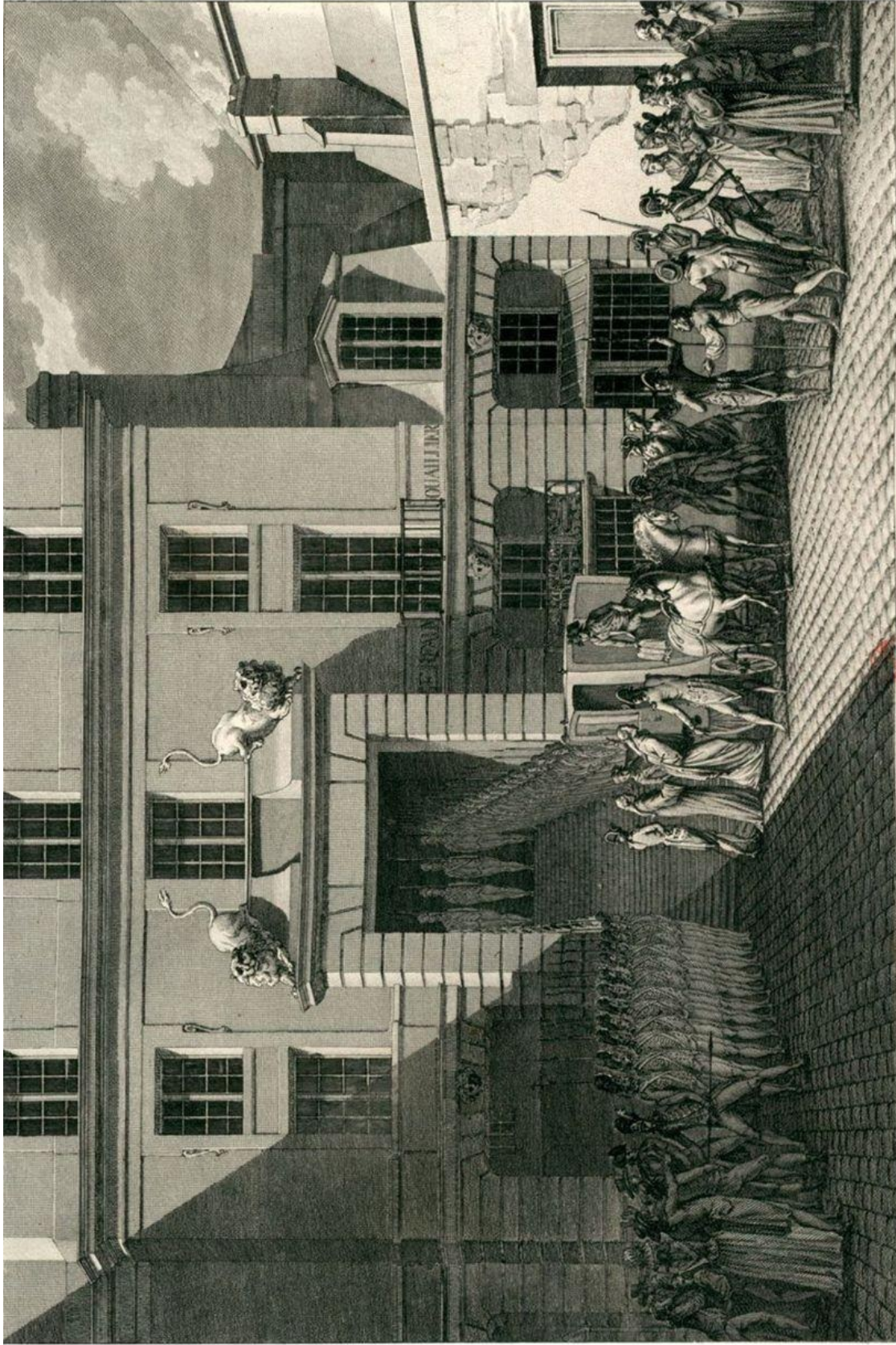
Disturbio en la Plaza *Dauphine*.
Incendio del cuerpo de Guardia en el *Pont Neuf*,
París, el 29 de agosto de 1788.





Loménie de Brienne





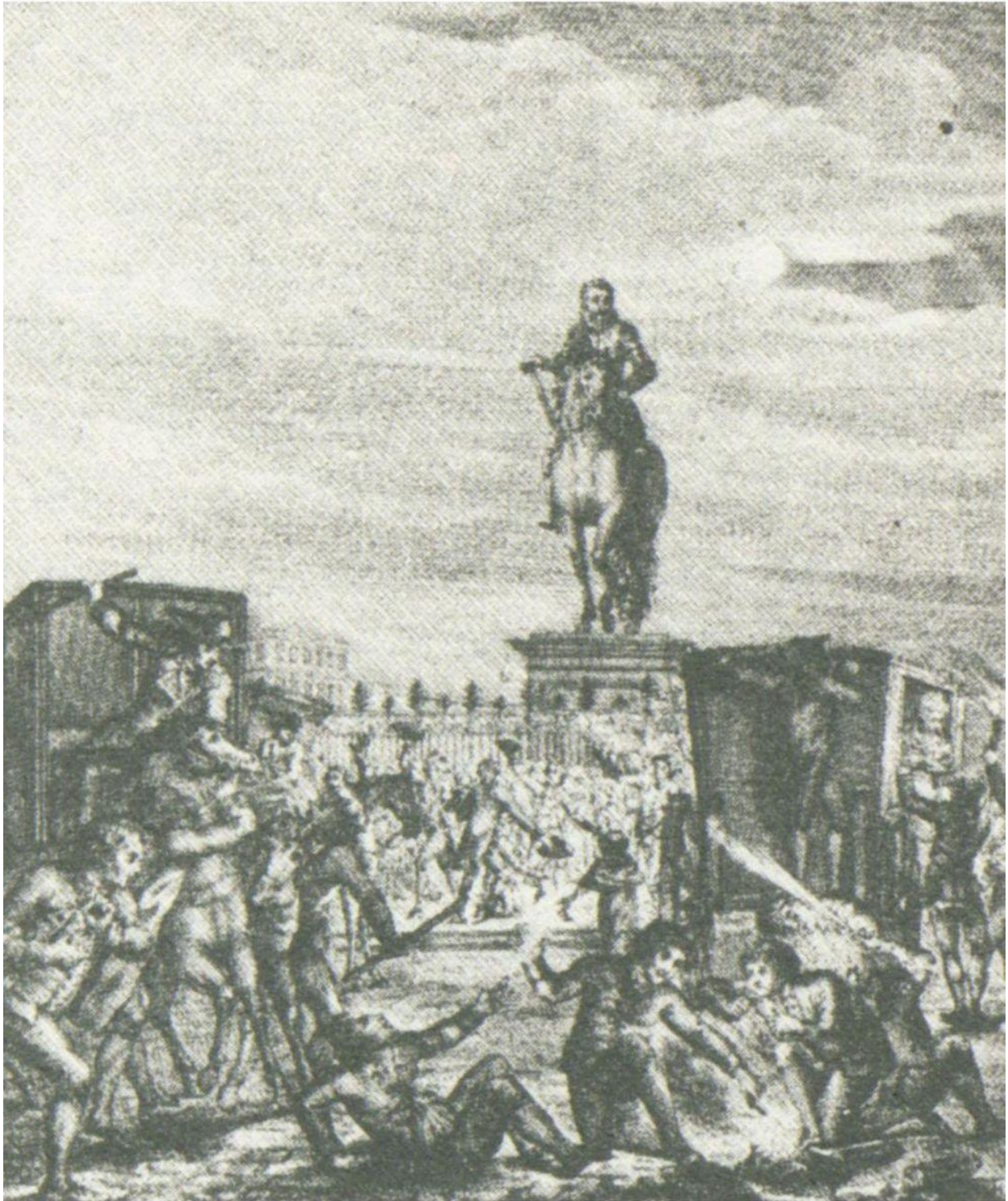
**El arresto de d'Eprémesnil y Goislard, 6 de mayo de 1788.
Grabado de Claude Niquet de un dibujo de Abraham Girardet.**





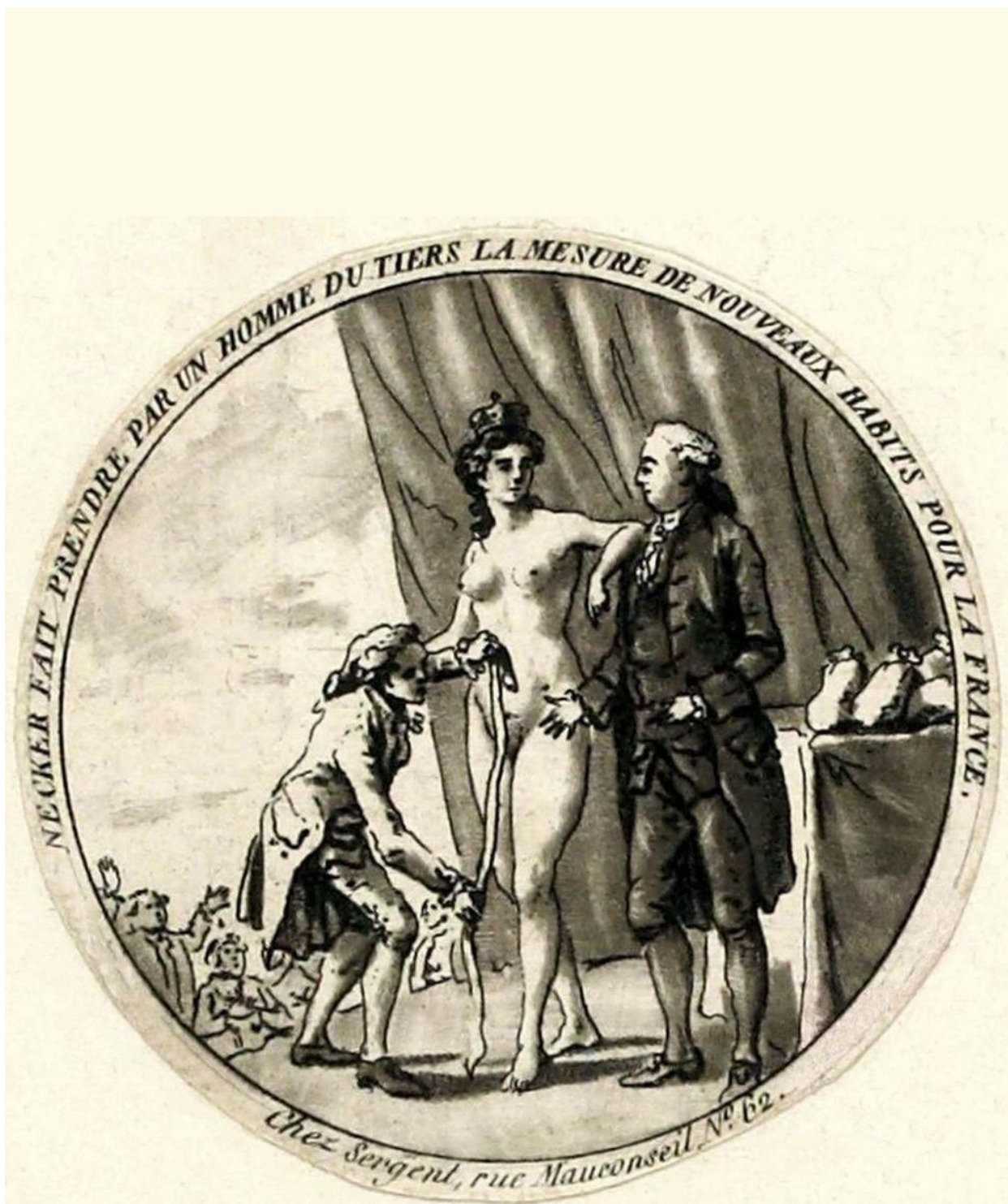
**El Día de las Tejas: Grenoble, 10 de junio de 1788.
Cuadro de Alexandre Debelle.
Museo de la Revolución Francesa de Vizille (Grenoble).**





Acatamiento forzoso a la estatua de Enrique IV en el *Pont Neuf*.





Necker hace que un hombre del Tercer Estado tome las medidas de los nuevos hábitos para Francia. Grabado de Sergent, primavera de 1789.



de Vinck



LE GRAND ABUS.

Paris chez Villeneuve Graveur, Rue Zacharie St. Severin, Maison du Passage, N° 21.

**«Esperemos que el juego termine bien». Una mujer del Tercer Estado
Soporta el peso de los dos órdenes restantes**





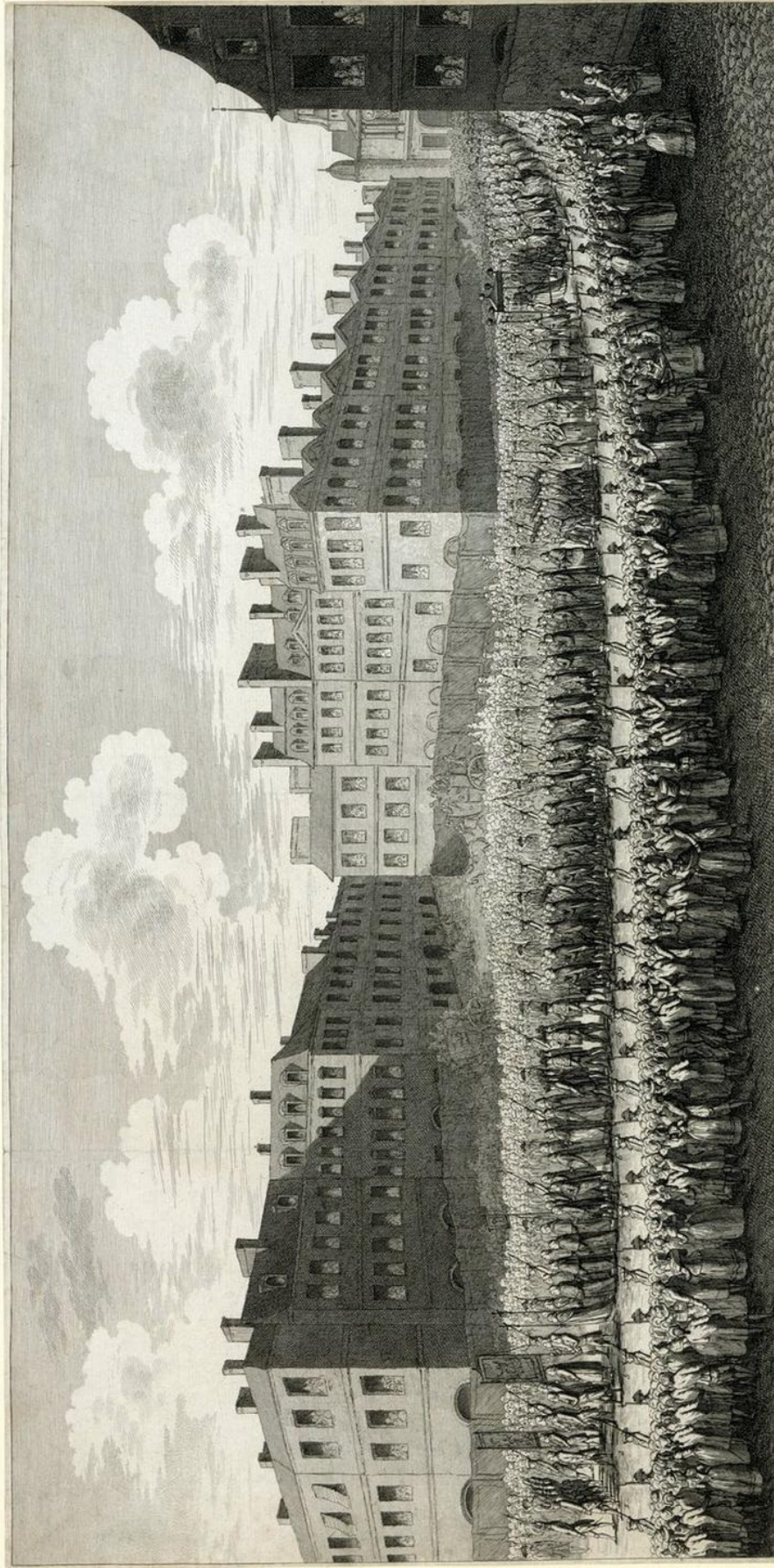
Clero

Nobleza

Tercer Estado

Atuendos ceremoniales de las 3 Órdenes de los Señores Diputados en los Estados Generales.





L'ACCOMPLISSEMENT DU VŒU DE LA NATION.

Cumpliendo el deseo de la Nación





TOUCHEZ LA MESSIEURS JE SCAVOIS BIÉN QUE
VOUS SERIEZ DES NOTRES.

“Démonos la mano, señores. Sé muy bien que seréis de los nuestros”

**Caricatura de los tres órdenes del Estado: El Clero, la Nobleza y el
Pueblo Llano.**





Composée et gravée par Joseph-Maillot.

Dedicee à la Nation Assemblée.

Louis XVI. conduit par M. Necker sous les Médailles d'Henri IV. et Sully, dans le chemin de la Gloire, vers les trois Ordres réunis et d'accord sous la Règle de la Justice; derrière le Roi, Diogène brise sa Lanterne puisqu'il trouve autant d'hommes qu'il y a de citoyens françois, en montrant à J. J. Rousseau, le Flambeau de la vérité qu'il veut tous suivre, derrière eux est le Peuple en acclamation, plus loin est la Bastille prise d'assaut par un Garde françois le 14 Juillet 1789. lequel est sur la Tour tenant d'une main le Drapeau de la Victoire, et de l'autre des Chaînes brisées: dans le fond est un Champ de froment, une Ville de commerce et des Vais-seaux dans son port; sur le devant sont deux Génis, dont l'un tient un Bonnet sur le bout d'un bâton qui est le symbole de la Liberté, et l'autre amène l'Abondance; dans un coin sont les Armes de France avec ses Dignités, et dans l'autre les Attributs des Sciences et des Arts.

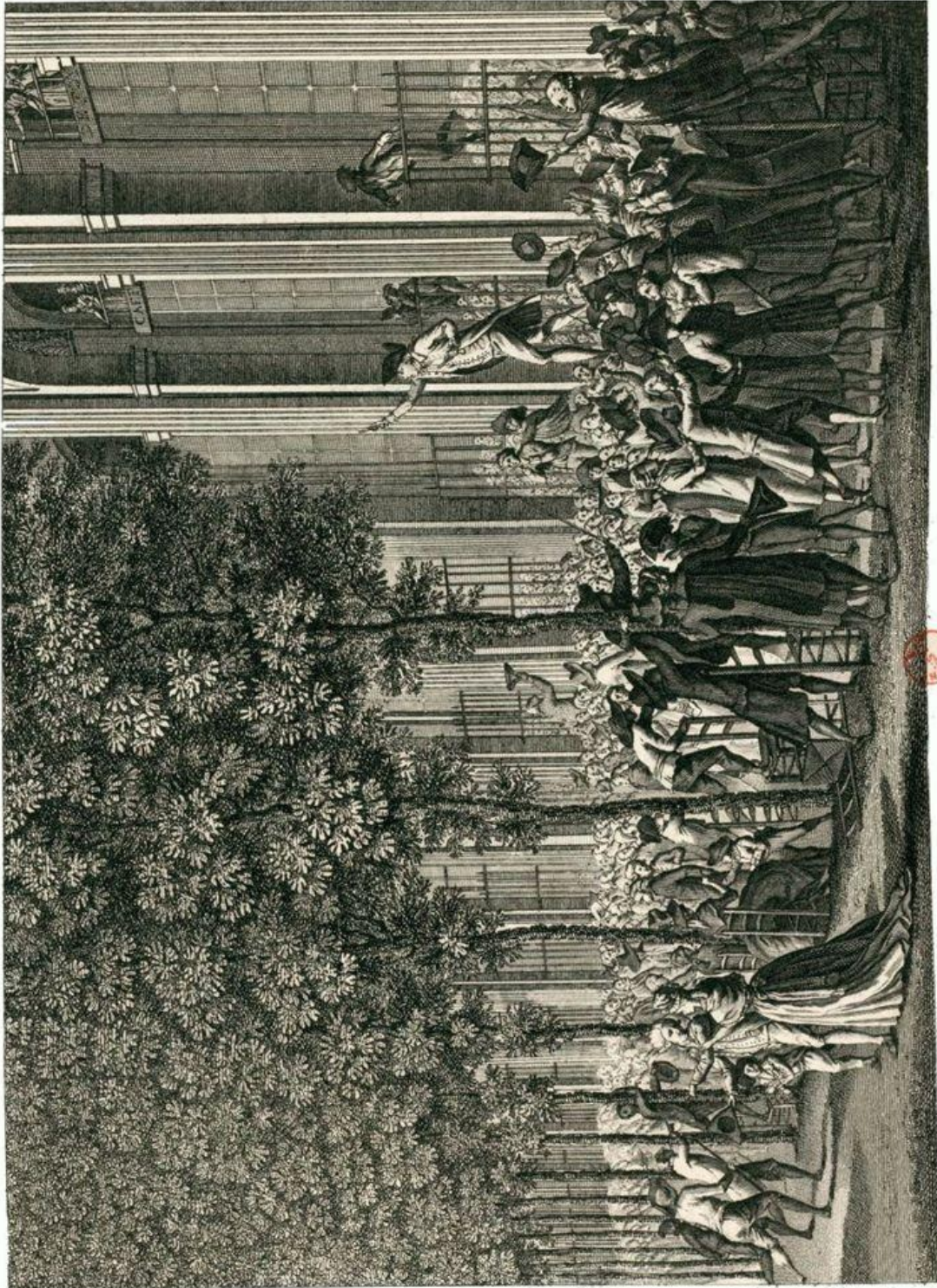
à Paris chez l'Autour, rue des Francs-Bourgeois S^t. Marcel.



Une Femme de condition, fouettée pour avoir craché sur le portrait de M^r Necker.

L'audace est de toute Société.

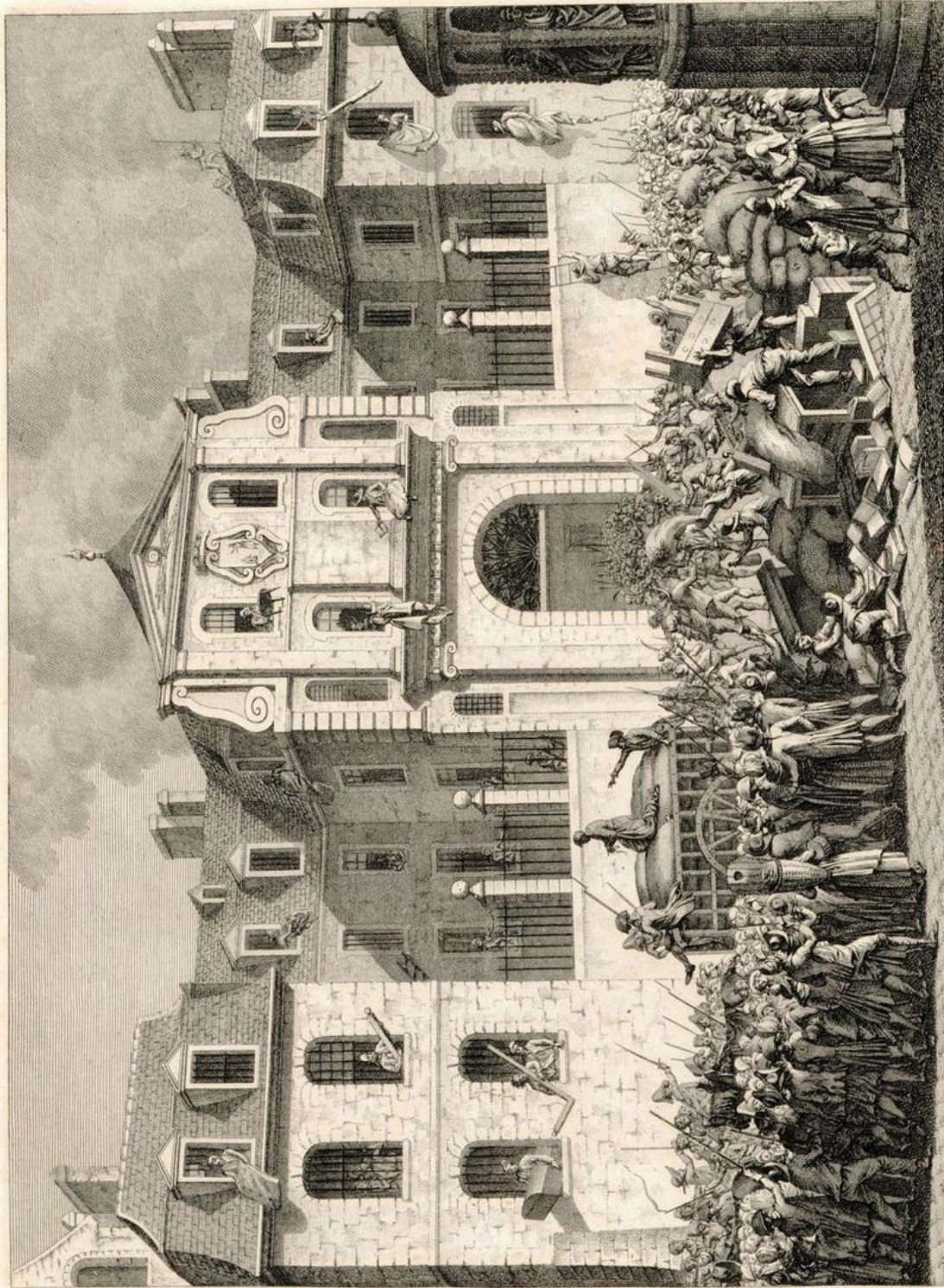




MOTION FAITE AU PALAIS ROYAL, PAR CAMILLE DESMOLINS.

1e 12 Juillet 1789.

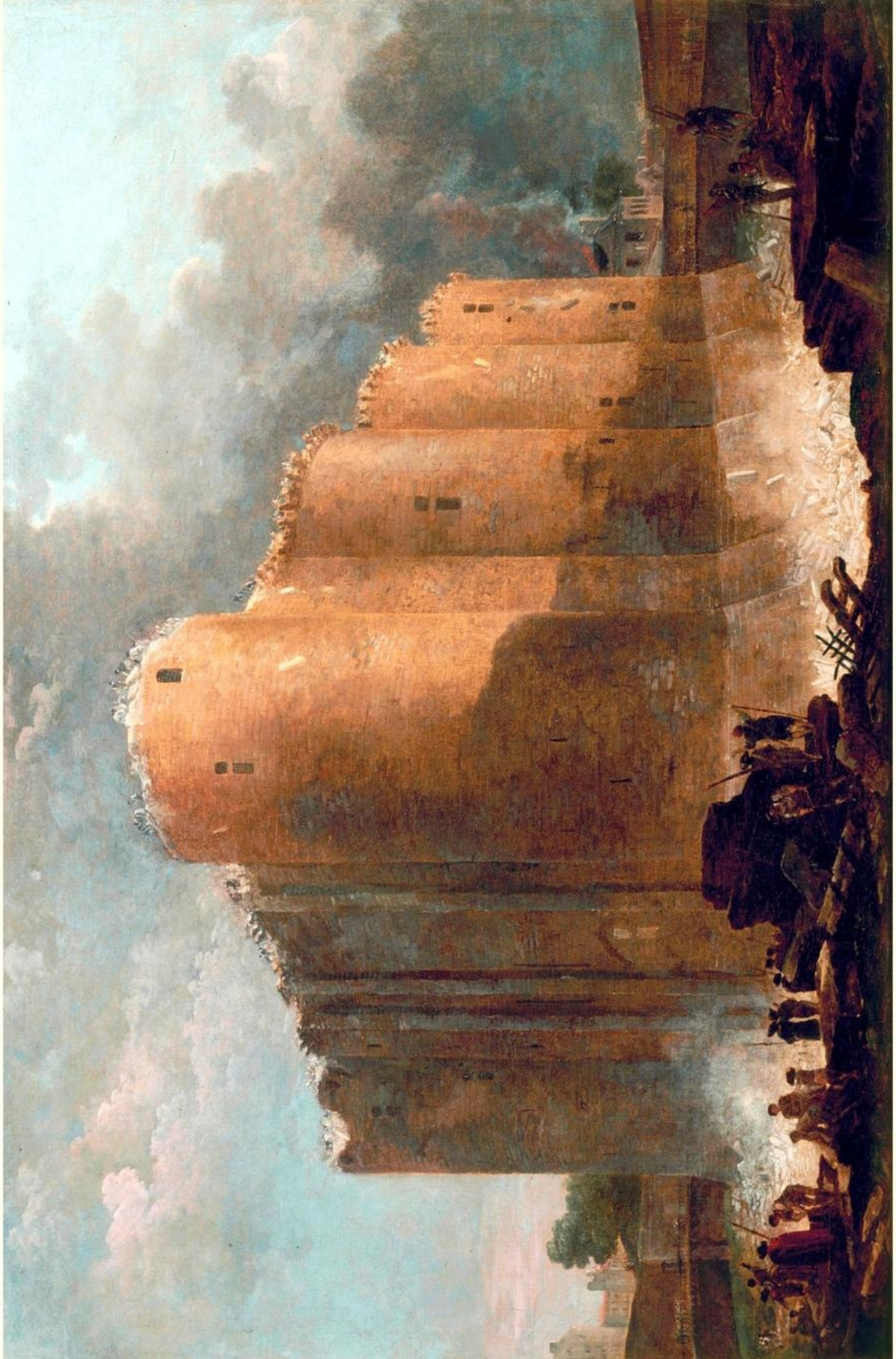




PILLAGE DE LA MAISON DE S^T LAZARE

le lundi 13 Juillet 1789.



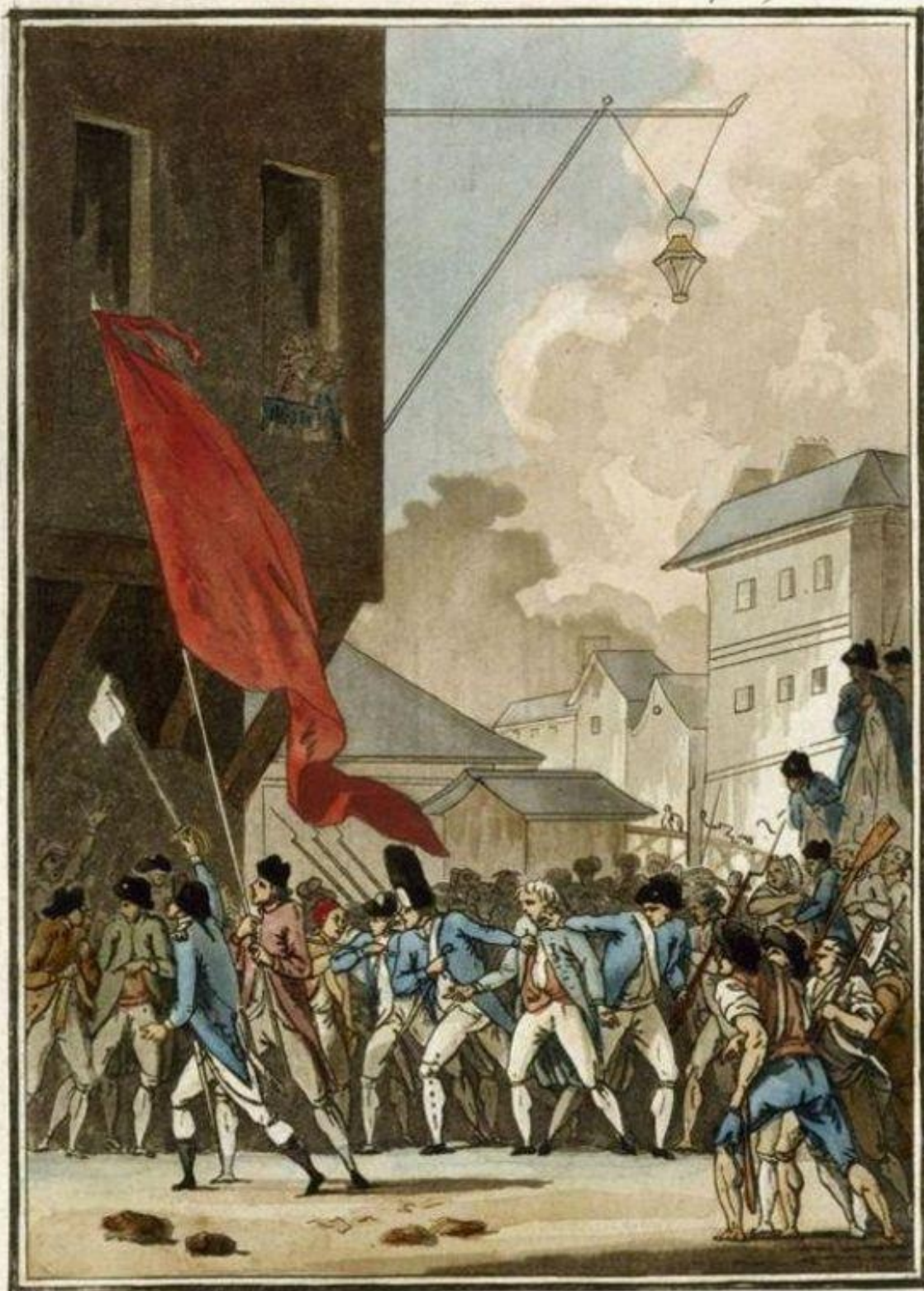




Représentation des éboulis sur les débris de la Bastille



5^e ÉVÈNEMENT DU 14 JUILLET 1789 .

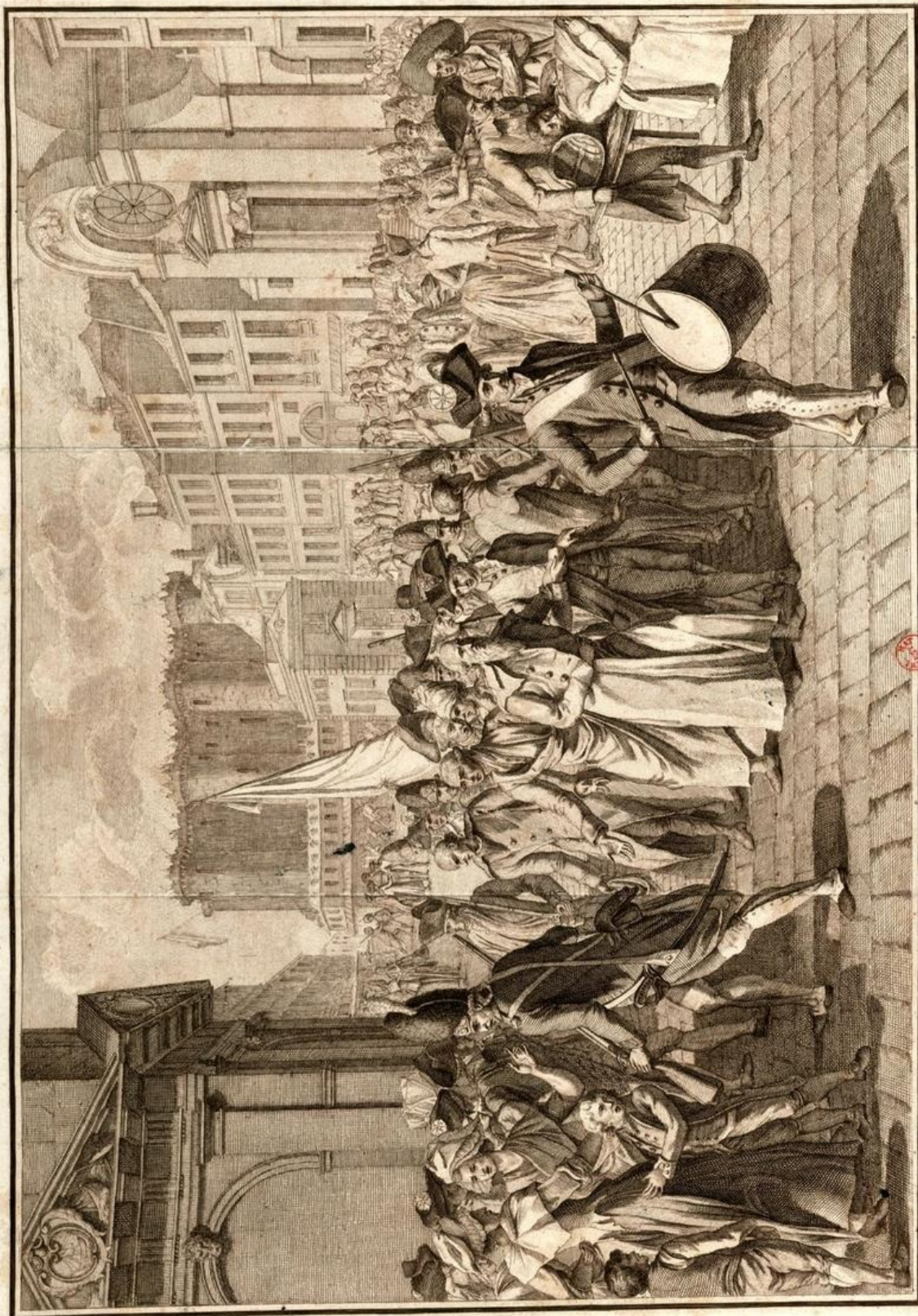


Le Marquis De launay conduit à la Ville par les Volontaires de la Bastille.



El arresto de De Launay, según Janinet. Gravures Historiques





L'HEURE PREMIERE DE LA LIBERTE

Le peintre





SCÈNE DANS L'INTÉRIEUR DE LA BASTILLE.

Pendant la journée du 14 Juillet 1789.

A Paris chez les principaux Libraires & chez l'Éditeur.







DEMOLICIÓN DE LA BASTILLA

*La Bastilla fue atacada y tomada por el Pueblo el 14 de julio de 1789.
Se empezó enseguida su demolición, lo que se llevó a cabo en poco tiempo.*

**Jean-Baptiste Lesueur, Demolición de la Bastilla, fin del siglo XVIII,
París, Museo Carnavalet.**



